

Lucas Dal Bianco
Marcos Nuñez

MEMORIAS DE LA CLANDESTINIDAD

La historia escrita en los huesos



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Memorias de la clandestinidad

ANEXOS

Índice

Entrevista – Marcelo Molina	3
Entrevista – Ricardo “Pancho” Molina	19
Primer entrevista	19
Segunda entrevista	38
Entrevista – Felipe Bellingeri	47
Entrevista – Jorge “Araña” Bustos	61
Entrevista – Víctor “Beto” Díaz	81
Entrevista – María Elena Corral	96
Entrevista – Elsa Paladino	113
Entrevista – Rubén Dri	124
Entrevista – La “Gringa”	136
Entrevista – Gonzalo Chaves	156
Primer entrevista	156
Segunda entrevista	171

Entrevista a Marcelo Molina

Fecha: 13/03/2014

Lugar: La Plata

Me gustaría saber, para comenzar, tus inicios, tus acercamientos a la militancia.

Yo pertenezco, como en el caso de Gonzalo (Chaves), pertenezco a familias peronistas, ya mis abuelos eran peronistas. O sea que en mi casa era un tema común; yo nací los últimos meses del gobierno peronista, nací en el '55, pero la militancia activa estaba dada a través de mi padre, que fue delegado en el frigorífico y después delegado sindical en la administración pública, y de sus hermanos, que también eran militantes del peronismo. Uno de ellos, Hilario Molina, fue uno de los fundadores de la juventud peronista en el año '56 (yo tenía un año en ese tiempo y él era muy jovencito también). Con lo que te quiero decir que la política estaba metida dentro de la familia.

Cuando el plan CONINTES, fue un golpe muy serio para la familia porque mis dos tíos, mi tío mayor y el tercero, el baby Molina, fueron presos; a mi viejo lo vinieron a buscar a casa y no lo encontraron, por casualidad no lo encontraron. Un allanamiento brutal, rompiendo todo tipo de cosas, estaba mi vieja con mi hermano de un año en brazos y yo que tenía cinco y unos meses, mi abuela... bueno, ese tipo de cosa brutal la hicieron siempre, y especialmente contra el peronismo, contra la militancia peronista.

Pasado el plan CONINTES, cuando mis tíos salen, que se retoma la vida normal, el hecho de la discusión política y de la militancia, de hablar de historia era algo natural, algo completamente natural. De ahí que la adscripción a la Juventud Peronista, y había una agrupación acá en La Plata que se llamaba Alianza de la Juventud Peronista que estaba por Plaza Italia, que era una mezcla de fachos y de gente que después se fue con la JP; una muestra muy grande. Pero ya te digo, en el año 71, a fines del 71, empieza a funcionar en todo el año 72 por ejemplo venía Jauretche, el Pepe Rosa, hasta Osinde vino... era un lugar muy común, se terminaban los actos cantando la... que estaba prohibida, la marcha en la vereda. Era un lugar genial, porque tan miztongo era que al frente había una verdulería... vos tenías que entrar por un pasillo, no es que fuera clandestino, era lo que se había conseguido; entrabas por un pasillo al costado y atrás de la verdulería estaba el pomposamente llamado Instituto de Estudios Superiores Juan Manuel de Rosas. Era un antro obviamente. Y después, bueno, muchos éramos triperos, íbamos a la cancha de ahí (del local); tenía una gran actividad política la hinchada de Gimnasia durante la dictadura de Lanusse.

A partir de mediados del 72 comienza a tener, aquí en La Plata, un gran predicamento Montoneros, a través de compañeros que venían de la FURN (Federación Universitaria para la Revolución Nacional), en mi caso. En otras partes hubo compañeros del FAEP, que provenían de otras partes de La Plata, de Berisso por ejemplo, pero yo me inicié en Los Hornos justamente; yo empecé un trabajo político muy grande. Mi abuelo tenía, había fundado una unidad básica que se llamaba La Evita, clandestina también, esto en el 72, funcionaba en el garaje de un vecino, y a esta unidad básica llegó un compañero, Jorge Fernández, el huevo, que está muerto en combate, y él fue quien empezó a trabajar ahí (esto en 66 y 147, más o menos... ya ha desaparecido, ha cambiado tanto el barrio). Los Hornos fue uno de los primeros lugares donde empezó a trabajar la Juventud Peronista.

Generalmente eran reuniones para escuchar mensajes del Viejo. Cuando la película del Pino Solanas *La hora de los hornos*, que yo la vi en partes porque era larguísima y se trataba de discutir,

de poner parte de la película y discutir, o *La actualización política y doctrina para la toma del poder*, notable documento. Y la juventud peronista iba creciendo. Yo iba al Colegio Nacional, después dejé el Nacional cuando empecé a militar ya activamente.

Fue un golpe muy duro el fusilamiento de Trelew, fue un golpe muy duro realmente. Había un clima político, de movilizaciones constantes en ese tiempo en el país a partir del Cordobazo que ni se sabe (yo te estoy hablando como si fueran puntuales, aislados). No, era una continuidad absoluta, movilizaciones en la calle, estudiantiles... yo, por ejemplo, el primer acto relámpago que participé, que era un pibe, fue el 17 de octubre (el 17 de octubre y el 26 de julio eran los días de acto relámpago). Y el primero que fui yo se hizo en Plaza Italia. Fue muy notable porque, la FURN fundamentalmente lo organizó y fuimos pibes de la JP de distintos lugares. Muy gracioso porque se sabía que estaba la cana con perros, ¿no es cierto? Y a un compañero se le ocurrió enjabonar un chanco y que corriera... digamos: los perros están entrenados para todo menos para no atender a un chanco, y como el chanco estaba enjabonado era imposible agarrarlo, para los perros y para los hombres, y eso hizo que buena parte de los perros... bueno, sucedían una cantidad de cosas así. Imaginación popular para evitar que la represión cayera.

Poco más, después de los fusilamientos de Trelew y casi con ese 17 de octubre, empieza la campaña del "Luche y vuelve" en La Plata. Una campaña que no tenía que ver el PJ, no tenía que ver la CGT, era la Juventud Peronista y... yo trabajaba acá y no sabía lo que estaban haciendo en el barrio del cementerio, y los de cementerio no sabían lo que estaba pasando en el centro, y los del centro... estaba todo desarticulado, en general, los jóvenes peronistas. Pero ya, digamos, hay un momento muy importante organizativo cuando el 17 de noviembre del 72 con el retorno de Perón. Ahí la convocatoria era una y aunque en general nadie se conocía, pero fue un buen momento para establecer relaciones. Yo conocí gente y acordamos cosas con compañeros... yo era un pibe... acordamos... estaba ahí, digamos, no es que era un dirigente.

A partir de ahí empezó oficialmente el trabajo en la juventud peronista a través de la unidad básica Evita, que fue en Los Hornos creadora de muchísimas otras unidades básicas. Funcionó mucho tiempo, bah, hasta el golpe, en realidad hasta el año antes al golpe, en 153 entre 66 y 67. En ese tiempo funcionaba la (fábrica) Ripol... era otro barrio. Yo viví mucho tiempo en Los Hornos. Lo que estaba era la escuela, y atrás de la escuela había una villa... el movimiento que existía era inmenso, en el sentido de la movilización. Vine el 11 de marzo del 73...

En cierta manera, ya que hablamos de la clandestinidad, se movían un poco a la sombra de ese régimen porque todavía estaba proscripto el peronismo.

Claro. Pero era muy liviano, fijate que la unidad básica era clandestina, todo el barrio sabía que estaba ahí la unidad básica pero no es que tenía un cartel ni era oficial. Mi viejo también, andaba en reuniones para un lado, para el otro, mis tíos que habían estado presos... pero no había más que un cierto cuidado, era algo que estaba en el aire, era un mundo diferente al que vivimos ahora, completamente diferente. Y había una politización inmensa en toda la población. Este tipo de cosas eran muy comunes y aceptadas, había un cuidado por la gente que estaba militando.

Bueno, con los jóvenes ya la cosa se profundiza, porque nosotros, siguiendo los lineamientos de Montoneros, empezamos a trabajar por el socialismo nacional, planteando la toma del poder y el socialismo nacional, ideas que nos venían del Viejo también. El Viejo fue el primero que empezó a hablar de socialismo nacional, y la juventud maravillosa, y de las formaciones especiales que eran los Montoneros... después el Viejo, atendiendo a razones de lo que se estaba viviendo en América del Sur, de la sucesión de golpes de Estado él entendió (esto lo estoy planteando desde mi punto de vista) que la cosa no iba por este lado y bueno, vino un enfrentamiento que nosotros no supimos resolver, él tampoco, y esto provocó un quiebre en el movimiento de liberación muy muy grande.

Perón muere. Antes, en su último discurso dice “mi único heredero es el pueblo” dando una razón muy clara, no era Isabelita, no era López Rega ni todos esos tipos que se le habían ido pegando y que y que él en cierta medida permitió. Porque era un hombre, era un tipo grande, yo lo amo, te digo, pero era un hombre grande para la época, era un hombre viejo en concepciones, no atendió a los jóvenes; él estaba más para manejarse con determinado dirigente, con el otro, con aquél, entonces le jugaba con esa forma que tenía de ser, donde había guiños, circunloquios, tiros por elevación, pero los jóvenes era la cosa de hablar de frente, y él no entendió ese tipo de cosas, hasta que al final dijo “mi único heredero es el pueblo” pero ya el desastre era muy grande.

En mi caso particular, una primera forma clandestina empezó bastante rápido y por una circunstancia fortuita, era por el hecho de donde vivía un pariente mío, era un edificio de departamentos, propiedad horizontal, y había un gran terreno en el fondo de esos departamentos baldío. Entonces, tuvimos que guardar ahí unas revistas *Evita montonera* y otros elementos más y los guardamos ahí, se hizo un pozo, estaban enterrados. No era nada... era un frasco grande de vidrio, como esos que venían de aceitunas, y se guardó ahí. Tuvimos tanta mala suerte que un nenita, que encima era hija de un comisario, se puso a jugar ahí y, a pesar de que esto estaba muy disimulado, aparte era una cosa circunstancial que iba a estar un par..., la piba lo descubre, era una nenita, pero bueno, le avisa al padre. Esto era mediados del 74. Estábamos en democracia, teóricamente no pasaban estas cosas pero bueno, se decidió que yo desapareciera de esos lugares y me fui al barrio donde yo estaba militando en ese momento que era la unidad básica Burgos Escribano, atrás de lo que hoy es el barrio obrero en Los Hornos (141 y 56, 58...). Ahí estaba la Unidad Básica Burgos Escribano, estuvo en varios lugares porque sufrió atentados.

Y yo estuve mucho tiempo ahí, viviendo en la casa de compañeros, compañeros del barrio, y no volví a mi casa por razones obvias, por un cuidado, por un peligro que no se materializó nunca pero bueno, había que tomar ese tipo de prevenciones. O sea, como le llamábamos en ese tiempo: yo levanté todas mis actividades y relaciones.

¿Vos solo? ¿Tu familia?

No, no. Mi familia no. Porque en ese lugar no había una... Yo he vivido mucho tiempo con mi abuela y esa era la relación familiar que había. El problema era por el otro lado, por mi viejo, por mis tíos que, bueno, en democracia no estaban corriendo ningún problema mis familiares.

Pero yo, debido a esas circunstancias, la organización decide que yo me vaya, o sea que fue una circunstancia muy especial porque yo estaba en La Plata, pasaba con el micro por el barrio, miraba con algún lagrimón la casa, pero no podía estar ahí, simplemente por esta situación.

Después, a comienzos del año 75, comenzaron a andar patotas por los barrios. Como un año antes del golpe. Allá, por el barrio de la Burgos Escribano, había una villa muy grande de paraguayos, villa, no era una villa, era un barrio de paraguayos, en realidad no era una villa, en su mayoría eran albañiles que se estaban construyendo la casa, no tenía las características de villa. Sí había habido una villa inmediatamente cuando terminaba el barrio obrero, que comienza en 60 y supongamos que en 57 se terminaba y había una villita que tendría media manzana. Con características que no tienen nada que ver con lo que después fue una villa. Pero me acuerdo que venían compañeros de otros lados a conocer cómo era una villa... esto es en serio, mirá de lo que te estoy hablando. Porque a pesar de todo se vivía en una crisis grande pero con pleno empleo. Yo, por ejemplo, cambié tres veces de trabajo entre el 73 y el 74 y no sabía hacer nada porque terminé como obrero metalúrgico porque, bueno, estaba la idea de la proletarización también de todos nosotros, en realidad otro mundo distinto al que conocemos ahora, era inclusive más chica La Plata, el tránsito, por ejemplo, no había las avenidas que hay ahora, estaba muy cortado todo, muchas calles empedradas: diagonal 79, la 13... Era otra ciudad, edificios bajos, parecía mucho más pequeño y aislado, más cortados estaban los barrios entre sí. Después tenías al que vivía por el Parque Saavedra, yo tenía que ir hasta el centro y del centro tomarme el 214 o tomarme el 307 hasta allá, y bueno. A mí no se me ocurría ir en bicicleta por la 66, por ejemplo, era muy difícil llegar, calles de tierra y, además, uno por ahí en bicicleta se exponía mucho.

Antes del golpe se empieza a plantear que los compañeros... ya para esa época eran pocos los que estaban en las casas, habitando las casas que los habían visto nacer, si es que había alguno. La represión empezó aquí en La Plata a los pocos días de la muerte de Perón. Justamente, el padre de Gonzalo Chaves, Don Horacio, y su hijo y el Chango Macori y el Viejo Pierini fue un notable dirigente del peronismo histórico, de la resistencia, estos dos, Pierini y Don Horacio fueron asesinados. Y ahí comenzó. A los pocos días mataron a un compañero nuestro de la JP. Y ahí comenzó un ataque sistemático a nuestras fuerzas. En todo el país, por supuesto, pero acá en La Plata en pocos días matan al Turco Hachén, a Carlos Miguel, que estaban en la Universidad, dos cuadros importantísimos del pensamiento revolucionario nacional y montoneros, por supuesto, estaban llevando adelante un proyecto de universidad justamente para la revolución.

La represión era seria. Era...

A la luz del día, digamos

Sí, a la luz del día. Muchos casos de compañeros que los mataron y los tiraron, ahora, así, con este día (13/03/2014) en Plaza Moreno. Artura Rago, un compañero que fue emblema de la UES, que lo colgaron acá, en el puente de, me acuerdo que yo tenía 16 años, lo colgaron acá en el puente de 90 y 131, un puente de fierro que hay ahí. Nosotros, en la escuela (el CEBAS que funciona en el Hospital San Juan de Dios) tenemos un trabajo ahí, en el barrio. El clima de violencia estaba pero

nosotros sabíamos que las cosas se iban a agudizar, no era una sorpresa, no era una sorpresa para nadie.

Y ocurrió algo en el mundo que fue la crisis del petróleo en el 73. La crisis del petróleo produce una inmensa masa de capitales que buscaban lugares donde invertirse. Por eso los golpes de Estado en América Latina. Y el golpe de Estado en la Argentina tuvo la violencia que tuvo por el hecho de la organización de la clase trabajadora, porque lo que necesitaban esos capitales era una economía donde no hubiera movimiento obrero organizado. Que fue lo que lograron. Y durante todos esos años, 73/74/75, la movilización y la profundización del pensamiento revolucionario en los trabajadores del país, y especialmente de nuestra región, era notable. Acá muchas de las grandes fábricas, Propulsora, Astilleros, todo lo que tuviera que ver con YPF, Hilandería Olmos, SIAP (fábricas que hacían instrumentos de precisión), estaban manejadas por los trabajadores, se había llegado a aquello, al planteo marxista de que fueran los propios trabajadores los que manejen los medios de producción. Por supuesto que con las patronales enfrentadas y todo ese tipo de cosas. Pero, esto era una cosa que sucedía. O sea, contra esta organización de los trabajadores es con la que se da el golpe.

Algo que prácticamente no se acuerda: el golpe es el marzo del 76, en octubre del 76 iba a haber elecciones nacionales. Hubo, por ejemplo, en Misiones, asesinaron, o todo indica que fue asesinado el gobernador, yo no me acuerdo su nombre ahora. Le voltearon el helicóptero. Se convoca a elecciones nuevamente y nosotros, con toda la represión encima, salimos terceros, con un instrumento que se había creado que era el Partido del Peronismo Auténtico. Entonces, los milicos calcularon “estos, en unos meses más hay elecciones y van a tener un fuerte posicionamiento político”, con diputados y todo. Entonces, esto es lo que no se sabe, parece que fuimos unos locos, falopeados, que por el hecho de la violencia misma llevamos adelante estas cosas. Montoneros sabía, no cuándo iba a ocurrir el golpe ni los pasos que se iban a dar, pero sabía de estos cambios profundísimos que se estaban dando en el país. Y el Rodrigazo, en el 75, fue la muestra de lo que querían hacer. Nosotros lo vimos claramente, también lo vio el Partido Revolucionario de los Trabajadores, ERP; y otras organizaciones como Poder Obrero, Vanguardia Comunista, te las nombro por su conducta tan digna ante la dictadura. Hubo otras agrupaciones que, como el Partido Obrero, tuvieron una actitud cobarde y miserable, y Altamira viene de esos tiempos, que decididamente de golpe deciden desaparecer. Se preservan. Ellos han tenido... poquitos. No es que se cuenta por los muertos, pero a ellos no les pasó nada en líneas generales, y nosotros continuamos adelante con el proyecto, a la muerte de Perón, de reconstruir el peronismo, con lo más puro que tenía el peronismo, plantearle la lucha al imperialismo y a los poderes fácticos económicos que planteaban lo que después llevaron adelante.

El país estaba maduro para otra cosa, para un cambio político profundo que podría haber llevado claramente al socialismo, esto es lo que impide el golpe de estado y las políticas económicas que empiezan con el Rodrigazo. O sea, en la historia no se pueden leer las cosas por sucesiones de gobierno, sino que son procesos que vienen de mucho más lejos.

Acá, ya en el 57, ya hubo misiones de milicos franceses, que estaban en la guerra de Argelia, enseñando cómo torturar, cómo torturar sistemáticamente, porque no es que antes no se hubiera hecho, pero era más rudimentario, digamos, por ahí pegarle una paliza a un tipo; otra cosa es la tortura sistemática, el método psicológico, torturar a la familia, a la madre o a un hijo junto con el prisionero, cosas tremendas. Y esto a partir del año 57. Hay testimonios, hay documentos, Verbitsky ha trabajado sobre esto; hay una filmación de una francesa, la que aparece, Alcides López O'Fran, que después fue presidente de ASINDAR, donde él habla con libertad creyendo que eso era para Francia y que no se iba a ver nunca acá. O sea, nosotros sabíamos a qué tipo de cosas nos exponíamos, qué era lo que estaba pasando y qué era lo que se venía. Por supuesto que no adivinamos la magnitud que en realidad podía tener.

Pero igual se tomaban medidas que en muchos casos no pudieron ser llevadas a cabo. O sea, yo sabía perfectamente qué era lo que tenía que hacer. A mí no me engañó nadie, no me dijeron "vos vení a militar que la vas a pasar bomba". Cuando nosotros nos decidimos a desafiar al poder, desafiamos al poder, sabiendo que la respuesta del poder iba a ser durísima. Por ahí no tuvimos en cuenta la magnitud de lo que iba a ser. Pero todo el mundo sabía que tenía que tener una casa de repuesto; todo el mundo sabía que, además de tener una conducta revolucionaria, debía conseguirse un trabajo dentro del aparato de producción, de los trabajadores específicamente, debía entender que trabajar en el pueblo era la forma. Y teníamos ese viejo apotegma de Mao, que el militante tiene que disolverse, tiene que estar en el pueblo como el pez en el agua. Para nosotros no fue así porque para nosotros la represión adquirió otro tipo de características.

Pero yo te digo una cosa que a veces se olvida, por eso insisto, Montoneros no ha hablado todavía. En noviembre del 73, ya había caído Cámpora, se hace una asamblea de la columna sur de los Montoneros, de La Plata, Berisso y Ensenada y demás lugares que la integraban, con todos los militantes que había se hizo en el anfiteatro de la facultad de Agronomía. Y allí, un compañero de la conducción, el compañero Hernán Mendizábal (que después aparece en la película Infancia clandestina), como responsable de la columna sur en ese tiempo, y planteó lo que la organización evaluaba sobre lo que iba a pasar, sobre el acrecentamiento de la violencia, sobre la actitud que nosotros teníamos que tomar, inclusive se evaluaba que si la resistencia del pueblo era muy grande, si llegábamos a tomar el poder, hasta una intervención armada de los yanquis. Todo ese tipo de cosas estaban evaluadas. Y me acuerdo de una frase final del compañero: "Compañeros, como ustedes se imaginarán –no es literal, desde ya– esto va a ser muy costoso. La organización evalúa que más 95 por ciento de sus integrantes van a caer en la lucha". Mirá lo que te estoy diciendo. Y su última frase: "compañeros, el que se quiere ir se va, y el que se quiere quedar, se queda". Con lo que te quiero decir que uno sabía perfectamente. Y en una organización revolucionaria nadie obliga a nada; a vos te obliga simplemente tu ideología. Y después, cuando se fue profundizando la lucha y había tantos compañeros caídos... la memoria de los compañeros, uno no aflojaba porque había otros que no habían aflojado. Aunque tuvieras cosas que, ponéle, que dudara, uno está y permanece por la memoria de los compañeros, porque entre nosotros vivíamos en el socialismo que planteábamos para la sociedad.

Así que la profundización de todo esto nos lleva a una circunstancia elemental que es el hecho de la supervivencia a través de un método que era el método de la clandestinidad. Vos tenías que ser, siendo el que eras, el mismo, otra persona. Por ejemplo, dentro de la organización tenías otro nombre, el famoso nombre de guerra, por el que te conocían los compañeros, porque se supone que ningún compañero tenía que saber quién eras vos. Muy difícil. Sobre todo cuando vos habías estado en un frente de masas, por ejemplo en la JP, o en la JTP, o en la UES, muy difícil que esto fuera estricto, ¿no? Nadie tenía que saber dónde vivías. Y el hecho de, para aquellos que estaban por diferentes circunstancias más comprometidos, estaba la clandestinidad. Vivir en otros lugares, tomar otra apariencia, otro trabajo.

A comienzos del 76 comienzan traslados de compañeros a diferentes partes del país. Fue más masivo en la medida que pasó el golpe.

Es decir, que la clandestinidad trascendía lo operativo de la organización

No. La clandestinidad era una modalidad elemental, era una herramienta más de la lucha. Yo he conocido compañeros que estuvieron 11 años clandestinos, 12 años. Era una forma de existencia. Vos viste en Infancia Clandestina, el pibe, todo lo que le enseñan, bueno, era así.

También se ve en Kamchatca.

Sí, también, otra hermosísima película.

Ahí llama poderosamente la atención el trato, la relación con el hijo, esa especie de juego en el que tenía que entrar.

Los chicos, obviamente, por ser chicos eran la parte más débil, entre comillas. Porque al chico le tenías que hacer aprender una serie de cosas, explicarle el porqué de cosas que eran mentira... pero bueno, era por la supervivencia del grupo, que tenía otro nombre, que los abuelos eran otros... y vivía en un determinado lugar. Generalmente había documentos. La organización tenía excelente copiadore de documentos, pasaportes, todo ese tipo de cosas que se podían hacer, y sino... bueno, es muy antigua la práctica ésta de tener los documentos. Por ejemplo, en los años 70, 71 se asaltaban los Registros Civiles y se llevaba documentación que hubiera ahí, documentos que hubiera por distintas razones, que después, de acuerdo más o menos al parecido físico se les asignaba.

Qué experiencias te dejó la vida en la clandestinidad, qué vivencias recordás.

No creo que a nadie le hubiera gustado. A mí no me gustaba porque yo no podía andar por los lugares que quería. Estuve viviendo un tiempo por el Gran Buenos Aires hasta que volví a La Plata a mediados del 77. Y ya no había compañeros que yo había conocido... la represión aquí fue tremenda, rastrillos en los barrios, revisando casa por casa, fue muy grande. Yo me encontré con otra ciudad. Yo vuelvo y me encuentro con mi pareja, la madre de mis hijos. Yo había tenido otra pareja pero nada serio. Además, era muy difícil estar en pareja en esas circunstancias. Imagínate que la tarea militante era lo más importante. Entonces todo el resto de las cosas pasaban a un

segundo plano, el romanticismo por ejemplo... era difícil. Pero se hacía. Y además de eso estaba el hecho del peligro constante que significaban las caídas, las citas, ir a un lugar fulero, un lugar fulero para ir en el sentido de que siempre podía estar el riesgo de que “estuviera envenenada”, como nosotros le llamábamos, o de que hubiera estado cantada.

En mi caso, se daba la particularidad de que mi pareja no era clandestina, pero yo sí.

Pero sí era militante.

Sí, ella ingresa a Montoneros después del golpe. Pero era docente, tenía una existencia pública. Pero yo no. Entonces podríamos decir que la situación era más cómoda, porque vivíamos en una casa que era una ruina pero pasábamos... yo sabía algo de albañilería, así que mientras en la militancia me ponía a hacer algo de la casa, porque si no se me venía encima, y en esos barrios servía una pareja joven, están casados, la están peleando, ella trabajaba... teóricamente, yo preparaba programas para la radio, era guionista de la radio. Ese era el camelo.

Nuestra casa, como solían ser las casas que había, un lugar de pasaje de compañeros, eran casas militantes. O sea, no estuvimos solos nunca; siempre había un compañero u otro, que por ahí uno no los conocía en líneas generales, nunca los había llegado a conocer. Conocí grandes compañeros en ese tiempo, muchos de ellos están muertos ya.

Y, después, en el año 78 nace nuestro primero hijo. Nosotros nos casamos ahí. Nos casamos porque sabíamos que secuestraban a compañeros y hacían desaparecer a los chicos, no sabíamos la magnitud de lo que esto significaba, pero entendimos que casándonos y dándonos una figura legal, si nos secuestraban a nosotros iba a ser más fácil que a él lo rescataran. Por eso nos casamos. Y esto lo hablamos con mi vieja, que fue testigo...

Vos te casaste con tu nombre...

Eso fue con mi nombre, nombre, Marcelo Molina. Porque eso fue en el Registro Civil, todo legal. Pero, bueno, yo salía de ahí, cruzaba la puerta y era el que había sido antes.

Mi hijo también se crió en ese ambiente de clandestinidad. Hasta él tuvo un nombre de guerra, que era el Topo... es muy gracioso. Ahora tiene más de 30 años el Topo. Y lo criamos... o sea, nosotros vivíamos militando. Toda la discusión política, digamos, trataba de creer que la victoria estaba próxima, que había que continuar luchando, uno no debía caer en vicios del sistema; el hecho de la solidaridad, la generosidad, ser una persona parca en todo, en el comer, en el beber, uno estaba para la revolución. Los derroches no eran permitidos, el cigarrillo tampoco. Toda una serie de pautas que a nosotros nos parecían muy importantes en aquellos tiempos. Yo inclusive dejé de fumar, mi compañera no había fumado nunca. Y a nuestro hijo lo criamos muy duramente, muy duramente. Porque éramos, como se decís en ese tiempo –después, hoy, ha tomado otras características la denominación–, éramos muy troskos. Creíamos en lo que estábamos haciendo, estábamos convencidos de que estábamos para la revolución. Y a él lo criamos muy duramente, casi sin juguetes, nunca se le festejó un cumpleaños hasta... por considerarlo una especie de debilidad del sistema. Aparte estábamos clandestinos. Se le podía hacer una fiestita, pero... a los 5

años recién se le festejó su primer cumpleaños porque mi madre estaba muy enferma –después murió de cáncer– ya habíamos restablecido contacto con ella. Ella dijo que quería hacerle una fiesta a su nieto y, bueno, como mamá estaba enferma accedimos y se le hizo una fiesta a mi hijo, pero una fiesta muy muy constreñida en cuanto a los invitados que vinieron.

Y siempre hablamos con mi hijo que a él le resultó muy duro... pocos juguetes... era difícil. Una vida llena de austeridad, llena de situaciones humanas por otra parte, pero esto es lo que tenía que ver con la certeza del triunfo, el sistema no debía debilitarte, esta era la lucha y el camino que nosotros habíamos elegido.

De todos modos, a los 5 años, fecha de la fiesta, la celebración ya fue en democracia

Esto fue en el 83.

Después de la primera contraofensiva en el 79 nosotros ya quedamos aislados. Cayeron una serie de compañeros y... o sea, cayeron los contactos que nosotros teníamos con la organización. Y estuvimos solos mucho tiempo. Y siempre recuerdo: el ambiente en La Plata para mí se había transformado tan opresivo que a mí me daba la sensación de que a veces me costaba respirar, una cosa psicológica, obviamente. Entonces decidimos irnos del país. Yo nunca estuve de acuerdo, por eso no me fui del país cuando otros compañeros sí lo hicieron; pensaba que había otras circunstancias, me pude acomodar. Y fue una larga evaluación con mi compañera dónde nos íbamos; ella tenía contactos como para irnos a Cuba, no pensábamos irnos a Europa ni a ningún lugar donde no fuera, donde se pudiera construir. Finalmente pensamos “pero en Cuba está todo hecho” y nosotros éramos revolucionarios. Entonces nos fuimos a Nicaragua. La idea era irnos los todos, los tres, lo que pasa es que finalmente pude irme yo solo para ver cómo estaban las cosas y después volví y nunca pudimos irnos en definitiva.

A partir del 82 ya la situación había aflojado un poco, en líneas generales, aunque seguía habiendo, la organización seguía teniendo pérdidas y haciendo actos políticos igual... Me refiero para el conjunto de la población un poco más aliviada, nosotros tuvimos pérdidas muy importantes en el sentido de la calidad de los compañeros que cayeron. Por ejemplo, un acto político notable fue el 16 de diciembre del 82 que se hizo una marcha por la democracia, después hubo una represión de la gran puta, una lucha y la juventud peronista estuvo peleando horas, horas en Plaza de Mayo y los alrededores, bueno, eso ya es parte de otra historia. Están las fotos que se ven de nosotros, nosotros digo como Juventud Peronista, era la JP de la matanza entiendo, levantando las vallas –era una foto notable– golpeando las puertas de una de las ochavas de calle Rivadavia. A los pocos días perdemos, porque había participado ahí, al Turco René Haidar que fue un gran amigo y compañero, el Turco estuvo trabajando mucho en esta zona, fue uno de los sobrevivientes de Trelew. El último que quedaba de los tres sobrevivientes, de Maria Antonia Berger y el compañero Camps que habían caído...

Después, a mediados del 83, un poco antes incluso, lo secuestran a –la banda de Pati–, matan al compañero Carlón Pereyra Rossi, quien era conducción de Montoneros. Hasta –te digo– unos

meses del año 84 hubo dos intentos de secuestro para/contra mí, contra nosotros, contra Montoneros. Ya en plena democracia.

A partir de la democracia, a partir de que gana Alfonsín, digamos así, yo hice dos cosas, que no he vuelto a retomar: dejé el reloj y el documento. El documento nada más cuando tengo que hacer un trámite o cuando voy a votar... Nosotros teníamos el reloj metido en la cabeza, porque cuando había una cita de contactos se esperaban 5 minutos, y después chau. Si el compañero no llegaba a los 5 minutos... no como hoy, que todos los relojes parecen de goma, por la hora que marcan los celulares son de goma, pero en ese tiempo era de una estrictez absoluta porque implicaba poner en peligro, o sea alguien que no venía en ese tiempo es alguien que cayó, y por lo tanto había que mover todo un mecanismo avisando de que es alguien... Está bien, había otros controles posteriores, no era el primero el definitivo. Había que estar siempre contabilizando el tiempo, siempre en estado de alerta. Vos habrás visto documentales de los milicos parando micros, y bajando... bueno, eso fue lo habitual durante muchísimo tiempo, muchísimo tiempo. Tanto que mi mujer fue de vacaciones, ahora, con dos de mis hijos, y pasaron por Bogotá, Colombia, y uno de mis hijos, uno de las más jóvenes, tiene 21 años, le dice "mamá, pero esto es una ciudad militarizada". Y a mi mujer no le había llamado la atención que hubiera milicos por todas partes; tan habituados nos tenían a ese tipo de cosas que parecía parte de la normalidad, las cosas objetivas que quedan en la mente de las personas.

Esa es otra de las cuestiones que abordamos, que tenemos la intención de abordar. ¿qué resabios o qué elementos de ese pasado en la clandestinidad aparecen hoy? O no están, pero quizá surgen en algún momento como el que me acabás de contar, por ejemplo.

Esto es bastante reciente. Esto más que con la clandestinidad tenía que ver con el hecho de la seguridad, que yo perdí hace unos años. Pero no tantos años. Era ir caminando a contramano de los autos, siempre los autos que vinieran de frente, caminar por el centro de la vereda, hacer contraseguimientos, es decir, ver si te estaban siguiendo, mirando disimuladamente por supuesto. Ese tipo de cosas quedaron por muchísimo tiempo. El hecho de la precisión, de la puntualidad, eso era una cosa fundamental.

Yo vuelvo de Nicaragua y, al poquito tiempo, te diría a los 10 días, un nuevo contacto con la organización, justamente con Gonzalo. Lo encontré en la calle. O sea, yo después me reintegro, ya la organización tenía otras estructuras distintas. Yo me reintegro y otra vez comienza el trabajo con los compañeros. A mediados del 82 se abre El ateneo Eva Perón, que funcionaba en Plaza España en ese tiempo, y fue un faro para una cantidad de militantes, jóvenes en su mayoría, chicos. Y bueno, ya nos abrimos a la vida política y a la política de masas, fue una gran discusión para la organización: si era para la formación de cuadros, que era lo que se había pensado durante tanto tiempo, o la política de masas... bueno, una gran discusión que no vamos a tocar ahora.

Pero ya la vida era... estaba la dictadura, vos seguías manejando este tipo de cosas de la clandestinidad. Por ejemplo, en el año 83 hubo internas en el PJ y nosotros participamos, era la lista 372. Pero para eso había que afiliarse. Yo, por ejemplo, no había podido votar nunca. Voté recién en el 83. Y la mayoría de los compañeros tampoco había podido votar. Entonces no

estábamos afiliados a nada. Teníamos que llenar las fichas de afiliación y, entonces, cada uno llenó su propia ficha de afiliación para que, por ejemplo, vos no conocieras cuál era mi verdadero nombre... cosas que hoy parecían ridículas, pero que en ese tiempo lo parecían ridículas. No parecían ridículas para nada. O por ejemplo ir a un acto y todos, en un papel, poníamos todos los datos reales, documento, nombre, todo, y había un responsable que se quedaba con todo, que era el pie, ése no iba a ningún acto o movilización. Si pasaba algo, bueno, ya sabían... después se destruía ese tipo de cosas.

Una forma de vida muy disciplinada, que a mí me ha quedado... yo me siento más cómodo estando así (hoy) pero... un orden que a mí me resulta muy cómodo pero que a mí me ha llevado a pilas de contradicciones con mis hijos, por ejemplo.

¿Hay reclamos? No solamente de ellos, sino de tu entorno...

Sí, lo hay. Lo ha habido. A mí me cuesta mucho vivir en este tiempo; mirá que hace tiempo estamos en democracia, tengo mi trabajo, salgo de vacaciones, amo la vida cultural... pero es como si estuviera teniendo un mundo que no me pertenece. Aunque, tal vez, en años he vivido más en este tiempo que en los años en cuando la militancia dentro de la organización. Y eso sí para mí es costoso, eso es muy costoso. Y deja señas este tipo de cosas. Yo planteo discusiones, por decirlo así, muy troskas, que la familia no participa, no acuerda. Y bueno, por ahí me paro y dejo de hablar porque me doy cuenta que no tiene sentido; son otros tiempos, otras vivencias. Sí, varios de mis hijos son militantes también, de este lado, están en agrupaciones llamadas kirchneristas, pero es otra cosa.

Yo voy a hablar a agrupaciones sobre hechos históricos, cosas así, y es otra cosa, es otra cosa: empiezan a cualquier hora, se distraen... yo me crié en un tiempo donde se bebían las palabras de quien estaba hablando. Porque existía, entiendo yo –no te estoy hablando solamente en la Juventud peronista o en los Montoneros, entiendo yo en las agrupaciones revolucionarias– un ansia de cambiar. Y el hecho de lo que había conceptualizado el che, “el hombre nuevo”, estaba muy metido en nosotros, pero muy metido. No en el sentido de ser el mejor, en el sentido capitalista. No. Sino ser un hombre nuevo, una mujer nueva, liberarte de pijoterías, de mezquindades, ser el mejor posible. En la escuela secundaria, en la UES, en la JUP, en la Universidad el lema era el mejor militante es el mejor alumno. Nosotros tenemos pilas de compañeros... cuando vos veas o por ahí leas, fijate en algún diario, los compañeros salieron medalla de oro acá, medalla de oro allá... o sea, no te digo que esto fuera siempre así, porque de hecho la militancia te obligaba a dedicarle poco tiempo al estudio, pero había una convicción de que había que ser un ser humano mejor, profundamente solidario y un ser humano mejor; no arrastrar las lacras del capitalismo: el egoísmo, la vanidad, ese tipo de cosas.

Hoy está un poco más... en sí son parámetros de la sociedad completamente distintos y feos en muchos casos... pero bueno, son cosas que, indudablemente creo que para ser un mundo distinto y mejor hace falta una gran disciplina en este sentido, en querer cambiar, en querer cambiar cosas que son fuleras como para hacerte feliz. Porque también creo que una de las cosas importantes es

la búsqueda de la felicidad, muy difícil de alcanzar, pero... digamos, a través del egoísmo, nunca vas a llegar a ser feliz.

Vos hablás de la búsqueda de la felicidad y del compromiso militante, ¿para vos cuáles eran esos pequeños triunfos durante la clandestinidad? Y esto, volviendo a lo del principio, tratando de escindir ese macro marco en el que estaban metido.

Y, por ejemplo, lograr las pautas de funcionamiento que uno tenía desde que se levantaba. Hacer ejercicios, un orden cerrado que uno hacía en su casa, gimnasia, que yo hacía muchísimo tiempo, comer lo suficiente y comer sano... como verás, por mi panza, ya no estamos en esos tiempos... nosotros teníamos que hacer evaluaciones de dónde estábamos viviendo, de la percepción que teníamos de la sociedad de acuerdo a donde actuáramos y eso implicaba un documento, que nosotros teníamos que hacer. Esos eran triunfos, nadie nos obligaba a hacer eso. Como en una organización revolucionaria te conocen por el nombre, te vas cuando querés, dónde te van a ir a buscar, quién te va a ir a buscar. Por eso también ha habido mucho cuento, los castigos a los que se iban... no, eso no, en una organización revolucionaria vos te quedás porque querés y si te vas te fuiste. Nadie te tiene que ir a buscar ni te va a ir a buscar porque tampoco sabría a dónde, ni cómo hacerlo.

Pero eso tiene que ver con triunfos, tratar de ser un ser humano mejor física y mentalmente. Nosotros festejábamos, por ejemplo, los 26 de julio y 17 de octubre, ¿cuál era el festejo? Generalmente no teníamos un centavo, el festejo era leer, leer sobre historia, documentos que pudieran venir a ese fin, analizarlos, leer literatura...

Tenían que desenterrarlos...

Esos eran triunfos realmente. Esos eran triunfos personales. Yo lo estoy, yo lo racionalizo ahora que vos me hacés la pregunta, pero no eran cosas que uno pensaba, no era como que se dada... era como "levántate y lávate los dientes"... lo que pasa que nosotros teníamos una idea de hombre y de mujer que pasaba por un ser revolucionario, que se suponía que vos arrancabas –si se me permite la expresión– con un hándicap mucho más alto que la mayoría.

Yo, por ejemplo, antes de irme a Nicaragua, estando durante la contraofensiva, yo tenía una semi/plena clandestinidad y tuve un trabajo en una empresa, acá en La Plata. Y yo veía claramente cómo había cambiado la situación. No era una empresa que tenía que ver con la producción, era una empresa que tenía que ver con el financiamiento, con los seguros y ese tipo de cosas, pero yo veía la mierda que había ahí. La mierda tanto de un lado del mostrador... tus propios compañeros de trabajo; no es que fueran cagadores con vos ni entre ellos, sino que estaban "la guita, la guita, la guita", inversiones, "me compro esto y vendo lo otro"... una cosa que a mí me parecía muy extraña. Si bien yo no tuve problemas ahí, trabajé cerca de 9 ó 10 meses, no tuve problemas en líneas generales pero me afectó mucho el ambiente. Y los que venían del otro lado, los clientes; tipos que venían a hacerte drama porque no le habían conseguido la pintura que ellos quería, qué se yo, querían rojo para su auto y habían conseguido un carmesí; me acuerdo un tipo que venía siempre porque no le habían conseguido la pintura rojo marisco que quería para un auto. Rojo

marisco. Estaba enloquecido. Y esas cosas a mí me afectaban, decía “puta madre, qué mierda”, porque uno palpaba con ese tipo de cosas de la sociedad.

Dos cosas para terminar. Dentro de esos reproches que vos decís que te señalan, hoy, cuáles son puntualmente.

Yo creo que vivimos en una sociedad hipócrita, mentirosa, que es producto del trabajo político basado en el terror que hizo la dictadura; y el miedo es una cosa que existe, por eso la derecha está con la cosa de la inseguridad, la inseguridad, la inseguridad, mirá las movidas ahora de Masa... hay un miedo latente. Yo lo veo aquí, en mi escuela, donde trabajo, que hay cosas que podrían hacerse y no se hacen por temor, que no se dicen; y una parte de la falta de acompañamiento a medida... yo apoyo claramente a este Gobierno, tiene que ver con una percepción de que va profundo, y quiere ir más profundo, y quiere ir más profundo y eso implica tocar el poder y, bueno, por eso la reacción del poder.

A mí me cuesta mucho plantear el hecho de algún reproche porque yo formé parte de la Organización hasta que se disolvió, o sea soy responsable de todas las cosas que pasaron, de las cosas buenas y de las cosas malas. Creo que fue una lectura equivocada la que se hizo en cuanto al enfrentamiento con Perón, y en cuanto al hecho de lo que le llaman el militarismo de la Organización. Ahora, había circunstancias que llevaban a creer que esto estaba bien, no es que fue un capricho. O sea, el enfrentamiento con Perón, Perón no da las respuestas que se planteaba, se apoya en la derecha, y esto se vivía en el pueblo, no es que nos pasaba a los militantes. La famosa movilización del 1° de mayo del 74, no es que los Montoneros y la Juventud Peronista dijimos “en desacuerdo con los discursos nos vamos”. ¡Era la gente de los barrios! Yo me acuerdo que mis compañeros de acá, de Los Hornos, cuando empezaron a escuchar esas... ¡se dieron vuelta y me empujaban a mí! ¡Yo no entendía qué pasaba! Y en los primeros momentos “no, compañeros, no”. Era una cosa sorprendente y de pronto vos ves que son todos los que hacen eso. Y ahí te das cuenta. Entonces nos fuimos. Era todo un pueblo el que estaba en este tipo de cosas.

Me acuerdo que íbamos a la casa de los compañeros de los barrios, nos juntábamos con ellos a hablar todos los días, y estaba hablando Perón en el discurso de la CGT, me acuerdo, un mes y medio después (del 1° de mayo), y nosotros estábamos hablando, tomando mate en el patio, y los pibes jugando a la pelota; estaba hablando Perón y el televisor prendido solo. Cuando antes, años antes, venía un mensaje de Perón y venían negros de todas partes, aunque fuera un mensaje de diez palabras. ¿Entendés lo que te digo? O sea, dentro de la parte trabajada políticamente había una percepción seria de que el Viejo estaba haciendo las cosas mal. O sea, que eso era una circunstancia que hacía ver un tanto equivocadamente e impulsaba esta idea del enfrentamiento que, en realidad, no fue tal como enfrentamiento, sino plantear cosas que tenían que ver con la construcción política que había pretendido hacer Perón y que nos invita a nosotros a participar. Fue, en líneas generales... golpe acá, golpe acá, golpe allá, el Viejo piensa “bueno, si seguimos profundizando va a haber golpe acá; entonces, lo que vamos hacer es bajar los decibeles”.

Yo me refería más bien al círculo íntimo, personal, de los reproches.

Me reprocho, a esto le podríamos llamar reproche, el hecho de –porque después tuve otros hijos que nacieron ya en democracia y vivieron de otra forma–, me reprocho esa parte de la infancia que le saqué a mi hijo. Lo hemos hablado miles de veces. Después se convirtió, que le debe haber sido jodido, en un bohemio, andar sin ataduras de ninguna especie... esa parte sí, siento que es como un reproche, que me hago yo mismo. Ya pasó, son cosas superadas. Tal vez, si las cosas volvieran a darse de esa manera volvería a hacer lo mismo, no sé, no sé. Pero dadas las circunstancias de la época que se vivían, era así, tenía que ser así. No tenías margen para hacer otra cosa. Aparte no teníamos un centavo, entonces no podías hacer... apenas alcanzaba. Aparte necesitábamos plata para mil cosas y si vos querías seguir militando era la Organización la que... cada uno se tenía que bancar la forma de seguir militando.

Y está sí, para cerrar, concretamente, qué –entre tu vida antes de la clandestinidad y durante la clandestinidad, en ese pasaje–, qué continuidades encontrás y qué rupturas encontrás entre esos dos momentos de tu vida.

Las rupturas ya las dije, tienen que ver con los documentos y el reloj, y el “cuidarte”, entre comillas, de andar en la calle. Te digo, una cosa que hoy podría parecer patológica y que en ese tiempo no lo era, yo iba a un lugar –y en parte lo sigo haciendo, a veces lo hablamos con algún compañero y nos pasa lo mismo– ir a un boliche y sentarte al fondo y mirando la entrada. Siempre. Una forma de tener cubierto todo el boliche; o sentarte en el micro en el último asiento, para cubrir todo el micro. Eso pasa casi automáticamente. Entrar a un edificio o alguna cosa así para algún trámite y ver los lugares de escape; la cosa, no es que vos estás... no, es que te surge naturalmente como es tal el ejercicio que uno hizo que lo hacés prácticamente sin darte cuenta. Y una cosa que me jode ferozmente, y que no puedo solucionar, es que el auto que tiene la familia, cuando vos abris la puerta se enciende la luz, que es una botoneada terrible. A quién le pasa eso... Es un loco el que hizo eso; estabas en la oscuridad y trácate, la luz prendida y vos. Una cosa que no me la puedo sacar de la cabeza.

Estas como rupturas... ¿y las cosas que pudiste seguir haciendo?

Lo que pasa es que yo nací en una familia peronista que fue golpeada, así que desde muy chiquito tuve una serie... de vivir esta violencia que se ejercía sobre el peronismo, en este caso sobre nosotros. No sé, eso te va dando como una forma... no es que yo llevé una vida tan, tan distinta. Era una familia de trabajadores, peronistas, siempre había discusiones políticas. Era una vida familiar, completamente natura, venían amigos, había folklore, se cantaba. Esto después también lo hice durante la militancia y, bueno, después cuando las cosas se fueron endureciendo... qué sé yo, el amor a los libros, a la música, esto en mi casa se cultivó y yo lo mantuve siempre. Tardé dos años en armarme un tocadiscos Galileo; y me acuerdo la emoción cuando pude escuchar el primer disco armado, y esto fue antes de irme a Nicaragua. Y, con un esfuerzo inmenso, pudimos comprarnos una radio, una Tonomax Siete Mares, y pude escuchar en la Tonomax la entrada del Frente Sandinista el 19 de julio en Managua. Esas son cosas inolvidables. Absolutamente inolvidables. Absolutamente inolvidables.

Entonces, fundamentalmente no hubo demasiados cambios. Más que después vos podés comer bife de chorizo... o tomar champagne.

Entrevista a Ricardo “Pancho” Molina

Primera Entrevista

Fecha: 19/03/2014

Lugar: La Plata

En aquella época, me acuerdo, que todos hicimos trabajo en las villas como parte de la misma formación política y de encontrarse con el pueblo. Yo estuve en una villa que quedaba por 153 y 79, frente a la cárcel. Me acuerdo que un vecino, por alguna controversia, nos planteaba: “Para uds venir a ayudarnos es simple, porque ustedes a las 6, 7 de la tarde se van. Nosotros nos quedamos”. Y esa misma lógica se daba en la represión, cuando se da el pase a la clandestinidad de las organizaciones; en mi caso, que era una figura reconocida por la actividad sindical — miembro del cuerpo de delegados de Kaiser (hoy, Aluar) e integraba la comisión interna— podía pasar a la clandestinidad. Y nosotros, ante las primeras bajas, nos replegamos pero los trabajadores tenían que seguir laburando. Vos podías retirarte, pero eso significó un corte abrupto en la política; vos podés pasar a la clandestinidad, pero el pueblo no puede. El pueblo tiene que seguir trabajando, viviendo en el barrio.

Y siempre recuerdo lo de aquél vecino, porque es cierto: A las 6 de la tarde vos te vas, pero yo me quedo. Es una contradicción que cómo la resolvés; vos podés ir a vivir a la villa, a trabajar a la villa, pero vos no sos de ahí.

Hay tantas formas de pensar este recorrido militante. Ahora que estamos hablando del trabajo en la villa, —y corremos el eje porque te voy a preguntar sobre un debate que tiene que ver con la praxis política, con debates históricos— se me ocurre pensar en una clásica pelea que se da en el seno del movimiento peronista cuando los “viejos peronistas”, lo que sería la primera Resistencia, le recriminan a Montoneros ser una vanguardia; querer una revolución sin pueblo, porque ellos consideraban que el pueblo era peronista y no quería saber nada con que le hablen de Socialismo Nacional.

Hay varios aspectos para analizar ahí. Primero, el nacimiento de Montoneros es peronista; su primera acción política-militar es el secuestro de Aramburu. Eso te da la pauta de la pertenencia política de Montoneros en aquel momento histórico.

Claro. Y, como acto de justicia, enarbola la imagen de Evita, símbolo de Montoneros y resistida —o, mejor dicho, relegada— por la derecha peronista.

Y sí, por la batalla de instalar a Estela Martínez. Es evidente que para la gente que cubrió la primera resistencia del peronismo fue muy difícil comprenderlo y, por el otro lado, para nosotros —que, en ese momento, teníamos 25 años— también fue difícil. Digo, no podemos escapar de la generación que vivimos.

Mi hermano mayor era militar. El día del secuestro de Aramburu, estábamos en la casa de mi viejo tomando mate cuando vemos el comunicado que sale por televisión y me acuerdo que mi hermano, que era un peronista ortodoxo —propio de la formación en la Marina—, que había estado preso durante el Plan CONINTES, que había defendido la base naval de Río Santiago cuando se produce el golpe de 1955, escucha el comunicado y dice: “Esos son peronistas. Mirá lo que hicieron. Bien, carajo!”. Ese fue el comienzo, después la historia tiene otro final; transita por otras contradicciones.

Una vez, ya durante la democracia, en el anfiteatro de la UOCRA, vino a dar una charla un compañero del Frente Farabundo Martí.

—¿Comandante, cuántas batallas pierde el pueblo antes de la toma del poder?— le pregunta un estudiante. (Piensa Ricardo, socarronamente, mirá que pregunta hija de puta).

—Todas... menos la última— responde, luego de pensarlo y medir las palabras.

Hay avances y derrotas. Yo estuve detenido-desaparecido, preso en comisaría, preso en la Unidad 9, exiliado y vuelto a reingresar al país. En algún momento de la historia, hablar de estos temas era imposible hasta en la mesa familiar; incluso en la familia, había cosas que no se hablaban o, si se hablaban, se hablaban de forma muy superficial salvo que uno ya supiera que contaba con interlocutores con pensamientos afines. Si no, no se hablaba ni de los desaparecidos. Así de profundo había calado el terror que nos habían impuesto como sociedad. Había presos en cárceles, presos en el exterior: los exiliados, y presos que caminaban por la calle; era un campo de concentración el país; era el lavaje de los chicos que iban a la educación primaria y secundaria.

Ese silencio, ¿no habrá sido, de alguna manera, la manera que encontró la sociedad de lavar culpas; la sociedad que antes se había refugiado en el “algo habrá hecho”?

En el contexto histórico de los pueblos, el pueblo retrocede ante el avance del poder represivo de un régimen; retrocede hasta un punto donde retoma valor la ofensiva popular, aprovechando también el desgaste de las fuerzas opresoras.

Antes de la guerra de Malvinas, Gonzalo nos consigue a mí —que estaba preso— y a otro grupo de compañeros visas del gobierno de Bélgica; entonces, viene a la Unidad 9 el embajador de Bélgica a entrevistarme; estábamos en una oficina, yo me imagino que llena de micrófonos y me pregunta si había sido torturado y yo le dije que no —obvio, que le iba a decir en ese contexto—; me otorga la visa, mi familia hace todos los trámites, pero un día me informa Harguindeguy que la visa había sido denegada por la dictadura argentina porque decían que Bélgica y Francia eran la cuna de la campaña de desprestigio del gobierno. Me quedo preso y sin saber para dónde agarrar.

Después de ese intento frustrado, a un militante de una agrupación socialista de Berisso lo vienen a ver de la Embajada Norteamericana —en ese momento, estaba Carter y Patricia Derian, que era la encargada de los asuntos latinoamericanos, tenía relación con sectores de la izquierda—, cuento mi situación y se predisponen a buscarle una solución para mi caso; al poco tiempo, me ponen en libertad vigilada, fijando domicilio en la casa de mi viejo y presentándome a firmar día por medio la planilla de presencia en el edificio de inteligencia de la policía de la provincia. Yo no podía abandonar la ciudad sin permiso y, a través de una gente conocida, comienzo a hacer consulta sobre mi trámite de visa.

Cuando termino con la libertad vigilada, me entrevistan dos marines; les dije que había sido torturado, pero que no tenía conocimiento sobre cuáles habían sido los lugares de detención; me preguntaron cómo se llamaba el responsable del centro y, cuando le dije que se hacía llamar el francés, se miran entre ellos como diciendo “a éste lo conocemos”.

Al final de la charla dicen que van a evaluar la situación y que tienen que hacerme dos preguntas importantes para ellos: Qué va a pasar con el Peronismo y con Montoneros pero, especialmente, con el Peronismo; yo, guitarra y bombo, que querés que le diga si eran la CIA. Ellos ya sabían que yo les iba a mentir, pero también sabían que yo era peronista, que con el trapo rojo no tenía nada que ver. Esa entrevista, fue en el interior de un auto grande, con las banderitas de EEUU estacionado en 31 entre 79 y 80; calle angosta. El Micro 61 pasaba con una rueda sobre la vereda de lo ancho que era el vehículo. Le manifesté mis miedos por las presiones y apretadas, que no estaba para quedarse; sin plata, sin trabajo, con una hija chiquita. Uno de ellos me dice que de la persona que dirigía el centro clandestino no me preocupe: “nosotros tenemos conocimiento de esos cuadros, los formamos nosotros”. Una semana después, empezamos el trámite de visado; fuimos 49 refugiados políticos protegidos por el Servicio Mundial de Iglesias, un organismo internacional en el que confluían la Iglesia Católica, la Iglesia Protestante y la Iglesia Judía. Cuando llego a EEUU, ya había asumido Reagan y acaba con las garantías que nos habían ofrecido; sólo me quedó el apoyo de una Iglesia Bautista que me dio lugar en la casa de un argentino, me buscaron trabajo y empecé a estudiar el inglés en una escuela pública.

Conmigo en el exilio, a mi familia ya no la molestaron aunque sabíamos que se mantuvo cierta vigilancia sobre la casa y se planteaba que, los servicios de inteligencia, tenían planificado mi nuevo secuestro. Lo sabemos porque, después de la dictadura, cuando la ley 24.043 estipulaba un resarcimiento, yo inicié los trámites y me encuentro con que en Migraciones no había papeles sobre mi salida y regreso al país. Yo no estaba.

No estaba. Ni vivo ni muerto.

Exactamente como dice Videla: Ni vivo ni muerto.

Provengo de una familia peronista. Mis dos hermanos fueron presos CONINTES en el 60; a mi hermano de la Marina casi lo fusilan por sus antecedentes peronistas, que contrastaba con la intransigencia de Rojas que no podía permitir eso en su propia fuerza. Salen en el año 63 con una amnistía del gobierno de Illia.

Mis viejos vivían en el campo, en la zona de Flores, pero deciden venirse a Gran Buenos Aires por una serie de inundaciones (desbordes de la cuenca del Salado). Mi viejo participa del nacimiento del peronismo e ingresa a trabajar en lo que hoy es el Ministerio de Asuntos Agrarios; su origen había sido radical pero, cuando llega a la ciudad, termina participando socialmente del peronismo, toda la vida ligada a las unidades básicas.

En qué momento empezás a militar

Hago la secundaria en Bellas Artes y ya participo del centro de estudiantes, pero participo más ligado a la izquierda porque, con Perón en el exilio y la marca de mis hermanos presos, tengo ciertas contradicciones y recién empiezo a madurar la idea del peronismo a partir de los 18 años; recién, entonces, abandono cierta reticencia, cierto encono porque, de alguna manera, culpaba a

Perón y el peronismo por los dramas que vivía mi familia. Pero, al mismo tiempo, conocía al peronismo y no me cuesta tanto dar ese paso hacia el movimiento que, por otra parte, siempre había sido el movimiento que abrigaron mis viejos y hermanos.

Y el suceso de Trelew confirma ese pasaje a la militancia más rebelde; fue un golpe muy duro para nuestra generación, nos mirábamos y decíamos: “Mirá lo que hicieron estos hijos de puta”. Encima, en ese momento, ya era delegado de fábrica y por el gremio de la UOM, con lo que significaba como poder sindical el gremio. Entonces, confluyen muchas situaciones hacia lo que parecía el único camino: Tomar posición.

Mencionabas Trelew como movilizador de la generación y pienso, más allá de la generación, qué significa para vos —con la historia de presos políticos en tu familia— pensar que esos tipos estaban de vuelta.

En ese momento, mi padre había abierto una unidad básica y yo participaba generacionalmente de ese proceso, ya en 1972 era llamativo que un joven no participara políticamente. Además, la sombra del peronismo y de Perón y la posibilidad de su regreso, producía una expectativa superlativa; cosa que después no se trasladó a la realidad político social. Pero la esperanza era muy grande.

Una vez un compañero, que tenía la particularidad de analizar la historia con ciertos rasgos de ironía, decía: “Lo mejor que nos podía haber pasado era que el avión, cuando despegó de Madrid, se hubiera hecho mierda en el aire y resolvíamos el 50 % de las contradicciones. Perón terminaba como San Martín, muerto y mártir en el caballo blanco”.

Rastreando esas otras sombras, ¿cómo convivía esa esperanza generacional con esa herencia — en tu caso, familiar— de persecución, de presos políticos, de terror?

La primera vez que nosotros, como Juventud Peronista, nos cruzamos con Perón fue en una movilización en la CGT después de Ezeiza, con la derecha ya instalada en el balcón (López Rega, Osinde). Desfilamos con toda la columna de la tendencia revolucionaria, que movía mucha pero muchísima gente; cuando estamos pasando por abajo del balcón, al compañero responsable de nuestra columna—que está desaparecido—, Jorge Fernández, se le caen las lágrimas y dice: “Hace 5 ó 6 años que peleo y recién conozco al Jefe”. Fijate hasta dónde calaba la mística y cuánto habíamos depositado en Perón; además, como sujeto transformador, el peronismo era— en el pueblo— la única posibilidad de transformación político, social, productiva. Lo más próximo y real y concreto era Perón y Evita.

A Perón había que traerlo sí o sí

Más allá de la mística de Perón, nosotros carecíamos en ese momento de conocimientos que te da la propia experiencia política. Hoy, creo que el regreso de Perón fue una maniobra orquestada para contener el brote insurgente en Argentina; creo que fue la mejor jugada que hizo la CIA; ellos ya sabían que Perón venía para morirse y depositarlo en el poder era el detonante para todas las

complejidades cardiorrespiratorias que ya venía sufriendo. Pero eso, en ese momento, no lo veíamos, por lo menos, no la masa militante.

Y había que traerlo por las armas

Los espacios juveniles se habían inspirado mucho en la revolución cubana, en la resistencia de Argel, el mayo francés; había todo un contexto internacional que justificaba la acción armada, además con 18 años sin participación democrática.

Nuestra generación había asumido la violencia, porque éramos hijos de la violencia y las prohibiciones —no se puede tener la foto, no se puede cantar la marcha—.

Cómo eran esos encuentros en que desafiaban esas prohibiciones

Y sí, eran formas de resistencia; silbar entre dientes la marcha peronista o llegar a la fábrica y decir, bueno, hoy dejamos abiertas todas las canillas de agua para sabotear la producción; eran generar actos de resistencias que fueran mancomunando la opinión de la gente.

En 1972, además, hay una flexibilización en la práctica sindical y, por ejemplo, en mi caso de Kaiser, que era de capitales norteamericanos radicados en los 60, se abre la posibilidad de afiliación sindical que estaba prohibida. Y fue una respuesta masiva de los trabajadores en los sindicatos y las elecciones de Cámpora y Perón.

Y a esa militancia en las fábricas se le sumaba el trabajo barrial

Era la medianoche y recién estaba volviendo a casa, todos los días. No había tiempo, no te podías sustraer de las tareas.

Y había que vivir también, digo, el hombre atravesado por sus deseos, por la impertinencia de la juventud.

Por supuesto. La militancia termina fracturando mi vida en pareja; era imposible vivir con un militante, era muy duro. Además, en la medida que la situación se va poniendo más difícil, la violencia creciente vos la tenías que bancar con el lomo, tenías que asumir armamentos.

Cómo era la conciencia de la militancia como elección que implicaba, necesariamente, abandonar/relegar esos otros espacios.

Hay reproches, por supuesto. Siempre vivís en la contradicción; a mí me causaba muchísimo dolor no poder estar con mi hijita y hoy tenemos una excelente relación, aunque tuvimos momentos muy difíciles, pero creo que el compromiso y la posible victoria de las ideas de un país mejor, de una sociedad con igualdad de derechos, te llevaba a decir: “Esto lo pospongo por un tiempo, porque aquello tiene prioridad y es posible”. Después no fue posible, un poco la contestación del Comandante del Farabundo Martí: Las derrotas son todas, menos la última.

Y esa última lucha no llegó

No llegó en esa coyuntura, pero yo estoy convencido de que va a llegar. Y no importa si estoy o no estoy; mientras yo esté, tengo la obligación y el compromiso no sólo de dar testimonio, sino también de seguir militando. Porque para eso arriesgué 40 años de mi vida.

Pero, sí, viví lleno de contradicciones entre lo que está bien y está mal; si es justo, si es injusto. Llego un momento que, en la militancia de Montoneros, se decretó que el día del domingo era el día de la familia; esto significaba que, salvo situaciones especiales, el domingo no se hacía ningún tipo de actividad para dedicárselo a las familias. Esto cuando avanzó la represión, ya no importó, te mataban un domingo o un lunes; el enemigo no descansaba el domingo.

Hablando de la esperanza en la victoria, ¿qué veían ustedes en los barrios, en las fábricas, que los reafirmaba en su lucha? Digo, ¿qué escenas de un barrio te marcaban y te convencían de que ese era tu lugar?

Cuando se fusionan en la universidad los espacios del peronismo, se unen en lo que después fue la Juventud Universitaria Peronista; en ese momento, hubo una decisión política de que los compañeros de la universidad —por nivel de organización, conocimiento— fueran a los barrios a beber del “popolo” y que, por el otro lado, el pueblo recibiera la capacidad organizativa.

Se dieron muchas experiencias en ese trabajo, algunas muy graciosas. Un día, vamos con un compañero que venía de la universidad a la villita que les contaba; él era la primera vez que iba a la villa, no son las villas de hoy pero una villa.

Entramos en una casa y, por atendernos, la compañera de casa nos pregunta qué queremos tomar, ofreciéndonos unos mates, y el compañero le pide un café. Nosotros estábamos con un superior, imagínate, le clavó 200 puñales con la mirada. Claro, la mujer no tenía café y le dice que le puede hacer mate o un té; lo dice mal, avergonzada de no poder servirle café. Cuando salimos lo re cagaron a pedos, “pero cómo se te ocurre pedirles café, dónde te pensás que estamos” y el compañero no sabía cómo pedir perdón, que era la primera vez que estaba en una villa.

Recuerdo, también, a otra compañera estudiantes que, una vez, nos comentó: “Qué increíble. Hace tres años que voy a trabajar a la villa, siempre me vuelvo a las 10, 10 y media de la noche, y jamás nadie me molestó, nadie me robó, nadie me tocó la cola, jamás; es más, muchas veces me acompañan a la parada y esperan hasta que llegue el colectivo”. Fijate qué nivel de respeto, de comprensión por lo que nosotros hacíamos en la villa.

Mientras tanto, la sombra de la represión es cada vez más nítida, ¿cómo empiezan a sentir esa militancia marcada por la violencia; una militancia en la que se podía matar y morir?

Mariano Grondona, en su horrendo programa, hablaba hace algunos días de los chicos de La Cándida y les pegaba —yo tengo relación con ellos y, a veces, también me peleo; escuchan poco, pero es parte de la rebeldía, de la juventud. Nosotros también escuchábamos poco a los más viejos— y le preguntan, socarronamente, de manera bien hija de puta: Mariano, ¿ud cree que La Cándida sean los herederos de Montoneros, los Montoneros de Cristina? Y Grondona le dice: “Vos sabés que en la historia yo he sido casi enemigo de Montoneros; con todas las diferencias

que podemos tener, Montoneros mataban y morían pero lo hacían gratuitamente. Estos chicos no, porque le pagan el sueldo y no sé qué más.

Creo que estábamos dispuestos a la lucha, siempre. No es casualidad lo que me preguntaron los tipos de la Embajada de Estados Unidos; qué va a pasar con Montoneros y, lo que más nos preocupa, qué va a pasar con el Peronismo porque el peronismo es capaz de generar distintos frentes de batalla. Y hoy el peronismo tiene 65, 70 años de historia y sigue vivo.

La persecución, el pase a la clandestinidad, impone otra forma de relacionarse, ¿cómo atravesaron esas nuevas formas de encontrarse con los compañeros?

En el frente sindical, nosotros confirmamos esa ruptura, ese pase a la clandestinidad muy poco tiempo antes de producirse el golpe. Nosotros éramos figuras públicas; yo firmaba, junto con otros compañeros de las comisiones internas, las solicitudes públicas con la postura sobre determinados temas. Esas contradicciones eran absurdas, por ejemplo, el canca Gullo era una figura pública de la Juventud Peronista; pasar al Canca a la clandestinidad era casi un absurdo, ¿cómo hacías? Si lo conocía todo el mundo. Salvando las diferencias, en el caso nuestra era muy similar, era muy difícil poder pasarnos a la clandestinidad porque éramos caras muy conocidas en la ciudad, entonces la organización decide trasladarnos. A mí me destinan a Rosario, San Nicolás, ahí ya voy con identidad falsa porque no me conocían.

Para ese entonces, ya tenían conciencia plena de que venían tiempos muy jodidos. Cuando tomaron dimensión de la coyuntura, ¿cómo responde tu círculo más cercano que no estaba en la militancia?

Cuando paso a la clandestinidad corto toda relación familiar, no podía hacerlo de otra manera; a través de mi hermano mayor, armamos una red de comunicaciones para que mis viejos sepan de mí. No podés pasar a llamarte Carlitos García y seguir visitando las mismas personas, los mismos lugares; para eso te quedás con tu documento y esperás a que te atrapen.

¿Cómo funcionaba ese sistema de comunicación?

Cada tanto, yo me acercaba a algún familiar lejano y dejaba el mensaje, después mi hermano se encargaba de recogerlo y llevárselo a mis viejos.

Yo conocí a mi compañera, Liliana Galarza —que está desaparecida y estaba embarazada cuando la secuestraron— en la militancia en La Plata. Nos juntábamos en peñas o los compañeros de la universidad hacía fiestas e íbamos todos para allá o se hacía un cumpleaños en un barrio y estábamos todos ahí; la juventud encuentran siempre la forma de encontrarse.

Para dejar constancia de que eran una militancia alegre

Claro, sí, era una militancia alegre. La militancia tiene que ser alegre, no podés militar de manera triste, de manera gris; la lucha era con una sonrisa porque el triunfo estaba cerca. Una vez leí una historia de la resistencia rusa sobre el avance de los blindados alemanes; le encargaban a un

capitán organizar un pueblo de campesinos que, además de ser analfabetos, no tenían la menor idea militar de nada, pero tenían que organizar la defensa igual porque gran parte de los tanques iban a pasar por esa zona. El capitán para convencerlos les relato la posibilidad del éxito, del éxito que es casi una seguridad y, por el otro lado, les cuenta que la mejor manera de perderle el miedo al enemigo es probarles la sangre; entonces, capturan un alemán y se les ensucia la boca: “Vean, vean! Es igual que ustedes”, ellos que eran campesinos analfabetos, que no eran militares. Y lo más importante era remarcarles que el triunfo era casi una realidad, porque es imposible armar un ejército diciéndoles a tus soldados que vas a morir. No podés armar ningún ejército, nadie se va a sumar con vos; se quedan los convencidos de que el triunfo es posible.

Nadie lucha para morir. Pero eran conscientes de que había compañeros que estaban cayendo.

Hay varias aproximaciones a la idea. Primero, unos meses antes del golpe, nuestra agrupación siempre tuvo muy buena relación con un sector del ejército —con el sector más nacionalista—, y le avisan a algunos compañeros de la conducción que existía una decisión política del norte de “lucha a degüello”. Esa información se va bajando en los distintos ámbitos hasta un determinado nivel; a mi nivel, la información de que se venía un golpe, y un golpe muy duro, llega.

Tal es así que se evalúa la posibilidad de que un 60/70% de la fuerza podía caer, pero también se piensa que con el 30/40% restante se podía reconstruir todo lo que se caía; cuando, internamente, se discute qué hacer con las conducciones que empiezan a caer y se decide que se vayan del país. Pero ya desde el 73 estábamos perdiendo compañeros. La vida y la muerte bordada en la boca, como dice la canción; desde el 17 de octubre, el peronismo es triunfo, derrota, sufrimiento, batalla, siempre hay muertos. No hay un antes y un después, en el peronismo siempre hubo muertes; en la historia, desde 1810, desde el fusilamiento de Dorrego, siempre hubo sangres, generalmente siempre fueron muertes de los sectores populares —cuando al Chacho Peñaloza le cortan la cabeza, de la cabeza le sale sangre también—.

Por supuesto que sigue siendo espeluznante que te esté buscando, pero está dentro de las generales de la ley.

Mencionaste mucho que dar testimonio es un deber ético para uds, una forma de honrar la memoria de los compañeros pero, ¿cómo era, en ese tiempo, despedir a un compañero de lucha?

Muy duro. El asesinato de Horacio Chávez —que había sido suboficial del ejército, qué había enfrentado con una ametralladora, parado en la calle 53, a los aviones en 1955— fue paradigmático. No sé, lo llevaban por la diagonal 74 y no sé el volumen de gente que lo acompañaba, 10mil personas, 20mil personas, no sé cuántos. Ese fue un golpe de efecto sobre nosotros, especialmente, sobre los más jóvenes porque era una figura legendaria. Habíamos tenido los muertos de Ezeiza, habíamos tenido otros muertos, pero haber matado al viejo Chávez en La Plata y tirarlo como un perro frente al local de la Juventud Peronista, muerto, acribillado a tiro; no era joda, era un símbolo.

Vos estuviste ahí, ¿qué sentiste en esa manifestación tan popular y, al mismo tiempo, dramática?

Sentíamos bronca, una impotencia, una sensación de venganza porque sabías qué sectores eran, no sabías quién había participado, pero sabíamos que era la derecha. Lo buscaban a Gonzalo, lo mataron al viejo y se llevaron al hermano porque Gonzalo no estaba; el hermano que no tenía militancia.

Fijate hasta dónde uno podía ocultar el dolor y remarcar la continuidad de una línea de acción. Me acuerdo las palabras de Gonzalo en el cementerio, con el dolor a cuesta de que hayan asesinado a tu papá; en el final de su alocución muy dura, Gonzalo dice: “Los muertos no se lloran, se reemplazan”. Fijate hasta dónde estaba el compromiso de continuidad; esas son sus últimas palabras en el discurso, era su viejo y después lloró hasta que se cagó. Pero le mostró a la militancia cómo era la forma de continuar.

CLANDESTINIDAD

Me dan la documentación a nombre de un hombre que, gentilmente, prestaba su identidad; un “sosías”, como se decía en esa época, un colaborador que prestaba su nombre. Había que hacer el documento falso a nombre tuyo, con tu número de documento, habíamos robado las máquinas para hacer la documentación. Era un DNI perfecto, teníamos un compañero que los firmaba; tenía una mano para hacer firmas.

Me destinan a San Nicolás-Rosario, ya para ese entonces había tenido que levantar la fábrica, había dejado de frecuentar los lugares que solía frecuentar y me voy con mi compañera que trabajaba en Gas del Estado y pide el traslado. Ella viaja primero, hace los contactos, y yo viajo unos 20 días después. En ese momento, a San Nicolás la estaban barriendo estratégicamente, por arriba y por abajo, no porque las fuerzas insurrectas fuesen muy activas en esa zona, sino por el hecho de estar radica allí la principal acería del país, Somisa, con un volumen de 17 mil trabajadores, además tenía ferrocarril, puerto propio. Tenían dos hornos de fundición de acero; uno de esos hornos, tenía impreso el nombre de Evita y una de las primeras cosas que hacen es arrancarle el nombre, pero los trabajadores le seguían diciendo Evita. Por más que le saques el nombre, hay cosas que no se puede corregir.

Bueno, estaban barriendo San Nicolás muy fuertemente. Un día yo estaba en la pensión, ya había hecho contacto con un ingeniero de Somisa porque necesitaba trabajar, necesitaba insertarme en la vida diaria. La mujer del César no solamente tiene que serlo sino parecerlo, cómo te sumás a la sociedad para ser uno más, porque si no sos la gallina verde del gallinero y vas a llamar la atención; tenés que trabajar, había compañeros que no estaban trabajando y pero no tenían que parecer y tenían que salir a las 7 de la mañana y volvían a las 6 de la tarde. Eso era un costo tremendo, por el sólo hecho de estar expuesto en la calle, pero tenía que salir a trabajar porque si no el pueblo miraba.

Cómo fue el 24 de marzo

Nosotros tuvimos una reunión de emergencia; en ese momento, creíamos que al fin el pueblo iba a reconsiderar su visión de las FFAA, dado que irrumpían de manera pública el control del Estado. Fue un error, pero nosotros pensábamos: “Bueno, ahora, el pueblo va a saber que son un ejército de ocupación”. También estaba esa idea de la comandancia de que, entre el 60 y 70% de la militancia podía caer, pero que estábamos en condiciones de revertir eso. Dada la distancia entre las FFAA y fuerzas económicas, y el campo popular, siempre más de la mitad de los que luchan terminan perdiendo la vida o cayendo prisioneros; en nuestro caso fue más. Además, la lucha terminó en una lucha de aparatos, y el aparato del Estado es mucho más fuerte, más grande.

Qué directivas se imparten en esa reunión

A partir de ese momento, se ajustan cuestiones sobre la seguridad personal. Ya estaba planteada la táctica de traslado de cuadros; la visibilidad pública de la participación política en una fábrica o en la universidad, ya hacía imposible que vos puedas recorrer los pasillos y no digan “ahí va fulano”, sabiendo —además— que había grupos de derecha infiltrados.

Encima, para esa época ya tenían compañeros caídos

Sí, ya teníamos algunas pérdidas, pero no en gran cantidad, y ya teníamos muchos compañeros presos. Por ejemplo, el compañero Hugo Godoy (ATE) estuvo preso desde el año 1975 a 1982 y era uno de los más jóvenes, pobre, se pasó toda la adolescencia preso.

Había compañeros presos, caídos, y se ajustan los controles; se determina, entre otras cosas, que más de un minuto no se espera en ninguna cita porque, por un boludo que llega tarde, pueden perder la vida varios compañeros. Pero la cuestión de las caídas se produce en el hecho histórico-represivo —que ellos ya habían probado en otros países— de la tortura; siempre a alguien le sacan algo, con eso que le sacan más lo que le sacan a otro, más una libreta que cae con datos —por más que los datos no sean directos, que sean en claves, ellos tenían mucho servicio de inteligencia para descifrar datos.

No llegaron a infiltrar las cúpulas de Montoneros pero sí pudieron, a través de la tortura, empezar a determinar distintos lazos; entrelazando información fueron socavando la organización. Además, había muchos compañeros que eran muy públicos; vos podés transitar los pasillos con el nombre de Martín García o Mariquita Sánchez de Thompson, pero tu cara es conocida, tu actitud es conocida, a tu familia la conocen, saben dónde viven tus viejos, tus hermanos, porque para eso trabajan los servicios de inteligencia, para eso le pagábamos.

A mí me ocurrió una cosa muy graciosa. Nosotros hacíamos una reunión en la casa de una persona nueva, cómo yo no conocía la casa tenía que entrar cerrado y una compañera se ofrece a llevarme, anteojos oscuros, tipo cieguito, ella me llevaba del brazo; no sabía por dónde estaba caminando y, en un momento escucho voces: “Eh, Ricardo, no saludás”, mi compañera no sabía mi nombre real, entonces abro los ojos, obligado por la situación, y estaba a una cuadra y media de la casa de mis viejos. Esas cosas se daban, era cómo si quisieras ser clandestino donde todos te conocían.

Era la disposición de operar mediante células, para que nunca corra riesgo la cadena de directivas; nunca sabías quiénes estaban trabajando en la misma 'misión'

Claro, tratar de cortar la información. Eso venía de la experiencia de la historia. Por ejemplo, Tupamaros llegó a tener al tercer mando infiltrado por la CIA; no podías avanzar porque estaban informados de todos los movimientos de la organización. Acá pasó en menor medida en el ERP; hubo operaciones cantadas; en Monte Chingolo, los estaban esperando, no sabían cuándo se iba a hacer pero sabían que se hacía. Y eso que a los compañeros de Montoneros le pasaron información de que estaba cantada la operación, que no hicieran nada porque estaba cantada, pero ellos dijeron hacerla igual. Porque, también, se comenten errores, hay soberbias; estas cosas también la hacen seres humanos.

Venían de una militancia barrial, en las fábricas, en las universidades, donde vos estabas unido afectivamente con el otro por el mismo trato cotidiano, cómo fue pasar a esas acciones clandestinas en las que operabas con gente que recién conocías.

Me acuerdo de la navidad del 76, yo había vuelto a La Plata, estaba otra vez con mis documentos, porque los que tenía los había perdido en San Nicolás; vamos a repartir pan dulce y sidra a la casa de los obreros industriales, llevarle a compañeros de las fábricas que hacía seis meses que no los veía. El pase a la clandestinidad, alejarme de la fábrica —por más que quedaran compañeros de militancia— también significó que se bajara la efervescencia en esos lugares, además la gente tenía miedo; fui a llevarle pan dulce y sidra a un compañero y le dio mucha alegría verme, pero me dijo: “Gracias, Negro, en serio te lo agradezco, pero no vengas más porque te están buscando por todos lados y yo tengo miedo”.

La discusión interna se daba en ese eje. Nosotros, los que veníamos del frente sindical, teníamos mucho contacto con las masas y, realmente, sabíamos hasta dónde calaba el temor; o sea que, todo lo que vos estuvieras haciendo en términos supra, no se reflejaba abajo. Y en la guerra de aparato contra aparato, él otro es más grande. Estratégicamente, ese concepto aparatista de la organización fue un error.

Era el temor propio de la supervivencia. Estaban tu mamá, tu papá; veías lo que pasa alrededor y decís “pará un cachito”, o te lo dice tu mamá o tu pareja: “Che, dejate de embromar, que no venga más este tipo por casa”. Es así, porque el enemigo había ganado la batalla de implantar el terror en la sociedad, con las mismas salvajedades que ellos habían realizado como el asesinato de Chávez, o lo de Pierini. Y, después la propaganda fue muy inteligente y no teníamos cómo contrarrestarla.

El miedo, el terror, había logrado separarlos de las masas, ¿qué significaba para vos que ese tipo con el que habías compartido tanto, con el que habíamos soñado un cambio, sienta la necesidad de alejarse para sentirse a salvo?

Y es la derrota de una política. “Putá madre, si el ‘caballo’ Suárez me dice esto a mí, que había ido a comer asado a su casa, que conozco a su señora, a los chicos. Si Suárez me dice ‘gracias Negro,

pero andate', él que estaba en la organización, el resto de los obreros olvidate. Y eso fue lo que ocurrió; te empezás a dar cuenta que estás perdiendo y, encima, el ejército en la calle, era el ejército.

Me acuerdo, una madrugada con mucha neblina, yo venía caminando y no se vía nada, sale un soldado corriendo de atrás de un árbol, con el Fal en la mano; me pegué un cagazo bárbaro, y ellos estaban haciendo un operativo de práctica a la una de la mañana. Pinzas y cerrojos en cualquier lugar, helicóptero, y la propaganda todo el día "contra el enemigo de afuera, vigile señora, si es sospechoso, si es nuevo en el barrio". Todo el día. Y no tuvimos política desde el campo popular para revertir eso, triunfaron ahí; recién hoy están derrotados en el espacio público, desde el punto de vista político, histórico. Hoy se sabe lo que hicieron, pero fijate todo lo que pasó, casi se comieron dos generaciones; y eso que pasó Malvinas donde ellos se terminaron de arruinar, de mostrar cómo son, Astiz era bueno secuestrando viejas pero jefe del 'Comando Lagarto' no tiró ni un cohetazo contra los ingleses, se entregó. Eso es lo que son, pero mirá cuánto tiempo pasó.

Mencionabas esa victoria estratégica del mando militar, pero pensaba había alguna posibilidad, había alguna política posible del campo popular para superar esa contradicción.

Si nosotros no nos peleábamos con Perón... Porque uno se manda cagadas cuando tiene 25 años, cuando tenés 50 también te mandás cagadas pero no repetís las mismas de cuando tenías 25; si nosotros no nos hubiéramos peleado con Perón, era muy probable que nos hubiéramos quedado con todo. Bonasso cuenta en el libro la última etapa de la resistencia y cuenta que López Rega, en el balcón del 25 de mayo del 73, dice: "Si hacen las cosas bien, se quedan con todos", porque éramos la generación que sintetizaba todo lo que había pasado en esos últimos 25 años. Pero, también, teníamos 25 años y, cuando Perón decía una cosa, nosotros decíamos 'pero, este viejo de mierda, qué se cree'; había una consigna que decía 'Conducción, Conducción / Montoneros y Perón', eso te da la pauta de los niveles de igualdad de poder que manejaba la cúpula.

Te vas a San Nicolás y estaba esta propaganda que alertaba a la población sobre los nuevos vecinos.

Sí, nosotros decíamos 'qué hijos de puta, cómo van a decir eso', mientras llegábamos a San Nicolás con una valijita, y la vecina miraba al viejo y decía 'viste que llegaron unos chicos nuevos. Parecen estudiantes, míralos'. Y, bueno, vos tenías que salir a la mañana aunque no tengas laburo, fingir un montón de cosas porque era muy difícil asentarse.

A mí me pasó en Villa Constitución, alquilamos una casa y me acuerdo que el señor —alquilamos a particular, era un abogado— nos preguntaba por qué vienen acá, una pareja joven, vos embarazada. Para qué. Parecía una investigación; la pagamos y nunca la pudimos ocupar, el tipo debe haber pensado 'viste, yo tenía razón'.

Seguimos hasta San Nicolás, pero a la estaban barriendo los militares, y yo llegaba con contactos de vecinos, de lugares, pero nunca lo pudimos aplicar; nosotros, por ferrocarril, habíamos enviado

muebles, heladera, todo, hasta una moto 0km que estaba a mi nombre, y nunca los pude ir a recuperar.

¿Cómo era conquistar a los vecinos?

El tema es que, cuando vos errás una política general, se hace muy difícil reconquistarla si no cambiás la política general; si con esa política estás perdiendo adeptos, no vas a reconquistarla siguiendo la misma política.

No te hablaba de conquistarlos para una causa, sino para sobrevivir, para evitar que te delaten

Había un compañero, muy querido acá en la zona, el 'Gordo' Tomás; se había asentado acá en La Plata y los domingos a la mañana salía a lavar el auto a la vereda, pero antes iba a la cocina y le decía a la mujer: "Negra, prepará el mate y venía afuera, mientras yo lavo el auto, me cebás y hablamos con los vecinos", porque era parte de ser vecinos, de no llamar la atención.

Ni se te ocurría tender la ropa en esa época, porque no es una práctica social para el hombre. La ropa la tiende la mina; lava la mina, tiende la mina y plancha la mina, y el macho va a laburar. No quieras cambiar esos roles porque llama la atención, pasás a ser el gallo verde del gallinero; las vecinas empiezan a comentar: "Ah, lo vi tendiendo la ropa". Esas pequeñas cosas te recibían de raro y siempre había alguien que iba a la policía, alguien que tenía un familiar policía, alguien, alguien, alguien. Y te cagaban. Tenías que seguir determinadas pautas.

Por lo menos, aprendiste a asentarte en esa nueva realidad

Liliana va primero, con el traslado de Gas del Estado, y consigue una pensión; yo voy con todo eso logrado. La pensión era de un español, una gran persona, pero teníamos la información de que el ejército estaba por todos lados; para entrar y salir de la ciudad había únicamente dos salidas, en las dos salidas, en distintos horarios, había control. La zona de San Nicolás había quedado tan golpeada que sólo quedaba una camioneta F-100 de la organización, una casita alquilada y un grupito de 4/5 compañeros que estaba esperando que llegue el relevo para irse, porque ya no podían quedarse más. Eso era todo, después tenías que arreglarte, tenías que buscar la manera y asentarte.

Liliana, que tenía contacto con los compañeros de la JUP, me dice "acompañame a comprar una caña"; se iban a reunir en el arroyo del medio y la caña era para hacer la cobertura. Iban el grupo de compañeros a hacer una reunión de entresemana, en una ciudad industrial, a orillas del arroyo y con una cañita. Yo le advertí que era un error, los que viven acá son obreros industriales y te tenés que mimetizar con ese contexto; le insistí y no la dejé ir. Ese día cayeron todos. Alguien los vio un grupo de 5/6 personas pescando un jueves... No, papi, no. La ciudad se maneja de otra manera.

Un día nos llama el dueño de la pensión. Tengo dudas contigo, me dice, tu apellido me sonás muy español y no te veo; nos advierte: "ojo, porque es posible que el ejército pase a controlar la zona de la pensión en estos días". Al otro día, nos levantamos y estaba toda la zona cerrada. El ejército

llegó a la pensión, la pensión era una de esas clásicas casas semicoloniales, con todas las habitaciones comunicadas al patio; todos parados en el patio, los uniformados con las Fal en las manos y el control a cargo de un teniente.

Nos toca a nosotros y me pide el documento. El error que tenía el documento era que estaba nuevo, parecía que te lo habían entregado el día anterior; la cobertura era real, el documento era real, el número era real, la persona existía, tenía una historia, una familia. Además, tenía el contacto con el ingeniero de Somisa para hacer unos trabajos. Eso estaba, pero el documento era nuevo y le llamó la atención; le llevaron el documento al capitán, pero no tenían forma de chequear la veracidad de los datos, lo comparan con un listado de personas que ellos llevaban y mi nombre, obviamente, no estaba. Me dicen: “Bueno, nosotros nos vamos a llevar este documento y usted va a ir a la tarde a buscarlo”, intenté convencerlos de que no me lo saquen pero no hubo forma. Revisaron todo...

Y no tenían nada

No, todo lo que teníamos estaba oculta; en realidad, eran dos valijas grandes llenas de libro que yo cuidaba como oro, pero los perdí todos. Sobre el mueble del cuarto, había un libro que yo estaba leyendo, *Los diez días que conmovieron al mundo*, sobre la historia de la Revolución Rusa contada por el periodista norteamericano John Reed. No tenían la más puta idea de qué era el libro. Se fueron.

Nos miramos con Liliana y dijimos ‘rajemos’. Me llama el gallego a una piccita que usaba como administración: “Ven, ven con tu mujer, me imagino que se están por ir pero tomemos unos mates. Tú no te llamas como dices que te llamas”, y yo intentaba darle una explicación. “Mira, muchacho, yo fui republicano y estuve en la Guerra Civil del lado que están ustedes, así que a los pares los conozco”. Todos los libros y cosas de valor que teníamos se la dejamos al gallego en su casa, nunca pudimos ir a buscarlas.

Ya habíamos planteado que San Nicolás era complejo, hacía unos días que habían caído esos chicos de la JUP, estaba desmantelado y había que salir porque no había forma de mantener mucho tiempo más, es cierto, no te conocía nadie en San Nicolás pero eso también era muy grave.

Bueno, nos vamos a Pergamino donde Liliana tenía una pareja conocida que era de Mendoza, ahí nos quedamos una semana; estábamos los dos con el documento legal, ella con licencia del laburo, así que no había problemas. Yo le planteo de volver a La Plata a buscar algunos contactos, pero intuyendo que era una batalla perdida; era una discusión permanente en todos los espacios de la organización. Ella me dice no vaya, que la deje ir primero que no era conocida en la ciudad; yo no estaba muy de acuerdo, porque yo también sabía manejarme en la ciudad con más facilidad. Bueno, vino ella y cayó.

Antes de pasar a la historia de Liliana. El día que no la dejás ir al arroyo cuando caen todos los compañeros, me imagino que no fue la primera ni la última vez que estás cerca de una operación

que sale mal. Pero cómo es ese día cuando se enteran que caen los compañeros y que Liliana, en este caso, se salva por tan poco.

Nosotros nos enteramos al otro día por una compañera que llegó tarde a la cita, se enteró porque ella llevaba más tiempo en la zona; nos avisa, se cortan los contactos y rajá de ahí. Pero es conmovedor. La angustia de no poder continuar el trabajo político, la alegría transitoria de seguir vivo o, por lo menos, no ser capturado y la contradicción de “hasta cuándo, este camino es erróneo”.

Esa es un poco la contradicción que se presenta desde 1975 cuando cae el ‘negro’ Quieto. Él cae en una típica situación de crisis emocional, estaba separado de su mujer y se angustiaba mucho por no poder estar con sus dos hijos; rompiendo con todos los códigos de seguridad, combina una cita con la mujer para un domingo, pero esa información se filtra y alguien lo reconoce en el lugar. Cae la policía civil, él grita su nombre para que sepan quién es y nunca más aparecen sus restos. Hardinguey dijo, en una entrevista que tuvo con Perdía, “nunca lo van a encontrar”.

Vos también tenías una hija

Claro, y era difícil. Esas crisis emocionales eran difíciles, porque vos no te podés separar de todo; la angustia de no poder ver a tus viejos, comerte los fideos un domingo con papá, mamá y los hermanos. Las cosas cotidianas, uno no se da cuenta, pero la felicidad de juntarse a comer esos fideos, de que tu mamá te llame para decirte ‘vení, voy a hacer los canelones que te gustan’. No poder repetir esas cosas fue terrible, vos podés cambiar de documento pero no podés ir a comer a la casa de tu mamá porque, si te están buscando, te van a estar esperando. La mayoría de los casos de compañeros que cayeron, que no fueron cantados, fue por continuar con la rutina. Si volvés a lo mismo perdiste; tenés que cortar con amigos, con vecinos y, si tenés novia y no te acompaña, tenés que cortar con tu novia. Eso se mantiene en el tiempo, pero genera tremendos pozos de angustia.

La clandestinidad es horrible; claro, uno no lo puede plantear en estos términos frente a un auditorio, pero es angustiante. Ves a un compañero cabizbajo y le preguntabas qué le pasaba y te decía ‘estoy pensando en mi vieja’, porque además éramos chicos, teníamos 25 años.

Además, esa angustia convive también con la sensación de alejarse para cuidarlos. ¿Cómo convive en uno esa contradicción?

Mi papá discutía mucho con mi hermano cada vez que le preguntaba dónde estaba viviendo, mi hermano le respondía que no podía decirle nada; “pero cómo puede ser que yo, que soy tu padre, me pregunten dónde vive mi hijo y tengo que decirles que no sé”; “no, no vas a saber, papá”. Mi papá no podía entenderlo, pero era una forma de protegerlo.

Una vez, hacemos una reunión en la casa del Gordo Tomás, una reunión muy próxima al Golpe, lo primero que hacíamos cuando concertábamos una reunión era marcar los caminos de entrada y salida y los roles —quién se va primero y quién último—; el ‘Gordo’ designa a su mujer embarazada para salir última y, por supuesto, armada. Yo le planteo que no, que está embarazada,

que no va a poder y me dice: “No, los roles son los roles; esto no es un juego. Ella sale última”. Por suerte, no pasó nada y salimos todos, pero fijate el nivel de desprendimiento de lo afectivo, la rudeza necesaria para soportar.

Pero una cosa es tu viejo y otra tu mujer embarazada; tu viejo es un líder, pero la familia que vos estás armando, la estás armando dentro de la revolución. Está la eterna teoría, ¿cuándo vos estás haciendo la revolución, tenés que tener hijos? Unos dicen que sí, otros que no, es una discusión bizantina; si vos crees en el futuro, si vos crees en la construcción —Pepe Firmenich estando preso, su esposa lo va a visitar y queda embarazada, porque son triunfos, son batallas—, yo creo que el proyecto es posible y le doy hijos a la revolución, le doy vida. El otro sector, más trotsko, te dice no, hijos no. Nunca se saldó esa discusión, ni creo que se vaya a saldar.

Y cómo fue cuando te enteraste que Liliana estaba embarazada

La verdad es que no me gustó. Estábamos en un momento muy complicado de la política; en ese momento, planteaba que no era lógico ni racional tener hijos. Fue algo fortuito, ya estaba destinado así, si es que el destino existe.

Habías tenido alguna experiencia de vida con hijos que nacieron en la clandestinidad

Sí, sí. Una vez me tocó, incluso, devolver dos hijos de un compañero —que cayó en Tucumán— y una compañera —que la detuvieron en La Plata, en la calle 69 e/ 9 y 10, en una carnicería. Sale de su casa que estaba a la vuelta (una casa que ya se les había ordenado que tenían que dejar) hacia la carnicería cuando nota que frena una patota, se mete y le dice al carnicero que la quieren secuestrar; el tipo sale con una cuchilla, lo cagan a culatazos y secuestran a la compañera—; alcanzamos a sacar los hijos antes de que los milicos llegaran a la casa y los llevamos con los abuelos. Eran dos chiquitos aterrorizados, que lloraban todo el tiempo.

Cómo era llevarle dos chicos a los abuelos, ¿qué se les podía decir?

Ni siquiera pudimos hablar con los abuelos. A través de terceras personas se hizo el acercamiento, se combina una forma de tocar el timbre y que en el lapso de los siguientes días, alrededor del mediodía, los dejábamos en la puerta; teníamos que tener tiempo de maniobra, porque sabíamos que la casa estaba vigilada. Bueno, con una compañera llevamos a los dos chicos en mi moto; tocamos el timbre con la contraseña correspondiente y pasamos los pibes por arriba de la pared del frente.

Esa era otra batalla ganada

Sí... Otra batalla ganada, sino los hubieran capturado y, quizá, hoy todavía los estaríamos buscando.

Habíamos quedado en el día que capturan a tu compañera

Nosotros teníamos una cita de contraseña, ella tenía que responder a un teléfono; a ese teléfono, y a través de una contraseña, responde que llegó a la ciudad y anuncia que va a salir a la calle el

próximo día y nunca más nada. Yo estoy dos días más en la casa y levanto porque, evidentemente, había caído. Me vengo por tren a Retiro y después el Roca; bajo en Ringuelet y entro caminando a la ciudad.

Cuando volvés, estás solo. ¿Cómo fue lidiar con eso?

Uff, es un vacío. Además no quedaban contactos en San Nicolás, no quedaban contactos en Rosario y acá, lo único que quedaban, compañeros nuevo que tampoco tenía el contacto. Era el final de una lucha donde, en esa coyuntura, nos habían derrocado.

Y, en ese momento, qué posibilidades quedaban

Volvés a hacer algunos contactos, pero de lo que habíamos construido no quedaba nada; o sea, estaban los trabajadores, estaban las fábricas, pero lo que no existía éramos nosotros en ese contexto.

En la ciudad se hacía muy difícil mantenerte, se habían cortado los lazos económicos, no podías insertarte laboralmente; cómo hacía yo para ir con mi documento a buscar algún laburo, asimismo conseguía trabajos pero empezás a hacer trabajo de pintura, cosas que te marginan aún más de la sociedad, porque no estabas en los frentes de masa. Además de la política, te aíslan como persona.

Segunda Entrevista

Fecha: 22/03/2014

Lugar: La Plata

Otro de los problemas que tenemos es tener que cortar la historia, no poder darle continuidad en el tiempo a las nuevas generaciones para no repetir los mismos errores; el enemigo hace todo lo posible para que, cada 25/30 años, tengamos que empezar de nuevo. Siempre empezando de nuevo y sintetizando poco el pasado

Sí, puede ser. Pero también existe una herencia popular que siempre se mantiene vigente.

Sí, por supuesto. Existe y el pueblo lo tiene, pero cómo nos cuesta —en los lugares de determinación política— esa historia. En el espacio HIJOS, a veces, uno nota que quieren continuar la historia de sus padres desde el mismo lugar y vos sos otra generación, tenés que construir tu propio lugar; hacé una mochila con todo lo que fui y ponete a andar tu camino, porque tu generación tiene que llegar más lejos de lo que llegó nuestra generación, y la generación que te sigue a vos tiene que hacer exactamente lo mismo. Porque del otro lado la van a hacer, el enemigo la va a hacer y el enemigo no se equivoca en eso, cuando tiene que tirar, condenar y golpear, sabe exactamente a quién le tira. El triunfo del enemigo siempre es parcial, Perón decía: “en la guerra entre un pueblo y un ejército, no conozco ningún caso en que haya desaparecido el pueblo”; a la corta o a la larga, el triunfo es inexorable.

El triunfo del enemigo radica en que el mismo enemigo ha llenado la mochila de nuestra propia herencia

La memoria histórica de los pueblos no se puede cortar. Tenemos que reivindicar permanentemente todo un espacio cultural.

Cómo fue esa vuelta a La Plata

Volví solo con mi único documento; no podía volver a la casa de mis viejos, así que fue un deambular por casas de compañeros, conocidos, amigos. No poder vivir en tu casa, no poder estar con tus amigos, eso también es clandestinidad, no poder asentarte en tus lugares. Volví porque era lo que más conocía, pero seguía siendo clandestino; entraba y salía de la ciudad por Tolosa, Gonnet y Ringuelet, me manejaba en bicicleta. Y estás solo, porque el resto de los conocidos no están, los agarraron o se rajaron.

Iniciás alguna forma de búsqueda de Liliana

Sí, tomo contacto con el papá. Él llega entre noviembre del 76 y marzo del 77 a La Plata y busca a los compañeros que vivían con Liliana; yo lo acompaño, pero me quedo afuera, en una entrevista que se hace en la curia con uno de los sacerdotes vinculados a Monseñor Plaza, él venía con una recomendación del arzobispado de Mendoza porque la familia de la mamá tenía contactos, venían de una herencia muy ortodoxa del catolicismo. Hacías lo que podías, nosotros quizá sabíamos un poco más sobre hasta qué punto estaba metido Plaza como capellán de la policía de la pcia. de Buenos Aires, pero el resto de la sociedad todavía tenía que confiar en alguien y confiaba en la iglesia; ahí le dijeron que ni la policía ni el ejército tenían a la hija y resultó que la tenían a una cuadra y media del arzobispado (55 e/ 13 y 14).

Da a luz en el Centro Clandestino

Da a luz, aparentemente, en la maternidad de Hornos

Y esa hija

A los dos meses, por algún hecho fortuito o que desconocemos, se la entregan a los abuelos, a través del arzobispado de Mendoza. Sino Mercedes hubiese sido apropiada por algún militar y hoy le estaríamos buscando.

Vos la llegaste a ver

Yo la vi cuando tendría un mes y medio porque, desde el Centro Clandestino —La Cacha—, el francés me dice “te vamos a demostrar que nosotros no somos asesinos” y para demostrarme que no la habían matado me llevan donde estaba detenida Liliana; tengo en brazos a Mercedes durante dos minutos y me devuelven... Baúl, capucha y Centro Clandestino.

Eso es parte de la política de ablandamiento, te quieren hacer quebrar, quieren lograr que vos dejes de creer en lo que crees; este tipo de guerra se da con tres elementos: inteligencia, medios económicos y decisión política. La misma lógica se usa siempre, romper, quebrar, romper.

En ese baúl, te pudieron quebrar

Te llenan de contradicciones donde estás vos, lo que te contaron tus compañeros, la síntesis de tu práctica y qué carajo hago acá.

¿Vos habías estado en contacto con compañeros que estuvieron presos?

No, tenía a los compañeros presos. Desde el año 75 ya empiezan a caer presos y perdemos contactos. Era una batalla sumamente difícil.

Días pasado, declaró una compañera médica que estuvo detenida en La Cacha; en ese momento, tenía 21 y estaba cursando el 3er año de facultad, la usaban para que cure a los enfermos en las mesas de tortura. En muchos de esos momentos que hacía de enfermera, no estaba encapuchada por eso puede reconocer a varios de los torturadores. Se cruza con un abogado defensor de genocidas

Déjeme que le conteste: “Sabe por qué en el 95 no recordaba todos los nombres que puedo decir hoy, porque todavía me duraba el terror que me impusieron los defendidos de Ud.”. Y es verdad, andá a saber qué cosas les pasaron, qué cosas le hicieron estos monstruos.

Y cómo fue el terror por el que tuviste que atravesar vos

Yo me acuerdo que cuando llegué a la comisaría novena, le decía a los otros compañeros presos que esto era el paraíso; venía de estar las 24 horas del día con una capucha y un grillete amarrado a la pared, tirado en el piso, pedías para ir al baño y no te llevaban, escuchabas los gritos de la gente que estaban torturando al lado.

Las contradicciones que se nos presentaron, en mayor o menor medida a todos, las vas solucionando a medida que las vas contando, que lo vas charlando, que lo vas haciendo público. Lo peor que puede hacer una persona es encerrarse, no contarle a nadie, tratar de resolverlo solo; generalmente, te quiebra porque después no crees ni en tu papá, ni en tu mamá, en nadie.

La única forma es contarlo. Se le hace, tal vez, muy difícil a una mujer contar las cosas que le han hecho. Patricia, por ejemplo, cuenta que la detienen en Mar del Plata junto a su hermano y los trasladan a La Plata; al hermano lo matan pero, por algún hecho fortuito, no a ella. De esas situaciones raras que sucedían porque si mataban a alguien de tu familia, y vos estabas involucrado en la militancia, también te mataban; casos así, en los que quedabas con vida, eran bastante ilógico pero, gracias a esos sobrevivientes, hemos reconstruido gran parte de la historia.

Bueno, cuando la traen a La Cacha, cuenta que la primera noche la empiezan a manosear y ella empieza a los gritos; eso genera un disturbio interno, se acercan otros guardias y el tipo se tranquiliza.

Después de eso se le acerca un represor que andaba siempre con la guitarra cantando milongas y cantaba muy bien y lo recordábamos porque nos hacía cantar, hasta hincharnos las pelotas, La Marcha de San Lorenzo; el nombre que utilizaba era Pablo, yo lo nombro en un juicio pero su cara no la conocía pero, aparentemente, con Patricia había tenido una buena relación porque ella lo identificó. Bueno, volviendo a la historia, ella le cuenta a Pablo lo que sucedió porque a la noche siguiente iba a volver a estar de guardia el tipo que la quiso acosar; le cuenta y Pablo se quedó esa noche, entonces el tipo no apareció para nada. Jugaban al represor bueno y al represor malo, es una estrategia histórica. Te ablandan así.

Síndrome de Estocolmo

Exacto, síndrome de Estocolmo. Así que yo no sé las cosas que le deben haber hecho, pero debe ser muy duro para ellas contar que la han violado, muy infame. Y contarlo, además, delante de todo, porque no sólo están los represores, están los periodistas que lo sacan por todos lados, está la gente que, después, lo lee en los diarios.

Y cómo fue para vos atravesar esos años de cárcel, ¿qué te mantenía de pie?

Cuando llego a la cárcel fue mucho más fácil, porque éramos todos presos políticos y con la llegada de la Comisión de DDHH de la OEA se empezó a aflojar todo; la comida empezó a mejorar, te dejaban bañar con agua caliente —nos han tocado invierno de bañarnos con agua helada; torturas de todo tipo, darte un poquito así de comida—, sin embargo, también te caían requisas de celda y tirarte lo poco que hacías a la mierda, por ejemplo, yo hacía muñecos con miguitas de pan para entretenerme y venían y te lo tiraban todo, te rompían las cartas, o sea, el hostigamiento permanente. Todas las cosas humillantes, que podían hacer para quebrarte, la hacían.

En una de las requisas, con todos los presos en bolas en la puerta de celda, uno de los guardias trata muy mal a un preso y el cabo primero Basualdo —que hoy está preso por torturas seguidas

de muerte en la novena— le dijo: “no los trates tan mal porque, estos hijos de puta mañana, pueden ser diputados”; los tipos no tenían muchas luces, pero en esas se les prendían.

Entiendo la complejidad del tema, y vos podés responder o no pero, en el momento que vos estás detenido-desaparecido, cómo fue sobrevivir. Qué te mantenía en pie, qué te hacía aguantar, cómo estaba presente en vos el hecho de saber que tenías una hija que había nacido en cautiverio y no sabías dónde estaba.

Hay un antes y un después en la caída, hasta el momento de ver a Liliana y mi hija vivas —aunque sea dos minutos— porque yo me imaginaba que estaba muerta antes de dar a luz, pero después dejan trascender a través de una ola de rumores que tenían vivo, incluso, a Quieto —a él ya lo habían matado—, que lo tenían vivo y lo llevaban a comer asado con Videla. Una de las ventajas que te permiten sobrevivir —porque todo el mundo sobrevive como puedo, no como quiere—, una de las ventajas es no comprar nunca el discurso del enemigo y pensar en todos los errores que se cometieron para llegar a esa situación, y creer a pie juntillas en aquellos cuadros que te demostraron coherencia; como el Viejo Chávez, si personas de esa edad, si esos compañeros llegaron a tener la coherencia que tuvieron —incluso, con menos elementos de formación que uno— y pudieron ser firmes, si Cooke pudo ser firme, si Evita pudo ser firme, por qué vos tenés que ser tan débil, si vos abrazaste las mismas banderas. Un poco esa es la explicación, hay momentos de angustias, hay momentos que llorás, hay momentos que puteás y hay momentos que te reciclas y seguís resistiendo; yo estaba convencido que me iban a matar, como calculo estaban convencido cada uno de los presos amarrados con grilletes en el suelo o a las compañeras que las habían violado 10 veces o el caso del compañero que tenía partida la cabeza de un culatazo y se quejaba permanentemente del dolor; no te fortalece en el momento, son batallas que vas ganando. Incluso, tenés que usar la lógica; cuando vos pensabas que estaba muerto, te dicen que fulano está vivo. Te genera contradicciones, pero después te das cuenta que un sábado de lluvia empiezan a llamar compañeros; le sacan las marrocas y los cargan a un camión para llevarlos a una estancia de reeducación y vos dudás, en realidad, vos sabés que es mentira, no lo hicieron en Argelia, no lo hicieron en Indochina, porqué lo van a venir a hacer acá.

Qué experiencias de esa vida en la clandestinidad persisten hoy

Hay cosas que son hasta graciosas; en la instrucción de estos juicios en los que he tenido que declarar, me hice compinche de la doctora Ana Cotter —que está en el Juzgado del camarista Blanco—, ella siempre me llama Pancho y yo le dije: “No, doctora, no me llame Pancho”; “te conocí Pancho, así que para mí siempre vas a ser Pancho” y me cuenta: “uando a mí me pasaron este trabajo, yo lo tomé como un laburo, y no tenía idea de lo que era esto; empezamos a juntar información, a armar la instrucción y, ahora, hay noches en las que no me puedo ni dormir en mi casa pensando en lo que hicieron estos hijos de puta. Hoy, a la edad que tengo, si tuviese que militar, militaría con ustedes.

A ella le toca hacer la primera entrevista jurídica al ‘Oso’ Acuña; lo interrogan y él le dice yo soy el oso bueno, esquivaba las preguntas pero reaccionó a una pregunta y le dijo ‘te saltó la zurdita’ y

empezó con la arenga: “Hoy me detienen a mí, pero esto es político, doctora, esto dura un tiempo; quién le dice que dentro de unos años yo la venga a buscar a usted... Eso sí, para tomar un café”.

Lo que sorprende es el crecimiento de esas personas impensadas que, en la investigación y memoria de todo esto, tomen una posición que te honren en la historia, que te honra como práctica, que tengan un compromiso por una sociedad mejor.

Cómo fue volver a la sociedad, el reencuentro con tus hijas, con tus padres; en realidad, pasás por dos momentos: el exilio y la vuelta definitiva a la sociedad, a tu mundo.

Es hermoso reencontrarse en libertad con la familia; muy duro y contradictorio encontrarse con los amigos del barrio, la secundaria que te decían ‘uy, loco, estás de vuelta; ¿te pegaron mucho? Pero vos habías hecho cagadas’. Esa batalla fue terrible, porque no te creían; hay un estado de soledad muy grande recorriendo el centro y no encontrar a nadie de los conocidos, de los compañeros, eso te da la magnitud del desastre y te hace reflexionar: “La putamadren, si en esta ciudad caminábamos y éramos todos conocidos, adónde están, adónde se fueron, adónde nos fueron”.

Hay un poema de Benedetti escrito a la vuelta del exilio donde dice que esa Montevideo no era la Montevideo que conocía, me siento exiliado en mi propio país

A mí me mata de Benedetti, *Hombre que mira al tira que lo sigue*, no tiene desperdicio. Después está la vuelta en democracia; yo soy uno de los compañeros de la JUP —después de una ardua discusión—, que asiste a la asunción de Raúl Alfonsín. Primero, estábamos llorosos porque perdimos como fuerza electoral.

Votaste

Sí, sí. Incluso, fui fiscal. En el seminario mayor, en 66 y 23, el maltrato de los oficiales armados hacia la gente fue muy duro pero la gente quería votar y era lógica, totalmente racional, que votaran a Alfonsín. Un nene le pregunta a la mamá:

—Eso es una urna.

—Sí. Y vos no sabés el trabajo que nos dio ponerla ahí— le respondo.

El regreso de la democracia es otro plano de discusión. Nos íbamos acostumbrando a transitar por la calle sin que te pararan o te golpearan; es cierto, había represores que seguían entre nosotros, Guastavino era el jefe de la custodia de Alfonsín y había sido jefe del Centro Clandestino ‘Automotores Orletti’. Era parte del juego, el batallón 601 seguía funcionando.

Ustedes se iban acostumbrando a caminar la calle pero sabían que, todavía, había células militares operando. ¿Sentían esa sombra?

Había una película, *En retirada*, uno de los actores era uno de los torturadores del “proceso”, un salvaje, hijo de puta, tal cual estos personajes como el “oso” Acuña. Previamente a ese torturador

le habían dicho “llegamos hasta acá, basta. Estamos en retirada”; le dan plata y documentos y le dicen que se raje. En un determinado momento, este personaje va al baño, está haciendo pis y viene un pendejo; el torturador lo mira, acostumbrado a mirar las caras..., y el pibe se da cuenta y le dice: qué te pasa, gordo puto, por qué me estás mirando. Éste lo mira, sacude y se va. El chico nunca supo a quién le había dicho eso.

Nos ibas a contar una anécdota.

Una noche, eran los últimos días con libertad vigilada, y alguien de ahí, de Inteligencia de policía, una vez que fui a firmar me dijo ¿qué vas a hacer? Y yo le dije que no sabía, que iba a ver. El tipo me dijo “ándate, flaco, ándate”. Una noche, a fines del 80, estaba en Plaza Rocha y miro la calle y me da la impresión de que pasan dos autos de la patota, con tipos arriba, esos autos grandes, con cuatro personajes arriba, con los vidrios bajos de adelante, mirando, despacito. Uh, digo, la puta madre. Viene el bondi, me tomo el bondi. En el mismo lugar, 3 años después, ya en democracia, tarde también, viene un auto con 3 personas arriba, justo en la esquina donde están las paradas estaba yo esperando. Y para un auto y me dicen: “¿Cómo andás, Pancho? ¿Cómo anda la campaña? Están reorganizándose, ¿no?”. Arrancó y se fue. El cagazo que me pegué... sería año 85, más o menos, se notaba la presencia en las calles. Estaban. Estaban todos. Ahora tenemos a algunos capturados, en ese momento estaban todos. Y estaban en operaciones, seguían en operaciones. Estaban en retirada, pero en operaciones.

¿Cómo es el reencuentro con tus hijas?

Por una situación muy fortuita.

Hay una muy mala relación con la familia de Liliana, a través de la decisión de la mamá –que era muy conservadora, muy ligada a los sectores más ortodoxos de la iglesia; y ligada familiarmente a algunos sectores militares de Mendoza–, no sé si por sugerencia de los Servicios o qué, deciden cortar todo tipo de relación con la familia Molina. Y a mi hermano mayor, que era el que mantenía la correspondencia mientras yo estaba preso y Liliana estaba supuestamente secuestrada, (esto en el arranque, a fines del 77), le dice: “Mirá, hay un pedido para que no mantengamos relaciones epistolares, así que esta es la última carta que les escribo. Liliana está bien. La nena está bien. Adiós”. Y ahí se cortó. Nunca más se logró corregir eso.

Yo, estando en Houston, laburando, tomo contacto con una familia mendocina, y el hijo estaba haciendo el servicio militar. No sé en qué lugar estaba, pero sé que le daban como un mes de licencia; entonces los padres le mandaban el pasaje y dos veces al año iba a Houston. No le gustaban los yanquis, Ricardo se llamaba, bien nacionalista, era un encanto de chico. Jugaba al fútbol. Ellos vivían en el sur de Mendoza y esta historia estaba en Godoy Cruz, prácticamente en el centro de Mendoza. Una de las veces que él se viene le digo: mirá, yo te voy a dar una cata; llevála a esta dirección Pasaje Ottone 248 (se multiplicaban los números, no tenías forma de olvidarte). Y le hago la historia. Pasan 15, 20 días y llama por teléfono, a pagar de allá (EEUU) para acá. Y me cuenta que lleva la carta y le dicen que la familia no vive más ahí. Y le digo, pero quién te recibió, y me dice mirá, cuando toco timbre sale una nena chiquita y después sale un familiar y le digo de

parte de quién venía y me dice que esa familia no vive más ahí. Qué cagada, digo. Qué raro, una nena chiquita. Siempre me quedó eso. Pasa el tiempo, 83, 84, no conseguía laburo, fue muy difícil la reinserción. Fue muy difícil, muy difícil.

Yo tengo muy buena relación con la familia Carlotto. Claudia Carlotto está en el Ministerio de Justicia y es directora allí hace ya muchos años. Le llega en una oportunidad, en una de las áreas que ella estaba atendiendo, una documentación que lleva un familiar sobre un pedido de resarcimiento económico por la muerte del familiar... Mirá: Lilita Amalia Galarza. ¿Y usted quién es?, le pregunta. Yo soy el hermano... Sigue leyendo: una nena, nacida... Padre: fallecido, Ricardo Molina. Y (Claudia) dice ¿de dónde es este Ricardo Molina? Creo que era de La Plata. No, le dice, si está vivo, es amigo mío. ¿Por qué ponen "fallecido"? A partir de ahí salta la laucha. Toman intervención los organismos de Derechos Humanos, me citan y citan a la familia, por separado, y plantéan, bueno, ¿qué vas a hacer me dicen a mí? "Y, quiero conocer a mi hija". Tenía en ese momento 16 años. Yo, toda la correspondencia que se mandó a ese Pasaje Ottone 248 siempre volvieron, siempre se rechazó, me dice Claudia cuando me llama por teléfono. Me dice "Negro, ¿a que no sabés quién apareció? Entonces me hace el relato. Me dice, Negro, te doy una dirección Pasaje Ottone 248. ¡Y dio, ese era el domicilio! Es el domicilio que declaran, ¡hijos de puta! Bah.

Termino viajando a Mendoza, a través de gestiones de organismos de DDHH, para reencontrarme, vía familiar, con Mercedes (ya en el 92, 93). Paro en un hotel de Mendoza esperando que la familia, al otro día me llame por teléfono para hacer el encuentro en la casa de uno de los tíos. Estaba en la habitación y me avisa, me pregunta la señora del hotel "¿usted es Ricardo Molina? Tiene una llamada telefónica". Pensé que era la familia (de Mercedes). Hola, Ricardo, me dicen. Sí. Soy Mercedes, te quiero ver pero sin que esté la familia presente. Uh, digo, y dónde. Mirá, me dice, en la avenida San Martín, hay un barcito, ta, ta, ta. En una hora nos podemos ver ahí. Y cómo vas a estar vestida, así y así y así. Ahí nos encontramos los dos solitos. Y ahí le empecé a contar parte de la historia y ella me empezó a contar parte de la historia.

Su pensamiento general, hasta no hace mucho tiempo, era que su mamá no se había preocupado por ella, no se había preocupado lo suficiente por ella, que yo soy responsable de muchas de las cosas que le ocurrieron –responsable en el sentido político, ¿no? Cuando yo la conocí a la mamá, la mamá era militante y yo era militante. Y bueno, hay todo un cuestionamiento hacia la sociedad, hacia los compañeros. Hemos tenido cruces, la relación no es buena. Ella ha estado acá (en casa de Ricardo) y todo. Es más, el año pasado vino con el nene, Ulises, mi nietito, y vino acá por mi hija mayor porque un poco la trajo de los pelos para que viniera a La Plata, para que pasara por acá, por la casa del padre. Ha venido acá, se ha quedado a dormir, se ha quedado a cenar, conoce a los chicos (a los hijos de Ricardo y Gladys, su actual esposa), pero no se pudo reconstruir bien la historia.

Cuando yo la reencuentro, su abuela materna había fallecido; quedaba su abuelo materno, Don Martín Galarza, que nació en Tolosa, a quien yo acompañé a la Curia a buscar a la hija. Cuando nos reunimos con los tíos al otro día del encuentro que hago con ella, todos dicen ¡pero cómo, Mercedes, lo fuiste a ver vos sola! Porque un poco tenían el miedo que yo la secuestrara y me la

llevara, como si vos llevaras un paquete, una caja, es una chica de 16, 17 años, ¿qué? ¿Te la vas a llevar abajo del brazo? Bah.

Don Martín Galarza le dice al hijo mayor, que es un poco el papá porque la crió, y eso es muy loable en él, porque son buenas personas, no son malos; están equivocados en muchas cosas pero no son malas personas. Son un poco egoístas por ahí, bueno.

Yo siempre dije que Mendoza me pareció una provincia chilena, porque hablan en el mismo estilo, vacacionan el Valparaíso y tienen pensamientos similares a la sociedad conservadora chilena.

Don Martín Galarza dijo que no estaba en condiciones de verme, que no estaba preparado para verme, y los dos o tres días que estuve en Mendoza en ningún momento –estuve con todos los hijos– pero con él no me pude encontrar. Pasa el tiempo, había pasado como un año ya, y recibo un llamado telefónico de Mendoza de Martín Galarza. Me dice Pancho, cómo estás [Pancho quedó, todos los tíos de Mercedes me dicen Pancho; y ella no me dice papá, me dice Pancho], mirá, voy a viajar a La Plata por cuestiones de documentación, qué sé yo. ¿Puedo irte a ver a tu casa? Sí, Don Martín, cómo va a poder ir a verme e mi casa, claro que sí. Bueno, efectivamente, vino con una pareja nueva que tenía, que hacía mucho que tenía, que estaba viviendo allá. Estuvo acá (en el comedor) sentado, estuvieron los chicos (hijos de Ricardo y Gladys), estuvo la Negra (Gladys). Cenamos, charlamos, y en un momento Don Martín, un gran tipo y además con muy buena relación afectiva con la hija, muy buena relación afectiva, la buscó por todos lados, me dice Pancho, tengo que pedirte perdón, porque nosotros cometimos muchos errores en la familia, con relación a vos y a Liliana. Yo me doy cuenta ahora, pero ahora soy un anciano y no los puedo corregir, lo único que puedo hacer es reconocerlos. Cuando vos estuviste allá, el año pasado, en Mendoza sentía vergüenza de verte. Y después vie el gesto que tuviste, que no tenías rencor –mentira, yo tenía un odio bárbaro pero bueno... Las cosas eran así, no se podía hacer otra cosa, ya estaba hecho el daño. Y bueno, salimos abrazados hasta la puerta, le di un beso y se fueron. Después, al poquito tiempo murió, al año o menos murió. Cuando yo le conté a los tíos y a Mercedes lo que había dicho su padre y abuelo, no me creían.

Una suerte de reconciliación histórica...

Lástima que no llegó al conjunto para saldar esta historia. Pero, digamos, yo calculo que en la historia de la humanidad, de los distintos países, en las luchas sociales y políticas, es una historia más en cien millones. La reconciliación es buena. Mi espíritu quedó en paz, al menos con él. Porque era buen tipo además, era el único peronista de la familia, porque los demás eran gorillas... bueno.

Pensando en todos esos años de militancia, de represión; de las complejidades y contradicciones de todos esos años, si pudieras volver a una escena de todos esos años, qué escena sería y para decirle qué a quién.

Escenas puede haber muchas. La del 25 de mayo del 73 es impagable; la plaza llena, Cámpora asumiendo, los compañeros ahí, y la inocencia de pensar “se van, se van, y nunca volverán”. Lo cantamos en algún momento en la Plaza.

Después una comida que se hizo el 25 de mayo del año 1975 en Ensenada, no me acuerdo el nombre del club. Un asado. El asado lo organizó la agrupación metalúrgica Felipe Vallese que dirigíamos nosotros y que tenía asentamiento en la mayor cantidad de fábricas metalúrgicas de la zona; se juntaron unos 400 trabajadores, laburantes en serio, con sus familias. Y cuando estábamos por comenzar la comida –sabíamos, un grupo muy reducido, que se iba a hacer presente uno de los compañeros más referentes de la organización– y se baja de un auto Mario Eduardo Firmenich a saludar a la gente, como con la gente, toma vino, pide una guitarra y se pasa como hasta las cuatro y media de la tarde tocando la guitarra y cantando, canciones folklóricas y eso. Una imagen muy linda. Todavía no habíamos sido derrotados ideológicamente.

¿Ideológicamente fueron derrotados?

No, no. Pero después el resquebrajamiento fue muy duro. Porque reconstruir todo eso posiblemente lleve una o dos generaciones más, porque lo difícil era, hasta la caída de Roberto Quieto, hasta el 27 de diciembre de 1975, todavía estábamos convencidos de que podíamos ganar. A partir de esa fecha, la caída del Negro Quieto, empieza a quedar en claro que la relación de fuerzas era desfavorable. Por ejemplo, cae en Córdoba la principal fábrica de armas que teníamos. Se estaban fabricando cargadores, se estaban fabricando los caños para los fales, los fusiles, y varias piezas más. O sea, estaba funcionando la fábrica, clandestinamente. A partir de eso, y de la documentación que cae con él, empezamos a ver... y después fue tuc tuc tuc. Empezamos a caer.

Son escenas de triunfo, obviamente.

Entrevista a Felipe Bellingeri

Fecha: 31/03/2014

Lugar: La Plata

Durante la dictadura, vos estás cursando la primaria, ya conocías medidas de seguridad pero, ¿tenés algún recuerdo anterior a ese tiempo?

Nací en 1971, ya ingresó al jardín en plena dictadura, pero no había tantas normas de seguridad hasta abril del 76. En ese momento, ya levantamos el negocio que teníamos y nos vamos a vivir a un barrio italiano en 28 e/64 y 65. Ahí nos cambia el esquema familiar; lo que buscaban las fuerzas represivas era una pareja con tres niños hermanos y nosotros rompimos esa composición, nuestra familia externamente pasó a ser una pareja con dos hijos y un primo. Para noviembre del 76 esa estructura se vuelve a modificar; mi papá pasa a una clandestinidad completa, no puede volver a entrar en La Plata y los contactos con él pasan a ser teatralizaciones en un contexto clandestino, desde encontrarnos en un andén de subte con mi viejo vestido de linyera hasta vernos abajo del reloj de Constitución o en una vuelta en sulky en el zoológico de Buenos Aires.

Una medida básica de ese funcionamiento en la clandestinidad era no dejar registro burocrático. Mi mamá pasó a trabajar limpiando casas sin registro laboral, mi hermano dejó de estudiar, mi hermana no ingresó a la universidad; todos los trabajos que conseguían eran trabajos en negro, donde había registro se descartaba el laburo. Básicamente, es no tener ubicación burocrática para el Estado.

Tu caso es distinto, porque estabas atravesando la primaria con tu documentación, ¿cómo lidiaron con ese registro burocrático que existía?

La verdad es que no sé. Tenía algunas normas de seguridad, siempre llegué solo a la escuela y siempre me fui solo de la escuela; cuando las maestras llamaban a las mamás, se posponía la reunión —si el encuentro era un martes, mi mamá decía que iba a ir el miércoles pero, en realidad, iba el jueves— para prevenir cualquier captura.

(...) Siempre vivimos en domicilios emplazados en una zona cuyas calles paralelas tenga la misma dirección de circulación: 28 e/64 y 65; 44 e/23 y 24, por ejemplo. Se buscaban ese tipo de ubicaciones, donde dificultara más el seguimiento. (...)

Dejame recuperar el tema de la escuela porque noto, por cómo lo contás, que existía cierta complicidad del cuerpo docente, ¿o me equivoco?

Sí y no. El cuerpo docente bancaba, bancaba a medias. Yo iba a la escuela donde iba el hijo del intendente de la ciudad —Román, que hoy es accionista del diario El Día—, con esos pibes había ciertas pautas de seguridad en la escuela. Después, en la escuela habíamos, por lo menos, tres hijos de desaparecidos.

Nosotros tuvimos que atravesar, supongo que fue hacia el 79, por visitas del gabinete psicopedagógico pero, en el gabinete, no estaba la psicopedagoga sino que nos encontrábamos con tres señores, que nos hacían preguntas sobre nuestra familia y, especialmente, sobre si llegaba gente nueva. Supongo que estaban chequeando la contraofensiva. Íbamos los tres chicos

de padres desaparecidos, pero entrábamos por separado. Era un interrogatorio, nosotros igual teníamos minuto para todo; yo decía que mi papá trabajaba en Florencio Varela, que mi mamá trabajaba en Gonnet. Eran todas mentiras, pero siempre teníamos minuto; la clandestinidad siempre tiene ese minuto para zafar, la historia que inventás para encantar a la serpiente.

¿Cómo es asimilar esas mentiras como parte de tu historia?

Vos sabés que estás en riesgo, yo era consciente de ese riesgo permanente. Por ejemplo, si nos paraba la policía, yo sabía que tenía que ponerme denso: Llorar, insistir “vamos, vamos, vamos. Dele, señor, cuándo nos vamos”; generar un clima insoportable que funcionaba. Una vuelta nos paran en el colectivo, empiezo a hacerme el descompuesto y nos tratan de despachar rápido; sin embargo, me acuerdo que nos requisan, nos palpan de arma a todos. Es la única requisa que pasamos. Íbamos en el 508 y nos paran en 44 y 28; mi mamá me tocó la mano y yo sabía que tenía que actuar, no hacía falta que me diga nada.

Después controles vehiculares, tengo el recuerdo de pasar controles tocando la bocina y saludar a los tipos, para que piensen que los conocíamos. Son actos de riesgos, pero se trataba de utilizar la picardía, de aprovechar la oportunidad.

Me acuerdo que nos habíamos mudado y nos quedaron varias cajas con libros. Cuando llegamos, en la esquina, habían asesinado a un compañero; él venía en moto y lo encierra una patota, tenía una granada así que llega a meterle la ‘pepa’ en el auto y vuelan todos, pero antes alcanzan a pegarle un tiro mortal. En el medio de ese operativo, en el medio del caos, con todo el barrio charlando sobre eso, papá primero piensa en dar la vuelta pero ve que no hay problemas y metió la camioneta en la vereda y cargamos todo lo que fuimos a buscar.

Vivimos siempre en pasillos y edificios para evitar el chequeo, teníamos movimiento muy rápidos en la calle, caminar siempre a contramano y cuidarnos de que nadie nos vea cuando entrábamos a la casa. Igual, yo tenía más libertad de movimiento, jugaba con los chicos del barrio, estaba con ellos pero, por ejemplo, nunca podía llevarlos a mi casa.

Los alquileres son otro tema; siempre alquilaba una tía para no dejar rastro burocrático, con un apellido que no era el que buscaban; o sea, los tipos tenían el apellido de mi papá, no el de mi mamá o sí, sí, es probable que también tuvieran el apellido de mi mamá. Pero había una diferencia entre los apellidos; mi mamá tenía de apellido Loto y mi tía figuraba en su documento con “doble te”, Lotto. Esa anotación, posiblemente, nos puede haber salvado.

Los militantes estaban preparados para matar y morir, pero cómo corría ese miedo, ese peligro, para uds, los hijos

Mi familia es una familia de resistencia. Cuando se conforma mi familia, mi viejo venía de la resistencia peronista; zafó en el CONINTES pero, durante las dictaduras de Onganía/Lanusse, cae preso en el '71 y después lo expulsan del país. Vuelve recién en 1973.

Pasaste tus primeros dos años de vida sin tu papá

Soy casi huérfano de padre. En el 73 venía de Chile, había sido parte de la Unidad Popular de Allende; llega con una formación en la clandestinidad, es decir, una clandestinidad más de orga, más estudiada. Es el funcionamiento de la clandestinidad implementado por el servicio de inteligencia cubano.

Una vez que estalla el golpe, el recuerdo que tengo es con mis padres en el umbral de la casa de 44 y 23; ellos dejan el local que teníamos en el frente y se comentan “están haciendo un rastrillo”. Venían ocupando manzanas y pasaron por la de enfrente, la nuestra no tocó pero podríamos haber perdido mucho antes.

Un 1º de febrero de 1977, estaba mi padre en casa; hay un operativo sobre la calle 64 e/ 28 y 29, secuestran un matrimonio y nosotros tratamos de ayudar pero no pudimos. Salimos a la calle, yo a caballito de mi papá, vamos hasta el almacén para acercarnos al lugar; me acuerdo que, cuando un oficial mira hacia nuestro lado, mi papá me dice que me tire sobre él para taparle el resto —eso era una práctica normal, que ya tenía asimilada—. Llegamos al almacén y nos enteramos que ya estaban por reventar la casa; mi papá sube por los techos para ver si podía salvar a alguno pero no había nadie, los fueron chupando a medida que llegaban.

Recuerdos de gente abatida, qué sé yo, esas escenas eran cotidianas. Sí, estaba el peligro, siempre.

Después cuando nos mudamos a 14 y 47, empieza otra cosa que es el encuentro de nosotros con las Madres; Madres, Abuelas, familiares empiezan a funcionar todos juntos en una Mutual Docente que estaba en 14 e/ 46 y 47. Entonces, llegaban las Madres a nuestro departamento y de ahí nos íbamos a la mutual; pasaban por casa y salían de a tres hasta la mutual, ahí había toda una codificación de timbres.

Me acuerdo también que escuchábamos mucha onda corta; teníamos una radio con 4 frecuencias, yo creo que lo hacíamos para detectar la frecuencia policial o para escuchar noticias desde el exterior. Supongo que era así, tengo ese vago recuerdo.

Te preguntaba antes qué recuerdos tenías como un niño militante y te pregunto, ahora, qué recuerdos de niño de barrio, de primaria, te quedan

Salvo estas cosas, estas normas de seguridad, estos recaudos de circulación; la consciencia de saber que era una familia de militantes, convivir con la duda y el riesgo de tener a mi padre preso. Me recuerdo a los 8/9 años, cuando mi mamá ya había hecho contactos con la Cruz Roja, preguntando si mi papá estaba preso; cuando nos llega la respuesta de la Cruz Roja de que no lo habían detectado en ningún lugar, yo preguntaba si lo buscaban casa por casa y me dicen: “No. Los buscan en las cárceles”. Era la confirmación de ese riesgo, de ese miedo.

Pero, en realidad, hasta ese momento no se sabía lo que la desaparición significaba; se creía que podían estar vivos, en centros de recuperación que le llamaban. Después, empezamos a recibir

noticia de los prisioneros que habían sido liberados, que existían campos de concentración, que podían estar en tales lados por el recuerdo que tenían de los ruidos o de los tiempos de traslado.

En esos años que vivís con tu padre lejos, con todas las medidas de seguridad, existían reproches casi hasta, si querés, berrinches de chico

No, lo asimilé bastante bien. Creo que haber tenido preso a mi padre antes, sirvió para aprender a sobrellevar la ausencia.

A principios del 80, se empieza a desblindar la seguridad, nosotros nos mudamos a la casa de 119 e/ 37 y 38. Ahí ya comenzamos con una militancia formal, mi hermano se vincula con Intransigencia y Movilización Peronista, que es la nueva cara del peronismo montonero. Nuestra casa empieza a funcionar como centro de recepción de los presos políticos que salían en libertad y escondemos gente de la contraofensiva; al lado se instala una veterinaria, hoy sabemos que operaba un hombre de inteligencia del Batallón 601 —Destacamento de Inteligencia 101, delegación La Plata—, Claudio Grande. Pero nunca sufrimos ningún tipo de allanamientos, nunca nos reventaron la casa.

Mi papá militaba en el Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), que era un grupo muy pequeño. Al contrario de las grandes de las grandes organizaciones armadas que, a medida que caían sus cuadros en combate, iban incorporando más militantes a la estructura y así alimentaban la espiral represiva, el PROA desprende a sus militantes de superficie y se preserva el núcleo inicial de 27 hombres. Para junio de 1977, preparan una acción que tenía como objetivo derrocar a la dictadura, esa acción es la captura de Martínez de Hoz; ellos habían incorporado a Rafael Perrotta, director del Cronista Comercial, que jugaba al golf con Massera y Martínez de Hoz. El domingo 12 de junio, Perrotta prepara un asado en su casa donde iban a caer los muchachos del PROA pero cae, a las 5 de la mañana de ese día, la casa de Marcos Paz; Perrotta come solo con Martínez de Hoz y cae un día después, y el 14 cae el secretario privado de Martínez de Hoz, también miembro del PROA.

Fallaron las medidas de seguridad de la organización, pero no se quebró el funcionamiento clandestino de mi viejo, porque nunca nuestra casa estuvo en peligro; nosotros creemos que nuestro viejo cae muerto en Marcos Paz, entonces no tienen forma de sacar información de su núcleo familiar.

Cuándo y cómo te enterás que tu viejo cae

Básicamente, porque nos quedamos sin recursos para el alquiler. Todos los meses nos encontrábamos en Capital; la última vez que nos encontramos fue en abril-mayo del 77. En Mayo se produce, en Marcos Paz, la caída de una cárcel de pueblo que tenía el ERP y yo creo que la información que surge de ese operativo termina en la caída del PROA.

A partir de ahí, sabíamos que algo había pasado; podía ser que hayan salido del país, que hayan caído capturados, que hayan muerto en su defensa. Algo de eso había pasado, pero no sabíamos ni siquiera el lugar donde vivía y no lo supimos hasta 1985, cuando vuelve Luis Eduardo Duhalde y

nos cuenta de la casa en Marcos Paz; fuimos hasta el lugar y nos encontramos con esa casa tiroteada, siguió intacta hasta el 97/98. A partir de 1985, empiezo la reconstrucción de la caída de mi papá.

Qué significaba para vos hacer esa reconstrucción

Juntar pruebas para presentarlas en la justicia, nada más que eso.

¿Y personalmente? Digo, cuál era el valor de reconstruir la historia de tu viejo

Sí. Creo que, de alguna manera, yo construí todo el tiempo que mi papá no estuvo conmigo, desde Chile hasta sus últimos días. En 1972 cae preso y lo expulsan del país a Perú y él, baja por Bolivia, hasta Chile; participa de la Unidad Popular, mi papá como tornero pone en marcha una fábrica que estaba parada para la fabricación de válvulas para motores y un arma, tipo bazoooca liviana. Después sigue su periplo por Cuba, África, vuelta a Chile y, finalmente, regreso a la Argentina.

Del 73 al 76, vivimos juntos y tengo un montón de recuerdos. Después quedan algunas cosas, cuando ya no vivía más con nosotros, me acuerdo de visitarlo en una casa que tenía en Sarandí, que estaba casi levantada. Bueno, de ahí va a Marcos Paz, pero eso ya es parte de la reconstrucción posterior.

Vos hablás de una semi-clandestinidad

Sí, no es una clandestinidad plena; nunca tuve documentos falsos, pero sí falseé mi identidad; fui siempre sobrino en esa estructura familiar, me hacía llamar Felipe y eso persiste hasta la actualidad. Pero no era una clandestinidad de orga, no era esa clandestinidad casi esquizofrénica que tenía Montoneros; nuestra clandestinidad se reducía a ciertas normas de seguridad, la clandestinidad de la organización implica otras cosas, implica la logística de dónde guardar material bibliográfico, dónde guardar material militar, tener distintas casas para resguardarse, tener documentación. La clandestinidad era la logística que te daba una organización guerrillera, nosotros no tuvimos esa logística, sí resguardos de seguridad.

Sin embargo, más allá de lo que significa la clandestinidad como logística para operar política y militarmente, la clandestinidad es un cierto destierro de tu propia identidad, de tu realidad más inmediata, de lo que vos podrías llegar a ser

Sí, llamémoslo así.

Cómo se aprendían esas normas de seguridad

Era un gran entrenamiento familiar. Un día me agarraron y me dijeron no le tenés que decir al vecino que nos mudábamos y yo tenía muchas ganas de contarle, porque quería que siguiera siendo mi amigo, y no le pude decir nada; nos mudamos rápidamente y con mucha logística y gente trabajando en la mudanza. Esa era la dinámica, no podía durar más de 20/30 minutos. Me acuerdo que me encantaban las mudanzas, mi mamá decía que la casa se desarmaba en 15 minutos; teníamos pocos muebles, entonces era fácil. Tenía que ser así.

Me acuerdo que vivimos en una casa electrificada; teníamos luz a kerosene y las paredes del exterior electrificadas. Por qué no teníamos luz, hasta el día de hoy, no lo sé. Teníamos un sistema de roldanas, disimulado por el cordel de la ropa, para esconder los libros en el terreno contiguo, si era necesario.

En esa casa, también recuerdo una escena con mi viejo en el lavadero quemando cosas...

Qué cosas estaba quemando

Yo calculo que eran fotos y documentos. De cualquier manera, había poca documentación del partido en mi casa, se trasladaba continuamente. Se las escondía en las latas de tomate o durazno, se abrían las latas en la parte de abajo, se guardaban los documentos y se metían en la heladera; entonces, si vos abrías la heladera, la lata parecía cerrada pero, en realidad, estaba sin piso y los documentos quedaban entre la lata y los estantes.

Tengo recuerdos, también, de mover armamento. Las armas se trasladaban en botas de caña alta, que son las que llegan casi hasta la ingle. Mi papá tenía una Ford cherokee, las cargaba en la cajuela y ahí íbamos, con las botas salvadoras.

Cada vez que te mudabas, te encontrabas con nuevos amigos, nuevos escenarios, cómo era contar una historia a medias

Yo sabía que podía contar y qué no; mi mamá era viuda, a veces podía pasar por mi abuela y de mi papá no hablaba, era un pibe sin papá. No sé bien cómo hacía. Me acuerdo, sí, que jugaba al tiroteo, llegamos a poner una figura contra la pares y la picoteábamos; había una casa abandonada en el barrio de 14 y 47 que la llenamos de agujeros. Eso era una propuesta mía de juego con los vecinitos del barrio, no sé de dónde venía lo del tiroteo.

También recuerdo haber leído una pintada que decía: “Libertad a los presos políticos y sindicales” y preguntarle a mis hermanos qué era eso. Después con la música era peligrosísimo, porque en mi casa se escuchaba —y se escuchaba muy bajito— la música prohibida, por ejemplo, Mercedes Sosa. Yo iba caminando a la escuela tarareando o silbando esas canciones y la vecina que me llevaba, más de una vez, me pedía que dejara de cantar. Era un peligro, porque yo silbaba mucho, entonces iba silbando “Como la cigarra” por la calle y me hacían callar.

Después tuve un espacio de contención. Más o menos en el año 79 las Madres arman como una especie de colonia de vacaciones, estaba Hebe, estaban las demás madres; fue un espacio en donde algunas madres se quedaban a cuidarnos a nosotros y los demás salían a laburar la denuncia, a la CADU, a Naciones Unidas y la Cruz roja.

Hace un momento hablabas sobre el colegio y decías que eran tres los hijos de desaparecidos. ¿cómo convivías con es? Miradas, voces...

Yo me enteré mucho después eso. Incluso, por ahí, había más. Dos, al menos, sufrimos el interrogatorio en la escuela. Ramón no sé si lo interrogaron en la escuela, pero a Alejandro y a mí sí. Siempre fui a la misma escuela, a la Escuela 19.

Y como vos, que te ibas de un momento para otro, ¿se fue algún amigo tuyo de un momento para otro?

Sí. Recuerdo una compañera que me llamó mucho la atención, que supuestamente venía con el circo. Estuvo cerca de dos meses y se fue. Pero “el minuto” del circo nunca me cerró; para mí era una compañera que venía circulando y... Gómez de apellido... Selva se llamaba, Selva Gómez. Hay que buscarla a ver si sigue en el circo.

En el último tiempo aparecieron “La casa de los conejos”, “Pequeños combatientes”, “Infancia clandestina”.

Lo de Raquel Robles (Pequeños combatientes) me parece buenísimo; yo viví en esa casa, la casa de Raquel, en City Bell, en el año 2000... y me imaginaba a esos pibes, los protagonistas, en ese barrio, su vecino radioaficionado, está buena la historia. La casa de los conejos, también me pareció muy buena, tiene alguna crítica hacia la Organización. Infancia clandestina es demasiado ficticia, me parece a mí. Digo, nunca se hubiese elegido una casa de chapa sin bañadera. El lugar donde se ponían los pibes es la bañadera, porque las bañaderas, aparte de ser enlosadas, eran de acero. Entonces, si a vos te ponen con un colchón, te tiran adentro de la bañadera, el riesgo es mínimo. Salvo que te caiga un explosivo de arriba.

Sí había cierto entrenamiento, volviendo a esto de la niñez. Si se escuchaba alguna explosión había que tirarse al piso, en las esquinas, al piso y en las esquinas para estar resguardado.

La relación con la gente que llegaba de paso a tu casa, la relación con los nuevos vecinos...

Ahí yo ya era más grande y ahí participaba un poco del esquema de seguridad. Yo salía a andar en bicicleta, daba vueltas manzana y me fijaba si había autos con más de cuatro personas adentro, tres personas. Jugaba en la calle, jugaba a la pelota en la calle, le rompí el vidrio a mi vecino de enfrente y todavía me lo reclama. Esa fue la última casa, donde además nos quedamos.

Vos notabas cierto cierta duda, incertidumbre, de los vecinos, como diciendo “¿de dónde vendrán éstos?”.

Sí, en 14 y 47, que era un edificio coqueto en ese momento, sí éramos llamativos. En el barrio de los italianos sí éramos llamativos; 41 y 23, ya no éramos tan llamativos porque tenía otra dinámica, era una vida más de pasillo, de cruzarte en el pasillo. En 119 y 37 éramos una familia normal y era un barrio obrero, donde la gente trabaja común, entonces un barrio común, con mucho movimiento de gente. Ahora no hay tanto movimiento de gente, peor en ese momento sí. Cuando llegamos a 119 había un paro de los variadores, con una represión... estaba todo el barrio gaseado, corridas, tiroteo, postas de goma. Nuestro vecino cae preso, con un brazo quebrado. En el medio de todo eso cayó un familia con una camioneta e hizo la mudanza... siempre en el medio del

quilombo, nosotros mudándonos, sacando libros. Pero eso sirvió, ese hecho sirvió para sondear el barrio, era un barrio que le hacía un paro a la dictadura. Debió ser uno de los primeros paros que se le hizo a la dictadura, finales del 79, principios del 80.

Antes de mudarse, ¿medían el barrio?

Sí. El de 37 yo tengo el recuerdo de que sí, se medía el barrio; y que de 47 había que irse. En 47 creo que la aprietan a mi hermana abajo. Tengo el recuerdo de Claudia gritando a los vecinos “no abran que me quisieron robar”. Nosotros vivíamos en un tercer piso, al lado del edificio había una casa vieja, a dos techos... desde nuestro balcón era fácil de pasar al techo de esas casas y estaba el gremio de la UTA. O sea, nosotros, por los techos, podíamos llegar al gremio de la UTA.

Yo creo que estuvo todo medido. Por ahí no tanto el barrio de los tanos, que fue así, “vamos, vamos para allá” y nos fuimos.

En esa rutina, que nunca es rutina, porque siempre cambia, ¿pasaba algo que quebrara esa rutina (si sacamos las caídas de compañeros y las casas que reventaran)?

El miedo hacía pensar riesgos. Yo no recuerdo esperas, por ejemplo. Por ahí recuerdo la espera en el jardín, que cuando no me iban a buscar me desesperaba un poco, y que había amigos que no los iban a buscar. Eso por ahí sí llamaba la atención. Pero lo único que podía quebrar la rutina era una caída o una casa reventada. Nuestra suerte, o desgracia, fue que en junio del 77 caen todos juntos. Todos juntos. Los 27 integrantes, cae toda la organización entera. No sé si hay un caso igual. Cae entera, entonces no salen a buscar nada. Si no hubiese caído entera, hubiesen salido a buscar.

Recordé algo de cómo nos enteramos. Sobrevive María Álvarez, que cae en una casa en la calle Douglas, en Capital, y ahí capturan a su marido y ella escapa por un ventiluz. Mari nos contacta y nos va a visitar más o menos en el 78, y nos cuenta que habían caído todos, que les había caído la patota a ella en Douglas con la tana Galleti que quedó capturada; la tana fue pensando que no había nadie y éstos tenían llave y habían ingresado unas horas antes a la casa. Así nos enteramos nosotros, más o menos debe haber sido 78 o 79, que había caído mi papá. Mari sí tenía clandestinidad absoluta.

Cuando se enteran de eso, ¿cómo es terminar de asimilar la ausencia?

Ahí no había ausencia todavía. Nosotros, hasta el 83, creímos que podían estar vivos. Más allá de la información que teníamos de los presos políticos. Pero sabíamos de la existencia de la isla del Tigre... creímos que podían tener un contingente importante de compañeros y que los iban a ir liberando de a poco. Pero pasaron los primeros meses del alfonsinismo y nos dimos cuenta que no había sobrevivientes. Ya habíamos incorporado la palabra *desaparecidos*, la consigna era “con vida los llevaron, con vida los queremos”. Y ahí empieza un largo proceso donde silenciamos, se silenció. Nosotros nunca dijimos que éramos hijos de desaparecidos. En los ámbitos públicos no hablábamos de lo que nos pasaba. Y recién eso se rompe en el 95 con HIJOS, en mi caso. Y en estas cosas previas a HIJOS que fueron la quinta de Hernández, con Hebe, y el Taller de la amistad, que fue un taller para hijos de desaparecidos que funcionaba los fines de semana y que contenía a

hijos de desaparecidos y de ex presos políticos; en el taller de contención había muchos ex presos políticos. Eso funcionó hasta el 86. En el 86, yo me incorporo a la Unión de Estudiantes Secundarios y ahí empiezo a tener contacto con otro tipo de compañeros, que son los sobrevivientes de los centros clandestinos, y los que volvían del exterior. Ahí, en el 85, lo conozco a Pancho (Marcelo Molina), al Chiqui Faclone, Ribo Carlotto...

Ese silenciamiento personal, ¿a qué creés que se debió?

¿A qué se debió? A las leyes de Obediencia debida y punto final. Nosotros éramos los hijos de los subversivos. Peor, ni siquiera de los subversivos, de los terroristas. Digo: la teoría de los dos demonios; si está desaparecido, por algo será... entonces, yo creo que fue una manera de protegerte de la agresión. Vos sabías que del otro lado ibas a tener una agresión muchas veces. Me pasó en la escuela secundaria. Yo en la escuela secundaria me enfrento con dos profesores: uno de Berosch, represor de la noche de los lápices, ex CNU; y otro, un tipo de carpintería, que hasta el día de hoy no sé ni el nombre ni el apellido. Pero ese empezó a decir que nuestros padres ponían bombas, que hacían atentados... por ahí no le erró tanto, pero no era contra la población civil, eran con objetivos concretos. Pero te decían “vos sos hijo de terroristas”. Había como una saña, ¿no? Y yo decía que era militante de la UES y era un subversivo. Yo, en la escuela Albert Thomas, fui un subversivo. “A ver, Bellingeri, usted que es militante de la UES (me dijo Berosch), pase al frente”; y después me decía “usted tiene aserrín mojado en la cabeza”. Sí, eso lo sufrimos bastante. En el último año de la escuela primaria alguien habla de los desaparecidos, una profesora que se llamaba Gisela, y yo ahí hablo con algunos compañeros de la desaparición de mi padre. Año 83. Se había ido el peligro.

Ahí es la primera vez que hablás, y al mismo tiempo una reivindicación por lo menos personal, íntima...

No, ahí hay una ruptura de poder decir. Digo, en algún momento lo tenía que decir, eran mis compañeros, con los que había compartido desde el jardín hasta terminar la primaria; unos días antes de terminar la primaria yo dije que hijo de desaparecidos. Tenía compañeros que eran hijos de policías. Hace poco uno se me enojó... yo sabía quién era su papá: antes de ir a la casa yo sabía a la casa de quién iba, de lo que podía hablar, de lo que no...

No fue una reivindicación, fue “poder decir”, romper ese silencio. Después de la Obediencia debida y el Punto final, una gran crisis, de no poder hablar eso. Que por ahí lo canalicé desde la militancia. Yo muy prematuro me incorporo al peronismo revolucionario, en el 87, me incorporo a la revista JP, donde conozco a Rodolfo Galiberti. Ahí empieza mi propia experiencia, quizá más parecida a la de mi papá. A finales de los 80 Rodolfo se propone armar una estructura militar de defensa, una estructura militar liviana que después terminó en cualquier cosa. Y que algunos compañeros como el Lobitos Rodríguez Saa terminó muerto, y otros compañeros terminaron asaltando blindados. Después Rodolfo Galimberti se pasa al bando enemigo y nosotros que éramos muchachos muy jóvenes, rebeldes y preparados, nos enfrentamos a Rodolfo y le decimos que no vamos a participar más de esa estructura. De ahí armamos el Ateneo Generación Malvinas,

que fue una experiencia local propia, que después deriva en la formación de Quebracho. Y en el medio surge HIJOS, en el 96.

Yo, en el 92, 93, apenas se arma esta nueva estructura que es Quebracho, me voy a tratar de organizar Quebracho en Neuquén, junto a un núcleo de compañeros y simultáneamente se va formando la estructura de HIJOS. Le pusimos mucha... sobre todo lo que es el escrache. Yo tenía un vínculo casi de hermandad con Mariano Robles, que es quien propone es escrache en la ciudad de Cabalango, en Córdoba. Cuando empezamos ahí sí se arma una estructurita "clandestina". Una estructura que lo que busca es información de los milicos, tratamos de ubicarlos, tratamos de tomar contacto con los tipos y, sobre todo, saber el domicilio, el teléfono y la forma de sacarle fotos. Tuvimos muchas horas esperando sacar una foto, por ejemplo; guardias de 12 horas. Tipos que se mudaban y teníamos que escracharlos, y en el medio del escrache se mudaban y cambiaban de domicilio, y había que detectar el domicilio rápidamente. Recuerdo uno en La Plata que se nos mudó el día del escrache; y salimos a peinar toda la ciudad hasta que encontramos la camioneta del tipo, cuando encontramos la camioneta del tipo dijimos "acá es" y era ahí. Fue el escrache inesperado. Fue al Indio Castillo. Le tuvimos que sacar una foto a ese mono.

Ustedes venían de ese silencio impuesto por una sociedad que también se había dedicado a silenciar...

Sí, ahí salimos a discutir con la sociedad. Íbamos al programa de Grondona y discutíamos con Grondona. Y Grondona nos ponía enfrente a os genocidas y asesinos de nuestros padres. Sí, fue decirle al tipo que usted siente todos los días que la mujer grita porque le pega, es el asesino del centro clandestino El olimpo, por ejemplo. Nos encontrábamos con esas cosas. Chequeábamos muchos, mucho, mucho que no tuvieran hijos. Que no tuviera hijos en la franja de riesgo, porque podía ser que estemos... donde descubríamos que tenían hijos se los pasábamos a Abuelas. Estuvo en el medio la discusión de Miara con los mellizos Gijardo Tolosa...

En ese momento, bien entrados los 90, cuando empiezan a discutir esto, la memoria histórica. ¿Cómo es al mismo tiempo construir la historia familiar, la historia personal?

Yo creo que van simultáneos. Porque vas buscando, en la reconstrucción de la memoria, vas buscando a tu viejo. Entonces buscás o afectivo. Pero, aparte, en otro plano, buscás los lazos afectivos que tenía tu padre en la clandestinidad. Hasta el día de hoy sigo contactando amigos de mi viejo con los que no me había contactado nunca. Hace una semana me contacté con un compañero que vive en México, que vivió en una cosa con mi papá en Santiago de Chile.

Después, lo familiar es bastante engorroso. Perdimos mucho afecto: a mi tío por parte paterna creo que lo vi dos veces, por suerte se murió; mi tía por parte materna negaba todo, y su yerno era del batallón 601; mi prima nunca habló, nunca nos preguntó si necesitábamos algo; la única que se jugó más o menos fue una tía soltera que era hermana de mi mamá, que se vino a vivir con nosotros, era la que se encontraba con mi papá para que le diera la plata del alquiler, era la que conseguía DNI truchos para alquilar casas. Ésta se la jugó. Mi otra tía, nada. La pasó bárbaro. Mi tío por parte materna, nunca nos preguntó nada, si nosotros no lo íbamos a visitar el tipo ni se

preocupaba. Se rompió todo ese lazo familiar. Se rompió todo. Salvo mi tía Negra que fue una masa, todos los demás una *cadorcha*. Y la vieja, que por su dinámica, de la clandestinidad habla poco. Mi mamá.

¿Y abuelos?

Abuelos no. En el 71 sí, tuve una abuela que parece que fue graciosa en el momento del allanamiento. Mi abuela era una mujer italiana, gorda, que vivía con nosotros. Y aparentemente era una mujer muy prolija con la ropa. Entonces, cuando revientan la casa, golpean, y la tana va y pregunta: “¿Ma, quién é?” La policía, le responden. “*Pregunté quién é, no de qué trabaja ni...*” y la pasaron por arriba. Fueron a su habitación y ella decía “No me toquen la ropa, no me toquen la ropa” y atrás de la ropa había un arsenal. Le tocaron la ropa, le revolearon todo... pero después se murió la abuela. Yo creo que murió de... era una mujer grande, y cardíaca. El allanamiento fue en noviembre del 71. (La noticia salió en el diario El día, 11 ó 18 de noviembre de 1971.) Tenía toda la ropa prolijita en el placard y atrás del placard había un arsenal. No me toquen la ropa, decía, no me toquen la ropa, porque ahí no hay nada. Y atrás había...

El clásico embute...

Era un embute, sí. Eran especialistas en hacer embutes. Especialistas. Ahí, en la casa de Marcos Paz, había varios embutes que simulaban ser rejillas. Entonces metían ahí los caños, no sé de qué. Mirá: puede ser para esconder La Mercedita, ahora que pienso. Porque era una forma de caño con una tapa de rejilla.

Volviendo a esto que veníamos hablado antes, a la reconstrucción histórica: ¿qué deudas quedan?

Primero, el cuerpo. Llegué a un punto de la investigación que yo creí que tenía el cuerpo, y no lo tengo. La reconstrucción fue muy buena, porque di hasta con los tipos que trasladaron cadáveres hasta la quinta. Porque en Marcos Paz lo que se da es un tiroteo intenso; empieza a la madrugada, a las 5 de la mañana, y dura hasta pasado el mediodía, donde van cayendo compañeros que van acercándose a la casa. Entonces se dan tiroteos en distintas partes del pueblo. Fabián Ushirato llega desde la casa hasta La Española, hay unas 30 cuadras, llega herido, lo levantan en una moto; trata alguien de llevarlo al hospital, lo bajan antes y lo suben a una camioneta... algunos dicen que lo rematan arriba de la camioneta, yo no puedo creer que lo rematen arriba de la camioneta porque un hombre vivo, es información. Después, Haroldo también cae después fuera del perímetro de la quinta; Liliana Galleti cae por fuera del perímetro de la quinta. Y en la quinta estaba mi viejo, dos personas más; se dice que había una criatura. Hay una piba rubia que la parten en dos con un ráfaga de ametralladora. Se sostiene ahí el combate y bueno... la reconstrucción es esto. La reconstrucción es ir al lugar, levantar data cada vez que voy. Cada vez que voy aparece un dato nuevo, la fuente pública es inagotable. Vos vas, preguntás... y a medida que va pasando el tiempo, más gente aparece. Y fue un hecho traumático en un poblado donde pasó este tiroteo, y después hubo una serie de secuestro... a la semana hubo secuestros de 6

personas que fue el que era intendente en el 73 en la ciudad de Marcos Paz, Sánchez, y todo su gabinete. Sánchez fue capturado unos días después del tiroteo nuestro.

Al principio fue problemático reconstruir. Porque nos echaban la culpa a nosotros de la desaparición de los otros; que si lo nuestro no hubiese pasado los otros hubiesen sobrevivido. Y en realidad estaba diagramado el área operacional: que iban a operar en ese territorio y que, con los recursos que tenían, iban a arrasar con todo; se iban a quedar una semana y en una semana limpiaban el pueblo. Hubo ruido en la reconstrucción, también. Una de las últimas veces que fui, fui a una exhumación que hacía el equipo de antropología forense en el cementerio, y en el parate que hicieron para comer yo me fui para la casa. Cuando llegué a la casa también estaba mi hermana, ella se pone bastante mal cuando llega al lugar, yo hablo con la población y ella se saca, dice "son todos cómplices". Mi hermana estaba con Nilda Eloy y el policía que cuida a Nilda Eloy. Yo la quería hacer callar... que por favor no dijera eso delante del policía. Yo estaba con un periodista que me estaba ayudando a reconstruir Marcos Paz que después... Nada, a mí me sirve porque yo levanto data de los vecinos... y todos los vecinos que vieron algo, yo los voy a presentar en la justicia.

Y en esta búsqueda de tu padre, de la historia de tu padre, ¿hay una suerte de reencuentro, de reconciliación? Personalmente, ¿qué significa?

Sí, yo lo encuentro todo el tiempo a mi papá. Lo encuentro en mi militancia, cada vez que voy al barrio Romero, donde yo trabajo socialmente, me encuentro con mi papá. Cuando reconstruyo también me encuentro con mi papá combatiente. Yo nunca tuve sensación de abandono, nunca reproché su elección porque creo que nos enseñó mucho; en la pérdida también nos siguió enseñando. La reconstrucción... Tus padres son los compañeros de tu papá. Eduardo Luís Duhalde fue el tío que no tuve. Fu el hermano de mi papá, pero el hermano que mi papá eligió.

Vos tenés un recuerdo, una imagen de tu viejo, por lo que vos viviste en carne propia, por el tiempo que compartiste con él. y supongo que tenés otra imagen por todo lo que has escuchado de él. Y, sin ir más lejos, de tus hermanos que eran más grandes. Pero, ¿qué es lo que más te llamó la atención, que te hayan contado que quizá vos en ese tiempo que compartiste no pudiste no pudiste apreciar?

Yo tengo recuerdos muy frescos de mi papá. Tal vez por ese shock de estar por momentos, y por momentos no estar. Pero en el momento que estuvimos juntos, fue muy intenso. Porque, primero, mi papá no era un tipo que salía a trabajar y volvía de trabajar, sino que trabajaba en nuestra misma casa; tengo recuerdos de mi papá atendiendo su negocio y yo estar jugando con unos amortiguadores, por ejemplo, jugaba al gasista con unos amortiguadores. Tengo recuerdos de mi papá cocinado, tengo un recuerdo yendo con mi papá a la casa de mi tío: pasábamos por el Parque San Martín. En el parque San Martín había un circo y había un montón de animales enjaulados, y parece que encontramos un perrito enjaulado. Entonces me dijo, tengo este recuerdo, que me toca el hombro y me hace señal de silencio, levanta la tapa de la jaula y nos llevamos un perro. Y nos fuimos caminando con el perro a nuestra casa. Dejamos el perro y nos volvimos a lo de mi tío. Y ahí guardamos un secreto entre los dos, que teníamos una sorpresa en la casa. Cuando llegamos

a la casa estaba el vidrio roto, el perro se había escapado, se había cortado todo, lo habíamos perdido. Tengo ese recuerdo de esa hazaña que hicimos juntos.

Después de un choque en la esquina de nuestra casa (que a mí me encantaban los choques de autos, me encantaban... que se juntaba la gente, a ver cómo había quedado el auto...) se había hecho concha en la esquina y fuimos a ver cómo había quedado. Me acuerdo de eso.

Después, otro recuerdo que tengo, es la vereda. Mucha vereda en 44, mucha vereda, afuera. Que me jodían con el hombre de la bolsa, que si no tomaba la leche iba a venir el hombre de la bolsa . y un día lo fui a buscar corriendo (al padre) porque vi que del colectivo bajaba un hombre con una bolsa gigante y dije: Es ese. Es ese guacho. Y lo fui a buscar corriendo y le dije: está el hombre de la bolsa. Tengo varios recuerdos. Tengo el recuerdo de estar mirando una carrera de autos que pasaba por la avenida 44, debe haber sido el turismo carretera, que pasaban todas las cafeteras por calle 44; nos levantamos a la madrugada a ver cómo pasaban los autos. Después también recuerdo estar mirando Fórmula 1 en televisión, se ve que le gustaban mucho los fierros.

Nosotros apuntábamos a eso, a saber si la imagen que tenés de tu viejo es producto de tus recuerdos o de, por supuesto, de todo lo que te fuiste informando después.

No, no. Yo creo que la imagen que tengo es producto de lo que viví yo.

¿Todavía hoy sentís que te queda alguna deuda con tu viejo?

Sí, deudas sí. Una deuda me queda: liberar la patria. Estamos en un proceso que es reformista, no es revolucionario; en algún momento, o tal vez nunca, pueda liberarse este país. La única deuda. Y después encontrar los huesitos, en algún momento. Pero ya lo descarto. Es probable que lo hayan tirado al mar. Tengo esa idea de que no los voy a encontrar nunca. Todo el aporte que hice yo al equipo de antropología forense dio resultados negativos, así que descarto esa posibilidad. Pero la posibilidad de liberar la patria, no; la posibilidad de liberar la patria no fui a buscarla a Antropólogos.

Entrevista a Jorge "Araña" Bustos

Fecha: 11/04/2014

Lugar: Carmen de Patagones

Yo estaba pensando sobre esta categoría de clandestino, que es una categoría dinámica, porque no es lo mismo ser clandestino a fines del 73, que era una cosa, y en el 75, que ya era otra cosa. Porque, en algún momento, clandestino era el compañero que tenía un apellido pesado; por ejemplo estoy pensando los compañeros que fueron liberados el 25 de mayo de 1973, pero bueno no iba a andar en el calle con ese apellido. Entonces esos compañeros eran clandestinos y andaban con documentos falopa, por supuesto, no estaban con sus documentos.

Otros eran tan visibles, tenían un rostro reconocido y no podías decir quién sos. En principio, lo que marcaba la clandestinidad era la identidad cambiada. Es decir, que aunque uno podía andar por la calle, trabajar, ir, venir: una vida normal, pero tenía otra identidad.

Pensando ya en 1976, aunque en el 75 ya estaba áspero, hubo una característica, un proceso donde se radicalizó la postura más foquista, más aislacionista, más mitalitarista, pero en un grado extremo, es decir, se perdió rápidamente todo lo que se había construido en el movimiento de masas. En parte se perdió porque había una presión fuerte por las Tres A pero también había decisiones propias que llevaron a eso; una cosa fue el asesinato de Rucci y lo que eso va camino a generar. Porque si no tendríamos una conducta psicopática: “todo comienza cuando él me pego una trompada”, dice el psicópata, “yo estaba bien acá y de golpe vos me pagaste una trompada”. No quiero explicar que todo esto fue reacción por lo que ocurrió, creo que se hizo lo suficiente y era lógico que si a Perón le matabas a Rucci, que era una pieza clave en su tablero de ajedrez, vos lo estabas prácticamente empujando: la Triple A era una cosa que caía de maduro, porque si vos con métodos de guerrilla me comenzás a hacer guerrilla a mí, no me pidas que yo te tenga que atacar solamente con la legalidad, que me lo pida el conjunto de la sociedad, sí, pero vos no. Yo te entro a jugar con unas cartas por el estilo.

No es para victimizarse de ciertas cosas que sucedieron, sino para explicar que sucedieron porque fueron gestadas, uno dio un escenario para que sucederían; es decir, había toda una idea, Montoneros se encontró con una cantidad de masa que habilitó un engorde –porque no era un crecimiento– desmesurado tanto que no podía bancar, no se podía encuadrar, no se podía conducir, no se podía dar una idea de la cantidad de gente que se adhería y pegaba, se sumaba, se sumaba... un aluvión. Y de pronto, en muy poco tiempo tener que hacer todo lo posible para sacarse todo eso de encima, quedar aislado y solo, y en condiciones de clandestinización para decir “por fin estamos donde queremos, con los fierros, sin tener que conducir a la gente, tranquilos”.

Esto, claro, venía de antes de los 70: hablando con varios militantes, ellos compartían la idea de que “si a Perón lo habían sacado por las armas, nosotros lo vamos a traer por las armas” y hasta que volvió esa era la idea generalizada.

Sí, sí. Y creo que es muy factible que haya vuelto por las armas, y es muy factible que los militares se hayan visto forzados también a generar una apertura democrática a partir de las organizaciones armadas. Si uno se pone a mirar las cosas de la época, por el año 72 por ejemplo, la virulencia guerrillera era muy superior, no había un auge de masas tan impactante... lo que más lo movía al Régimen era la guerrilla, la adhesión masiva a la guerrilla.

Hay una encuesta de Gallup –esto alguna vez lo que he googleado y me apareció otra encuestadora, una encuestadora norteamericana– respecto de la violencia en los 70 y es impresionante el alto nivel de popularidad que tenía, la aceptación de la lucha armada en la población en Argentina, era muy alto el índice de popularidad, o sea, de la violencia. Porque, en definitiva, hay una génesis de una crisis en la Argentina violenta. Por ejemplo, hay un libro, Marcados por el fuego, de Diego Larraquy, son dos volúmenes que describen la violencia política en Argentina, muy bien documentados. De lectura absolutamente imprescindible para entender esta matriz violenta de la política Argentina. Ahí él llega a la conclusión de cómo los radicales adjuran de parte de su pasado, por ejemplo, NO reivindican la revolución de 1893, ni la de 1905, que fueron revoluciones de la gran siete, pero no las reivindican porque ellos no han sido capaces de asumir su gesta violenta. Entonces la Ley Sáenz Peña de 1912 pareciera ser que fuera una gesta de la palabra, y de Leandro Alem y de Irigoyen desde la tribuna diciendo pin pum pan y en verdad andaban con los fierros y recorrieron la provincia de Buenos Aires; y la revolución de 1905, donde hubo centenares de muertos y se subieron a un tren que llegaba a La Plata y se tomó la ciudad, andaban a los puros cuetazos y esto es guerrilla pura, nada más que lo que lo caracterizaba era que tenía componentes militares.

El radicalismo no fue capaz de digerir esto y de incorporar esto. A uno le llama la atención, por ejemplo, si lee los diarios del 2005 pasa ver si en el centenario de la revolución de 1905 dijeron algo. Y fue una revolución gloriosa. Porque, ya que estamos hablando de la violencia, me interesa proponerlo para hacer un contrapunto de qué es la Argentina; si no nos estamos equivocando, porque queda una historia muy recortada, que en nuestro inconsciente está recortada, por ejemplo, por los medio masivos; si no sería historia onda Lanata, como las que arma el gordo Lanata, una cosa trucha, hecha por encargo, que justamente este tema cómo la fuerza política NO asume en un acto como corresponde lo que fueron capaces de hacer. Por esos años, creo que Carlos Pellegrini, figura prominente del radicalismo, decía: ustedes dedíquense a gobernar, y le respondían: cómo quiere que gobernemos si todos los días nos estalla una revolución en la cara, porque pronunciamientos había todos los días, en Corrientes, en Rosario... y realmente no te deja gobernar, un movimiento permanente dentro del ejército, se había instalado un estado muy policíaco. Por eso se ven obligados a dar la Ley Sáenz Peña, no salió por un juego libre parlamentario, discutiendo en el congreso, que esa es la que querían inventar.

La historia violenta del radicalismo no solamente tiene que ver con la represión de los talleres Vassena y la Patagonia, también con la intervención de la provincia de San Juan, donde Balbín está al lado de los tipos que picanean a la gente del bloquismo, a los bravos... la represión entendible porque no te dejaba gobernar la derecha de la época provinciana, te bloqueaba todas las leyes en el Senado por ejemplo, y lo obligaba, esta generación de senadores provinciales que terminaban manejando el senado, que a Irigoyen le impedían gobernar, los obligaba a realizar intervenciones provinciales, intervenciones a sangre y fuego, no se trataba de un decreto... esto son versos que después. Del mismo modo que armaron una imagen de un Alfonsín descafeinado, del viejito bueno, es una imagen para contraponerlo “con estos K... en cambio Alfonsín era un gallego bestia que un día se levantaba y decía vamos al mar, al sur y al frío, vamos a llevar la capital y no lo

consensuó con absolutamente nadie, y era nada mas y menos que trasladar la capital de donde estaba a otro sitio, y quiso armar un TERCER MOVIMIENTO HISTORICO, es decir en definitiva lo de los Kirchner, en el punto de vista de esta trascendencia, esta cosa abarcativa, tiene antecedentes ahí nomás. Era un tipo que se paró ante la Sociedad Rural, y después se levantó del pulpito de la Catedral y le respondió al general que todavía la estaba poniendo los puntos. Por eso digo que es tan difícil, la tergiversación que es tan brutal, que no te están hablando de no sé Irigoyen, ponele, quién vivió, cuantos sobrevivientes hay de Irigoyen... ¡Pero te están verseando con el Alfonsín que todavía esta medio tibio en el ataúd! Pero pará porque yo sé, era un tipo que discutió con un tipo en una tribuna en Neuquén y le decía a vos esto y lo otro... Era un gallego calentón.

Y esta matriz violenta también tiene que ver con... cuando uno era joven y se levantaba a la mañana y escuchaba “Comunicado número 1”... Y vos hoy lees esa crónica y ves que aparecen los golpes del 55, del 60, del 70... No, no, no: todas las veces que había una “chirinada” salía. ¿Vos por qué creés que estaban los tanques de la guarnición más importante del país, hasta antes de la democracia, en Campo de Mayo? Porque la fuerza militar estaba para condicionar al presidente, no para defender a la frontera. Esta era la concepción de poder militar que había. Es decir, las FFAA como guardia pretoriana de los intereses más concentrados, y del imperialismo... No unas FFAA al servicio de la defensa del territorio y de sus habitantes, puestas en sus fronteras. Cuando vos ves el mapa de Buenos Aires te das cuenta para qué estaban hechas esas FFAA.

Mi viejo era militar, era oficial del ejército, y yo recuerdo llevarle de comer a la guarnición porque estaba preso: por inconducta, porque no se había plegado. El militar se plegaba o no se plegaba, quedaba del lado de los que ganaron, del lado de los leales, o de los que perdían; tu suerte dependía de eso.

El hecho de que mi viejo llevara el sable que le firmó Perón. Se los hicieron borrar a todos, a todos les borraron esa firma pero, como él dice, su primer garrón se lo comió al no haber borrado el sable.

Yo, en lo personal, tenía alguna anécdota de él, posterior, cuando yo era adolescente, y él me contó que pocos años antes, de estar en la guarnición de Holbert en Azul de Río Cuarto, en Córdoba, y verlo entrar al senador Storani junto a un par de figuras prominentes del radicalismo cordobés, entrar en la Guarnición de Holbert para que se plegara en un golpe contra Frondizi. ¡Esto sucedía, golpear la puerta de los cuarteles! Mi hipótesis es que estos tipos tienen todas las manos bañadas en sangre. Esta tergiversación de la historia, este contrabando de historia fue tan grave que Illia funge de presidente democrático. Cuando el tipo, que era un tipo que a diferencia de Irigoyen que mantuvo la intransigencia hasta el final pese que había sectores del tipo de los de Illia y otros, que querían una salida intermedia con el régimen, y dijo: de ninguna manera; intransigencia hasta que no se lograra el objetivo de los comicios sanos, de oxigenar las prácticas electorales, terminar con el voto cantado y todas las cosas que se conocen. No transigió nunca a pesar de que había sectores de la UCR que querían transigir, como fue –dentro de la UCR– que tuvimos a un José María Guido que aceptó esa presidencia pustulenta. Y después el caso de Illia que murió pobre, como si ser pobre fuese un mérito, como si ser indecente consistía solamente en

no robar, y si no robaste te tienen que levantar una estatua... ¡se supone que no tenés que robar! Que puede ser decente aun siendo presidente gracias a que está proscrito una parte importante de la población; él aceptó ser presidente de eso. Entonces, ¿víctima de qué cosa fue un hombre que fue funcional al sistema? Iliá era un tipo funcional, había todo un dispositivo. Eso de “pobre, Iliá...” no, él cayó víctima de la maquinaria de la que él formaba parte.

Para nosotros, a fines de los 60, esas democracias tuteladas, esos años impresentables... nosotros teníamos bien en claro quién era Iliá: no ese viejito bueno, una palomita, no nos comíamos eso. Entonces, para nosotros, entre la del '55 y la del 70 no había una isla.

El tema criticable no es en sí mismo la violencia, herramienta fundamental en la historia política argentina... El problema era otro, la cuestión del foquismo; es decir, el tema de una minoría, de una vanguardia. Sin embargo había también un foquismo no armado. Es decir, esto de una vanguardia esclarecida y que en un lugar lograba cosas, tenía cierta dinámica, y eso terminaba arrastrando al conjunto. De algún modo la izquierda clasista, que dirigía los focos más fuerte del clasismo en Argentina (por ejemplo en Villa Constitución o en Córdoba), es decir, las experiencias más radicales que se estaban dando en la Argentina, en los años 75/76. También tenían a la idea de que podían llevar, aun en un área muy reducida, llevar hasta el paroxismo una lucha de un altísimo nivel de consciencia, prescindiendo de los niveles de consciencia del conjunto de la población. Luchas que no tenían otro destino que dejarlos totalmente aislados, para que los milicos jugaran al tiro al blanco como si fueran patitos en fila. Esta cuestión mesiánica terminaba siendo patrimonio de demasiados.

En tu historia personal, tu filiación política, ¿dónde comienza?

Yo comencé a militar en el año 67, más o menos, cuando tenía 14 años, en la FJC (Federación Juvenil Comunista). Milité en la Confederación Argentina de Estudiantes Secundarios. Y eso entró en crisis con la invasión a Checoslovaquia, y eso significó una línea de ruptura en el PC; junto con eso, apareció la fractura con el PCR, o sea del maoísmo, yo peleé junto con eso.

Mi viejo era peronista, al igual que mi abuelo, y esa cosa siempre pesaba. Estoy pensando que fue como repetir una historia, porque mi hijo era trotskista y después de la 125 se hizo peronista. Discutimos tantos años y al final...

Entonces, en tu casa se hablaba de política. No sólo en la sobremesa...

No, no, para nada. Se hablaba mucho, se discutía mucho de política y muy fuerte, terminábamos a los gritos. Mi abuelo materno era de matriz anarquista; no creo que haya militado pero sí era un tipo muy preparado, muy inteligente. Desde muy chico escuché hablar de política, discutían y yo discutía también.

Estamos hablando en un contexto de proscripción, estaba proscrito el peronismo.

Sí, claro. Además, recuerdo que cuando tenía 15 años mi viejo me dijo: —Si usted (me trató de usted, ya no estábamos en una generación en que a los hijos se los trataba de usted), si usted (por

este tema del comunismo, además mi viejo venía del ejército y era muy macarthista, es decir no le causaba para nada simpatía el comunismo. Después, bueno, nosotros vivíamos en Córdoba, y pasaron cosas como el Cordobazo. Vivíamos en un barrio muy cerca de la ciudad universitaria, así que había allanamientos, canas y terminabas metido... terminaba radicalizado hasta un zapallo. Al lado de mi casa vivía uno de los miembros del Comité Central del Partido Comunista, que se hizo muy amigo de mi viejo; se compartía mucho esto de guardar libros, guardar cosas, valijas que uno no sabía qué mierda tenían. Yo leía mucha literatura de cosas que me traían; como mi viejo era milico venía y me traía valijas y me decía “esto lo podés abrir y esto no lo podés abrir”, ¿qué era lo que no podía abrir? No sé, porque no lo abría...).

Entonces, tu viejo te dijo...

Sí, claro: —Usted eligió otro camino, pero si usted va a ser comunista va a poner en peligro a sus hermanas y a su mamá, así que usted tiene que buscar otra casa para vivir; yo respeto lo que usted va a ser, pero busque otra casa. Con amigos, yo lo voy a ayudar, pero en esta casa no, porque pone en peligro a ellas.

Claro, era época de dictadura, a eso se le llamaba dictadura (años 67/68). Después, uno ve que era un jardín de infantes comparado con lo que iba a venir.

En el Cordobazo, en el 69, yo ya estaba en esa transición... por mi casa pasaban, venían los obreros de la Renault, venían bajando por una avenida que estaba al costado de la ciudad universitaria, enfrente de mi barrio, la policía los reprimía y se dispersaban y corrían por el barrio, así que por el barrio también andaban los carros de asalto... había un clima.

La influencia del medio es poderosísima; vos tenés esa olla, que adentro bulle... Si tenés un poco de sensibilidad es muy difícil que eso no te pegue. Y después, todos los amigos del barrio, todos militaban... también tenía un grupo de amigos que pasaron todo este proceso en la joda, y siguieron en la joda.

Yo entré a la universidad en el año 72, pero un año antes, en 1971... me enteré que había un cabildo abierto, y fui a ese cabildo abierto. Ahí había de todo, estaba la derecha —que provenía de Tacuara—, hasta gente que simpatizaba con las organizaciones armadas del peronismo. Es decir, no me captaron a mí sino que yo los capté a ellos, porque yo fui buscando en la Universidad a los tipos que había fichado.

Cuando fue este aniversario de la JUP (hace poco, 2012/13) a mí me pesaba mucho el hecho de algunos compañeros que habían sido desaparecidos, que los habían matado, de los que yo había sido responsable en la Facultad, y más: que yo los había encuadrado. Sobrevivir a eso es tremendo, es espantoso. Es muy jodido sobrevivir a eso. Y me quedó una cosa muy densa, quizá fue el autosilencio de tantos años, que esta palabra, “responsable”, tiene un doble juego. Es decir, en esa Facultad yo era responsable —cuando se fundó la Juventud Universitaria yo estaba en la mesa provincial y nacional de la JUP—. La palabra responsable en ese momento significaba una cosa, y después significó otra cosa ser responsable.

Yo no podía ser clandestino porque yo era más que visible, tenía un rol de superficie...

Cuando tuve que ir al aniversario, yo soy muy llorón, a mí me come la emoción... pero como tengo facilidad de palabra yo siempre fui orador... Entonces yo pensé que la única manera de no terminar en un papelón, en un tono o en una cosa mortífera, esta vez dije voy a pensar todo lo que voy a decir, así que estuve como dos meses armando ese discurso. Primera vez en la vida, ya la vejez, 60 años... hablaba desde que tenía 14 años, en el secundario... ¿Y qué pasó? Fue una terapia eso. Me hizo pensar en cosas que yo no quería enfrentar y no tenía más remedio. Y lo que más me jodía enfrentar (en el que fue mi primer lugar de militancia de la JUP, en esa facultad de abogacía), esa primera cosa, esa imagen de esos compañeros secuestrados, aparte sabiendo lo que había pasado, tan horroroso. Especialmente eso fue algo espantoso. Una pareja de compañeros, lo que más me pesaba quizá, que eran dos personas etéreas, verdaderamente... no le faltaban alas siquiera, unos ángeles, una cosa deliciosa los dos.

Yo me puse a recordarlos, y también otro caso de una compañera, más doloroso quizá porque esa compañera no murió, fue un caso de síndrome de Estocolmo, algo paradigmático Graciela Helfner; ella convivió con un torturador, se escapó de esa situación y luego, en Europa, fue una de las que armó una de las denuncias más sólidas sobre La Perla. Graciela, en alguna medida sobrevivió, pero yo no siento que haya sobrevivido. No sé si eso es sobrevivir... Un tipo que se quebró, que hizo cosas muy jodidas en La Perla dijo "el que nunca estuvo, nunca va a poder entrar; y el que estuvo allí, nunca va a poder salir"; es decir, uno nunca sabe qué es capaz de hacer o de decir cuando le ponen un soplete de acetileno en la espalda. Yo, realmente, habría querido abrazarla a Graciela, porque además terminó detestada por todos, marcada como una oveja negra.

Entonces yo me puse a pensar en ese momento, en cómo fue que yo los enganché a ellos, y en realidad me di cuenta de que ellos me habían cazado a mí, ellos me encontraron a mí: —¿Vos sos el araña? (ese es mi nombre de guerra)... y yo después recordaba que Jorge —le decíamos John William, por John William Cooke, era un bocho, sabía mucho, además con un corazón, con una mística. A Luz la secuestraron en diciembre del 76 volanteando en una fábrica y a él en el mes de julio del 76... fue jodido. Era una cosita tan etérea, que me la imagino repartiendo volantes; y ella con unos ovarios como camiones porque, en esos momentos, estar repartiendo panfletos de montoneros... es posible que no hayan sido de Montoneros, sino de la Juventud Trabajadora Peronista, pero para los milicos daba lo mismo.

La idea fue, en el acto, explicar a los familiares quiénes habían sido sus hijos y qué había pasado con ellos. Y fue muy interesante porque había una cantidad importante de hermanos, que eran menores, y que no tenían idea de qué mierda había pasado. El caso de una chica, de una familia de mucha guita de Río Cuarto, su hermano pasó a ser un proscrito en la casa, no se habló nunca más de su hermano. Al acto ella fue con su hija y en el acto entendió quién había sido su hermano.

Y la idea de reconstruir esto también fue pensar en esto de que no éramos víctimas, no éramos unos pobres pibes... porque yo me acuerdo que los tipos que nos conducían tenían dos o tres años más que yo. Y, a lo mejor, yo tenía más experiencia política que ellos. Entonces, esta cuestión de "jóvenes llevados", no, no.

En un momento yo entré en una crisis muy profunda, tuve disidencias muy fuertes, cuando fue la movilización a Ezeiza, cuando llegó Perón el 20 de junio del 73. La conducción bajó unas consignas que no habían sido discutidas jamás, las bajó en la avenida Ricchieri; y esas consignas, que se repitieron el 1° de mayo del año siguiente, eran una “estrategia de aproximación indirecta” en términos militares, que consistía en golpear en la periferia: como no se podía golpear en el centro, que era Perón, golpear en su periferia. Especialmente, pegarle a la mujer: “no hinchen más las bolas, Evita hay una sola”. Tocarle la mujer, en público, ¿Qué querés que haga un tipo en esas condiciones? Reaccionar mínimamente y decirnos que somos uno imberbe y basta y echarnos a la mierda de la plaza. Pero eso es una cosa obviamente buscada por la conducción. Esto no es ingenuo.

Cuando volví (a Córdoba) hablé con varios compañeros que ocuparon lugares importantes en la Organización, pero a ellos no les consta esto que digo, sobre una serie de atentados en el año 75 que, según un compañero, habían sido auto-atentados. Esto para profundizar la clandestinización de montoneros, el pase a la clandestinidad. Y esto fue muy duro porque, bueno, lo mío era el frente político, yo estaba militando en la JP en un barrio, en Bajo Alberdi, en ese momento no estaba en la Juventud Universitaria, estaba en la JP, y había un trabajo precioso que se había hecho alrededor de un club barrial, habíamos armado un centro de alfabetización y estábamos revitalizando un club que estaba muy caído pero que había sido muy importante en algún momento en la vida social del barrio, habíamos puesto un médico y una serie de cosas, es decir, lo que pensaba que debía hacerse en un movimiento en el territorio. Y de golpe aparecían estos atentados a las unidades básicas, esta situación de violencia y un salir a la clandestinidad, un correrse de la gente porque obviamente la gente no quería joda, la gente quería paz. Era un mambo en el que participaba una minoría. Entonces, todo eso que se había construido, todo ese consenso, nosotros íbamos a manifestaciones, esos miles, y estoy pensando en el tren en el que fuimos a Ezeiza... y después armábamos una manifestación y éramos unos 200 ó 300 tipos los que estábamos en la última línea, obviamente puestos después ahí para la línea de tiro al blanco para ser eliminados.

De todas estas revelaciones yo tuve una clara idea de que estábamos mal, más inclusive después hubo algunas secciones que se habían planteado del tipo insurreccional, donde se decía de pasar de la guerra de posiciones que se daba en ese momento a la guerra de movimiento. Una réplica de lo que se planteaba en Vietnam. Un disparate, realmente, desde cualquier punto de vista para mí. Y yo creo que estaba bastante chiflado, pero me podía dar cuenta de que esto no iba más. Pese a eso, había un reflejo... yo era libre de quedarme o de irme, no es cierto que yo no podía hacerlo, estaba en mi opción. Y me llama la atención que estando yo militando en un frente barrial, es decir que no era un clandestino, tenía acción pública, usaba mi nombre, mi documento.

Yo estuve preso un mes y pico, por una pintada, a fines del 74.

Esta idea de que ante la crisis, en vez de cortar y de irme, era más compromisos, compromisos mayores, en vez de hacer lo sano, en vez de decir: bueno, sencillamente me retiro. Y creo que eso le pasó a muchos. Pero esto era tan constitutivo, tan profundo, estaba tan metido en tu propia

piel, tus huesos, tu sangre... no era sencillo. No era como irte de un club, no era como dejar un partido político y decir “bueno, ahora yo voy a votar a fulano, a éste no lo voto más”. Es muy difícil, si no tenés una buena distancia operática, poder reflexionar sobre estas cosas, no sé qué mecanismos juegan en esto.

Yo recuerdo la foto. Yo ese día en la plaza me daba cuenta, y pensaba “pero nosotros no podemos estar diciéndole esto al General”, pese a que yo tenía mis diferencias profundas con Perón; pero si yo comienzo a atacarlo, a cantarle “qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular” y “no hinchen más las bolas, Evita hay una sola”, acá estamos mandando a la mierda a Perón, ¿esto en qué termina? Y hay una foto, del diario Noticias, que muestra la plaza cuando se va la JP. Yo lucho desesperadamente por hacerme de esa foto, una foto en la que se ve la mitad de la plaza vacía, y en uno de los lugares que la pongo fue en la Facultad de Derecho, había sacado copias; y viene un tipo de Guardia de Hierro, que era Secretario Académico, que me dijo “venía, araña, yo te voy a mostrar la verdadera fotografía”. Y me mostró una fotografía tomada desde arriba donde la columna de la JP que se había ido era como una porción de una torta que se había sacado. Esto otro, mi foto, era un truco fotográfico hecho con un gran angular, una foto trucada en definitiva.

Entonces yo le pedí a mi responsable, en ese momento de mayor crisis, de ir al noroeste, donde estaba armándose una compañía de monte, como la Ramón Rosa Giménez del ERP en Tucumán. Era como una huida, yo no me explico qué mecanismo jugó ahí.

¿Qué quería provocar al mostrar esa foto?

Quería mostrarles lo que acababa de pasar, de lo que había sido testigo, que nos habían echado a la mierda. Yo no había terminado de carburar, estaba en el ida y vuelta; pensaba: nosotros fuimos a provocarlo, con las consignas que se habían dicho en Ezeiza, acá venimos a decirlas, entonces estábamos empujando una fuga ¿hacia dónde? Pero cuando el tipo me mostró eso, fue un golpe, un mazazo que me pegaba en el lugar de la honestidad, que es el lugar más duro que me podía pegar la maza.

Después yo dejé Córdoba, después de que estuve preso, y fui a militar a Río Cuarto. Fui a vivir allí. Trabajaba en una fábrica, en una curtiembre; una experiencia realmente interesante, proletarizado, digamos.

En diciembre del 75, a mi responsable allí –con quien nos conocíamos desde mucho antes de la JP– casi lo chuparon. Ahí supimos cómo era el tema... todavía no había empezado la dictadura y mi responsable iba caminado en Córdoba y desde un Torino blanco lo señalaron, fue un compañero; y éste salió a diez mil kilómetros por hora en una persecución de película por el centro de Córdoba, en senda peatonal con un Citroën, por todas las calles, metiéndose en contramano, hasta que logró zafar de la pesada: eran dos autos, un Falcon y un Torino. Ahí se supo cómo era que caía gente: cambiaba la cita, cambiaba todo y seguía cayendo gente. Ahí se supo que ponían un nivel de tortura nunca conocido; hasta ese momento, hasta diciembre del 75, no se sabía que había una forma nueva donde... hasta ese momento te metían en cana y te daban con todo pero a los diez

días te tenían que legalizar. Te podían pasar a disposición de Poder Ejecutivo cuando había Estado de Sitio, pero no te podían marcar demasiado porque aparecías ante la justicia, tenías que ir a declarar al juez a los diez días, ése era el límite que había, entonces vos tenías que aguantar ocho días. Y tampoco: porque ¿qué te podía hacer? Te podían picanear, te podían hacer submarino seco, húmedo... esas cosas, que después vimos que era un paseo comparado con lo que después iba a venir. Es decir, nadie estaba preparado para pensar en las cosas que después pasaron.

En enero del 76 fui de vacaciones a Monte hermoso donde me encontré con toda mi familia. Cuando voy por Río Cuarto perdí el documento, y eso fue quizá lo que me salvó: iba corriendo, el barrio, un día de lluvia y tenía que tomar el colectivo y perdí en DNI. Cuando estaba en Monte hermoso, que me encontré con mis hermanos, la que era mi compañera y con mis viejos, a los tres días me contré con un compañero de Río Cuarto –compañero que era simpatizante, nada del otro mundo digamos; en algún momento me alojé en su casa mientras estuve enfermo, gente muy macanuda, nada más, simpatizante de la JP– me dijo que había habido un tarado en Río Cuarto que, claro, al boludo lo habían comenzado a torturar un poco, le pegaron dos cachetazos por toda tortura, y comenzó a decir boludeces y para que no le pegara más decía cada vez más cosas, peor, más le daban para que dijera más cosas... y dijo cosas disparatadas, y por eso hubo gente que la pasó mal, hubo gente que estuvo 7 años presa... había uno que era visitador médico que era simpatizante nada más, tenía cuatro pibes, y éste inventó algo que era una verdadera mentira, que distribuía armas, eso dijo el boludo éste. Bueno, estuvo 7 años preso este tipo. La cosa es que este compañero me dijo, se tuvo que ir, todo el mundo se fue de Río Cuarto. En Río Cuarto es el lugar donde más presos hubo, no desaparecidos, presos. Porque no había violencia en Río Cuarto. Se pensaban como una retaguardia futura.

Este compañero, que sabía que yo estaba en Monte hermoso, me estaba buscando hacía tres días para decirme que no volviera, porque si volvía iba a perder. Yo no tenía a dónde irme así que me vine acá (a Carmen de Patagones), a la casa de mis viejos. Estuve 3 años viviendo en una chacra, 3 años de chacarero.

Bueno, y aquí obviamente el tema de la clandestinidad. Es que cuando tu documento dice exactamente quién sos vos, pero vos no podés decir quién sos realmente. Es decir, yo me acuerdo de las cosas que decía la gente, más en un medio conservador como éste, y el hecho de no tener con quién decir, estar solo, tener que escuchar horrores, y uno tener que compartir y reírse de cosas que te daban ganas de llorar. Por ejemplo, me acuerdo que en una comida con los vecinos de la chacra que festejaban la muerte de Santucho; yo llegué ahí y no sabía qué pasaba, me habían invitado, y era que estaban festejando que habían matado a Santucho. Y eso saca destino, estar festejando la muerte de Santucho.

Los tipos que estaban exiliados tenían la suerte de poder llorar como perros; llorar todo y decir cosas...

Al comienzo, nosotros pensábamos en la clandestinidad al andar con documentos falsos o “documentos falopa”, pero nos fuimos dando cuenta de que la clandestinidad, o semiclandestinidad como varios denominaron a ese período, porque andaban con sus

documentos, era esta sensación de casa ajena, y más que sensación una realidad de destierro de tu territorio más próximo, de tus afectos... y eso pasamos a considerarlo clandestinidad también.

En este sentido, para nosotros, volver a Córdoba, era como volver a la Argentina. Fue impactante volver a Córdoba. Yo volví en octubre del 83. Había muchos lugares por los que no quería transitar, me hacían mucho daño, no es que iba de fiesta. Me costó mucho; hubo lugares que recién al tercer viaje volví a transitar y nunca la pude volver a disfrutar a Córdoba.

En el 76 ya estabas en Carmen de Patagones, ¿cómo te enterás del golpe militar?

Mi ex suegro, a quien siempre quise mucho, iba mucho a la chacra donde vivíamos nosotros (mi compañera y yo).

Recuerdo que había muchas aporías, muchos baches en el sistema de represión. Cuando volví en el 83 fue muy problemático porque me daban por muerto quienes me conocían: ¿qué hiciste vos que volviste? ¿pactaste? Había compañeros que se quebraron y no es que cantaron, trabajaron decididamente para los milicos. Entonces, ¿por qué había errores? ¿Dónde estaban? ¿Por qué yo zafé en un primer momento? En la primera de cambias agarraban todo lo que quieras, pero la búsqueda era alrededor de los perejiles, como se denominaba a quienes hacíamos tareas de superficie, quienes estábamos en los frentes de masa; después, en un momento agarraban a quien tuviera la lejanía más absoluta y la pasaban por la máquina de picar carne pero en la búsqueda... quizá también tuvo que ver con que había un Jorge Bustos estudiante desaparecido en Córdoba en el 76, y también hubo un "Araña", creo que en Santa Fe, "eliminado". Entonces parece que esta idea también estaba en los mecanismos de represión... en Córdoba era unánime que cuando aparecí todos sabían que yo estaba muerto, todos los que quedaban.

Yo estaba en la chacra, y cuando veíamos las luces a la noche que iban, no dormía. Era muy jodido. Sabíamos que en cualquier momento... y en algún momento, después lo supimos, estuvimos a punto de ser chupados. En el golpe nos salvó la guerra con Chile, lo que pasó en el 78 que fue ese apronte de fuerzas que estuvimos al borde, porque si no aparece el Cardenal Samoré a mediar, Argentina y Chile entraban en guerra. Estuvimos en ese filo. Y yo sé que había una situación en la Base de Puerto Belgrano que podía desembocar en que nos vinieran a buscar y que zafamos; fue un momento que saltó una alerta roja y el tema fue que cada uno se fue al lugar que tenía que ir, porque se estaba en pie de guerra con Chile.

A mi ex compañera, la mamá de mis hijos, la fueron a buscar a donde vivía en Buenos Aires y estuvieron a dos metros de la puerta donde estaba ella. No la encontraron. La muerte estuvo ahí, muy cerquita. Detrás.

Lo cierto es que los compañeros de Río Cuarto, por esa causa, todos fueron presos legalmente así que si me hubiese quedado en Córdoba posiblemente ese hubiera sido mi destino, porque todos terminaron presos, ahí no se aplicó la desaparición de nadie, quizá porque no encontraron gente que tuviera mayor información que una información de base. Todos fueron puestos a disposición del poder ejecutivo.

Cuando supimos que había un gran movimiento de la armada alrededor nuestro, en ese momento había una onda que tiraba, el tema de la “presentación espontánea”, fines del 77, principios del 78. Era una idea que cabía en nuestra cabeza, decíamos “bueno, si nos presentamos espontáneamente, no nos van a adjudicar las cosas pesadas de la guerrilla”. En ese tiempo nos habíamos hecho amigos de una pareja que era militante del PC en Patagones, y que él había estado secuestrado en una escuelita en Bahía Blanca; y él nos contó: “mirá, pueden zafar los que se entregan y tienen información para negociar y pasan a trabajar con ellos”. Dos cosas: yo no tenía ninguna información que a los tipos podía interesarle ni estaba dispuesto a trabajar con ellos.

Ahí pasamos realmente unas semanas... pensamos que nos podían venir a buscar en cualquier momento. Y, verdaderamente, uno pagó. Como le paso a varias parejas que vivieron en la Argentina, llevó a un desgaste profundo, porque esto te patinó los nervios, fue toda una situación de tensión, que muy pocas parejas pudieron sobrevivir a eso. Fueron condiciones muy extremas de vulnerabilidad, muy extremas. A diferencia de compañeros que estaban en Europa, por ejemplo, y que han hecho –algunos inteligentemente– magníficas carreras, magníficos posgrados, aprovecharon las circunstancias, transformaron la derrota en victoria, y se pusieron a hacer cosas muy interesantes de sus vidas aprovechando que estaban en el exterior. Otros se quedaron tocando la guitarra en la boca de un subte... cada uno lo vivió de una mera distinta.

Nosotros, acá, teníamos una condición que hubiéramos envidiado esa situación, estar en el exterior, porque realmente hubiéramos soñado tener un proyecto de vida. Acá no tenía un proyecto de vida, porque no sabía si iba a tener vida. Ésta era la diferencia. Allá estabas vivo, e ibas a seguir vivo.

Lo único que coartaba la posibilidad del exilio era que no tenían documentos...

Ni más ni menos.

Sin ningún documento no podías salir. Vos no sabías lo que pasaba, es decir, vos tenías tu documento, ¿y? ¿Estabas o no estabas en una lista? Ahora, si no tenías ningún documento, no podías pasar ningún retén mínimo... acá (en la zona) yo he pasado porque alguien después me hizo una cédula policial, que fue una cosa graciosa porque yo no me acordaba mi número de documento. Yo tengo una tara con los números y lo puse cambiado al número de documento, me equivoqué, invertí los dos últimos dígitos.

Lo hiciste con tu nombre...

Sí, sí. Aparte vivía acá (en Carmen de Patagones) con mis viejos, ¿qué iba a hacer? Era una cédula de la policía de Río Negro. En ese momento las policías provinciales todavía hacían cédulas. Por medio de una vecina, macanuda; no era una onda política ni nada por el estilo. Ella trabajaba en documentos de la policía y me hizo una cédula de identidad que me servía para manejarme. Esto fue en el año 79, porque ya había dejado la chacra.

Porque claro, ¿cómo iba a conseguir trabajo? Yo comencé a trabajar en una escuela especial, en un taller de zapatería, de maestro zapatero. Ahí pasó algo maravilloso. Era el año 80 y todavía teníamos el peso encima. La policía de Río Negro había sacado una ley/decreto que decía que los milicos tenían que tener, por lo menos, el 7° grado hecho. Y parece que eran muchísimos los que no lo tenían. Entonces, muchos de ellos, para obtener rápido el certificado, iban y hacían libre en la escuela especial, donde el requerimiento era más bajo porque se trataba de una escuela diferenciada, como se llamaba en ese entonces. Yo me había hecho muy amiga de una maestra, muy macanuda, un encanto de mujer, poca cosa hablábamos de política. Y un día viene y me dice “Jorgito, Jorgito, tengo que hablar con vos: viste el milico este, fulano, ése es de Operaciones Especiales de la Policía. Bueno, me dijo: Señorita, tenga cuidado porque ése (por mí) es un subversivo”. Y yo le digo “¡No me digas!”; “pero, boludo, de qué te reís, te lo tomás en broma” me dice ella. Y claro, ese día festejamos en casa porque eso quería decir que ya estaba todo cantado. A esa altura parecía ser que estaba resuelto que, por lo menos los perejiles, a los que no le podían sacar ninguna información ni ninguna cosa, ahí quedamos.

Después, la que hizo punta en ese sentido fue mi mujer, porque entró a trabajar en el Hospital de Viedma y eso fue todo un tema. Ahí cortamos clavos... porque, ¿qué pasaba si ella estaba en una lista? Decí que, como estaba fracturado, había desconfianza entre servicios... hoy, con la informática de por medio, creo que no hubiera quedado nadie. Nos salvaba que antes eran papeles que iban, que venían... no existía el fax. Entonces el tránsito de la información, más el celo entre las fuerzas, más la ineptitud de algún tipo, había muchos huecos. Muchos zafaron de casualidad y muchos perdieron de casualidad, fue una mala casualidad o una buena.

Bueno, presentó los papeles en el hospital, iba y volvía todos los días a trabajar, estábamos suspendidos en el aire; no queríamos ni respirar para que no se rompiera algo. Y de golpe, un día le dijeron “Rusa, te llegaron los papeles. Te llegó el formulario”. La felicidad. Festejamos, todo. Y cuando fue esto de los milicos, que dijeron que yo tal cosa, ya está. Y al año siguiente me anoté en la carrera de historia, en El Comahue. Sabía que no iba a volver a la carrera de abogacía...

Vuelvo sobre la pregunta anterior: ¿Cómo te enterás del golpe del 76?

A mi ex suegro le gustaba escuchar radio Colonia, siempre... no sé, de morboso... Colonia comenzaba a hablar de la expectativa del golpe, fue muy inminente, muy cantado por Colonia, que bajaba línea de lo que pasaba. Pero aun así, nos enteramos del golpe y no nos imaginábamos que iba a ser lo que fue. Eso no estaba en la cabeza de nadie. Y eso que esta matriz golpista, esta matriz totalitaria estaba muy metida en la gente. Y hablamos del golpe cívico-militar, yo siempre enfatizo esto, qué interesante esto de haber agregado a las corporaciones económicas... pero también a una consciencia colectiva de la sociedad.

Todo lo que siguió, el baño de sangre —yo digo una fábrica de morcilla de tanta sangre—, tuvo una virtud... si uno quiere dar una imagen de cuál fue el resultado es la foto del balcón, en la época de Alfonsín después del levantamiento carapintada de semana santa, un balcón donde está desde Álvaro Alsogaray (de la UCD) hasta Patricio Etchegaray (del Partido Comunista). No faltaba nadie de la cartelera política, estaba todo el mundo ahí agarrándose los pantalones. Con esto quiero

decir que ese NUNCA MÁS no fue sólo contra los militares, fue decir también “dejémosnos de joder, nosotros nunca más vamos a golpear junto con los partidos la puerta de los cuarteles”.

Entonces, el golpe se veía venir, pero lo que no imaginábamos es que esta cuestión represiva podía tener este voltaje.

Vos, a ese desarraigo que hiciste conscientemente, ese irte de tu lugar, ¿lo pensaste siempre como la alternativa o sentiste que resignabas algo? Yéndote de Córdoba e instalándote en Carmen de Patagones, en una chacra...

Yo estaba fuera de la Argentina, yo me sentía fuera de la Argentina. Porque para mí la Argentina, mi mundo, era ese donde yo vivía. Esta otra cosa era... no por una cuestión despectiva, porque fue realmente un placer para mí vivir en la chacra, fue una experiencia hermosa, me gustó muchísimo, trabajé como un desgraciado como nunca antes en mi vida. Yo pensaba que las manzanas crecían adentro de los cajones, nunca había visto una planta de manzanas, ni una planta de tomates, bah, mi vieja tenía dos plantas de tomate... realmente fue una experiencia preciosa.

Pero más que nada, todo el tiempo especialmente, en tanto... la imposibilidad de hacer un proyecto de futuro —y llamo futuro a pasado mañana—; cuando vos no podés hacer eso, no podés vivir en ningún país: no vivís, estás sobreviviendo. Hay una externalidad tuya, yo iba y venía el acoplado, con el cargado con el tractor cargado con frutas... pero no es una vida en realidad. Pero cuando no tenés un plan de futuro y no proyectas algo que vas a hacer, vos no tenés una vida.

Siempre con tu compañera...

Sí, claro.

Después, cambió la cosa cuando habían pasado sus papeles y cuando pasaron los míos, porque cuando lo de ella salió bien me dije: ahora vamos por el otro paso, voy a entrar a trabajar en la escuela. También ahí podría haber tenido un rebote. Ahí entré en el año 79.

A todo esto tenía un amigo que me iba a buscar a la chacra y vendía sábanas a domicilio; él vendía sábanas y cubrecamas, y yo venía vendiendo papas y tomates, vaciábamos la bolsa. Entonces Beto venía y me decía “dale, presentá los papeles”. De a poco, me fui haciendo acá de un grupo de gente con la que uno se podía decir “territorio amigo”, gente que había pasado por otras experiencias, que venía de afuera... Y bueno, claro, si me anoté en la Universidad es porque estaba pensando en un futuro.

¿En ese contexto, vos me corregirás si me equivoco, venirte a Carmen de Patagones fue asumir la derrota?

Sí.

Yo, cuando tomé una distancia operativa, cuando pude salir, con las disidencias se me hicieron..., pude ver con mayor claridad, pensé “esto se va a la mierda, esto es un disparate”.

Un compañero incluso hizo un par de maniobras para que yo me viera obligado a volver.

Además, bueno, uno escuchaba todos los días que cayeron acá, que cayeron allá... así que imagínate lo que sería pensar el tema de la contraofensiva. Y en esto se hace mucho hincapié en Montoneros pero el ERP hizo lo mismo, salir a sacarse contra el paredón, una evaluación militarista y despojada, lejos de la realidad.

Yo tuve la percepción de que ya estábamos derrotados desde mucho antes. Estoy convencido de que se trató de una derrota autoinfligida, digamos. Porque, para mí, la derrota fue la de la organización de masas; después, el aparato militar tenía las horas contadas, porque una vez que perdiste el abrigo de la gente, el arraigo, el consenso, todo lo demás queda en un grupo de kamikazes que salen a jugársela, una cuestión loca, romántica, por el culto a la muerte como decía Luciani... Pero la derrota, para mí, la derrota fue a mediados del 75. Ahí ya estábamos derrotados. Y cuando no se pudo entender lo que había pasado en plaza de mayo. Era una huida hacia adelante, cada vez era alejarse más de la gente, más y más. Lo que fue la profundización de la acción militar. Si tuviera que decir cuál fue el principio de la derrota, creo que fue el asesinato de Rucci. Eso fue un verdadero disparate.

Quizá suene muy jodido lo que voy a decir, porque alguien puede pensar que estoy justificando el nacimiento de las Tres A. no justifico, sí quiero explicarme algunas cosas. Lo que detesto es tener esta posición de víctima, no me la creo, ni de “esos niños, esos jóvenes llevados...”. No. ni tampoco quiero ser víctima de las Tres A, ni de los milicos, ni de nada. Como dije, esto fue una derrota autoinfligida. Creo que, en realidad, las organizaciones armadas no estaban en condiciones de capitalizar eso; eso se había generado casi sin quererlo, una cuestión romántica colectiva, una cuestión de simpatía profunda, la huella que había dejado el guevarismo, la revolución cubana... y la esperanza del socialismo era muy fuerte, no era un tema de unos poquitos. Yo recuerdo un compañero de la Juventud Trabajadora Peronista: —Che, negro —le digo—, te compraste una Gilera, ¿sos loco vos? Con lo que trabajás ahora te comprás una Gilera. Además, una Gilera bicilíndrica, en esa época, de ultraprotección..., no existían las motos importadas. Lo máximo que había eran motos con motor de un tiempo: pac, pac, pac... entonces, una Gilera, y además con dos cilindros, era el sumun. ¡Y éste era un croto! Pero qué raro, decía yo. Recuerdo que fue un 29 de mayo del 73, porque en Córdoba se recordó el Cordobazo y hubo un acto en la calle San Juan. Entonces ahí me cuenta que se había comprado una Gilera. “Pero de dónde, con qué las vas a pagar, de dónde la vas a sacar, loco”. Y él me dice: “Pero, boludo, si ya viene el socialismo”. ¡Él estaba convencido que no la iba a llegar a pagar porque antes de eso iba a llegar el socialismo, y mirá si con el socialismo le iban a venir a cobrar una Gilera! Esta percepción era muy profunda, de que había un cambio que estaba ahí nomás y se podía tocar casi con los dedos.

En esa derrota, ¿cuáles eran los triunfos? Para vos, en tu chacra...

En ese momento era una cuestión muy tanática. Donde no existía ni siquiera una evaluación. Era un tema puesto que tenías adentro: si sobrevivías mañana. A la noche sentías unos ruidos, los perros ladraban, era (respira hondo)... era quedarte una noche en vela.

El primer momento cuando yo pude evaluar fue cuando este compañero hizo una jugada muy estúpida para que yo volviera. Con él nos conocías hacía mucho tiempo, conocía a la familia, una familia amiga de un lugar del conurbano. Hizo una cosa disparatada. Fue una cosa muy fuerte, porque me dijo de una pareja de compañeros que yo quería muchísimo, en Córdoba la patota los había ido a buscar; ellos se resistieron y le demolieron la casa directamente, a cañonazos la bajaron, demolieron la casa por completo porque no se entregaron, sabiendo lo que les esperaba. Cuando me cuenta esto siento como un gong adentro mío, muy fuerte. No había ningún razonamiento, era como la vieja pulsión que de nuevo se apropiaba de mí. Pero lo cierto es que no me quedé lamiéndome la herida y llorando; siempre detesté bastante los que volvieron todo el día metidos en aquella época...

En el año 81, por ejemplo, yo ya estaba en la conformación de un gremio docente acá, en Carmen de Patagones, es decir, no pensé que alcanzaba con eso que hice aquella vez, no me quedé en el pasado, me parecía detestable. Y yo me puse a trabajar en un proyecto nuevo. Y encontré, en la cuestión gremial docente, la iniciativa. Tuve la suerte de estar en el armado del gremio provincial de SUTEBA, en ese momento eran todos gremios distritales, que tenían base en SETERA, el de Patagones fue el primer gremio fuera del conurbano que se unió a ese armado que terminó en SUTEBA. También fui miembro de la comisión directiva central, fui congresal de SETERA también. Tuve mucha actividad gremial durante varios años.

Después, estuve cerca del cañerismo, lo que se llamó el peronismo renovador, pero hasta ahí, mirándolo por fuera porque lo mío era el sindicato; yo participaba cuando me invitaban. En el 94, 95, detrás de Chacho Álvarez adherí al FREPASO –yo estaba en Frente Grande–, fui candidato a intendente por el FREPASO en el 95, en Carmen de Patagones. En el 99, tuve una vuelta de tornillo y pensé “bueno, para hacer esta macana desde un lugar minoritario, prefiero hacer la macana desde un lugar mayoritario” y volví a peronismo, lugar del que nunca me había ido en realidad. Siempre tuve una cuestión afectiva, profunda. Entre el 2003 y el 2007 fui concejal. Y medio que ahí colgué los botines... en verdad no se trató de colgar los botines, había discusiones políticas muy interesantes en las que yo me había prendido y si tenía que hacer algo tenía que meter mucha carne y no tenía ganas de poner todo ese monto de energía. Participo, tengo contactos con el actual intendente (de Patagones), soy kirchnerista profundo, entusiasta, no un fanático enloquecido.

Volviendo al período en la chacra. Dijiste que se pusieron en contacto con vos: ¿cómo eran esos lazos, cómo se creaba el intercambio?

De una manera disparatada, porque me llega una carta. En una carta que, por otra parte, llega abierta. Yo estaba en la casa de mis viejos y la basura, a propósito, teníamos un servicio de recolección privilegiado, porque a los primeros que le llevaban la basura eran a mis viejos, que eran unos vecinos que eran canas, porque la basura era lo más accesible para encontrar tal cosa. Era una casa súper marcada.

Entonces yo digo, hasta qué punto se puede estar loco de remate. Porque era un ti, un cuadro de una lucidez impresionante, un intelectual profundo, muy militarista también. ¿Y que me mande

una carta? Quería que fuera a esperar una cita a un lugar... que a lo mejor, si hubiera ido, era para que lo soltaran a él.

Pero eso me golpeó profundamente, porque eran dos personas a las que amé profundamente, pero profundamente porque había vivido con ellos mucho tiempo, eran unos seres etéreos... me estaba tirando con munición gruesa, digamos. Y el llamado era loco, también, porque en definitiva me estaba diciendo "éstos al final se mataron, vos tenés que hacer lo mismo, si vos sos un tipo del interior tenés que venir a morirte acá". Yo todavía no sabía lo que le había pasado a otros compañeros, y cuando me enteré de lo que le había pasado a otros compañeros de la JP no me tocaba tanto como esos chicos de la JUP.

Yo digo éstos están totalmente locos de remate, están colifas. Me preguntaba qué percepción tienen estos tipos que todavía vienen a hacer acciones armadas, me costaba entender. Yo no me sentía parte de esa derrota militar. Por eso digo que mi derrota amarga, realmente mi percepción de derrota fue una movilización en Córdoba, en un momento del año 75, donde éramos tan pocos... tenía una angustia. Yo no veía, en nadie que estuviera arriba mío, la idea de que lo que había que hacer era recuperar esas masas. Yo creo que ahí ya marchábamos rumbo a la derrota.

Si bien medían todos los pasos, calculaban los movimientos, durante la estancia en la chacra, ¿el entusiasmo, en algún momento, te llevó al borde de algo, al peligro?

No. no porque no teníamos entusiasmo, era muy amargo. Era muy amargo todo. Teníamos alegrías muy pequeñas, combustible de un día, digamos. Pero era muy amargo. El julio del 76 hizo tanto frío, fue récord: había temperaturas promedio de 10° bajo cero. Recuerdo lo que fue cruzar el río en lancha, la lancha que va a Viedma en ese momento era descubierta, era un bote con motorcito y nada más, no tenía cabina. Y me acuerdo que yo tenía una campera finita; me acuerdo que me encontré un mormón que me comenzó a hablar y yo tenía unas ganas de tirarlo... entre la angustia que tenía, lo que pasaba en la Argentina, había escuchado Colonia a la mañana, que era un baño de sangre la Argentina. Ese julio del 76...

No, no había ninguna idea. Pero tampoco había acá ningún espacio para animarte a hacer alguna cosa. Sí he conocido casos de compañeros, que encontré después, que se encontraban en algún lugar y salían a hacer una volanteada con los volantes que armaban en la casa. Una cosa loquísimas.

¿Y cómo fue asimilar esa nueva vida, esa nueva identidad?

Fue muy trabajoso. Lo que me ayudó a salir a mí fue una nueva militancia. Yo salí a flote militando de nuevo en el sindicato. Yo tenía que pensar y sentir una nueva causa, era lo único que me podía restañar. La única cosa que me podía salvar era otro sueño.

Me acuerdo que una de las utopías, cuando ya no podíamos pensar en el socialismo ni cosas por el estilo, era lograr el 6% del Producto Bruto Interno para el presupuesto educativo. Ahí milité a full, millones de horas, mucha energía.

En esos años, uno de los pilares fue tu familia, porque la tenías cerca, y tu compañera...

Sí, eso fue un privilegio. Aparte me acompañó toda mi familia en la cuestión de la militancia porque todos éramos docentes, todos estábamos en el gremio. De hecho mi viejo también estaba en la comisión directiva. Fue una época de mucho entusiasmo, de mucho trabajar. A mí esa derrota no me mató para nada. En algún punto se puede decir que quedé intacto.

Si tenés que quedarte con una imagen de esos años, ¿cuál sería?

Quizá haya dos.

Una sería, por la cuestión del miedo, muchos vehículos, muchos vehículos, muchas luces que iban y venían; no sé qué era, quizá algún campo, algún festejo.

Y el otro momento fue cuando pasó lo de Santucho; era una figura mítica. Era para una película, porque yo tenía que hacer de un personaje que no era yo, tenía que actuar de otra cosa. Además, me pinchaban porque, se suponía, qué hacían un psicóloga y un estudiante de derecho metidos en ese lugar, viviendo en una chacra en Carmen de Patagones. Había un tufo raro. Si bien era una chacra muy especial porque ahí había vivido una comunidad de hippies, la habían armado unos locos de la guerra, hijos de millonarios, había tipos de Estados Unidos, de Canadá... esa chacra tenía una atmósfera, una historia especial. Ya tenía un aura, yo era amigo de esa gente. Había también un ex combatiente de la guerra de Vietnam, y los hippies. Era una chacra rara, digamos.

Me quedo con esas dos imágenes. Es como jarabe concentrado de derrota.

¿Cómo describirías hoy la chacra?

Nunca pude volver a esa chacra, nunca quise volver tampoco. Y, mirá vos, se puede decir que fue mi casa, mi refugio. Nunca más fui, no la vi nunca más. Y la tengo acá nomás, paso millones de veces cerca de ahí, pero nunca más entré. Nunca más. También, de alguna manera era mi cárcel, pese a que me permitió vivir, y trabajar. Pero no, fue traumático, nunca más volví. Y tenía que hacer algunas cosas, arreglar, dejé cosas pendientes. No quise nunca más volver.

He estado cerca. Por ejemplo, he ido a un asado justo al lado y podía haber dicho “che, me voy a hacer unos metros para ir y ver esa casa”, pese a que era la más comfortable de las chacras de la zona y no tengo más que palabras de agradecimiento para los vecinos, por más que existía esta cosa de que me chanzaban porque yo era zurdo... y yo me hacía el boludo. Pero no tengo más que agradecimiento porque en realidad nos cobijaron.

Pero claro, estás invitado a un lugar, y tenés que hacer el papel, la antítesis de quién sos, y más un tipo volcánico como yo, que siempre fui un tipo de perfil alto, metiendo los dedos en el enchufe... entonces me hervía la sangre, me descomponía.

¿Cómo fue irse de ahí?

Fue una liberación. Fue como decir: “Ahora comenzamos otra etapa”. No estábamos pensando así, pero ya... no nos fuimos de un día para otro.

Beto me iba a buscar, pobre Beto pienso ahora y, venía por un camino de serrucho tremendo, y veníamos y vendíamos en el pueblo, para un lado, para otro, los dos juntos. Y ahí fue como comenzar, empezar a ver otra cosa.

Un amigo de él estaba en pareja con una médica del hospital, una pediatra que después fue la pediatra de mis hijos, y me insistían en que presentara los papeles, me decían que iba a pasar nada. Pero era un “no va a pasar nada” inconsciente. ¿En función de qué decís que no va a pasar nada? Les preguntaba yo, “y, no sé” me respondían... no tenían ninguna constancia, ninguna base firme para decirme que no iba a pasar nada; decían que no iba a pasar nada por una confianza infundada.

A mí me gustaba Patagones, obviamente que esto es un paraíso. Siento que soy un afortunado, creo que tengo un buen arreglo con Dios porque me puso realmente en un lugar de privilegio.

¿Te fuiste de la chacra en democracia?

No, estábamos en plena dictadura todavía. Yo entré en la Escuela 501 en el año 79. Tenía el dato de que estaba dado por muerto, de que yo no figuraba en el registro. Sí quedaba esta cosa pendiente de la Armada... pero era una cosa de chau, basta. ¿Qué iba a hacer vendiendo sábanas? Ahí podría decirse que, sí, ese fue un momento de imprudencia verdaderamente. Porque no había ningún asidero, no había nada que dijera que ya estaban dadas las condiciones para que hiciéramos lo que estábamos haciendo, pero era como decir “bueno, ma’ sí”; y a alguna gente le fue mal por esas imprudencias. Eso podría haber terminado muy mal. En realidad, lo prudente hubiera sido que siguiéramos en la chacra, es decir no haber tomado contacto con nada oficial. Raquel tendría que haber puesto un consultorio privado, no haber tomado contacto con el Estado. No sé por qué fue... yo tengo alma de empleado público, creo que si me das un millón de dólares me fundo en dos meses, no sé hacer otra cosa... soy un buen empleado público, primero, y realmente, a mucha honra, digamos.

En realidad era un disparate que Raquel hubiera presentado sus papeles y que yo me hubiera presentado mis cosas. Sinceramente, no logro entenderlo. Por qué gente con mucho menos, porque estaba en lugares mucho más lights, por qué razón... ¿quién nos investigaba a nosotros? ¿Quién hacía sacar la basura? Los vecinos pensamos que quienes hacían este trabajito, una parte, eran de la Policía de Río Negro. ¿Pero por qué ellos abrían una zona...? Yo nunca tuve una respuesta para esto y creo que no todas las explicaciones son racionales y cierran correctamente, porque no había un esquema de racionalidad... por ejemplo, ¿por qué llegó abierta esa carta? La lógica era, por lo que decía esa carta, que decía: “Vení a tal lugar, pasá por tal calle de tal distancia a tal otra, y alguien te va a contactar en algún momento, tenés que hacer una caminata y encontrarte”. ¿Por qué razón no me vino a buscar un grupo para decirme “te vamos a llevar a ese lugar para que hagas eso? Sinceramente, no lo sé. A mí, pocas cosas me podrían haber sacado en el año 76, pero en el año 79... estos muchachos hacían hamburguesas con tipos con mucho menos

compromiso que el mío. No sé, fu así. La verdad no sé, habría que volver a preguntarle a la maestra para ver en qué año prestó servicios para saber en qué año fue exactamente este que este policía le dijo eso, por qué esos tipos tenían constancia y sabían quién era yo. O sea, que en algún momento ya sabían ellos. Yo tengo una hipótesis respecto de esta Comarca, yo creo que era una especie de reserva faunística, donde convivían cebras, con leones, con alambrados tenues... porque también yo, acá, he conocido tipos que venían de los más diversos lugares, había una fauna bastante variopinta. Incluso tipos de la CNU que fueron corridos en algún momento por los milicos porque estaban emputeciéndoles las cosas. Entonces, en ese tiempo, lo que no tenías que hacer era sacar los pies del plato.

(...)

Yo inmediatamente tuve una visión muy crítica de ese pasado; no me gustaba encontrarme, por ejemplo, con gente que pretendía vivir del pasado. Me pasó muy fuerte cuando fue uno de los levantamientos carapintadas. Fue una cosa muy loca, porque tomamos la Municipalidad; había chicos del PC, de la Junta Coordinadora... fue un disparate, para una película cómica, más cerca del grotesco que de la política. Pero me acuerdo que hubo una reunión donde estaba la idea de distribuir armas, armamento. “Pero que disparate, pensé, un ataque de amnesia, vamos a volver...”. Había una corriente radicalizada que decía “hay que distribuir armar, acá hay un poder distinto, tenemos que tener brigadas que sostengan el poder popular...”. Y yo me puse a llorar. Me puse a llorar y pensé “loco, todo fue en vano, todos los que se murieron. Fue al reverendo pedo. Ustedes no saben de lo que están hablando”. Eso acababa de pasar en la Argentina, todavía no se había limpiado la sangre... Cosas de la Argentina.

Para cerrar, si pudieras viajar en el tiempo: ¿Le dirías algo a alguien? ¿A quién?

No, no. Yo soy muy orgulloso de lo que hice.

No precisamente a vos, puede ser a algún familiar...

No. En todo caso volvería para abrazarlos.

Entrevista a Víctor “Beto” Díaz

Fecha: 28/04/2014

Lugar: La Plata

¿Cómo es tu acercamiento a la militancia?

Yo soy Víctor Hugo Díaz y nací en Corrientes, esto para mí es imprescindible decirlo siempre porque es mi identidad, es mi anclaje; yo soy un correntino que vivía en una zona rural y me vine acá a los 12 años. Mi familia había venido un año antes y cuando llego nos instalamos en Berazategui, en el barrio de Villa España. Rápidamente, yo empiezo a trabajar en una fábrica de esas tan características de la época, era un taller chico que funcionaba vinculando sus actividades con la fábrica Rigolot.

Después pasé por otras fábricas, pasaron los años y sucede el hecho de Trelew que me marcó, aunque de costado porque yo todavía no era militante, pero me acuerdo de salir de mi trabajo en Capital y encontrarme con movilizaciones estudiantiles. Pero se puede decir que soy producto de las movilizaciones del 25 de mayo del 73, lo que nosotros llamábamos como la época de “engorde” porque se manifestó como una ola de explosión juvenil de adhesión a la militancia — como podría ser, en la actualidad, el 27 de octubre con la muerte de Kirchner—.

En Villa España, mis hermanos ya estaban yendo a una Unidad Básica cercana al hogar y, los fines de semana, me empiezo a acercar al lugar; trabajábamos en el barrio, organizábamos charlas-debate con la transmisión de cine político —recuerdo haber visto ahí “La hora de los hornos”, “operación masacre”—. En ese entonces, en Capital, los días sábados también hacía teatro, pero la militancia me fue alejando de ese espacio y ya en el 74/75 estaba volcado fuertemente hacia la militancia en el barrio. Estaba viviendo con mi familia compuesta por mi mamá, mi abuela y seis hermanos; mi padre había muerto el 29 ó 30 de abril de 1974 y, por eso mismo, recuerdo que no pude estar en esa plaza.

Pero, para ese momento, la política ya se había enturbiado y el clima de tensión crece con el pase a la clandestinidad en septiembre, que ya significó el cierre de las Unidades Básicas. Sin embargo, en nuestra zona de Villa España ese fenómeno no acusó recibo rápidamente porque seguimos manteniendo esos lugares de trabajo hasta 1975; en ese entonces, teníamos dos unidades básicas y decidimos cerrar todo después de una redada de la policía que termina llevándose preso a todo el mundo: los compañeros responsables del lugar van a permanecer preso con opción a exiliarse y al resto de los vecinos los largan en esos días. Ese hecho implicó el cierre de esos locales, pero seguimos trabajando en las casas de los vecinos que pasaron a ser los espacios de funcionamiento. Cotidianamente era muy arduo; al principio, yo trabaja en una tienda en Capital de lunes a sábado al mediodía, después teníamos asociación de teatro desde la Federación de Comercio y el domingo me venía a militar; también, en ese último año, yo estaba cursando el secundario de adultos en el Colegio Sarmiento —Zona Norte—. Así que, para mí fue todo un tema, yo salía del laburo a las 7 de la tarde, me tomaba un colectivo y 7:20 pm entraba en la escuela; salía a las 11:20 pm y me iba en colectivo hasta Constitución; 11:45 pm tomaba el tren hasta Berazategui y cuando llegaba, a la 1:30 am, la única que estaba despierta era mi vieja que me esperaba con comida, y al otro día a las 6 de la mañana me tenía que levantar porque a las 8 ya tenía que estar en el trabajo. Así fue durante todo un año.

Después del golpe, yo seguí trabajando en esa tienda, pero ya se empezaron a modificar el funcionamiento y actividad política, los locales cerrados, los amigos que permanecían y los que se bajaban de la militancia. Entonces, un compañero me propone pasar a la estructura armada —en

julio del 76—; a mí no me sorprendió, porque el clima de la época te llevaba a plantearte esas cuestiones. Estabas enfrentando a un enemigo que hablaba por medio de la violencia y me parecía lo más correcto responder en esos términos. Era el lenguaje de la violencia y, en realidad, nuestro nacimiento fue en ese contexto; cuando se produce la Masacre de Trelew y matan a todos los compañeros, la violencia se convierte en un boomerang, Lanusse quería la normalización y nosotros entendíamos que ese era el espacio y el lenguaje. Nosotros queríamos ser como ellos. Porque entendíamos que esa acción produce una ruptura en la Revolución Argentina de Lanusse, sumada a la acción de Perón desde el exterior, provoca una serie de movilizaciones que terminan en la vuelta de Perón y, también importante, el “Devotazo”; a Villa España llega uno de los presos liberados y para nosotros era un representante importante. Y ya estaba la idea de siempre tener un arma corta cerca para defender a ese preso recién liberado.

Las armas pasaron a ser parte de la cotidianidad política; en la casa de todos los compañeros, vos entrabas y veías varios fusiles FAL en la esquina de la casa y a nadie le llamaba la atención, porque era parte de la vida. El lenguaje de la política y el lenguaje de las armas se volvían a fundir en un solo lenguaje. Nosotros somos producto de eso, no éramos ajenos; nacimos en ese contexto de organizaciones armadas, de represión. Quiero decir que el planteo de sumarse a la estructura armada en el 76 estaba bien, porque a un régimen que hablaba por medio de la violencia, no había otra forma de responderle.

Cómo fue pasar del lenguaje de la militancia barrial a ese otro lenguaje de las armas, que parecen dos lenguajes completamente distintos a pesar de estar inspirado en una misma convicción política

Pero, fijate, que ya en el 74 vos entrabas en la casa de un compañero y había fusiles parados en la pared del fondo y eran, muchas veces, compañeros de la UES. Pero, bueno, tampoco era patrimonio sólo de los jóvenes, porque los viejos nuestros también lo veían; nadie se sorprendía de que las armas circularan de una casa a la otra, porque todos sabían de dónde venían.

Por ejemplo, en el 76 —ya entrado el Golpe—, nosotros vivíamos en una casa muy humilde y yo me acuerdo de una escena con mi vieja cocinando en un rincón de la mesada, mi hermana en un extremo de la mesa del comedor haciendo los tareas del secundario y, en el otro extremo, un compañero me enseñaba a desarmar y armar una 9 mm y la clase incluía, también, como se arrojaba la granada. A esa altura, en esa familia, comida, estudio y armas podían convivir.

Significa, y no es menor, que esa unión familiar pudo soportar el terror impuesto

No, no se rompió. No dudo que en otros casos ha pasado, pero en mi caso no. Sin embargo, siempre existen temores, dudas; cuando se desata el Golpe, me acuerdo que mi hermana me planteaba que abandone la militancia aunque sea por mamá, que se venía jodida. Uno siempre piensa en la familia.

Esa vida durante el Golpe, uno empieza a sentir golpes cada vez más cercanos. Muy pronto, el 5 de mayo, cae el “negrito” que venía a casa; él tenía que trasladar unas armas y hay una pinza policial sobre el colectivo en Berazategui, él se baja a los tiros pero lo matan. Ese es el primer hecho más

inmediato que sufro, porque uno sabía de otros compañeros pero ninguno tan cercano como el “negrito” que era de mi grupo. Algunos meses después, también en el 76, matan a otra compañera que venía a casa y, bueno, ahí es cuando uno empieza a sentir los hechos muy cercanos. De cualquier manera, yo sigo incorporado en la estructura armada, seguimos operando, trabajando, haciendo cosas.

Pero en octubre del 76 se dan importantes caídas en lo que fueron las citas nacionales y, a partir de ahí, me desengancho de la estructura del pelotón y me quedo viviendo en casa; había perdido contactos con la estructura y ya no tenía enlace con la organización del barrio porque nos separábamos para no juntar dos estructuras. Así quedé en mi casa, ya en julio había dejado de trabajar en Capital porque la organización me dijo que esa nueva actividad en el movimiento me iba a demandar más tiempo, y pasé a trabajar en unos talleres de fabricación de muñecos que tenían mis hermanos.

En esa situación, ya para marzo del 77, se produce mi secuestro; me llevan a La Tablada, logro escapar pero ya no podía volver a mi casa. Tenía 23 años. Siempre cuento que, luego de escapar del regimiento, llego a Constitución y me siento en un bar a pensar: “Qué carajo puedo hacer”. Para mí, eso fue central porque me sirvió de mucho; lo primero que hago es agarrar la guía para llamar a una vecina para que le advierta de esto a mi familia y, después, empiezo a pasar nota de los pro y los contras de esa situación: no podía usar el documento, no tenía trabajo, no podía volver a mi casa, no tenía ningún contacto con los compañeros, pero sí esta convicción de no abandonar la calle, la militancia, de seguir luchando. En ese momento, me llegó la época de la plena clandestinidad.

Cuando recupero el contacto, atravesé por investigaciones necesarias de la organización para saber si había ocurrido así que logré escapar; esas cosas, como organización, las tenés que saber. Estuve un mes dando vuelta, saltando de casa en casa, hasta que pudieron completar esa investigación; era muy difícil, en una época que caían compañeros diariamente, vos tenías que poner recursos de la organización para saber si eso era cierto. Los compañeros pudieron investigar y ver que lo que decía era cierto.

A partir de ahí, paso a vivir con otros compañeros en la zona de Quilmes ya como parte de pelotones de combates.

Escapás del enemigo y te investigan tus propios comentarios, ¿siempre lo viviste con claridad reflexiva, es decir, entendías la situación en términos estratégicos, nunca te generó alguna recriminación o angustia?

No, para nada. En ese momento, estaba seguro de la verdad que contaba; me fui del Regimiento con una pistola 9 mm del capitán Alberto Juan y toda su documentación. En la primera entrevista con mis compañeros, la idea era que saliera del país —particularmente, hacia Francia— para brindar una conferencia de prensa contando sobre los centros clandestinos de detención en Argentina; eso nunca se pudo lograr por los niveles de enfrentamiento y las estructuras que caían diariamente. Lo único que pude hacer es pasar esa documentación que, finalmente, nunca se encontró, porque fue guardada en un embute que teníamos nosotros en la casa de una

compañera de Avellaneda y, yo no lo sé si esa casa cayó o no, pero ahí quedó la documentación de Alberto Juan.

Eran días difíciles. Me acuerdo que, después de la primera entrevista, me pasan a otra casa en Quilmes donde estoy, durante 10 días, con un compañero de La Cañada; él recibe la orden de pasarme a otra cosa y caigo en un hogar muy humilde de gente que colaboraba con nosotros. En esa casa, el único contacto que tenía era un compañero que de vez en cuando iba, no sé cuántos días estuve, pero recuerdo que era gente que muchas veces tenía problemas para llenar la olla; estaba en un cuarto muy oscuro, con un televisor en blanco y negro prendido todo el día, y yo les pedía que me sacaran afuera para ver un poco de luz. Uno cuenta los días en esa situación, pero sabía que era necesario.

Antes comentabas tu larga rutina diaria entre trabajo, colectivos, trenes, tu mamá esperándote con comida en la madrugada, cómo fue asimilar el pasaje a esa vida itinerante de nuevas casas, nuevos compañeros

Lo viví con mucha alegría. Fugarme de La Tablada marca un antes y un después; los tipos que aparecen como los dueños de la muerte, pueden fallar. Sentía que se podía estar, incluso, en los enfrentamientos, no rehuía para nada de ello. Estaba con muchas ganas, energía y convicción de qué era lo que quería para mi vida en ese momento. Fue un momento de fortaleza muy grande, de un militante que se para en esa situación de cosas ya no como el compañero de barrio, el compañero de la agrupación, sino que tenés otras cosas en las cuales aferrarte para luchar.

Otras cosas que, además, eran vistas como inevitables porque, de alguna manera, los habían alejado de esa posibilidad de seguir siendo compañero de barrio, compañero de fábrica.

Ante el secuestro, vos tenés dos caminos: o los tipos te doblegan y vos retrocedés o fugás hacia adelante. Lo mío fue fugar hacia adelante, a mí me constituye en otra persona porque, también, ahí hay una acción de victoria; sería distinto si uno no podría fugarse o si los mismos tipos te liberan por equis causa pero vos salís hecho pelota del lugar.

Si ellos te soltaban, parecía más bien un triunfo prestado por los dueños de la lucha

Claro, y ni siquiera sé cómo llamarlo. Porque hubo mucha gente que, después de pasar por centros clandestinos, lo liberaban. Además, por lo que había hecho, yo sabía que si los tipos me volvían a agarrar me cortaban en pedacitos, lo sabía.

Hay una anécdota muy linda de mi hermano cuando nos volvimos a ver. Al día siguiente de la fuga, los milicos van a mi casa, se llevan a mis hermanos y después lo liberan pero, desde entonces, mi casa siguió siempre custodiada. Él era amigo de un alférez que estaba en La Matanza y, de vez en cuando, iba a contarle sobre mi persecución y el otro, como era su amigo, le decía que iba a intentar averiguarle algo hasta que un día le dijo: "No vengas a verme nunca más, a tu hermano lo buscan tantos que si lo llegan a agarrar, creo que se pelean por ver quién lo despelleja primero". Yo sabía que iba a ser así.

El 77 fue la época más difícil, no sólo por la represión sino también por el enfrentamiento nuestro porque, como estructura militar, hacíamos lo posible y lo imposible por resistir. Esa vida cotidiana pasaba por deambular entre casas clandestinas, por preocuparnos constantemente de no ser detectados en los espacios públicos. En ese contexto, tengo otro enfrentamiento donde caen algunos compañeros y yo logro escapar herido. También es un enfrentamiento muy documentado. Era muy difícil, pero seguíamos resistiendo; en ese tiempo, conozco a mi mujer. Ella llega después de los enfrentamientos del 77, no me conocía pero sabía de mis acciones. Ella vivía en Solano con su nena, el hijo de otra compañera y un compañero que había quedado solo —tenía un hijito que había nacido en esos años, pero la mamá se lo llevo cuando se aleja de la organización—; yo paso a ser responsables de ellos dos.

En febrero de 1978, al compañero lo matan en un enfrentamiento y nosotros nos vamos a vivir juntos; me acuerdo que, mientras estábamos buscando casas, empezamos a salir. Éramos novios, pareja, compañeros, todo al mismo tiempo porque uno, en ese contexto, tenía una vida muy acelerada y no sabía si mañana iba a estar. Con ella, alguna vez, fuimos a algún cine de Quilmes pero, por ejemplo, nunca nos pudimos sentar a tomar un café o ir a cenar; me acuerdo que comprábamos la pizza y la íbamos a comer al departamento. Había que evitar todo tipo de exposición; lo mismo hice con mi casa porque, desde el día que me fui, nunca más volví. Por ahí, había otros compañeros que volvían, por ejemplo, cuando la vieja cumplía años; en mi caso no, nunca más volví. Era el día de la madre o el cumpleaños de mi vieja y yo mandaba cosas, pero jamás iba. Esas reglas de seguridad las cumplí, yo no los vi más. Ellos, en el 77, se exilian en Brasil y yo a mi vieja la vuelvo a ver en el 82 cuando aparece por México, porque mi mujer había ingresado al país en 1979 y pudo dejar una carta en la casa de mis tíos —carta que mi tío recién le pudo alcanzar después de 1980—. Ahí la veo, después de todos estos años, pero tampoco tengo mucho tiempo porque yo estaba, en esos momentos, armando mi vuelta al país.

Supongo que alguna vez lo han comentado o, si no, intenté adivinarlo. Estas medidas de seguridad que vos decís de la clandestinidad, ¿eran más difíciles para uds, los militantes, o para la familia?

Supongo que para la familia es una vida más dura porque, en todo caso, uno cuando sentía los zarpazos de la represión, sabía por qué y la familia eso lo desconoce. Uno de los casos es ese enfrentamiento que tengo el 17 de octubre; ellos no sabían nada y yo les aparezco en la casa sin poder caminar, lleno de tiros. La cosa siempre era sobre el pucho, pero mi familia siempre estuvo a la altura de la circunstancias.

Ese día mis hermanas se dividen en dos grupos, unas buscándome un médico y las otras rastreando algún contacto de la organización y realmente dio resultado. Los milicos nunca supieron a quién buscaban, sabían que había una persona herida pero no sabían de quién se trataba; esa demora, hizo posible que pudiéramos conectar a la organización. A mí me sacan de la casa y, cuando ellos llegan, ya no me encuentran; producto de eso, mis hermanas van a estar detenidas un tiempo en La Cacha y, a medida que las liberan, se van primero hacia el interior y después terminan en Brasil.

La vida de un militante en la clandestinidad, uno la asume en función de un proyecto político; uno forma su familia en ese contexto. Otra cosa que estuvo muy discutida fue la pertinencia de tener hijos o no; nosotros siempre dijimos que íbamos a tenerlo, que no queríamos privarnos de ser padres, porque nosotros pensábamos que éramos como cualquier otra pareja pero en un contexto distinto, pero eso no nos iba a privar de conformar una familia. La primera vez que mi mujer se queda embarazada —nosotros entramos y salimos con la contraofensiva—, me acuerdo que ella estaba interfiriendo la televisión con una panza así (marca sobre su cuerpo el tamaño del vientre). Tanto nosotros como otros compañeros nunca nos reusamos a esa posibilidad de tener hijos.

Esa vida difícil, seguro, pero fue llevada por el proyecto político en el cual estábamos inmersos, por la edad —cuando sos más grande, quizá prima otro tipo de reflexión—, esa voluntad juvenil que parece un torbellino de cosas, y creo que uno se sana —o termina de sanar— cuando siente que hizo lo que quiso hacer. Si lo pudo hacer, es otra cosa.

La otra vez me preguntaban qué le diría a Alberto Juan si lo viera —ojalá pueda tener esa oportunidad en el juicio de La Tablada, que lleva adelante el Juez Rafecas— y yo no guardo rencor; la verdad es que me re cagaron a tiros y yo les re cagué a tiros, así que estamos a mano. Pero es mi caso, en otras historias no es lo mismo porque tienen familias destruidas, familias secuestradas-desaparecidas. En mi caso, mi familia casi entera pasó por centros clandestinos; cuando escapo de La Tablada, se llevan a mis hermanos que no militaban y los tienen un par de días y después del enfrentamiento del 17 de octubre se llevan a tres de mis hermanas, pero después las liberan. En otros casos, por mucho menos, a familiares de otros compañeros los han matado; eso, indudablemente, también marca esta mirada que yo puedo tener y que no es representativa de esos otros compañeros que sufrieron una devastación del seno familiar.

Me agarro un poco de esa pregunta que te hicieron y pienso que, el día de tu fuga, ya lo viste a la cara cuando te pidió clemencia. De alguna manera, eso dice mucho de lo que podés decirle cuando lo vuelvas a ver. ¿Qué cambió desde entonces?

Sí, claro. Hay una cuestión que ellos siempre me decían en la mesa de tortura: “Mirá, pibe, vos ya perdiste. Yo te puedo torturar, te puedo dejar de torturar, te puedo dejar con vida un día, dos días o lo que se me antoje, pero vos, pibe, perdiste”. Y yo le dijo ahora mi abogado —Pablo Llonto— que mi interés es poder estar frente a ello y decirles: “Mire, perdieron ustedes. Después de mucho tiempo, ustedes perdieron”.

Yo tengo una mirada de la continuidad de las luchas populares, creo en eso. Un poco lo que decía Walsh, las clases dominantes quieren cortar la herencia, yo creo que tiene una continuidad histórica; muchas veces les hablo a los jóvenes con la metáfora del tren de la historia; unos se subieron en el 20 con Facón Grande, otros el 17 de octubre o en las luchas de 1955, nosotros —muchos miles— nos subimos después de los fusilamientos de Trelew y, ahora, ustedes se subieron en el 2003 o el 27 de octubre con la muerte de Néstor Kirchner. Y ese tren va a seguir, ya no vamos a estar nosotros pero se van a subir otros. Por eso, cuando uno habla de la derrota, a mí me hace mucho ruido la palabra derrota porque las clases populares tienen ese derrotero de desaparecer por momentos para volver a emerger; entonces, hay una continuidad histórica de esas luchas.

A veces, reflexiono y me veo, en 1978 —después de las muchísimas caídas que habíamos tenido—, caminando con tres parejas por Solano, las únicas que habíamos quedado, y nosotros con esa convicción de que tenemos que hacer tal cosa porque vamos a ganar, o sea, ¿dónde anclaba esa convicción? Porque, si uno mira el cuadro de situación del año 76, Argentina era el último eslabón que faltaba para cerrar todo este engranaje dictatorial en América Latina. Me pregunto, ¿nosotros lo veíamos? Y, posiblemente no, no como militante político; no podíamos ver ese tipo de cosas. Pero, en ese contexto, ¿qué dice uno como militante político?: ¿Debido a que la relación de fuerzas no da, me voy a mi casa? Sería eso, o uno toma el camino de Facón Grande, que sabía que lo iban a matar, y seguía. En definitiva, creo que es este derrotero de las clases populares; tenés todo en contra, pero sabés que esto es lo que tenés que hacer. Muchos se irán pero muchos otros se quedan.

También durante esa militancia, uno va teniendo sus pequeñas hazañas y tragedias. Esa vida itinerante cuya única certeza era que hoy estaban, pero que vivían como Facón Grande y sabían que, en cualquier momento, podían ir hacia a la muerte

Eso lo tenés presente todo el tiempo. Yo me acuerdo de mi 17 de octubre, estoy herido, corriendo por la calle y llega un momento en el que ya no veía; veía estrellitas y yo sacudía la cabeza para seguir corriendo un poco más. Siempre decía: “Si me tengo que morir que sea un día de mucho sol”, a mí el sol me gusta, el calor me gusta como todo un correntino. Y el 17 de octubre, yo iba corriendo y había un sol impresionante pero, también, pensaba: “Todavía no”.

Uno jugaba con ese destino y contábamos con la solidaridad de la gente, porque si yo estoy vivo es porque muchos otros me dieron una mano, tanto cuando me escapé de La Tablada como cuando me hirieron. El 17 de octubre yo no podía caminar más, me estaba arrastrando, aparezco en una casa y un tano me sube al auto; la policía estaba cerrando el lugar, esperando a un militante queriendo sortear el cerco, y yo paso en el auto con el tano manejando; así burlamos el operativo, porque yo estaba buscando un guerrillero, no al tano con un acompañante. Y el tano sabía que no lo iba a sacar gratis si nos atrapaban; lo iban a cocer a tiros como a mí. No siempre fue así, pero la gente te daba una mano.

Cómo operaba esa filiación con el pueblo que, si bien no vivían al borde de la muerte como ustedes, decidían subirse al borde de la muerte para ayudarlos

Si nosotros, en ese momento, teníamos 23 años y hablábamos en el barrio con gente de 30, 40 ó 50 años, por qué nos creían; qué hacíamos para que ellos nos abrieran las puertas de sus casas, ellos no desconocían porqué estábamos ahí, estaban los milicos y ellos sabían a lo que se exponían. Yo me acuerdo haber estado en casas que tenían muchos pibes y nos prestaban la sala para hacer las reuniones ahí. Evidentemente, ellos eran parte de este pensamiento, de este proyecto político.

También me acuerdo haber ido a discutir con tipos que eran del peronismo más ortodoxo, ran tipos grandes con mucha militancia e historia sindical y nosotros pensábamos qué le podemos discutir a estos tipos, pero no arrugábamos. En definitiva, creo que los tipos nos creían porque

sabían que éramos sinceros con lo que decíamos; decíamos y hacíamos lo que decíamos. Hay un hito ético e histórico, también, que configura la cosmovisión del mundo que nosotros teníamos, cuando Perón manda al parlamento una ley antisubversiva y los 8 diputados de Montoneros firman su renuncia; había una forma de ver las cosas, si en el lugar que estabas no servía para actuar, entonces no hacía falta quedarse.

Los sacaron de las fábricas, de los barrios, del parlamento, de la familia

Nosotros que éramos la juventud maravillosa, la que había logrado el retorno del General, en un año y pico somos los tipos que hay que destruir. Obviamente que ayudó las palabras del viejo el 1º de mayo cuando nos dice estúpidos imberbes y nos coloca en el lugar del enemigo a destruir. La otra fase que marca esa etapa, es la frase de Balbín cuando habla de la guerrilla industrial; bueno, ahí están los otros enemigos, los obreros fabriles. Esos dos conceptos determinan el enemigo.

Vos renegás de la palabra derrota y estás convencido del tren de la historia, pero en algún momento sentiste que había logrado derrotarlos

No. Fijate que nosotros tenemos una capacidad tan grande de regeneración que en el 82, post-Malvinas, empezamos a reagruparnos, a volver al barrio; a mi esposa y a mí, nos toca desarrollar unidades básicas y el diálogo con los vecinos en Berazategui y un año después, para una conmemoración, el 11 de marzo hacemos un acto que se llenó de gente. Y vos decías, “pero cómo, si no éramos nada, si no quedaba ningún cuadro político.

Sí sabíamos que significaba un cierre del momento político. Que la lucha continuaba por otros medios. En ese momento, tuvimos un debate muy grande sobre convocarnos en la plaza el día de la asunción de Alfonsín y yo creía que teníamos que estar, que éramos parte de la lucha política que hizo posible el regreso de la democracia. Nosotros estuvimos.

El enemigo se había preparado para matar

Hay que mirar cómo intentan disciplinar a la clase trabajadora; después del 75 que son las grandes luchas de las coordinadoras, entonces piensan a este tipo lo estamos disciplinando y nos hacen esto. Hay que aniquilarlo. Y después de aniquilar al obrero, van a hacer desaparecer las fábricas. A mí me gusta la idea marxista de potencia económica; potencia económica como herramienta, la violencia como herramienta de transformación de la sociedad para generar un nuevo orden social. La violencia es la comadrona que genera lo nuevo por venir.

Pensando un poco en estos términos, la violencia como herramienta también es un recurso de los sectores populares. En el 76 ya se planteaba la necesidad de acelerar el golpe, porque eso iba a profundizar la lucha de la sociedad en pos de la transformación

Claro, sí. Esa idea de que, con el Golpe, se iban a clarificar las cosas. Ahora que decís estas cosas, me acuerdo que venía desde Constitución a un acto de la JUP en La Plata y el lema era, precisamente, ese.

Está bien, llega el Golpe. El pueblo visualiza cuáles son las dos orillas, se clarifica el panorama si querés, pero ¿de qué sirvió? Porque, más allá de estas historias de solidaridad, también convivían con un sector del pueblo que no tenía esa misma filiación histórica y afectiva con ustedes.

No había una unidad de conceptos, de concepción, para enfrentar al golpe; se lo enfrenta en soledad y es la soledad de los sectores populares porque, cuando Montoneros pasa a la clandestinidad, era todo el campo popular el que se estaba replegando. Era la organización, pero también los obreros; había mucha soledad y sólo quedaba poner el cuerpo, “o salís a resistir o no resistís”.

El nivel de represión fue impresionante y, bueno, cómo armar las defensas en esa situación, en medio de ese terror, de esa muerte. El terror inmovilizaba a mucha gente, nadie es boludo; si vos estás viendo que se están matando afuera, no sé si abrís la puerta.

Nadie se sube al borde de la muerte

Exactamente.

Me aprovecho de ese concepto sobre la soledad de los sectores populares, de qué manera se replicaba esa soledad en ustedes, militantes. Porque más allá del soporte que significaba la organización, más allá de la convicción, ¿no sentían momentos de soledad, de desamparo?

Eso lo asumíamos. Si caminabas por la calle y alguien te sonreía, vos pensabas “este es un montonero de acá a la China”, y si alguien te sonreía y te abría a la puerta, sumalo a tu historia. Pero esas cosas no pasaban todo el tiempo, porque el terror estaba operando, el miedo por su familia, el miedo al terror, el miedo a decir muchas veces “no se puede”.

Me acuerdo de haber ido a visitar a un compañero, ya grande, con el que habíamos militado en el Partido Peronista Auténtico y, en la época del golpe, no me creía las cosas que le contaba; se sabía muy poco, era muy difícil romper ese silencio. Por eso, para nosotros, la propaganda era vital, pero se reducía a un volanteo y no mucho más; recién con la contraofensiva, empezamos a interferir señales de televisión. Eso es lo que nos tocó en suerte.

Habías mencionado la importancia de tu militancia, esta suerte de filiación histórica con los caídos de Trelew...

Sí, nosotros queríamos ser como ellos, no como Perón. Perón era el líder, pero nosotros también sabíamos que no éramos los 50; éramos otra generación, éramos los 70, con todo lo que eso conlleva desde el Cordobazo hasta 1973.

Y sí, estaba la idea del mártir político, de la lucha necesaria, de la muerte posible. Yo creo que ninguna generación, como la generación del 70, tuvo como meta subirse al tren de la historia; nosotros nos subimos a la historia y vamos a quedar en la historia.

...Iba redondear lo que empecé, cómo era el pasaje de esa filiación con los muertos de Trelew que fundan esa continuidad histórica con sus propios muertos, con los compañeros que empiezan a caer.

Cuando se habla de la continuidad y heterogénea del peronismo, esos militantes de Trelew eran tipos de clases acomodadas y serán los que después lleguen al barrio con nosotros, que éramos muy humildes; esa formación entre ellos que venían con toda su formación académica y nosotros que sólo teníamos carencias. Creo que ahí, en ese gesto solidario, se produce un hecho cultural muy grande. Ahí un germen de continuidad histórica, porque nosotros nos sentíamos peronistas; en nuestras casas, habíamos escuchado hablar, en especial por mi vieja y mis tíos, esta cosa del significado del peronismo, “lo que el peronismo le dio a la gente”. Mi mamá siempre contaba de Perón y Evita que pasaban en el tren repartiendo juguetes y los chicos corrían al lado del tren, y yo recuerdo que hacía todo lo posible por ir a ver ese tren.

Esas cosas nos quedan del peronismo. A mí todavía me emociona esa cierta liturgia de la sidra y el pan dulce, esta cosa tan denostada, desgradada y yo nunca lo viví así; para mí, llevarle el pan dulce y la sidra al compañera era esa forma de decirle “yo estoy acá, estamos en la misma”, es la continuidad de esa filiación fraternal: “Yo estoy acá y, si me necesitás, vamos a estar. Y si yo necesito, sé que estás ahí”.

Creo que ahí, cuando las organizaciones fueron al barrio se entronca esta filiación de la que hablás, porque son esos tipos de los barrios los que después nos van a abrir la casa; no sé cuánta parte de la sociedad, pero había mucha gente que nos creía, que creía en la necesidad del cambio. Una necesidad que no era sólo argentina, era regional, era mundial. Esos tiempos, se miraban con esos ojos, con esa ilusión de cambio social, porque si vos me preguntás qué era lo que queríamos y, la verdad, qué sé yo, quién te podía dar una respuesta. Yo siempre lo explicó así: es como cuando la casa se te llena de humedad y vos sentís la necesidad de abrir todas las ventanas para que entre el sol. Lo que queríamos era eso, que entre el sol, era mirar al compañero con esos ojos. El caso de los compañeros que estaban en la universidad explica ese momento, y yo siempre pongo el ejemplo de mi mujer que estudió medicina, nunca pensaban en poner un consultorio, estaba pensando en dónde faltaban médicos, faltan médicos en Misiones, en Formosa, bueno ahí estaremos. Estábamos convencidos que ese era nuestro destino.

Un poco creemos que la acción militar donde más se sintió fue, precisamente, en esa relación fraternal. Y es paradigmático esto que me contás del pan dulce y la sidra, porque ya nos contó otro compañero que el acto de repartir pan dulce y sidra en la navidad lo vivían con mucha alegría y él nos dice “en 1976, fui a alcanzarle el pan dulce y la sidra y me dijo: ‘gracias, viejo, pero andate. Mi mujer se mata de miedo si te ve’”.

Bueno, sí, esas cosas me pasaron muchas veces. Cuando yo me fugo de La Tablada, no tenía adónde ir y luego hasta Berazategui donde vivía una ex novia de mi hermano y yo lo único que le pedí fui bañarme, porque estaba hecho mierda. De ahí, voy a la casa de otro compañero que había militado con nosotros, que después de casarse se abrió, y la mujer no quería saber nada con nosotros; lo empiezo a contar lo que había pasado y a él se lo empieza a transformar la cara de miedo y estaba cayendo la noche y no tenía adónde ir. Él me decía “qué cagada, encima mi casita es tan chiquita”; mirá tu casa es muy chiquita y vos no tenés lugar, pero yo me voy a quedar igual. “Bueno, pero yo me levanto a las 5 de la mañana” y me estaba diciendo a esa hora te vas, y yo pensando qué hacer a las 5 de la mañana con un fierro, sin documento, cómo hacés para que se te pasen las horas.

Él me dio eso, mucho o poco, eso fue lo que me dio. Capaz que, en su momento, pensé “qué hijo de puta” pero me levanté y salí hasta la casa de otro compañero; tuve que esperar que se hagan las 7, que la mujer se vaya a trabajar, porque ella no quería saber nada con nosotros. Él ya no estaba en la organización sindical –trabajaba en Luz y Fuerza–, pero sí quería hacer contacto con la agrupación del barrio y él me abrió las puertas; me quería dar ropa, me facilitó el teléfono del Sindicato y me dijo: “Si vos, antes de las 7 pm, no llegás a contactarte con nadie, llamame. Aquella casa que se alquila, yo tengo la llave, te dejo la puerta abierta, un colchón y comida”. Esa tarde me enganché con un compañero y no vuelvo a llamarlo pero, en ese gesto, él me estaba entregando la vida.

Benedetti, en una entrevista, cuenta que tenía un llavero con 5 ó 6 llaves, que creo lo llamaba el “llavero de la vida”, porque eran las puertas abiertas de las casas de amigos argentinos para resguardarse de la persecución

Eso también pasaba. Eran casas donde estar, donde salvarse. Pasaba también que, a veces, esas puertas no se abrían. Una vez, estaba viviendo con un compañero, él no vuelve y yo me tengo que ir; había un fusil, lo primero que tiene que hacer todo revolucionario es no dejar las armas, porque van a ser usadas en tu contra. Cargo con el fusil y voy a la casa de un compañero de barrio, me acuerdo que se pasaban las horas y no me decía nada, entonces me voy; ya estaba anocheciendo, empiezo a caminar y me tiré a dormir en un baldío. Era verano, principio de diciembre, mucha humedad y estaba lleno de mosquitos; las casas estaban alejadas, pero los perros ladraban y daba vuelta para todos lados hasta que pude dormirme. Al otro día, me levanté a las 7 de la mañana, me tomé el colectivo y pasé por la casa; vi que estaba todo bien y volví.

Recuerdo esa noche como una de las decisiones más trascendentes; una escena que parece tan común, no tengo dónde dormir, bueno, me quedó acá, en el baldío pero yo las armas las levanto y las llevo.

En ese clima represivo, de desamparo, también aparece tu mujer; qué significaba ese amor, esa relación, esa posibilidad de tener hijos o no.

Antes que nada, quiero recordar al compañero que vivía con ella. Él va a una cita conmigo, porque me comenta que había enganchado a dos compañeros que querían pasarse a la organización; era

una táctica del enemigo, la posibilidad de infiltrarse engancho a los desenganchados, a los que no se habían sumado a la estructura militar. Él me iba a hacer contacto con esas personas en Quilmes; cuando voy llegando, empiezo a escuchar ruidos de patrulleros, obviamente que no llego a la cita y el compañero se entera que la cita está envenenada y lo matan ahí. Él lo hace para que yo no entre en la cita.

Después de eso, nos fuimos con mi mujer a otra casa pero, después, no teníamos adónde ir y volvimos a la casa que compartía con este compañero. Y dormíamos vestidos, porque no sabíamos las condiciones de la casa. Una pareja te cambia la vida, yo me acuerdo que le agarraba la mano muy fuerte, dormíamos abrazados y agarrados de la mina, porque yo pensaba que “si estamos así, no me puede pasar nada”. La convicción de que estando así, estos tipos no nos pueden vencer. Nunca me va a pasar nada, uno se agarraba de esas cosas. Teníamos 23 años y era muy lindo salir, recorrer, hablarse, conquistarse, en medio de todo ese terror, y tener hijos. Yo trabajaba y ganaba muy poco, pero siempre me alcanzaba para llevarle un chocolate grande –a ella le gusta mucho el chocolate- y lo celebrábamos como si fuese una fiesta, porque no teníamos plata. Vivíamos de nuestro laburo.

Muchas veces, algunos creen que vivíamos de lo que nos pasaba la organización y no, la verdad que nosotros vivimos la resistencia en un contexto de mucha precariedad; hasta el 79, estuvimos desenganchados de la organización. Conformar la familia en medio de la tormenta, me parece que tiene un valor grande.

En ese tiempo, ¿habían comenzado a tener una vida más social, sin las medidas de la clandestinidad?

Se podría decir que tuvimos una vida social más abierta. Cuando estuvimos viviendo en Quilmes, ella llegó a trabajar en fabril financiera –una textil de 2000 obreros–; entró con un documento falso, hecho por nosotros. En ese tiempo, lo que hacía la fábrica era mandar policías de civil al barrio para averiguar qué gente eran. Me acuerdo, un día que llegamos a la casa y vinieron algunos vecinos a decirnos que había pasado a la policía a preguntarles cómo eran, les dijimos que “eran unos muchachos, una pareja increíble”.

Nosotros los domingos que estábamos juntos, hacíamos un asadito y hablábamos con todos los vecinos, íbamos a la sociedad de fomento; una vida como cualquier tipo y los vecinos nos querían. Fijate, nosotros volvimos después de haber salido del país. A principios del 79 salimos y volvemos con la contraofensiva; nosotros grabábamos las consignas en nuestras casillita de madera y poníamos los colchones parados para aislar la habitación, después nos dimos cuenta que los vecinos nos escuchaban todos. Mi mujer diciendo: “Atención, atención, transmite Radio Liberación. La voz de los Montoneros”, pero compartíamos todas las cosas; un día nos levantamos con el ruido de un ternero cerca de la ventana, salimos y un vecino nos pide si no lo podía tener ahí, aprovechando que tenemos mucho terreno en el fondo. Y por supuesto, sin problema. Esa vida fue bastante normal.

Pienso en esas formas de conquistar a los vecinos que no tenían sólo que ver con el desarrollo de una vida normal sino, y fundamentalmente, como medida de seguridad.

Para mí no fue nada raro, porque yo venía de un barrio, venía de la misma clase social, de las mismas costumbres. Ahora, hace dos años que estoy instalado en La Plata y también en un barrio muy popular; el año pasado nos hermanó la inundación, yo salí de mi casa con el agua al cuello y me fui a la casa del vecino de enfrente, que estaba en un primer piso. Cuando fue la navidad, fui a llevarle un pan dulce y una sidra, y el tipo me miraba extrañado; hoy no estamos preparados para esperar esos gestos, hoy parece que siempre hay intereses ocultos, oportunismo. Pensar que esas cosas no corresponden a ese tiempo. Pero, bueno, paradójicamente, la sidra y el pan dulce parece ser siempre un acto de hermandad.

Estoy recorriendo lo que nos venís contando y te traslado a 1982, México, llega tu mamá a visitarte. ¿Qué es lo primero que te dice?

Recuerdo el abrazo cuando ella llega; había pasado mucho tiempo de la última vez que la vi, además, ellos nunca supieron qué había pasado conmigo. Cuando yo me fui de mi casa, la primera vez que saben de mí es el 17 de octubre; les pedí que me lleven en un taxi a la pensión donde vivía, mientras mis hermanas conectaban a la organización. Toda esa mañana, está mi vieja en la pensión; yo no podía moverme porque estaba hecho mierda y mi vieja me decía “qué linda tenés a piecita. Esta ordenada”. Yo le pido un tacho para orinar y es todo sangre, ninguno de los dos decimos nada y ella sale con la ocurrencia de ir hasta la verdulería para hacerme una compota; yo me estaba muriendo y ella me está haciendo compota.

Fui muy lindo y recién la volví a ver en México; estuve 10 días con ella, pero yo estaba también organizando mi vuelta a Argentina –fue justo después de la derrota de Malvinas–, pero antes paso por la casa de ellos en Brasil. Golpeo la puerta y atiende mi abuela: Sí, señor, a quién busca. Nosotros vivimos siempre juntos, pero no me reconoció y cuando le digo quién soy empieza a gritar y llorar, y llegan mis hermanos a abrazarme. Estuve unos pocos días e ingresé a la Argentina.

En algún momento, llegaste a sentirte lejos de ellos

No, creo que no. Es un poco como dice Walsh, siempre está en la memoria, en el recuerdo; uno vive en eso, no podés estar cerca pero los tenés presente siempre.

En todo ese tiempo, en los albores de los acontecimientos, nunca pensaste en volver a Corrientes; llegaron a la ciudad en busca de futuro y después de todo este recorrido no se te ocurrió volver a tu lugar de tranquila infancia

Nos vinimos porque mi vieja decía que, en el campo, íbamos a terminar como peones y que ella no quería eso para sus hijos; ella era la impulsora de ese peregrinar a la ciudad. Si hubiese sido por mi viejo, posiblemente, nos hubiésemos quedado en el campo, a trabajar la tierra, como tantos otros. Pero nunca pensé en volver, siempre pensé que mi vida ya estaba acá.

Ya te preguntaron algunas veces qué le dirías a tu captor cuando lo vuelvas a ver, no quiero colgarme de esa pregunta y prefiero cambiarte el interlocutor: ¿Qué le dirías a un compañero que cayó durante los 70?

Miguel Ángel Cordero, de La Cañana, fue el compañero con el que estuve los primeros 10 días después de escapar de La Tablada; un compañero del barrio, muy humilde, fue el que más me marcó.

Yo pasé a ser su responsable en el grupo. Él tenía como función en ese grupo de pelotón de combate, cuidarnos las espaldas con el fusil; yo siempre dije que, cuando lo tenía a Julián detrás, sabía que no iban a pasar...

Mi hijo se llama Julián.

En otro lugar nos encontraremos y me gustaría encontrarme con él; uno siempre tiene recuerdos con todos los que estuvieron al lado, pero él es uno de los lazos más fuertes. ¿Qué le diría? No sé, pensar en ellos me da mucha alegría, muchísima alegría, y uno tiene esa vaga ilusión de que ya nos vamos a ver, de que es sólo una cuestión de tiempos, reencontrarnos caminando esas calles de barrios populares que recorrimos juntos. Esa es nuestra identidad, nuestra amistad, ahí se forjó. Me acuerdo mucho de Julián, en esos días tan duros, que siempre me invitaba a pasar por esas casas de La Cañada a tomar mate, en esos mates de chapa —ahí la gente no tiene para comer y toma mate todo el día—. Le diría: “Loco, valió la pena”.

Somos privilegiados de haber sido partícipes de ese momento histórico, creo que nuestra vida no pasó desapercibida.

Se subieron al tren de la historia

Sí, nos subimos al tren de la historia.

Entrevista a María Elena Corral

Fecha: 07/07/2014

Lugar: La Plata

Cómo fue tu filiación con la política, tus primeros acercamientos

Yo empecé en la UES, en la Escuela Normal, mientras pensaba estudiar para ser maestra, pero nunca me imaginé como maestra de grado, como “Señorita Ciruela”, entonces, hice educación de adulto; en el año 73, mientras estudiaba Trabajo Social en la UBA, me enganché en la Campaña de Reactivación de Educación del Adultos; fue una campaña lanzada por Cámpora y pensada para todos los adultos del país que no leían ni escribían. Esa campaña fue impresionante, pero duró hasta el gobierno de Isabel cuando llega un Ministro como Ivanissevich que dijo: “Yo respeto a todos, pero sólo voy a aceptar a los que escriben con la derecha”; con esa frase, ya estábamos todos afuera y, efectivamente, fuimos todos despedidos y la carrera de adultos quedó trunca —los que se recibían año, pudieron terminar, pero fue la única generación—.

En la facultad, siempre me mantuve militando dentro de la estructura de la JUP y, paralelamente —como futuras Trabajadoras Sociales—, nos enganchábamos con todas las actividades barriales, villeras, de inquilinato, de los curas tercermundistas. Trabajamos hasta el golpe cuando nos quitaron todo: trabajo, militancia, compañeros; pasamos a integrar los registros de la Ley de Seguridad Nacional, esos expedientes nos cerraban todas las puertas. Esa época fue como vivir en una cápsula, estábamos en el país sin poder hacer nada más que regar las plantitas del balcón; fue una muerte en vida, rodeada de duelos: el duelo por los compañeros desaparecidos, el duelo por los compañeros que se iban del país.

Yo que elegí quedarme. Uno, a la distancia, piensa que no sé si éramos tan conscientes de lo que implicaba quedarse, pero elegí quedarme; estaba casada y embarazada y tenía padres y parientes, me parecía que no podía ser, que uno estaba dejando su vida.

Fueron años difíciles. En esos años, del 76 al 83, no pude trabajar en blanco en ningún lado, hacía lo que podía y, entre los que quedamos, intentábamos juntarnos pero no podíamos hacer nada; hubo una persecución feroz, en los medios y en la calle, a mí me han parado y rodeado de tanques cuando llevaba a mi hijo al jardín, o cuando iba con mi bebida en el cochecito. Fue una situación terrible, asfixiante, nos quitaban todo momento de disfrute, ni siquiera un cumpleaños podíamos disfrutar porque todo te recordaba al que no estaba.

Y la sombra de la persecución. En agosto del 76, se llevan a un compañero de Trabajo Social y, a partir de ahí, caen varios amigos. Yo estoy acá de casualidad, porque se equivocaron de casa; vivíamos en San Telmo, en una casa que tenía puerta vaivén de color verde musgo con otra puerta marrón con vidrios biselados y al lado había otra casa con puertas verdes y vidrios biselados, se equivocaron. Cuando llegamos, los vecinos nos contaron: “Anoche los vinieron a buscar”, ese gesto fraterno nos salvó. Mi viejo tenía una casa sin alquilar y me mudé de barrio, eso significó perder amigos, abandonar la militancia en San Telmo; sentíamos que, a cada paso, perdías algo.

Por eso, en el 83, ni me interesaba quién ganara, sólo quería que vuelva la democracia para poder respirar, para que puedan volver los compañeros que estaban afuera, porque teníamos más compañeros viviendo en Barcelona y México que en el país, y con los vínculos muy cortados; con esos pedazos, tuvimos que armar nuestro recorrido.

En mi lugar de trabajo, hay —a modo de simbolismo— un jarrón roto y armado de nuevo con los pedacitos y yo siento que también mi vida está rearmada con los pedacitos de vida pero también tenés que volver a vivir, porque no podés vivir del dolor, y no quiero perder mis convicciones ni mi militancia. Pero fue una época en la que nos pasó una aplanadora y no nos quedaba más que sobrevivir. Fue muy doloroso.

Entre la alegoría del jarrón y la aplanadora, qué pedacitos de vida te quedan de un tiempo anterior

En especial, la rebeldía: mi generación sentía la necesidad de oponerse a lo que no nos representaba. La mayoría de nosotros, éramos hijos de familias gorilas; mi padre era un antiperonista respetuoso, pero recuerdo familiares que festejaban la muerte de Evita y a mí me parecía terrible; ese duelo familiar que convivía, contradictoriamente, con los deseos de solidaridad, los deseos de cambiar, la bandera del trabajo con los más pobres. Siento, a la distancia, que era una época en la que nadie se quedaba afuera o el que se quedaba afuera era porque no le interesaba el otro.

Cómo llegaste a esos otros espacios de encuentro con el otro, cuándo fue que pensaste: “bueno, acá es donde tengo que estar”

Si bien mi familia era antiperonista, los antepasados habían estado en la Guerra Civil Española luchando contra Franco y heredamos esa corriente socialista; de chiquita me ensañaron a cantar La Internacional y, por ese lado, yo creo que siempre me apropié de ese sentir solidario.

Siempre recuerdo una historia que se repetía mucho en mi casa, ambientada en la Guerra Civil, mis familiares protegían a unos socialistas que estaban escondidos en el monte y cada día hacían el recorrido distinto entre la casa y el monte para poder llevarles comida y abrigo sin ser detectados. Convivía entre el recuerdo de ese gesto solidario de jugarse la vida contra el franquismo y otra historia de un día que llego de la escuela juntando ropa para las madres solteras de la Villa de Retiro y mi madre dice: “Ay, cómo madre soltera”; convivía ese doble discurso entre el socialismo y la negación de lo peronista.

Y, por otra parte, en la secundaria, empiezo a tener contacto con compañeras más grandes que nos pasaban revistas que circulaban en esa época; llevo por primera vez a mi casa, un documento del Movimiento de Liberación Nacional y, unos días después, me compro un cuadro del Che Guevara y lo cuelgo en la pieza. Ahí empezó un poco el anclaje con las chicas más grandes y, a medida que crecíamos, nos convertíamos en delegadas del colegio y empezamos el contacto con otros colegios; ese fue el germen inicial de la UES.

Por esas vueltas de la vida, con el retorno de la democracia, los estudiantes secundarios están nuevamente en la calle reclamando por el boleto estudiantil y en la portada de Clarín sale una foto del acto con mi hijo en primer plano; yo que tendría que haberlo felicitado, porque era lo que hubiera hecho yo a los 14 años, me paralicé y le reclamé una locura, pero estaba paralizada porque sólo podía pensar en la Noche de Los Lápices.

Nos fuimos formando con esas contradicciones: lo familiar y el entorno. Y esa contradicción se agudiza cuando decido estudiar Trabajo Social, porque yo tenía como mandato familiar la continuidad en una línea de profesiones rentables; me hacen un test de orientación en la secundaria y aparece el interés por carreras humanistas, primero pensé en estudiar filosofía pero una compañera me cuenta que va a empezar Trabajo Social y yo, recién ahí, me puse a ver de qué se trataba, con total ignorancia de la carrera, y me encantó. Por supuesto, en mi casa, casi se mueren con mi elección.

Era una época de plena efervescencia, en la facultad más todavía, era impresionante, hasta el Golpe de Estado. Cuando asume Videla fue un golpe, yo estaba terminando de cursar y no sabía qué hacer; primero, pensé en dejar y, finalmente, continué. Pero era una sensación rara, iba a estudiar y parecía Sor Teresa de Jesús, no teníamos contacto con nadie, porque además nos pasaban cosas terribles; por ejemplo, durante el Mundial del 78, recuerdo que aparecían compañeros en la facultad que nosotros siempre pensábamos que estaban desaparecidos y, de pronto, los teníamos caminando en el pasillo de la facultad, en otros lugares donde nos solíamos encontrar. Vivías con miedo, vos querías saludar a un compañero, y pensabas: “Pero, cómo apareció éste por acá”. Ese último de la carrera, para mí, fue tortuoso; me encerré en el estudio, lo único que hacía era estudiar y estudiar y estudiar, me concentraba en eso.

Ya desde el 75, todo el trabajo que veníamos haciendo se fue a la mierda; me quedo sin el trabajo con adultos, nos cierran los centros que habíamos ido construyendo en las villas. El trabajo social con los pobres no le interesaba a nadie, los estudiantes universitarios eran mal vistos; sin embargo, todo el tiempo previo fue un tiempo de florecimiento, nosotros estábamos encantados de estar ahí, felices, caminábamos sintiendo que íbamos a estar en los libritos de historia. Nos duró eso. Con los compañeros que quedamos de esa época, nos quedó un vínculo muy especial; un vínculo que nace de toda esa experiencia juvenil, pasamos juntos esa etapa de la primavera maravillosa a la tragedia. Fuimos una generación que, en la mayoría, nos formamos en esa contradicción entre la familia y sus deseos de formarte profesionalmente y los espacios educativos en plena ebullición.

Cuando les cancelan esos espacios de trabajo, ¿sienten que están dejando la militancia o encuentran otros espacios de acción?

Hay un punto de inflexión con el asesinato del Padre Mugica, que era la cabeza de todo el trabajo social en las villas; antes de que lo maten, él dijo: “Se viene la noche”. Y nosotros no nos dábamos cuenta, nosotros seguíamos con el mismo ímpetu, rebeldía, enfrentábamos los espacios de poder, los mandatos.

Se venía la noche, la misma gente de las villas ya empezó a tener miedo, porque ya empezaron los grupos de tarea a perseguirnos, aparecen personas en la facultad que nunca habían sido alumnos. Sin embargo, nosotros intentamos mantener en pie esos espacios, pero ya no contábamos con apoyo institucional; los espacios de educación de adultos se cierran, se desmoronan otros logros del trabajo barrial. Por ejemplo, nosotros habíamos conseguido el apoyo de empresas y laboratorios internacionales para la provisión de leche y las vitaminas del primer periodo de

infancia y, a partir del 75, nos empezaron a soltar la mano; mandábamos cartas y nos la rebotaban o nos decían que lo coordinemos con el Ministerio como mediador de las donaciones, pero en los Ministerios nunca nos dieron esa autorización. Entonces, ya no podíamos cumplir con lo que veníamos haciendo y nos terminábamos reagrupando en torno a la misma queja; nos negaban los espacios de reunión, nos cerraron los espacios culturales, se empezaron a cerrar todas las puertas. Creo que, en ese proceso, hubo gente muy jodida, infiltrados, y otra gente que lo hizo por miedo, por ejemplo, el Concejal de barrio que antes hablaba con nosotros, nos empezaba a negar porque él también sabía de los peligros de involucrarse.

¿Qué sentían Uds. cuando veían que esas puertas, que fueron abriendo, empezaron a cerrarse?

Fue muy frustrante, porque vos hacías de la militancia tu vida; la militancia era tu opción de vida, todo lo organizabas en torno a esa militancia; festejabas los cumpleaños en las Unidades Básicas; tus amigos estaban en lo mismo. Y, de golpe, no te cambiabas de lugar, pero te cambiaron el país, te cambiaba el espacio, el barrio, tu casa; los vecinos empezaban a parecerte una amenaza porque podían contar todo lo que vos hacías, así se fue sembrando el miedo. No sé si fuimos tan conscientes de ese terror, porque nosotros queríamos seguir aun cuando algunos ya te decían: “Mirá, la cosa se cae, así que no intenten”.

Te toca, de alguna manera, reconstruirte; no cambiás de vida, pero cambiás de traje, ¿cómo es ese cambio? ¿cómo reconstruirse con esos pedazos de vida que van quedando en el camino?

Hubo una primera época de impasse, de no hacer nada, de leer literatura, de rebuscarse para trabajar de cualquier cosa; primero, pensé que era una fantasía pero después tomás conciencia de que te están vigilando, que te conocen. Una amiga, que trabajaba conmigo en la dirección de adultos, buscó insertarse en otro ámbito escolar completamente distinto, una escuela laica, privada en Vicente López y cuando va a la segunda entrevista se encuentra con que tenían un expediente, que parecía hecho por la SIDE, donde tenían todas sus actividades de formación y participación; ahí me doy cuenta que no se trataba de una fantasía.

Con eso, llega una época de frustración, porque yo sentía que no estaba para ser ama de casa, esposa y madre, que eran condiciones interesantes pero no las únicas. Y, después, hubo un renacer, de reencontrarse, de restablecer contactos. Pero, pasó mucho tiempo y seguía siendo difícil. Recuerdo que, en una oportunidad, volvían una pareja de compañeros que se habían exiliado en México y nosotros los esperamos con una cena de bienvenida; ellos no vinieron y nosotros estábamos de lo más frustrado. En los días siguientes, nos ponemos en contacto por medio de una cadena de mensajes y nos enteramos que no habían ido a la cena porque les daba miedo volverse a encontrar con todos, porque desde México tenían más conocimiento de lo que estaba pasando en el país de la que teníamos nosotros; hicieron una visita a sus viejos y nada más, tenían miedo que, durante un encuentro con los compañeros, caiga el ejército.

Los vínculos también estaban deshilachados; terminábamos cerrándonos sobre el círculo familiar o con conocidos que no habían estado en la militancia; recién en los meses previos a la vuelta de la democracia, volvemos a restablecer el contacto con los compañeros, volvemos a florecer.

Durante los años militares, ¿cómo se mantenían esos vínculos que vos misma decías se iban deshilando? ¿Había alguna posibilidad?

Mientras contaba, recordaba a una amiga: Cristina, yo fui su madrina de casamiento y su marido está desaparecido. Cuando él desapareció, no me podía avisar directamente, entonces se comunica con mi vieja; llama a la casa y le dice que me avisen que “Carlos se fue y que no vuelve”, mi mamá me cuenta horrorizada, pensada que cómo era posible que ya se separen. Bueno, yo entendía lo que significaba pero no sabía si llamarla o no llamara, era una situación de mierda; diez días después me la cruzo en la calle, en la avenida Córdoba, cada una de un lado de la avenida y ni siquiera nos saludamos. Las dos nos quedamos mirándonos pero ninguna cruzó; yo me imaginaba que ella podía llegar a pensar que, si su marido con el que hacíamos todas las cosas juntas desapareció, yo podía haberlo entregado. Y ella pensó que, si cruzaba, me podía comprometer porque no sabía si le estaban persiguiendo. Era catastrófico tener que convivir con esos niveles de locura, paranoia.

Hace tres años nos enteramos que un compañero de él había pasado los datos que sirvieron para secuestrarlo; un tiempo después de enterarse, se lo encuentra en una veterinaria y me llama desesperada. Mirá los años que convivimos con esto.

Esos vínculos se te rompían, se volvieron frágiles porque tenías que cuidarlos, tenías que protegerlos, evitar que los militares puedan hacer la conexión entre vos, que te podían estar persiguiendo, y ellos.

Tenías que cuidarlos. Entonces, en mi caso, me replegué hacia otra vida que nunca había imaginado; empecé a participar en los actos del jardín de mis hijos, porque algo tenía que hacer; madres comunicadoras de las fiestas del colegio, me sentía mal, sentía que era una pelotudez pero era lo que podía hacer. Por eso, en el 83, a mí ni me importaba quien ganara, yo sólo quería que vuelva la vida normal, poder hacer lo que hacíamos. Encontrarte otra vez con esa generación con la que tenemos tanta historia y, a su vez, encontrarte en la relación con los hijos de los que no están; los chicos que tienen esa orfandad de sus padres, han desarrollado un vínculo muy fuerte con nosotros.

El jarrón roto de vuelta

De vuelta, esa imagen del jarrón roto es muy fuerte porque, además, yo estoy en un trabajo que estás constantemente haciendo memoria.

Nos hablaste del vínculo con tus compañeros de militancia y, ahora, quiero preguntarte por el vínculo con ese pueblo con el que ustedes trabajan en las villas, por ejemplo. ¿Cómo se formó ese vínculo? ¿En dónde se forjaba? Y después contame, ¿cómo fue la ruptura de ese vínculo?

Llegábamos al barrio y nos abrían las puertas, había mucha esperanza depositada en todos esos chicos que llegaban con esa impronta de ayuda y solidaridad, de escribirle cartas a las autoridades para reclamarle servicios; pateábamos las villas, nos reuníamos, íbamos a cualquier hora, poníamos todo nuestro cuerpo al servicio. Y se forjaba un vínculo estrechísimo. Insisto, cuando

sucede lo de Mugica es un gran golpe, porque los demás curas empiezan a recular y se llevan a las trabajadoras sociales de Mugica en las villas de Lugano y Flores, y la misma gente empieza a pedirnos, para protegernos, que no vayamos porque venía la policía y empezaba a preguntar por nosotros. Nos empiezan a proteger por miedo y a ellos también se les desmorona toda una organización, porque nosotros no llevábamos la verdad, eran ellos quienes se organizaban y formaban una cooperativa de viviendas y una cooperativa de trabajo; el plan vacunatorio de los primeros seis meses, tenían centros de atención de salud en las villas. Ellos también empiezan a recular, porque hubo dirigentes villeros que tuvieron que irse perseguidos del país, empiezan a tener miedo, empiezan a pedirnos que no fuésemos; empieza a haber gente que desaparece, empieza a haber gente que se exilia. La gente se quedó en el barrio, se replegó y con mucha razón; recuerdo una vez, hicimos una despedida para un compañero que se iba a Barcelona y uno del barrio me dijo: “Yo también me iría, pero no puedo. Ustedes son otra clase social”; lo sentí como una puñalada, porque era cierto, nosotros teníamos una familia que nos juntaba la plata y nos mandaba a Barcelona, pero ellos no se podían ir.

Pero, a pesar de eso y con mucho miedo, ellos nos protegieron. Y, por otra parte, también estaba el discurso de que, si nosotros íbamos, también los comprometíamos a ellos; ellos estaban ahí y no podían irse a otro lado, y ahí tenían a sus hijos.

Entonces, fue tan doloroso o más perder los espacios y el vínculo con esa gente que con los propios compañeros, a mí me emociona mucho volver a cruzarme con ellos con un afecto que permanece intacto. Hay un muchacho que había terminado el programa de alfabetización con nosotros y después terminó el secundario y después entró a la UTN, todo eso para un pibe que llegaba de Santiago del Estero sin saber leer ni escribir; estaba en una Marcha de Silencio frente al Congreso por María Soledad Morales y yo no lo reconocí, él venía caminando al lado mío, haciéndome gestos y yo no podía recordar quién era, y me dice Ángel Segovia y me cuenta que se recibió de Ingeniero. Casi me muero de emoción en el medio de la calle. “Yo no hice nada, me dediqué a estudiar, del trabajo a la facultad y de la facultad al trabajo”, me dice. A él también lo pasó por encima la aplanadora y también sintió que no podía hacer otra cosa, pero la corriente de afecto después de 20 años me impactó.

Esas cosas que pasan en la vida. También recuerdo a otro compañero, que vive en Suiza desde que se exilió, pasó por mi trabajo a regalarme una foto: Mugica con una latita de leche Nido y atrás un montón de gente, entre ellos, estaba yo; bueno, él viene a regalarme esa foto que siempre dijo que lo acompañó durante tantos años de exilio y me la regaló por lo que significó para él sin saber que yo también estaba en esa foto, que yo tenía la misma foto. Estuvimos el mismo día y en el mismo lugar sin saberlo. Llegó con unos chicos jóvenes y él, en inglés, le intentaba a explicar lo que significaba esa hermandad en la militancia, el que militaba con vos era tu hermano.

Cómo fue para ustedes, que venían militando desde otro espacio, encontrarse con el movimiento de curas villeros

Los tipos eran muy fuertes, habían tenido una actitud y unos gestos muy aguerridos, muy poderosos, por ejemplo, haber hecho —vestidos con sus oficios sacerdotales— el abrazo simbólico

a La Rural que era el exponente gorila por excelencia. Tenían un peso muy fuerte y para nosotros, los que estábamos en la universidad, ese gesto nos trascendió, saber que había curas interesados en la obra del Che Guevara y que tuvieran la foto de Evita en un templo. Ahí empieza nuestra vinculación; ellos ya tenían el apoyo de los barrios y, ahora, pasaban a contar también con el movimiento estudiantil, que fue muy importante para el trabajo concreto, es decir, manos para trabajar, para poner un techo, para mezclar los materiales. Para el 76/77, quedan prácticamente diezmado, los persiguen violentamente; incluso, los dispersan con gases en la tradicional caminata a Luján. A partir de ahí, ellos también empiezan a bajar la intensidad para resguardarse, porque había muchos que estaban desaparecidos muchos otros que se habían exiliado y recién pudieron volver por la presión internacional; ese movimiento si disuelve y recién se vuelve a reencontrar en el 83, yo también me sumo, en un proyecto de construcción de viviendas para la gente del Bajo Flores y el barrio San Cristóbal en Laferrere. Ese reencuentro entre nosotros y la gente fue como volver a florecer.

Cómo era volver a establecer esos lazos, volver a encontrarse con el barrio, restablecerse con la memoria de esos 10 años de aplanadora que habían sufrido

Yo veo en los jóvenes del 83 como un desdoblamiento entre aquellos que tenían familiares militando en esa historia de la Argentina y los que no, que era un importante sector de la sociedad que no había tenido ningún vínculo ni lo había querido tener ni se quería enterar. Entonces, en la vuelta a la democracia, en la vuelta al trabajo barrial, se encontraron dos generaciones que tenían diferentes miradas de eso que estaban construyendo; para los jóvenes era el valor de ese trabajo por el valor en sí para el barrio, y el respeto por esa gente grande que trabajaba con ellos; para los viejos militantes, no era sólo el valor de ese trabajo, era también un revivir interno. Entonces, o por lo menos yo lo siento así, tenemos con esa gente no sólo una historia, tenemos un lazo fraterno que nos une y que nos reencuentra y nos identifica.

Cómo fue el reencuentro con esa otro sector de la sociedad que, de alguna manera, negó o necesitó silenciar esos años que ustedes sufrieron con desarraigo

Fue muy difícil, en especial, con la gente de mi generación, se produjo una distancia difícil de conciliar. Me acuerdo el contraste de sentimientos de manera muy clara; la población eufórica con el Mundial 78 y nosotros que nos desvivíamos con la campaña argentina de denuncia del terrorismo de Estado en el exterior, porque nosotros sabíamos que había desaparecidos y sabíamos quiénes eran los desaparecidos; los amigos o familiares que te contaban maravillado la posibilidad de poder comprarse los muebles de su living que se fabricaban en Pakistán, cosas insólitas. Yo no podía creer esa distancia con gente que había estado viviendo en el mismo país que nosotros, que vivía a dos cuadras de mi casa. Y fue muy difícil.

Me acuerdo de una tarea escolar de mi hijo, en primer grado, llega y me cuenta que tienen que estampar el cuaderno con la foto de un Presidente de la Nación y que a él lo tocó Aramburu, y yo me pongo loco, era inadmisible, no iba a permitir que mi hijo lleve enmarcada la foto de un presidente de facto; es decir, también desde los espacios de formación funcionaba la estrategia represiva. Por supuesto, no le pusimos ninguna foto al cuaderno y me llamaron desde la dirección

del colegio y le explique que de ninguna manera iba a enmarcar la foto de un presidente que no había sido votado; entonces, la directora cansada de mis reproches me dice: “Bueno, sabe qué, póngale la foto que quiera. ¿Quiere ponerle la foto de Illia que fue votado? ¿o la de Frondizi?”, y yo le respondo: “O la de Cámpora, puede ser”, entonces, la mina me incineró con la mirada, “pero a usted le parece, ¿cómo le va a explicar a un chico tan chiquito quién fue Cámpora”. “No se preocupe, eso se lo explico, porque yo lo voté”, cerré y la directora, hartada, ya no sabía qué decirme. Y le pusimos la foto de Cámpora, nos costó encontrarla, pero la encontramos.

Retomando esto de los vínculos, una lo mira con el tiempo y se da cuenta que lo vivía con enfado, me relacionaba enojadamente con mucha gente, porque yo veía que tenían otra mirada; durante mucho tiempo, no nos quedó más que encontrarnos entre unos poquitos que teníamos una misma mirada, un mismo conocimiento, de lo que estaba pasando para no sentirnos tan solos. Era una soledad.

Mis viejos, aunque no bancaban para nada nuestro pensamiento, nos ayudaron a mantenernos porque entendían nuestra situación con los nenes, sin posibilidades de trabajar; se portaron muy bien con los chicos, hicieron que nos les faltaran muchas cosas que nosotros, por la situación, no podíamos darle. Pero también fueron muy respetuosos de mis decisiones, de mi posicionamiento, yo me voy a acordar siempre del día que nos van a buscar a la casa y nos salvamos; mi viejo llega y le dijo tengo que quemar la biblioteca, imagínate, mis libros estaban todos prohibidos —Freud, Maria Elena Walsh, cualquier cuentito, todo prohibido—, él me dice: “Estamos en veredas diferentes pero yo te voy a ayudar, andate —y nos vamos a una casa que tenía desocupada para alquilar en Villa del Parque— que yo quemo la biblioteca”, con todo el peligro que eso implicaba. Quemó todos los libros en un tacho y rompió todos los discos porque, además, eso era igual de terrible, perdías las cosas personales de valor.

Hay algún objeto que no pudiste romper

Sí. Mirá, yo no sé cómo pero, ese día que nos vamos de la casa, me llevó una revista de Descamisados; eso quedó todo en un bolso en el nuevo departamento y, ordenando, mi vieja me dice estas parecen todas cosas para tirar y yo le respondí: “Tirá todo lo que quieras, pero esa revista, llevála y guardala en tu casa. Nunca la van a ir a buscar ahí, porque vos sos lo menos sospechoso que hay”. Porque ella, además, durante mucho tiempo estuvo convencida de que no pasaba lo que nosotros sabíamos que pasaba, y decía frases como: “No puede ser lo que decís de Videla. Escuchalo en la tele, si dice que es de comunión diaria”. Años después, me pidió perdón.

Bueno, ahora, me quedó el Descamisado como un símbolo, es lo único que me quedó. Y, después, hay cosas que vas reconstruyendo; cuando yo estaba cursando Psicología Social, nos piden que llevemos un objeto material —no podía ser una foto— que representara nuestra vida y llevo el primer cd de Serrat, porque una cosa que yo lloré mucho fue haber destrozado todos los discos de Serrat, con lo que representaba Serrat, lo sentíamos como un compañero de militancia.

Pero sí, perdimos muchas cosas, no tanto por lo material sino simbólicamente, íntimamente, era una violación a tu vida privada, entraban en tu casa para decirte qué podías tener y qué no.

Además de las cosas materiales, qué significó para ustedes irse de la casa, ¿cómo se imaginaban el hecho de encontrarse en otro barrio?

Nosotros nos vamos por miedo y por protección, teníamos que proteger a nuestra nena que tenía unos pocos días y a mi hijo que tenía 3 años. La verdad, y pensando a la distancia, tenía la mente en blanco, me fui a otro lado donde no conocía a nadie, donde nadie nos conocía, donde no hablaba con nadie, incluso intentaba entrar y salir del edificio en horas donde no pudiera cruzarme con nadie; también, tuve que ir al jardín de mi hijo y explicarle a la profesora que lo sacaba porque pensábamos tomarnos unas vacaciones en familia, en pleno junio, así que estuvo un mes sin ir al jardín mientras nos reacomodábamos porque, además, no quería cambiarlo de jardín y tener que explicar quiénes éramos, porqué lo cambiábamos a mitad del ciclo lectivo. En fin, un gran verso. Fueron unos meses muy difíciles, nosotros cuatro, encerrados en el departamento, sin vínculo con el exterior, mirando tele 18 horas por día; no nos comunicábamos con nadie, sólo —y ocasionalmente— nos visitaban mis viejos pero les pedíamos que nunca nos llamen, porque no podíamos saber si estaban interferidas las líneas.

La familia era el único contacto y te encontrábamos tomando mate y hablando de nada, de fueyes perdidos, porque había temas de los que no se hablaban. Una vez, mi vieja me cuenta que se cruzó a una chica que le preguntó por ustedes y yo le advertí: “Mamá, vos no das ningún dato de dónde estamos, que nos peleamos, que no sabés nada de mí”. Y ella se lamentaba quejosamente “ay, mentir y siempre mentir, todo el tiempo mintiendo; me preguntan y yo tengo que mentir siempre”. Pero, bueno, vos nunca sabías porqué estaban preguntando por vos, porque todo te generaba dudas, desconfianza.

Después pasó un tiempo de cierta estabilidad, yo empecé a trabajar con una amiga que tenía un local de antigüedades, en un clima de completa frivolidad, la gente sólo se preocupaba por si el mueble le iba a combinar con lo que ya tenía; yo me sentía tan mal que ni quería ir a trabajar, pero necesitábamos la plata. Y el padre de mis chicos, también trabajador social, empezó a trabajar en el estudio jurídico de un amigo haciendo trámites, de cadete. Así sobrevivimos.

Después nos dio más confianza volver a casa; la casa de la calle México la vendimos y nos mudamos a Caballito y cambiamos a los chicos de colegio. Cambiamos a otro barrio donde tampoco nos conocían.

En medio de tantas mudanzas, ¿cómo era la acogida de los vecinos?

Mis vecinos de la calle México me dieron desconfianza, por eso me fui. Son tres etapas de miradas de los vecinos. Ellos sabían que yo militaba, además entraba y salía gente a la casa todo el tiempo, gente conocida como Dante Gullo, dirigentes de la UES. Y la gente hablaba.

El que vivía al lado, quien me contó que vinieron a buscarme, tuvo un gesto que lo honra.

En la estadía temporal en Villa del Parque no me vinculé con nadie. Me acuerdo que un día el portero me dijo “pero a usted no le llegan cartas, a nombre suyo. Llegan a nombre de su padre”. Yo le decía que el departamento era de mi padre, que estaba de tránsito, que no vivía en Buenos

Aires. Vivíamos mintiendo. Menos mal que los chicos eran chicos, si no teníamos que engancharlos en la mentira. Después dijimos que así no podíamos seguir: o te vinculás con la gente o te vas. Te termina volviendo loco la soledad; en una casa que éramos cuatro, con dos pibes chiquititos.

Mi hija, que nació en el 76, lloraba mucho: yo pienso que debe haber vivido todo el miedo que sentíamos nosotros.

Después empezamos de cero en Caballito, donde teníamos amigos, con gente nueva.

¿Se podía empezar de cero?

Es una forma de decir. No se podía borrar la historia y empezar de cero. Era *como si* empezaras de cero: mandabas a los chicos a una escuela nueva, seguíamos trabajando de lo que podíamos, cosa que hicimos hasta el 83, cuando llaman al papá de mis hijos de ENTEL para reincorporarlo. Porque en esa época echaban sin causa, “por razones de seguridad nacional”.

En esa época nadie te contaba nada, nadie conocía a nadie, muy individualistas.

Durante ese período, ¿siguieron sintiéndose militantes?

Te sentías un resistente. Resistías.

Con la propaganda de la televisión, los actos políticos con la marcha militar, los almuerzos de Mirtha Legrand con Massera... yo me resistía, me ponía muy mal. Lo comentaba con cuatro o cinco, no podías comentarlo con muchos más. Gente cercana, incluso, me decía “no sé, no sé”. Qué sola que estoy, pensaba, era una gran soledad.

Lo que hacía esa forma de resistencia en soledad era despolitizar...

Sí, te despolitizaba.

Una amiga que se fue a México me decía “yo no sufrí nada el exilio interno que sufrieron ustedes”. Más allá de que le contó mucho todo, allá se hicieron de un grupo que los respetaba porque eran exiliados, un grupo de argentinos, estaban acompañados; se mudaron cerca. Nosotros vivíamos un exilio interno.

Hablaste del trabajo y del rechazo. Aun así: ¿iban a buscar trabajo? ¿Llevaban los chicos al colegio? Y esto apunta a su autoafirmación, a hacerse públicos, a decir presente.

En cuanto al trabajo, en Villa Urquiza trabajé en algo con lo que no tenía nada que ver, en negocio de muebles. Después, como teníamos currículum, con una amiga que era maestra nos presentábamos en los concursos, pero jamás nos llamaron. Recuerdo que una vez salió un cargo para una escuela nocturna, “¿quién va a agarrar una escuela nocturna?” pensamos. Era cerca de la General Paz. Llevamos los datos, y después tenías que ir a leer al pizarrón los cargos: quedaron chicas con ninguna experiencia, recién recibidas, que no eran maestras de adultos.

A mí me agarraban esos brotes locos y me decía “yo soy maestra, quiero trabajar en lo mío, ¿por qué tengo que estar de vendedora?”. Y después me contestaba “Elena, no te embales porque no te van a llamar”. Y así fue, hasta el 83 no pude trabajar. El 10 de diciembre asumí Alfonsín, el 11 me fui a la dirección del adulto, arrebatada por la avenida Belgrano, entré como una loca. Y justamente, en una de las tantas mudanzas, me desaparecieron una caja con los recibos de sueldo. No voy a pensar que los de la mudanza también me perseguían, pero... era una caja de mi abuela hecha en bronce y adentro estaban los recibos. La caja les habrá gustado, era una pieza de museo. Entonces, apenas llegó la democracia fui porque quería ser reconocida, porque había trabajado, quería ser yo otra vez. Les dije que había trabajado; sacaron unos libros enormes y pasaron las hojas pero yo no existía, no existía ninguno, porque yo conocía el nombre de mis compañeros y no estábamos registrados. Habrán arrancado las hojas. Volví a ir varias veces y un día aparecimos en una lista separada como becarios, “pero nosotros no éramos becarios, éramos empleados” le dije a la secretaria que me atendió. “No, ustedes eran becarios porque ustedes venían de la militancia” me respondió. En las listas oficiales ni existíamos.

Recién decías “quería volver a ser yo”, y el autoexilio era eso, dejar de ser uno. Pero al mismo tiempo, el autoexilio era el espacio: las calles, las escuelas, los docentes, que eran los mismos pero a su vez no lo eran, había otra forma de habitar ese espacio. Entonces, repensando el autoexilio como la persona y el espacio, ¿qué cambió más en ese momento, en plena dictadura?

Las dos cosas. Cambió mucho el entorno, y yo cambiaba para mantenerme medianamente normal en ese entorno. Porque te enloquecía mucho el entorno, era tan avasallante, una aplanadora, tan destructivo para nuestra vida, que habíamos hecho de la militancia una forma de vivir. Uno trata de adaptarse, creo que nunca me adapté porque internamente no cedía.

Alguna vez hablamos de aquellos que habían seguido trabajando en el Ministerio: hasta el jueves respondiste a Taiana y el viernes respondés a Ivanissevich, el que dijo “se quedan los que escriben con la derecha”.

Cuento brevemente que a los adultos les dábamos todo el material porque se suponía que no tenían elementos. En plaza de Mayo quemaron los cuadernos que sobraron de la Campaña, era simbólico. Porque los cuadernos podían haber servido, pero como decían “Campaña de educación de adultos”, fogón, fogata general, se quemó todo lo que tenía que ver con eso. Y los compañeros que trabajaban –y que aún hoy siguen– se adaptaron. Yo tenía una rebeldía interna. Está bien: tenía la ayuda económica de mi familia.

La soledad, el exilio interno, el no tener un mango. Fue una época muy frustrante y muy dolorosa.

A mí me da felicidad poder volver a visitar gente en los inquilinatos, poder ir a las reuniones de la villa de Flores, ver a un cura que tiene 82 años y sigue peleando por la gente. Fue como un revivir. Junté los pedazos y realmente reviví.

Mis viejos me pidieron disculpas por lo que habían dicho de que Videla decía que tomaba la comunión diariamente. Mi vieja me dijo “ahora entiendo que tus amigos están todos desaparecidos”.

¿Cómo era despedir a un compañero sin despedirlo?

Era muy doloroso.

Una vez estaba cruzando Belgrano y 9 de julio, a una cuadra de mi casa. Era mayo, yo llevaba a una niña a mi hija que había nacido en marzo. Me cruzo con un compañero, nos saludamos así nomás, sin beso ni nada, y me dice: “Te enteraste que desapareció Lito”. Sí, me contó Beto, le dije. Todo medio en clave. Entonces me dice: “Qué terrible. Bueno, te dejo, chau”.

Una semana después me cruzo con una compañera y me dice “¿Viste que Horacio Zúñiga desapareció?”. Era el que se había cruzado conmigo en la Avenida Belgrano la semana anterior. Era ir todos los días a velorios de gente que no estaba. Era un duelo... no era que uno pensaba “bueno, por ahí aparece”. Nosotros ya sabíamos lo que se venía. Además la frustración, porque de algunos supimos muchos años después.

El otro día, mirando canal Encuentro a las 12 de la noche, una chica empezó a contar una cosa de la ESMA y me di cuenta de que estaba hablando de un compañero mío, porque dijo “ese chico nunca pudo decir el nombre pero era padre de trillizos”. Yo tenía un compañero que vivía en San Telmo que era padre de trillizos. Era él. Estamos en 2014, se lo llevaron en el 76.

Vos decías que fueron a buscarte y se equivocaron, estás viva por error, por milagro, como vos lo prefieras. ¿Sentías que estabas hoy pero...?

Sí, viví con mucha culpa.

Más allá de la culpa, ¿sentías que también estabas jugándote la vida y que tenías que sobrevivir?

Sí, yo dije “esta vez se equivocaron y van a venir otro día”. Pensé eso durante muchos años. Me generaba mucha culpa, y me duró mucho tiempo. Mucho tiempo después fui hacer terapia y lo primero que le conté fue que vivía con mucha culpa porque yo era sobreviviente, tenía la imagen de que habían matado a mucha gente y a mí me habían errado el tiro; además, tenía sueños recurrentes, me despertaba en medio de la noche. Una mezcla muy rara de sentimientos.

Vamos a salir un momento de ese contexto. Pensando en la cuestión de género, ¿qué significaba ser madre en esos días?

A mí me tocó ser madre de un bebé al cual llevé a ver a Perón a Plaza de Mayo. Él se ríe de eso, encima fue el día que Perón nos echó, él dice que no lo consultaron si tenía que ir o quedarse.

Éramos muchos padres jóvenes, y los nenes participaban de esa vida.

Para mí era como una cosa de orgullo, mi hijo estaba metido en esa vida. Yo lo llevaba y le explicaba: “este señor que está acá es el Padre Mugica, lo mataron ayer de un tiro”, fuimos al velorio cuando era un niño.

Mi hija nace un mes después del golpe. Ella no se acuerda, claro, pero sus primeros dos años deben haber sido terribles. Porque nosotros estábamos desmoronándonos. La familia traía flores y bombones, era una celebración pero yo estaba hecha torta.

Andábamos con los dos como podíamos, intentando no transmitirle todo lo que vivíamos. Pero es imposible no transmitirles a los hijos lo que se vive. Después, cuando empezaron a ser más grandes empezamos a hablar de todo, por eso los conflictos en la escuela, con la foto de Aramburu.

Hace poco le preguntaron algo a mi hijo, Luis, le dijo “fue una época de mierda, yo me acuerdo de ustedes dos y un silencio absoluto en la casa”. Empezó a contar cosas que me impresionan, qué memoria que tiene uno de los momentos dolorosos. Dijo, también, que se acordaba de la alegría de nosotros cuando fuimos a la Plaza cuando ganó Alfonsín: “ustedes estaban contentos porque volvían”. Sí, Luis, volvíamos a trabajar, volvíamos a la vida; cosas tan simples como poder elegir un libro o un disco, poder ir al teatro a ver lo que se te cantara, volver a ver a Serrat, le dije.

¿Cómo era la responsabilidad de criar a tus hijos? ¿Qué significaba? Porque decías que te pasaba la aplanadora y te quedabas con pedacitos de vida del otro lado, del exilio interno; y tenés a tus hijos viviendo ese exilio interno. ¿Esos hijos tienen que ver con los pedacitos de vida que te quedaron del otro lado o tienen más que ver con esos pedacitos de vida que te mantienen en el exilio?

A mí me mantuvieron mucho. Podía ser que nos pasara algo a nosotros, esto lo hablamos con los abuelos. Mientras estén, pensaba, los tengo que disfrutar, vivir. Porque vivíamos con esa espada en la cabeza: si nosotros faltamos, estos chicos pasan a engrosar la lista de chicos criados por abuelos. Muchos hijos de amigos nuestros estaban con los abuelos.

Hace poco llevé al trabajo una foto en la que estoy con mis hijos en el año 78. Cuando la vieron, mis compañeros de oficina me dijeron que estaba flaca, porque estaba flaca... pero más allá de eso, dijeron “qué caras de velorio”, y estamos hablando de una nena y un nene. Yo había llevado la foto para mostrarles que era flaca y rubia, porque no me creían (risas), pero cuando llegó el fin de semana agarré fotos del grupo familiar de distintas décadas: fue impresionante. Hay una foto en el Parque Japonés donde parece que tengo ochenta años. Eran espantosas las expresiones de la cara. Claro, les transmitiríamos eso.

¿Iba, por ejemplo, algún amigo del colegio de los chicos a tu casa?

Sí, invitábamos. Pero yo no me animaba a hablar con nadie, no les decía nada a las madres. Me preguntaban si trabajaba y yo les contaba lo de la mueblería, no explicaba demasiado; no decía orgullosamente que había trabajado con adultos, que había estudiado trabajo social, me reprimía mucho. Una vez se me escapó un comentario sobre la facultad y me preguntaron “¿qué, fuiste a la facultad?”

¿Alguna vez sentiste deudas para/con tus hijos?

Sí. Y de grande se los dije, lo hablamos. Ellos no lo viven así, “es lo que nos tocó, mamá, ustedes eran eso”; suelen decir que están orgullosos de sus padres. Mi hija me dice que si tuviera padres que no se hubieran comprometido con nada, ahora sentiría vergüenza y no orgullo.

Nada lo vivías apasionadamente y eso involucraba a los chicos. Sí, me daba culpa. Me alegra que no lo hayan vivido mal; saben que fue una época de mierda, pero que no me pasen factura porque saben que me sentiría muy mal. Pero se las paso yo la factura.

Y también lo sentía con mis viejos, porque yo los ataba a hacer cosas. A mi viejo le dije que me desarmara la biblioteca, quemámela. A mi vieja le decía “quedáte con los chicos el fin de semana porque nos vamos a mudar”. Los tenía bailando a pesar de que ellos no querían saber nada. Pensaban todo lo contrario.

¿Cómo miraban la militancia armada?

Los admirábamos. Pero no estábamos de acuerdo.

Es un tema complejo. Nosotros fuimos acompañando un proceso hasta el 74, cuando la conducción de Montoneros dijo que la opción era la lucha armada.

Era una actitud muy militarista de un sector, hasta el punto de saludarse encuadrándose como los militares, porque no querían abandonar la lucha armada aunque hubiera un gobierno democrático. Yo no estaba en esa corriente, pero no por miedo: me parecía que no sumábamos. La gente empezaba a no quererte, tenían miedo.

Con la vuelta de la democracia, ¿hay un des-exilio si se quiere o, como dice un poema de Benedetti, uno vuelve a sentirse exiliado en su propia tierra?

Yo estaba feliz con la vuelta de la democracia, no es que me representara el gobierno de Alfonsín. Poder elegir un libro, la vuelta de los recitales a las plazas, las cosas populares. No era que nada había pasado y volvíamos a la misma Argentina. Era otra con 30 mil desaparecidos, con mucha gente que se había quedado sin laburo, con un montón de gente que se había ido.

Pero, ¿cómo era volver a los lugares que recorrías antes, donde se sentía la ausencia de esos compañeros que no estaban? ¿O ir a lugares nuevos y encontrarse con gran parte de la sociedad que negaba o silenciaba eso que había pasado?

En lo personal, yo tenía ganas de volver lugares y personas concretas. Sentía una necesidad avasallante de contacto; mucha ansiedad. A algunos lugares volvía y, obviamente, no estaba la misma gente. También me alegraba que hubiera gente joven que hubiera tomado la posta en muchos laburos.

Hay dos sentimientos: lugares a los que fui, donde se perdió y no se recupera; perdí los afectos, perdí el espacio. Volvés y te da mucha melancolía. Nostalgia. Y, por otro lado, siento la alegría de que las nuevas generaciones están tomando la posta, que es lo que corresponde.

Si retomás todos esos momentos y pensás en la posibilidad de viajar hacia uno, para encontrarte con alguien y decirle algo: ¿a quién te gustaría encontrar y para decirle qué?

Pienso en un nosotros, en mí junto a amigos que ya no están, me gustaría decirles que siento orgullo de lo que hicieron. Eso no se los pude decir, quedó en el tintero.

Y a mí misma me digo, después de todo lo que pasó, ¿qué haría? Volvería a vivir lo mismo. No podría vivir la vida de otra manera. Aún con todo el riesgo que significa lo que vivimos. A mi generación nos tocó esa etapa de la historia, si hubiera pasado sin comprometerme creo que me sentiría muy mal, porque veíamos las cosas, las palpábamos, no podíamos no verlas.

Sí me hubiera gustado tener tiempo, como tengo tiempo ahora de juntarme con los amigos que quedaron, para juntarme con mis amigos si hubiéramos sabido lo que se venía. De haberle dicho a los más cercanos del orgullo. Ahora ves los nombres en algún lado y decís “puta, el reconocimiento les llegó 35 años después”.

Hay gente que no está empapada, que no entiende. Pero fue una época donde todos los jóvenes estábamos en la calle, había una marcha y éramos miles, la movilización era permanente, nadie se quedaba afuera; estábamos inmersos en esa sociedad y como tal nos comprometimos a vivir.

Todo hombre es un hombre de su época.

Todo hombre y mujer. Y nosotros éramos mujeres muy especiales, aguerridas porque peleábamos espacios, porque queríamos el 33 por ciento de los cargos, queríamos la igualdad entre mujeres y varones.

En cuanto a eso, tenemos la suerte de que la historia es, lamentablemente, muy patriarcalista. ¿Cómo era la militancia de la mujer? ¿Era la militancia un lugar también resguardado para los hombres?

Cuando era chica, tenía una tía que me decía –a propósito, de que mi madre cocinaba muy bien–, me decía “vos tenés que cocinar tan bien como tu madre, porque cuando te cases...”. Y mi mamá, en el otro oído me decía que iba a ser contadora o escribana, carreras que te dan plata.

Cuando yo empecé a estudiar, a volver de noche de la facultad, era el horror de la familia; le decían a mi papá “pero es tu única hija y le dejás hacer esta vida”. A mí no me importaba. Tenía esa libertad en mi casa aunque fuera mal visto. Mis primas, más allá de que habían estudiado, hacía esto para el afuera: ser buenas madres, saber coser, tejer.

Después hubo un retroceso, el rol de la mujer de la casa, la mujer mamá. No la mujer destacada. En eso también fuimos una generación rebelde, de mucha participación. Mirando fotos viejas de los actos, uno se da cuenta que la cantidad de mujeres es la misma que la de varones. Hace poco

me buscaba en el acto del 25 de Mayo en la Plaza, porque me acuerdo debajo de qué cartel estaba, y pensaba en cuántas chicas, y mujeres con hijos.

¿Qué creés que le aportaban las mujeres a esa militancia?

Yo he visto mujeres levantando paredes, poniendo ladrillos; preguntándole a un tipo como pegar los ladrillos cuando hacían las casas de material porque no tenían marido. Le poníamos el hombro a cosas muy pesadas, trabajos “varoniles”.

Y, en cuanto a la militancia, nosotras teníamos el mismo nivel de discusión que los varones. No había un compromiso menor, para nada.

Entrevista a Elsa Paladino

Fecha: 10/07/2014

Lugar: La Plata

Quiero que sepan quién era Federico, cuál era su curriculum, su preparación, su trabajo. De mí no hablo, hablo de Federico; yo siempre digo que nos extirparon de nuestra vida personal a nuestro compañero, nuestro amor, nuestra vida pero, también, a la sociedad le quitaron alguien muy importante. Era musicólogo, organista, compositor, era un estudioso y un entendido de las formas; las cosas que él ha escrito en morfología y análisis de obras musicales es de una profundidad inmensa y se perdió. Está su teoría, pero no está el teórico, el que sustentaba esa teoría, que no pudo expandirla, que no puede enseñarla. En ese sentido, fue una pérdida irreparable para toda la sociedad.

Bueno, fue de hecho, la regla de la norma; la historia demostró siempre que el primer perseguido, la primera víctima de un Golpe Militar es, lo que podríamos denominar, la “sociedad intelectual”.

Evidentemente, fue así. Pero, también, en eso había un error de concepto de mi parte; a mí me parecía que, cuanto mejor ubicado estabas en la sociedad y preparado —y uno siempre se prepara, en primer lugar, por un respeto hacia sí mismo—, ese respeto era recíproco y no fue así. En esa persecución no fue así.

Antes de las persecuciones, antes de Federico, contame cómo viviste los años previos, cómo atravesaste tu juventud en ese clima de movilización popular de los 60 y 70.

Estuve muy abocada a mi formación, a los inicios de mi carrera como solista, no soy un ejemplo de las movilizaciones, de la efervescencia social; esa era mi vocación pero, y esto sí estuvo siempre presente en mí, tampoco era una persona indiferente en cuanto lo que pasaba, en acompañar los deseos de un mundo mejor. Pero a mí me costaba mucho, y me llevaba mucho tiempo, ser lo que era: estudiar y mantenerme y dar clases.

En eso no de ser indiferente, cómo veías tu tiempo, tu alrededor, tu generación

Era un gran lucha, la gente discutía y se movía; el único indicio fuerte que tuve de que la sociedad no era lo que veíamos, y se estaban gestando otros movimientos, fue cuando estuve como preparadora vocal al coro de Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas y fuimos al Congreso Eucarístico que se realizó en 1968, en Colombia. Ahí nos encontramos con la experiencia de grupos de nicaragüenses, dominicanos, que ya estaban atravesando por un periodo de revolución-contrarrevolución; ellos ya vivían las desapariciones, la censura, la persecución, de planificar herramientas de comunicación para no ser detectados, y yo no podía comprender todo eso que nos contaban.

Me sentí siempre ajena a ese contexto; abocada a la música, sin compromisos militantes. Incluso, dentro de la Iglesia —con lo que significó la experiencia de los curas tercermundista en esa época—, me dedicaba exclusivamente a la música.

Si bien planteas cierta ajenedad, estabas involucrada en un espacio de mucha movilización, ¿eras perceptiva de esos desafíos/luchas de la sociedad?

El compromiso social era muy claro y yo lo acompañaba, porque nuestra generación también creció y vivió con el sueño de la revolución cubana; nos formábamos pensando que, alguna vez, el cambio, la transformación, nos podía pasar a nosotros. Y yo me sumaba pero siempre desde una crítica a la lucha armada, me parece que también había grupos muy interesantes que planteaban una revolución sin el camino de las armas.

Mi historia complicada comienza con el secuestro de Federico. Pero ya antes de su secuestro, hacia 1975, yo sabía lo que estaba sucediendo, porque nosotros estábamos en España y comenzaban los primeros exiliados que llegaban y contaban lo que pasaba en el país; sin embargo, siempre con una credulidad, como quien quiere convencerse de que no puede ser tan tremendo lo que cuentan. Pero lo era. Y primero pensamos que se trataría de ataques a células y, después, nos dimos cuenta que era un plan de exterminio.

El desconocimiento, la incredulidad, el silencio, fueron factores que recorrieron a la sociedad en su conjunto y que, en muchos casos, todavía perdura

Todos silenciaron, los que trabajan por un cambio y los que trabajaban para perseguirlos.

¿Crees que fue una sociedad, y fundamentalmente los sectores juveniles, atravesada por el deseo popular de un cambio, cambio marcada por los valores de la solidaridad, el respeto por el otro?

Sí, eso fue así. Nosotros vivimos un clima de profunda politización y uno se inclinaba, aunque no en un compromiso directo, a apoyar esos deseos de cambios. La igualdad, la justicia. Hace unos años, vi una película sobre el final del nazismo y hay una escena que me llega al alma, porque yo me sentí esa persona: Era una familia judía muy bien formada, con una madre preparada, que repetía que a ellos no les iba a pasar nada porque eran gente buena, trabajadora y evolucionada intelectualmente y, de alguna forma, negaba o no quería creer cuando la hija le decía que le podía pasar a cualquiera; en una redada, la calle queda desolada, la chica pasa —llevaba la estrella amarilla— y unos militares alemanes la violan; cuando la madre la ve, siente internamente un golpe terrible, se da cuenta que sí estaban pasando cosas que ella creía que no iban a pasar; la lleva a atenderse y se maravilla primero por la amabilidad y el compromiso con que la atienden la misma sociedad que la había vejado —y ese cinismo existió también acá— y, después, se sorprende porque empiezan a pedirle todos los documentos de la chica. Recién ahí entiende que no la va a volver a ver, que su hija va a terminar en una cámara de gas. Recién ahí empieza a entender lo que estaba pasando.

Me sentí muy interpelada, porque también a mí me pasó de esa manera; no ocurrieron esas barbaridades, pero pasaron otras porque las torturas y las vejaciones existieron. Yo, hasta hace poco, pensaba que a Federico lo habían matado rápido, que se había salvado de las torturas; en realidad, no fue así y fue horrible, pero yo quería creer que no había sido así.

Ayer estaba viendo una foto de Miguel Ángel Estrella, un pianista maravilloso y pensaba, entre todas las cosas que nos pasaban, no sólo nos llevaban a nuestros maridos, también nos llevaban a

nuestros genios, nuestras estrellas, nuestros compañeros de ruta, y firmábamos cartas para que lo preservaran y lo cuidaran. En el libro que escribe, su autobiografía, cuenta que fue muy tremendo lo que le hicieron; él se había inventado —para no perder la digitación— un piano mudo y que, cuando lo veían tocar con los dedos, lo martirizaban, lo torturaban y amenazaban con cortar los dedos porque ellos, en su ignorancia, en su bestialidad, creían que hacía se comunicaba con los demás detenidos.

El caso de Víctor Jara que, después de torturarlo y rematarlo, le destrozan las manos.

Sí, de eso me enteré. Eran todos dolores internos, yo siempre digo que iba cerrando puertas; pasamos de la casa con las ventanas abiertas para que entren los soles y los sueños del Che y Cuba, hasta que empezamos a ver lo que sucedía en Chile con Jara. Y uno empieza a pensar, bueno, qué va a pasar cuando te toque en tu casa; entonces, se va cerrando y nos quedan cada vez menos espacios y más chiquitos, nos acostumbramos trágicamente a ser obedientes, a portarnos bien hacia afuera, quemamos libros, quemamos discos.

Después de muchos años, uno de los tantos choques que tuve fue la muerte de Mercedes Sosa; yo no era muy fanática de ella pero, cuando murió, yo me di cuenta que la había condenado a no ser escuchada, le encontraba defectos, cuando la admiraba y lloré horrores, recién entonces me había dado cuenta cómo me la habían sacado de mi interioridad; había que silenciar, había que seguir viviendo y trabajando. Y trabajar era estar en la sociedad y la sociedad era todo esto, entonces, cómo vivimos los años de dictadura: haciéndonos los obedientes, en mi caso, cuidando a una chiquita que tenía 2 meses y 20 días cuando se llevaron a Federico.

Cuando te planteaba esto de pensar la clandestinidad como un estado del alma, me refería a esta interioridad porque, en realidad, no te estaban condenando a quemar libros y discos...

Te están despojando, es la parte visible de lo que amás.

Quería preguntarte, entonces, ¿cómo era empezar a vivir sin estos pedacitos que también eran tu vida?

Yo tuve una gran puerta, primero, la fe y, después, la música. No callar la música de adentro me sirvió mucho, yo tenía que salir a cantar y tenía que estar bien, hacía relajación, ejercicios; me superaba permanentemente. Eso me dio la posibilidad de, en algún punto, incluir todo eso mutilado, en algún lugar; no estaban esos libros ni discos que me habían sacado, pero eran míos, los tenía adentro, y yos los cantaba, los hacía volátil.

Pero siempre hay un momento en el que no están, o dejan de estar, y vos te empezás a olvidar de vos misma porque no siempre uno tiene la misma energía; cuando me sucedió todo, yo tenía 32 años, ahora tengo 71 y el tiempo corre de otra manera. He vivido momentos bellísimos pero, cuando me avisan que han encontrado el cuerpo de Federico —en 2010—, tuve una cardiopatía; ese día mi vida cambio, ese libro abierto de posibles en donde yo me encontraba con todos los que nos faltaban y los volvía a ver, ese libro se cerró. Fue una guillotina que cayó sobre mi propia vida, yo soy otra desde ese momento; me reconstruyo, lo retomo y sigo de vuelta, pero ya no

tengo esa estabilidad y no sé si la volveré a tener, si la recuperaré; yo soy esa mujer de la película, no caí en la realidad de lo que era, y tampoco quiero caer en esa realidad, porque creo que no hay una sola realidad; creo que el hombre transita muchas realidades, todos los lugares y los espacios se convierten después de cada encuentro y eso es intangible. Somos las realidades que llevamos dentro, pero esa parte que no está, esa parte es dolorosísima.

Cuando, después de tanto tiempo, se abre la CONADEP, todos estos nosotros que llevábamos nuestros olvidos y nuestras puertas cerradas y dolores, empezamos a contarlo y empezamos otra etapa pero, no, se vuelve a cerrar con la obediencia debida y la ley de punto final. Entonces, otra vez, no sé quiénes somos, somos esto que estamos siendo pero sin pasado. Y, en los últimos años, vuelve a abrirse ese espacio y volvemos a contar. Entonces, no se ha seguido una línea estable que nos permita reconstruirnos y eso también es duro.

Los procesos históricos tienen esa dinámica, hay momentos de avance y de repliegue; sin embargo, es recurrente, en las personas que han sido víctimas del terrorismo de Estado, el deber de dar testimonio.

Cada uno, de dónde venís y dónde estás, está atravesado de determinada manera y responde a los hechos de determinada manera; lo mío ha sido el arte como lenguaje, siempre. Mis hermanas me cuentan que iban a mi casa y en la heladera encontraban más pinturas y arcillas que comida y, en los últimos años, empecé a escribir cosas sueltas, algunas fantasías, otras que tienen que ver con esto que nos pasó. Es la forma que yo encontré para terminar de comprender esta barbaridad, esta locura, esta infamia de que la gente haya creído que podía ser dueño de la vida de los otros y mutilarlo.

Acá estaba el Regimiento 7 y acá, donde nosotros estamos hoy, se han hecho cosas espantosas; acá había torturas y desapariciones. Me acuerdo que estuve acá, había venido persiguiendo un dato que me habían dado; creo que, en ese momento, no me daba cuenta del riesgo que significaba y he ido a cada lugar esperando encontrar algo, siguiendo cualquier dato. La gente que me conocía se escandalizaba, “pero cómo vas a ir, te puede pasar cualquier cosa, te pueden meter adentro”; iba con el nombre de una persona que me habían pasado y nada: “Acá no, señora, váyase. Acá no.” Y sí, acá había cosas.

Cómo ves la reconstrucción de esos espacios en lo que hoy son, cuando este lugar donde hoy estamos se convierte en un Centro Cultural, ¿hay una suerte de restitución histórica del lugar?

Yo los veo como espacios negros; los recibo sí, pero hay algo de mí que recuerda, que sabe que esto no fue auténticamente lo que hoy es. Ahora, me doy cuenta que, siempre que asisto a estos lugares recuperados, me voy rápido y tiene que ver con esa memoria de la carne, esa memoria del dolor; hay muchos lugares que tienen esa otra presencia, de eso que estaba antes y subyace.

Por suerte, tengo muchos amigos que me traen recuerdos de mi misma; hay cosas que tengo tan vivas, que de tan presentes, las puedo pintar; hay otras que no recuerdo, que se me han borrado, pero hay gente que me conoce de esa época y me cuentan cosas que ya no soy, me cansé de la

apariencia, me cansé de decir una cosa y ser otra por dentro. Esto me dejó esa lucha cruel que sufrimos.

Está la otra historia, no es el pasado, yo la llevo conmigo; la historia tiene muchos planos, como la tierra. El arte es eso, es un referente externo de algo que ocurre en otra esfera que te deja algo para que vos te sigas indagando.

Me hablabas de esa suerte de reconstrucción de tus recuerdos, a partir de lo que cuentan tus amigas de vos, bueno, ¿y qué te pasa a vos cuando te cuentan cómo eras?

Depende cómo y dónde te toque; hay momentos que me sienta bien y momentos que no, yo también me recuerdo a mí misma. Tengo, quizá, la desgracia de la memoria. Yo sufrí durante mucho tiempo, preguntándome qué pasaría si Federico volviera y me encontrara y pensando que no me reconocería; era fuerte, pero Federico me ayudaba hasta para bajar un cordón, me protegía y, cuando él ya no está, cuando me quedé sola con una beba y cuando ya no te llevaban el moisés ni el bolso con la ropa; cuando empezás a sentir esa fragilidad y tenés que fortalecerte y cargás con todo, salís y trabajás. Uno se va fortaleciendo, cambiando la apariencia, es una transformación, también la vida es así pero, si él hubiese estado, mi vida no hubiese sido lo mismo.

Contame la historia de Federico. La historia de Federico y vos

Hablar de la propia vida no resulta tan fácil, uno lo hace viviendo, sufriendo o estando cada día; encontrarme con Federico es remontarme a mucho tiempo atrás, he contado muchas veces lo que nos pasó, cómo nos encontramos, cómo intentamos evitarnos y siempre sonó a telenovela; él era sacerdote católico y que me pasara algo con él era vivido como un pecado, yo trataba de evitarlo y él trataba de evitarme. No se pudo.

Nosotros nos conocimos en la escuela de arte de Magdalena, él profesor de piano y yo profesora de canto; un día fuimos a tomar un café y ese día, Federico sintió que dos picetas habían hecho click. Yo había empezado a estudiar órgano con él hasta que me di cuenta que no podía seguir, que lo veía entrar y se me saltaba el corazón; dejé de estudiar piano y creo que él siempre lo supo, un día nos encontramos y me pregunta por qué había dejado de estudiar, no sabía qué explicarle.

En la escuela de arte, una vez al año, los profesores hacían un concierto a su cargo y él me acompañó a mí, por supuesto. Por supuesto, también, que esas grabaciones me las robaron, porque a mí me pasó todo como para que el olvido fuera total. Durante ese tiempo, yo estuve siempre vinculada a la Iglesia y, en una oportunidad, llevé unos músicos para oficiar un concierto y yo canté con ellos. Justo ese día, estuvo el Obispo de nuestra Iglesia y se quedó encantado conmigo, entonces, me comentó que la Iglesia de Estados Unidos establecía becas de estudio para universitarios militantes de la Iglesia Metodista; presenté las bases y tenía que ver adónde iba, yo quería ir al Instituto de Música Sagrada de Madrid, pero me avisaron que habían cerrado la cátedra de canto y terminé mandando mi postulación, antecedentes y grabaciones, a la Escuela Superior de Canto de Madrid, y me aceptaron. Con Federico seguíamos manteniendo charlas,

siempre cuidando que no se notara nada de lo que nos estaba pasando; un día nos quedamos hablando en el buffet de la escuela y le cuento que me acababan de conceder una beca, que me iba a estudiar a España, a Madrid y, a cada cosa que le contaba, él se iba poniendo más blanco, más pálido. Entonces, me dice: “Te felicito, Elsitita”—y cierra—, “me acaban de dar una beca honoraria para ir a estudiar órgano a la Escuela de Música Sagrada de Madrid”. Casi mítico porque, precisamente, él había gestionado esa beca porque ya se sentía enamorado de mí, porque tenía ciertos conflictos con la Iglesia, iba a pedir licencia para pensar su situación y resulta que terminamos los dos en el mismo lugar.

En España, empezamos a ir juntos a conciertos y yo le explicaba que era difícil nuestro encuentro, porque estábamos solos en Madrid y él se daba cuenta de todo; un día le confesé que me pasaban cosas, porque yo no podía más, psicomatizaba esa tensión con el cuerpo; él me confiesa lo mismo, pero me dice que tenía que ordenar sus cosas para que no sufra y ordena la dispensa sacerdotal. Cuando la noticia llega a La Plata —yo sólo le había contado a mi familia, que lo adoraban a Federico—, un sacerdote que le tenía una envidia increíble hace correr el rumor de que Federico estaba viviendo con una mujer y se lo cuenta a Plaza, era absolutamente mentira, éramos becados de la Iglesia y yo como metodista, tenía mis principios y costumbres, no íbamos a hacer ninguna locura mientras él no tenga la dispensa sacerdotal; éramos, se puede decir, novios a la antigua.

Cuando terminan las clases, pedimos una beca para Santiago de Compostela y a ambos nos becan; ahí sí, vamos juntos pero, en ese momento, fallece una hermana mía y yo quedo muy sensible, necesitaba volver y él quería quedarse en España. Era 1975 y ya nos llegaban noticias de lo que estaba pasando en Argentina; una semana antes de volvernos, nos encontramos con la madre de un sacerdote y nos dijo: “Están locos si vuelve, no hay noches donde no suenen bombas, es un campo de fuego. No vuelvan”. Pero, bueno, mi hermana había fallecido con 29 años y quedaban tres hijitos, está bien, estaba el marido pero quedaba muy solo, y mi mamá me dijo: “Terminá con todos tus deberes académicos y después te vamos a necesitar”.

Cuando llegamos acá, comprobamos todo lo que nos contaron en España; era un error, bombas y sirenas y los supuestos enfrentamientos; por algún momento, hasta creímos que eran enfrentamientos, pero no, eran ejecuciones. Ya estábamos acá y teníamos que vivir, en noviembre del 75 nos casamos y en enero ya se confirma que estaba embarazada; lo deseábamos con toda el alma y lo esperábamos con toda la alegría del alma.

Al mes del anuncio de embarazo, nos enteramos que habían secuestrado a un sacerdote amigo de Federico, que tenía las mismas iniciales: Felix Bianchini. Yo me puse mal, me desesperé, le dije que vienen a buscar a vos, pero con la idea de que te llevaban preso, con esa ingenuidad, ni me imaginaba que era un campo de exterminio, o no quería imaginarme.

Según su tía, Federico había estado demorado a fines del 75 y le habían dicho que no se vaya, yo nunca lo supe, a mí nunca me contó y, todavía hoy, no sé si es verdad. Pero, después, nos enteramos que van encerrando a todo el grupo de la Iglesia cercano a él, a sus amigos sacerdotes,

a sus catequistas, y Federico era muy fiel a sus amigos; entre tanto, llega el 24 de marzo, ese día él oró por el país.

Me acuerdo que tenía un alumno que era un amor, vivía en Berisso y me acompañaba siempre del Conservatorio hasta mi casa en La Plata, porque tenía miedo por las cosas que pasaban y yo ya estaba embarazadísima; nos cruzábamos las requisas en los micros y, cada vez que se subían los milicos, yo nerviosísima los saludaba con una voz finita; a muchos de los pasajeros los bajaban, les hacía poner las manos contra el colectivo, los revisaban y muchos no volvían a subir más, se los llevaban. Él me acompañaba hasta Plaza Rocha y esperaba a que yo agarre el segundo colectivo; veíamos pasar esos camiones azules con las metralletas apostadas en las paredes laterales, nunca me pararon, pero era terrible estar ahí.

Para ese entonces, ya se conocían las noticias, los primeros comentarios cercanos; había que irse y nosotros teníamos amigos de nuestro paso por Europa que nos llamaban y nos esperaban, porque España fue tremendamente solidaria con los argentinos y nosotros no siempre supimos retribuirles ese gesto. Ellos ya lo habían pasado y lo vivieron durante muchos años, España sufrió el terrorismo hasta el día de la muerte de Franco. Él se murió el 10 de diciembre de 1975 y nosotros nos habíamos vuelto a Argentina un mes antes; Federico tenía un amigo cónsul de Paraguay que le había dicho: “Se viene otra España. Quédense, se viene una nueva España”.

Clarita, mi hija, nace el 4 de septiembre; el día del bautismo y el cura del seminario que ofició la ceremonia nos cuenta que hubo una razzia terrible, que habían matado chicos y que se veían los zapatos que habían quedado caídos en la calle, muchos de esos habían sido catequistas de Federico, que se fue poniendo cada vez más blanco y pálido, como esperando un final.

El 21 de noviembre, Federico cumple años y lo festejamos en casa; teníamos un teatro de títeres y él nos hizo hacer una obra y después pasó las diapositivas de nuestro viaje, estábamos felices y cuatro días después lo vienen a buscar. En la madrugada del 25 de noviembre del 76, nuestra hija tenía 2 meses y 20 días; lo vienen a buscar a nuestra casa, ese día fue la gran masacre en la casa de los Mariani. Él tenía que volver de trabajar y yo temblaba con cada ruido de metralleta; cuando llega, cerramos todas las ventanas y la sensación era que estaban a una cuadra de nuestra casa; esa noche se llevaron a cientos de chicos, entre ellos Federico.

Nosotros vivíamos en el primer piso de la casa de mi madre, lo mandan a llamar a Federico y él se muestra por la ventana; mientras se cambiaba, bajo creyendo ingenuamente que sería para hacerle unas preguntas y cuando él llega y ve las armas, lo primero que piensa es llamar a la Curia, cuando había sido desde la Curia que lo estaban buscando; cuando los milicos ven que empieza a retroceder, se imaginan que quiere escaparse, rompen la entrada de la casa y pasan con armas grandes, yo me les cruzaba y le agarraba las manos al tipo que empuñaba el revólver, no me empujaron ni me tiraron, pero les decía “no se lo van a llevar, no. Le hacen preguntas acá, pero no se lo llevan”. Cuando se lo llevan, nos advierten: “Si salen, tiramos”, y yo salgo atrás de ellos desesperada para que no se lo lleven y, cuando estoy afuera, no miro más hacia delante, alzo la vista para el piso de arriba donde estaba el moisés de Clarita y me volví. Siempre pienso lo mismo

cuando recuerdo esa escena y siento culpabilidad, ¿pero culpabilidad de qué? Si seguía, me llevaban a mí también y quedaba mi hija sola.

Empieza otra historia desagradable, yo por mi canto, por mi forma de ser, nunca grité pero aprendía a gritar. Esa noche fue un grito desgarrador, un grito primal, fue desesperante y mi madre diciéndome: “Elsita rezá un padre nuestro” y yo no recordaba nada, qué sé yo; empezó ella “padre nuestro que estás en los cielos” y todos empezamos a rezar.

Esa es otra historia, un vía crúsis interminable porque nadie se jugaba, no sabíamos dónde se lo habían llevado, reestablecemos algunos contactos con curas, con militares y nos dicen “está en Arana, estaba bien”, bien en Arana, pero ¿qué era estar bien? Después le pierden el rastro, no sabíamos dónde estaba y, mucho después, sabemos que lo habían llevado a la quinta; él me había regalado una tele azul, hermosa, y yo me hago un vestido para las fiestas y compro uno para la nena, porque siempre imaginaba que lo iban a liberar, que iba a volver con nosotras. Y él no viene.

Llega enero y la gente se iba a veranear igual, la madre y la hermana se van de vacaciones a Mar del Plata, te llevan un familiar, un amigo, nadie sabía adónde, nadie sabía qué le hacían y se iban de vacaciones igual.

Tejía todo el día, no podía tomar tranquilizante porque tenía que darle la teta a mi hija, pero tejía todo el día por los nervios y, por momentos, me sentía agotada pero seguía tejiendo y me quedaba toda la noche detrás de la ventana; una vez me vi a mi misma y me di cuenta que estaba todo el día esperando, ¿esperando qué?

En esa época, tenía una amiga de canto y yo estaba siempre cantando una pieza de Schubert, *cantando sobre las aguas*, entonces le escribo una carta donde le digo que quería cantar, aunque estas aguas fueran inmundas, fueran sucias, yo quería cantar sobre las aguas; le dejé mi dirección para que viniera si quería cantar. Cuatro o cinco días después, la veo aparecer con un ramo de margaritas; por momentos se quebraba la voz y por momentos cantaba. Mi casa había quedado marcada, nadie quería acercarse, por eso recuerdo y celebro esos gestos.

También el chico del Conservatorio, que me acompañaba hasta que me tome el tren, y una amiga me dijeron que ellos iban a seguir trabajando conmigo y venían hasta mi casa a las clases de canto. También tengo dos amigos que venero mucho, porque ellos me contaron lo poco que supe de Federico en su cautiverio y es una anécdota que cuento siempre porque habla de quién era Federico; ellos me dicen que habían largado a un chico catequista que había estado encerrado con él, sabía que habían estado en la quinta porque reconocieron la comida del Seminario, estaban hacinados, 26 jóvenes en una salita de 3 x 2; llega el 31 y se escuchan los pitos, los festejos y uno de los chicos dice: “Celebremos que no estamos muertos”, y Federico se la juega por primera vez: “Bueno, no estamos muertos, pero tampoco cambiemos las cosas de contenido. Festejar no podemos, celebremos”; todos le piden que se hiciera cargo y él les pide que se pongan en ronda, como pudiera, él se había guardado dos pancitos del mediodía e hizo una comunión, dándole a cada uno. Después de eso, le pidieron que cantara y cantó un (...) que nosotros hacíamos en la Iglesia “*de rodillas, partamos hoy el pan*” y lo siguieron algunos y después fue una gran catarsis; se

abrazaban y, de alguna manera, produjo un milagrito porque hizo que uno de los guardias se apiadara y abrió las puertas, los dejaron ducharse. Fue una ventanita de luz. Sólo me contaron eso, no me dijeron nada de las torturas; ahora, visto a la distancia, creo que me lo ocultaron para protegerme.

Esa es una parte de la historia, mientras tanto los habeas corpus y mi profesión que seguía siendo el canto; tenía que prepararme para un concierto y recuerdo, eso sí lo recuerdo siempre de manera muy presente, que todos mis amigos músicos estaban en la primera fila, formando una valla para darme ánimo porque había que sacar la voz ahí; fue el comienzo de mi salutación interior y, después de cantar, capaz que yo tenía una citación para el día siguiente, porque fue así de cruel todo. Agua y barro todo mezclado, yo que odio el barro.

La búsqueda de Federico, la música, ¿qué significaba tu hija?

Era todo, la vida. Tenemos una simbiosis muy grande, aunque ella tenga una naturaleza muy distinta a la mía; de chiquita tuvo ese don de la fortaleza. Significa mi vida, si no estaba ella, yo ese día salía atrás de Federico y los milicos y, posiblemente, me hubiesen pegado un tiro. El drama de Romeo y Julieta es drama, pero mueren juntos; ahora, cuando uno ama a alguien como yo amaba a Federico y uno queda libre es horrible, porque lo que empieza es otra vida, vos seguís reconstruyéndote pero es otra vida. Yo pasé siete años donde cantaba, pero de casa al trabajo y del trabajo a casa; durante todos esos años, no salí a ningún lado, sólo tenía a mi hija.

Después con el tiempo, vas abriendo ventanas y es posible, sí, es posible pero no es esa cosa total; muchas veces, yo pensaba que estaba engañando a Federico, pero creo que me hizo bien porque sola, sola y con mi hija, no hubiese podido. Me dediqué a ella, seguí la línea de su educación.

Cómo fue contarle a Clara la historia de su padre.

Su abuela paterna nunca quiso contarle nada, siempre me recomendaba que le diga que su padre estaba de viaje, pero me resultaba una historia demasiado difícil, irreal. La primera palabra que ella dijo fue papá, o sea, su padre siempre estuvo; nunca me preguntó por su padre y a mí no me gustan las fotos, pero habíamos comprado una cámara linda en España y le sacaba fotos, muchas fotos, cada cosita nueva que tenía, le sacaba una foto y le decía que era para su papá. Guardaba en álbum todas esas fotos para que el padre no se perdiera nada de su crecimiento.

A los tres años, empieza el jardín y, en una oportunidad, la maestra me cita en la escuela porque tenía que decirme algo de Clara: “Ella me dijo, yo sé que mi papá no está porque se lo llevaron, debe estar muerto pero a mi mamá, le cuento que está de viaje, no le digas nada que está muerto”. Quedó como una verdad pero yo no podía decirle que estaba muerto, porque no sabía si estaba muerto; se lo habían llevado, nos habían robado una persona y era de una maldad infinita, que no tiene nombre, que no tiene condena. En un aspecto de la vida, eso te fortalece pero, por otro lado, te genera un estado de irrealidad, una realidad extraña, negada, una realidad que no es auténtica; durante muchos años, Federico no estaba en ningún lado, hasta el 2010 yo no sabía qué había pasado. Cuando vuelvo a España con Clara, por otra beca de estudio, yo estaba en un

concierto y veo a un hombre de barba en el público, cuando termino la función, salgo corriendo a buscarlo pensando que podía ser él. Yo me imaginaba que podía estar en cualquier seminario de la Iglesia Católica, encima el sinvergüenza del padre Conabella me hablaba, me decía que iba a volver, que la Iglesia lo había juzgado y le había dado 25 años. Pero ellos ya sabían lo que había pasado.

Es una situación vital confusa, volátil, insustancial, es muy difícil, muy duro, no sé cómo estamos bien las dos. Bueno, no sé si estamos bien.

Te doy la posibilidad de volver a encontrarte con Federico, ¿qué le dirías?

Qué difícil. Si pienso en Federico, siempre tengo un componente de culpabilidad en esta historia porque él se quería quedar en España y por amor se vuelve conmigo. Le diría que lo amo y le pediría perdón por haber regresado, por no habernos quedado en Inglaterra como él quería.

Entrevista a Rubén Dri

Fecha: 04/09/2014

Lugar: Capital Federal

¿Cómo fue tu primer acercamiento a la política?

Tuve toda la formación del cura, desde años muy tiernos, a partir de los 10/11 años. Yo me ordeno de cura en 1960, hasta el 74, son todos mis años de cura activo y son en esos años donde se produce mi transformación, mi militancia social y política.

Yo me formé con los salesianos pero no acepté ordenarme con ellos, porque sentía que se me estrechaba mucho la vida; yo quería otros horizontes, no tenía muy claro cuáles eran esos otros horizontes, pero sabía que tenía que abrirme mucho más a la sociedad, trabajar en conjunto con el pueblo. Buscando esos horizontes, me inserté en Resistencia, Chaco, y ahí es donde hago mi experiencia de vida.

Por suerte, fue la década del Concilio Vaticano. Yo tenía una formación/concepción de derecha nacionalista y religiosa pero sabía que tenía que abrirme a lo popular; ese sentido popular lo había sentido, bebido, con mi familia, yo soy de familia campesina pobre, pero que siempre atendió a las necesidades de los más pobres que nosotros.

¿Cómo llegás a la orden salesiana en ese contexto?

Los salesianos me cazaron; ellos recorrían mucho Entre Ríos, las colonias de alemanes, italianas muy católicas y, además, de familias con muchos hijos. Ellos hacían el retiro espiritual en la parroquia y ahí cazaban ahí posibles miembros de su orden.

En esa elección, hay mucha influencia de mi madre, del contexto: Federación, era un pueblito muy chiquito —hoy es un lugar turístico y está muy hermosa pero ya no es mi Federación—; Federación quedó bajo el agua, también ésta es otra parte de la historia trágica. Mis raíces están bajo el agua.

Vos decís que fue una suerte haber nacido en una familia pobre.

Lo destaco constantemente y operó de muchas formas, por ejemplo, en ningún momento, pensé en hacer una carrera eclesiástica porque lo vivía como algo muy contrario a mi historia. Vivo contradicciones muy fuertes; la formación salesiana es una formación conservadora y, sin embargo, mi identidad forjada en la pobreza me hacía populista. Esa identidad me resguarda de cualquier veleidad, de hacer pactos con el *establishment*; podría haber tenido una carrera política en determinado momento, intelectual en otro momento, eclesiástica en otro momento. No me interesó, las deseché, eso tiene que ver con mi origen; tengo un horizonte del que, en cierto modo, nunca me aparté. Era un compromiso que estaba abajo, no arriba.

Por suerte, la apertura con el Concilio Vaticano II, me permitió desarrollarme en esos ámbitos y ahí, en la medida que iba tomando más contactos con el pueblo, sin las estructuras eclesiásticas, es cuando se profundiza mi compromiso social y político. Reencuentro también mi raíz peronista; mi familia era peronista de entrada, en especial mi viejo quien funcionaba como referencia política, pero en el '52 —estando en la orden— tengo una crisis muy fuerte por el conflicto entre el peronismo y la Iglesia. Crisis que, además, parte a mi familia; mi padre, que era muy católico,

deja de ir a la Iglesia y mi madre, en cambio, opta por el cristianismo; esas contradicciones atraviesan mi vida.

Mi reencuentro con el peronismo es muy saludable. En ese reencuentro con el pueblo, voy reformulando el peronismo, el cristianismo, la teología; reformulo mi concepción en un compromiso muy concreto, no acepto en ningún momento quedarme en la universidad, ni terminar mi tesis de doctorado en La Sorbona cuando estalla el Cordobazo, porque sentía, sabía, que mi compromiso estaba acá; tenía que estar metido en el proceso revolucionario.

Pienso en esa búsqueda de tu horizonte, estando en el Seminario cuando está sucediendo el Concilio Vaticano II, pero también en una época marcada fuertemente por la militancia social de base, por la resistencia peronista. ¿Ese movimiento de la sociedad también te atraviesa?

Claro que sí y esa concepción política me produjeron crisis, conflictos, dentro de la orden eclesiástica. Por eso, cuando yo puedo expresar esta vocación política son esos 15 años de resistencia entre el 60 y el 74. Esas transformaciones van madurando mi formación; en 1974, cuando tengo que pasar a la clandestinidad, ya sabía lo que yo quería hacer de mi vida, el sacerdocio ya no tenía más sentido pero sin renegar del proceso anterior.

Mi recuperación con las raíces del peronismo me lleva a un compromiso de base. Yo te hablo del 60 hasta el 74 y creo que hay que marcar un quiebre en el 69 con el Cordobazo, que venía precedido de la gran represión en Resistencia, después el Correntinazo y después el Rosariazo; a partir de ahí, los procesos son frenéticos, los cambios muy profundos. Yo era muy peronista y creía en el liderazgo de Perón —lo veo en Puerta de Hierro—, pero hay un proceso en el que llego a la conclusión de que Perón no es el conductor, el revolucionario, que creíamos. Y comienza mi crisis, tanto que, finalmente, yo no lucho por la vuelta de Perón; quiero que se quede allá, porque si venía no nos iba a elegir a nosotros.

Pienso en esa ruptura y hubo muchas organizaciones de base que no pudieron anticipar ese desenlace, ¿cómo vivieron la ruptura?

No sólo fue difícil, fue muy doloroso, angustiante; en un momento, yo estaba angustiado por la vuelta de Perón y la compañera que estaba en la circunscripción donde yo trabajaba en los barrios de base, me alertó sobre la aprobación de Perón para la conformación de una organización —que sería la Triple A— que iba a perseguirnos. Vivo desde muy temprano esa contradicción, que además me generaban muchas discusiones con compañeros con los que uno había militado durante años, discusiones que nos dividía; una separación, entre Montoneros y la JP, atravesada por sentimientos muy fuerte, como una familia que se distancia por la pelea entre dos hermanos que se quisieron mucho y fueron muy unidos. Es decir, no es sólo una discusión racional, es una discusión que se siente en carne viva.

Esa ruptura también fue generacional, pienso en quienes conformaron la primera resistencia peronista del '55, me imagino a tu viejo, esa generación nunca rompió con Perón, ¿viviste esa discusión con tu viejo?

Bueno, en realidad, mi contacto con la familia se reducía a muy poco, a sólo algunas semanas de vacaciones; yo lo respetaba y no discutíamos el peronismo, cuidábamos esa filiación peronista y no tuve conflictos en esos términos. Tampoco lo hubiera soportado.

Mencionas dos momentos de crisis: el '52 con la ruptura entre la Iglesia y el Peronismo, y el 74 con la vuelta de Perón. Me imagino que son crisis que no atravesás solo, hay otros compañeros que viven las mismas contradicciones.

Cuando sucede el conflicto con la Iglesia, yo estaba por Italia haciendo la Teología. Por suerte, me encuentro lejos del territorio y no tengo que vivirlo; ahora, a la distancia, eso me genera un gran alivio, porque de haber estado acá, tendría que haber tomado postura por la Iglesia. Hay un espacio de tiempo, desde el 55 hasta el 60 —cuando yo salgo de la orden salesiana—, en el que me encuentro desorientado políticamente. Y en esa salida de los salesianos, hay otra crisis muy importante, porque yo me formé ahí en una congregación totalizadora, por fuera de la congregación está el vacío, ese salto —desde la congregación al “vacío”— es muy angustiante.

Sin embargo, antes de ese paso a Resistencia, yo estuve dos años en el Colegio Salesiano de Corrientes y tuve la suerte de encontrarme al único salesiano inteligente y abierto: mi director, con él discutíamos de filosofía existencialista, Sartre, ateísmo, Nietzsche. Mi salida la pensamos juntos, él no quería que me saliera por mi trabajo con los pibes, mis inquietudes intelectuales, cuestiones que al superior regional le inquietaban constantemente; cada vez que iba al Colegio, discutía con el director por mis acciones y él me defendía.

¿En qué consistían esas recriminaciones?

Cuestionaba mis inclinaciones intelectuales desde una postura muy conservadora; en ese momento, incluso, el director me había dado libertad para desarrollar la hora de meditación y yo saqué todos los libros viejos; comienzo a andar sin sotana, algo que era visto como gravísimo, a jugar fútbol con los chicos, llevarlos a la laguna. También le pido al superior, terminar mi título en la universidad del Estado y no me da permiso, porque interpretaban que eso podía alejarme de la congregación.

En cambio con el director, podía discutir, qué significaba ser sacerdote, incluso, el tema del celibato. Fuimos pensando, entonces, mi salida; yo me sentía estrechado, no me sentía bien y apareció la posibilidad de ir a Resistencia.

Eso marcó una apertura, un gran alivio para soportar esa crisis de horizontes; me sentía libre, me inscribí en la universidad y empecé a conformar el Colegio Mayor Universitario como una residencia universitaria que se convierte en Centro Cultural y fue uno de los epicentros de la actividad político y social.

En Resistencia, encuentro mi salida de los salesianos y comienzo una nueva vida.

¿Qué encontrás en esa nueva vida?¿qué mundo de posibilidades se abren?

En una congregación religiosa, todas tus relaciones (hacia el interior o hacía afuera) son relaciones formales, no tenés relaciones humanas; yo rompo ese encierro, comienzo a vivir relaciones humanas con compañeros y compañeras, es mi primer apertura a la mujer. La relación con los sectores universitarios, con los sectores populares, siento libertad para desarrollar mis potencialidades intelectuales, social-políticas y, fundamentalmente, humana, de relación humana.

Durante los primeros años, me encargué de la organización de las comuniones por lo cual me relacionaba mucho con las familias, con los chicos, y hacía un verdadero zafarrancho, comienzo a romper esas estructuras vetustas.

Eso me dio una gran popularidad y tuve una experiencia sumamente interesante; por mi actividad en la Iglesia, tenía mucha llegada a las clases medias pero, cuando esa apertura se torna en una militancia más comprometida, esas mismas familias comienzan a alejarse.

Empieza tu exilio interno

De alguna manera, se empezaba a hacer inevitable; el alejamiento del sacerdocio no me costó, ya estaba madurada esa posibilidad, también la posibilidad de la clandestinidad. Tampoco me planteo “ser clandestino”, es porque un día tuve —y pude— salir disparando, pensando que iba a volver a los 15 días y recién pude volver 10 años después.

¿Cómo se vivía en el Chaco ese momento histórico? ¿cómo era atravesar esos años alejados del epicentro político-histórico del país?

Nosotros lo vivíamos muy intensamente. Estaba la referencia de Buenos Aires y Córdoba, pero nosotros creíamos en una revolución de la que nos sentíamos protagonistas.

Ese pueblo chaqueño con el que ustedes trabajan, ¿también se sentía protagonista del momento histórico, de la posibilidad o los sueños de revolución?

Nunca se puede decir que todos lo sentían igual, pero en las barriadas, donde nosotros hacíamos las convocatorias, lo vivíamos intensamente; a veces, más desde nosotros que desde ellos.

Más allá de que vos empezabas a madurar la idea de abandonar el sacerdocio, ¿cómo se replica ese momento dentro de los grupos eclesíásticos?

Con el Movimiento de Curas por el Tercer Mundo, yo tengo verdaderos compañeros; uno de ellos, en el Chaco, es Huberto Cúberli. Él muere lamentablemente en 1971 de un ataque al corazón; muere, en gran parte, por el nivel de estrés con que vivíamos las contradicciones internas. Huberto había sido un cura completamente de derecha —yo siempre hago la comparación con Arnulfo Romero—, observante de todas las formas eclesíásticas, respetado en la ciudad y se transforma por completo; nos habíamos peleado por esa vocación en su momento y después, con su transformación, nos volvemos a reencontrar; compartíamos el trabajo en los barrios, conversaciones, cerveza, angustias, sentimientos.

Recordás ese momento de reencuentro, el día que él comprende esa transformación interna.

Él era párroco de la catedral, yo acababa de celebrar la misa y él se acerca recriminarme mis actitudes, un poco porque le estoy desestructurando la catedral y él no lo aceptaba esos modos; respondo de manera efusiva, le dije que es un cura de derecha, que con él no se podía trabajar, le tiré los ornamentos, voy a hablar con el obispo y me destina a una parroquia en el barrio Libertad.

Todos los meses nos reuníamos con el obispo en el Seminario, rezábamos, comíamos y nos íbamos a dormir, entonces yo proponía ese espacio para debatir todo el proceso de cambio que estaba viviendo la Iglesia; yo lo preparo, planteaba problemas y se producen debates muy fuertes, y me voy dando cuenta que Cúberli comienza a tomar partido por causas muy cercanas a las mías, a las nuestras.

El salto definitivo lo da con la visita del hermano Arturo Paoli, él da unas charlas en ejercicios espirituales con la visión de Teilhard de Chardin —un jesuita evolucionista— y Cúberli vuelve transformado.

Un día, me llama Cúberli y me dice: “nos hemos peleado, pero vos tenés razón. Trabajemos juntos”. Se me cayeron los pantalones; un tipo reconocido, que me pidiese trabajar con él después de las diferencias.

Comenzamos una amistad muy humana, muy profunda. Cuando yo me enamoro y eso es descubierto por el Obispo, me quiere echar de la diócesis; yo lo voy a ver a Cúberli y él reunió a todos los curas cercanos para ir a protestar mi expulsión. El obispo me perdona pero exige que no celebre más misas en la Catedral. Cúberli vuelve y me dice: “El problema no es que te hayas enamorado, el problema es ideológico; no quieren que hables más en la Catedral”. Justo en ese momento, me tenía que ir a Canadá por una conferencia, como asesor de la Juventud Universitaria; Cúberli me dijo: “Andá y a la vuelta seguimos trabajando como siempre”. Y fue así, volví a la Catedral.

Cómo fue la experiencia en esa capilla asentada en la barriada, donde las capillas tienen un fin que trasciende lo eclesial-religioso

Sí, claramente. Mi vocación, mi trabajo eclesial, me mantenía en el barrio; iba a visitar a las familias, veía los problemas que tenían, si los chicos iban a la escuela o no. Esa relación se potenció mucho más cuando empezamos a trabajar desde el peronismo de base, ya por fuera de la actividad eclesial. Había muchas necesidades, eran barrios muy pobres; el último lugar donde estuve, el Mariano Moreno, era una villa; no tenía calles, luz, agua, en ese espacio todo estaba por hacerse y ahí pudimos levantar una escuelita. Hicimos el rancho, pusimos una maestra —que era mi hermana—, para que los pibes puedan ir a la escuela; llevábamos mercadería para paliar el hambre; armamos la comisión vecinal de base; organizábamos la visita de sanidad del médico. Y todos lo hacíamos con la gente.

A mí me reconocen como compañero peronista y, también, como cura. En esa época, ya había madurado mi alejamiento de la iglesia pero, en esos espacios, la gente es muy religiosa y definimos en la Comisión Vecinal los días de celebración de misa: los domingos, se da

naturalmente con la muerte de Evita, con la festividad de la Virgen de Itatí y para Navidad. La celebración de navidad es especial, ese día se daba así: bautismos, casamiento, misa, asado y baile. Todo junto, todos juntos. Fue la cosa más linda de mi etapa político-sacerdotal.

Hoy, a la distancia, ¿cómo se recuerdan esos momentos?

Son momentos fundamentales no sólo de nuestra vida, sino también de todo un proceso histórico; forma parte de la historia, de nuestra historia. No hay arrepentimientos, para todos fue una experiencia vital; se nos iba la vida, pero no podíamos hacer otra cosa. Es bastante difícil poder traducir esa experiencia. Hacíamos muchas cosas que, fuera de ese contexto, no se explican.

Yo dejé mis estudios en La Sorbona para volver a eso que estaba empezando, con la creencia de que la revolución social era posible. Y después, cuando me puedo escapar de Resistencia, vivo clandestino dos años en Buenos Aires, trabajando en un frigorífico. ¿Cómo puede ser eso? En ese contexto y sólo en ese contexto se explica.

Cómo es la huida de Resistencia

Estamos a fines de agosto del 74, había cerrado el Colegio Superior Universitario y estaba viviendo en una casa que comencé a alquilar con la idea de poder comprarla; primero, recibo la noticia de compañeros del peronismo de base que estaban cayendo y una noche mi hermana va a buscarme para contarme que había ejército por todas partes, que se había apostado en el barrio donde nosotros teníamos las armas de la FAP.

Nadie sabía la casa que yo había alquilado; por prevención, la había cerrado para los compañeros, por eso estaba seguro que no me podían seguir. Me quedo en la casa y a la tarde, cuando voy a la Universidad, la coordinadora de estudiantes había pegado una lista de presos donde incluían mi nombre; vuelvo y, con toda inconsciencia, me quedo a dormir esa noche en mi casa. A la mañana siguiente, con total inconsciencia, sigo trabajando en mi casa; a la tarde, vamos con mi hermana a ver al abogado para saber qué podíamos hacer por los compañeros presos y él no me quería rajar, me dice: “Rajá, Rubén, rajá que te están buscando”.

Cuando salgo de la oficina, compro el diario y aparecía en primera plana: “El cura Dri es buscado. Estaría prófugo”. Le dijo a mi hermana que vaya a sacarme el primer pasaje de colectivo disponible, yo agarro una muda de ropa y llego a la terminal minutos antes de que parta. Reconquista, Santa Fe, Buenos Aires.

Del grupo de Resistencia, logramos salvarnos una pareja, una compañera y yo. Nos reunimos en Buenos Aires para definir cómo seguíamos pero, a los pocos meses, yo planteé en la FAP mi separación; estaba desligado de las bases y no encontraba mi lugar. Quedé desligado y comencé a buscar nuevos horizontes pensando en volver a Resistencia, cuando me visita el abogado me dice: “Si volvés, sos boleta. Hacé tu vida acá”. Eso te obliga a repensar todo, me conecté con el Mayor Alberte y yo tenía una relación con Jorge Di Pasquale, que pertenecía al peronismo de base y a la FAP, juntos nos habíamos desligado de la organización porque sentíamos que, desde el peronismo de base, no habíamos logrado elaborar un proyecto nacional alternativo con construcción de

poder y, entonces, teníamos que buscar otra cosa. Y con el Mayor Alberte comencé a buscar trabajo, también retomo el contacto con tres compañeras montoneras que estaban en la misma situación, que tenían que salir a bancarse la olla.

Una de ellas, me comenta que existe un aparato de conjugación de verbos en inglés, que no está circulando pero que mi tío lo tiene y logramos reproducir ese aparato, lo pusimos en los kioscos y cada fin de semana, después de repartirnos los barrios, pasábamos a ver cómo había andado la venta; no era mucho, pero algunos pesos se sacaban.

En ese momento, también decido dar clases particulares, pongo un aviso con un nombre falso — bueno, en realidad, no era falso, era mi otro apellido por el que no me conocían: Rubén Rufino— y comenzaron a llegar varios chicos. Y llega una mujer grande, casada con un importante empresario, que tenía que hacer todo el secundario y quería que sea el docente particular de todas las materias, yo pensé que con eso solucionaba el problema económico y comenzamos. En la segunda clase, me invita a una fiesta para el fin de semana y me comenta que estaban invitados el general tal y el general tanto; me excusé y no volví más.

Escribía en la Revista *Militancia* de Ortega Peña y eso me daba cierta relevancia nacional, porque aparecía mi foto, pero no era conocido en Buenos Aires y no me estaban buscando acá; en ese sentido, y también por un poco de inconsciencia, yo andaba tranquilo, pero no volví más a esa casa. Entonces, el Mayor Alberte me consigue, por medio de un abogado, un trabajo en el frigorífico La Foresta en Mataderos. Pasé dos años en el frigorífico y, al mismo tiempo, con Alberte y Di Pasquale trabajábamos para crear en el peronismo una alternativa política a la lucha armada, que ya se vía no tenía sentido y estaba siendo derrotada y, además, estaba dejando a muchos compañeros en el aire.

Creamos el Movimiento 26 de Julio y reforzamos un gran sentimiento de amistad. Por otro lado, yo tengo una hija que me adoptó como padre y, muchas veces, me refugiaba en su casa y, también, estaban las compañeras montoneras. Esas eran todas mis relaciones y yo circulaba de una casa a otra, porque no podía tener una dirección fija; teníamos otra casa en San Justo de una ex – compañera del peronismo de base, otra en Ramos Mejía.

Tuve algunos momentos de gran susto. Llevaba dos o tres meses en Buenos Aires, estaba en un departamento de la calle Darregueira y bajo a comprar el diario hasta Plaza Italia; en momentos extremos de la vida, a uno se le despiertan ciertos sentidos que, normalmente, no los tiene. Voy a comprar el diario y siento que me están mirando, giro y reconozco a un tipo de la SIDE de Resistencia; nos miramos y yo salgo, camino, miro hacia atrás, doy vueltas para comprobar que no me están siguiendo y vuelvo al departamento, agarro una muda de ropa y no vuelvo a aparecer en ese departamento por mucho tiempo. Yo no podía saber si se trataba de una casualidad o si había sido detectado.

En otro momento, voy a la casa de mi hija y veo la metra y un grito de advertencia del milico: “Qué hacen acá, rajen”, no me daban las piernas para disparar; me meto en el subterráneo y a las pocas estaciones se para, subo a tomar un taxi y el tipo me cuenta que los “milicos estaban por todos

lados, que ya lo habían parado 3 veces en la noche”. Eran las 10 y yo no sabía adónde ir, así que vuelvo a ese departamento, golpea la puerta, toco el timbre, el compañero se pegó un cagazo bárbaro pero yo no tenía otro lugar donde ir. Él también estaba perseguido por la Triple A y después cayó.

En ese contexto de persecución, en esa situación límite, me imagino que también se genera una relación vital a partir de ir a golpear una puerta para resguardarse

Sí, es una relación especial, muy vital, muy fuerte; incluso, con mi hija muy especial, ella me dice después que, con el tiempo, su hija le reprochó el peligro que corrían por abrirme las puertas.

Y hay una pareja que me refugia en su casa y después la persiguen, se tienen que exiliar, salen hacia México y allá los recibo yo; cerramos el círculo de la supervivencia, son cosas muy fuertes.

Pienso que te alejaste de la Iglesia porque te sentías estrechado y pienso cuando te refugiás en Buenos Aires, en un contexto bien distinto, una FAP con organización mucho más militarista y mayor presión y persecución militar y paramilitar; de alguna manera, ¿volvés a sentir esa crisis de horizonte, esa estrechez de antes?

Yo lo vivo como parte de una historia muy vital que estaba viviendo el país; veía la desaparición de compañeros y, al mismo tiempo, reforzaba la idea de quedarme en el país. Quizá, ahí también entra esa concepción del martirio tan propia del cristianismo; yo no quiero ser mártir, pero no puedo negar parte de esa historia. No pensé en ningún momento que iba a dejar el país, eran dos años de clandestinidad donde se me cerraban las puertas, pero yo creía que aquí tenía que estar; evidentemente, hay un complejo de culpa también, están cayendo compañeros, ¿cómo vas a abandonar el país? Aunque vos no pudieras hacer mayor cosa, casi nada.

En ese contexto, me encuentro con un amigo que se sorprende por mi presencia, él creía que ya me había ido del país y empezamos a pasar revista de los compañeros: “Éste cayó, éste salió, éste también, aquél cayó, éste no está”. Recién ahí me doy cuenta que yo tenía que tratar de salir. En ese momento, también me estaba buscando Eduardo Duhalde —nosotros habíamos trabajado en la revista *Militancia*—; él había armado el grupo PROA y me estaba buscando a mí, porque sabía que yo andaba clandestino, y me incorpora pero le cuento que estoy por salir pero no tenía plata. Yo había pedido una reunión con la FAP y el “negro Raúl” —Raymundo Villafior, con quien yo tenía una gran amistad— me da los dólares para exiliarme, pero me cruzo con una compañera que también quería salir hacia Brasil porque le estaba esperando su compañero; ella me pide la plata y me deja la entrevista que tenía preparada con la FAP, esa entrevista jamás se hizo y me quedé en la calle de vuelta. Cuando le cuento eso, Duhalde me dice: “Te traicionó tu cristianismo” y me consigue la plata para poder irme a México.

La salida la tuve que armar dos veces; la primera, la organizo con De Marchi pero él cae y, como no podés saber si le logran sacar algo o no, vuelvo a esconderme para preparar una segunda salida a través de Brasil. Es todo un armado estratégico, tenía 3 documentos y yo quería vivir afuera con mi nombre. Salgo de acá con mi pasaporte, pero entro a Brasil con un nombre falso y siempre corrés

riesgo; cuando logro pasar el aeropuerto de Brasil, me volví a sentir libre. Iba al exilio libre, salía del infierno.

¿Qué dejabas acá?

Y sentía que dejaba muchas cosas pero, en ese momento, sentía la libertad; no me daba cuenta o no quería darme cuenta que podía caer en cualquier momento.

En ese poco espacio que les quedaba durante la clandestinidad, ¿qué se podía hacer?

La verdad que podía hacer muy poco, nos podíamos juntar entre amigos y discutir; con Alberte y Di Pasquele nos veíamos siempre y discutíamos y elaborábamos documentos pero no nos podíamos exponer. Quedé muy desligado y hacíamos lo que podíamos por mantener contactos. No me sentía mal, muchos se destruyeron en eso, a mí no me pasó y en el exilio mucho menos, porque yo milité mucho con las comunidades mexicanas y era profesor en el Instituto Teológico de Estudios Superior en la línea de la Teología de la Liberación y en la Universidad; tenía charlas con las organizaciones nicaragüenses y dicté seminarios en Estados Unidos para la población hispana. Es decir, tuve una actividad muy intensa en el exilio.

Un poco lo contaste pero, ¿cómo era en el exilio esta posibilidad de poder recibir a compañeros que iban saliendo del país? ¿Cómo era el reencuentro?

Me fui de acá con el compromiso —hecho con Duhalde— de construir un centro de estudios políticos Ortega Peña, ahí recibí muchos compañeros montos y también nos encontrábamos en las dos casas Argentina (la casa de la militancia —Monto, ERP y cía.— y la otra era más la casa de los intelectuales).

Desde la distancia cómo veían el país a la luz de las historias que ya se conocían en el exterior

Nosotros teníamos más información y conocimiento que la gente que llegaba al exilio; nosotros llegábamos para trabajar por el país, yo voy enganchado con la organización de Duhalde (PROA) y con el compromiso de denunciar la violación de los derechos humanos pero, al mismo tiempo, quedo muy ligado con los mexicanos, naturalmente con la idea de volver, pero muy ligado al trabajo en México.

Después llega un momento, con la continuidad de la dictadura, en el que pensé en organizar mi vida ahí, ya llevaba 8 años y hasta pensaba en la posibilidad de comprarme una casa. Por suerte, en ese momento se produce la apertura y el triunfo de Alfonsín. Fijate, nosotros, todos peronistas, festejando en México el triunfo de Alfonsín; cómo lo celebramos, era la posibilidad de volver yo no lo dudé en ningún momento. Mi compañera durante el exilio volvió inmediatamente y yo me quedé 6 meses más, porque tenía que terminar con todas las obligaciones asumidas.

Cuándo sentiste esa separación con el pueblo con el que vos trabajabas y proyectabas un futuro

Naturalmente, yo lo sentí mucho cuando me estaba alejando Resistencia, cómo dejo esta gente que, además quedan marcados, no se pueden ir.

El momento de la vuelta. ¿Cómo es volver a ese país que habías dejado y ya no es el mismo?

No es el mismo. Hay un momento en que vuelvo a Resistencia, entro en la universidad y me encuentro con que Franja Morada había ganado las elecciones; Franja Morada que nunca existió. En ese momento, me pregunto ¿qué pasó?

Me encuentro con algo lindo que era la gente en la calle, la marca del alfonsinismo; era la gente en la calle pero no era lo nuestro. Me encuentro con compañeros, muchos pensaban que yo había muerto o estaba desaparecido. Con los compañeros de militancia chaqueña y con mi familia había hecho un corte para que no los persigan a ellos; esa conducta militante fue irrenunciable para mí, por eso nunca volví. Ni siquiera para el fallecimiento de mi padre.

Más allá de la necesidad de estar lejos para resguardarlos: ¿Cómo vivían esa ausencia?

Son experiencias de dolor, propias de la militancia que habíamos asumido, pero siempre me siento un afortunado por estar vivo y uno toma verdadera dimensión de eso cuando ve la cantidad de compañeros que ya no están. Tuvimos muchos momentos de dolor, de desgarramiento interno.

¿Cómo fue reconstruir la memoria en ese país donde no están los compañeros de antes?

De los compañeros y del lugar donde yo nací y no existe más. Volví, busqué todo lo que pude rescatar de lo que había sido Federación; la casa de mi abuelo se salvó, porque está en una especie de cuchilla, pero la colonia bizcocho donde estaba mi casa está completamente inundada. En ese momento, la casa de mi abuelo estaba habitada por un amigo de la familia y nos hicimos muy amigos; siempre me volvía varias semanas a vivir con él, a recorrer la zona y, en una bajada del río, pude ver los cimientos de mi casa. Es una herida que queda.

Hay una gran fractura pero hay maneras de salvar esa tragedia, si uno no tiene proyectos, si uno no puede recomponerse, estoy es muy autodestructivo; no soy un hombre infeliz, mi vida tiene sentido.

¿Quedan deudas pendientes o reproches?

No creo, por lo menos, yo no siento deudas o reproches. Ahora, si la pregunta fuera distinta, si la pregunta fuera si ¿volvería a hacer lo mismo? Te diría que no, que eso sería una estupidez; no estoy arrepentido de lo que hicimos, pero un montón de cosas no las volvería a hacer, las viviría de otra manera siempre dentro de lo que es el compromiso central de mi vida. Uno también habla desde la distancia, conociendo la historia; podría decir que no volvería al seminario salesiano, pero uno evalúa las posibilidades que tenía y nos quedaba sólo ser campesino, que me haya casado los salesianos me permitió poder desarrollarme de otra manera, pero no es la vida recomendable; había deficiencias muy grandes, alejados de las relaciones humanas. Cada dos años, podía ver a mi familia por 15 días.

¿Con qué te quedás de esa época?

Me reencuentro constantemente con el compromiso social, político, con el país, con los compañeros, con las historia; hemos formado parte de un momento histórico muy fuerte y yo me jugué con lo que he sido capaz de ser. Eso en la historia queda, nosotros hemos sido derrotados pero no creo que las luchas se pierdan completamente; hay valores de esa lucha que quedan. Es la historia de los pueblos, hay derrotas —quizás, demasiadas— pero también hay victorias.

¿Cómo era el conflicto entre el dogma eclesiástico y los sentimientos? ¿Qué significaron también las mujeres que estuvieron después?

El problema más grave fue el tema religioso, el celibato, yo lo he vivido y lo viví dolorosamente; era una parte que tenía que aceptar y no me voy por eso. Cuando yo me enamoro, me genera una explosión, tiembla todo el universo en el que estaba y yo decidí dejarlo abierto, pero tuve un poder de autorepresión muy fuerte; viví un momento idílico, de un primer amor, que te echa por tierra un montón de cosas y siento que ese amor fue traicionado por la estructura en la que estaba inserto. Me dejó un dolor muy fuerte durante mucho tiempo porque, finalmente, es un amor que fracasa.

Aquí en la clandestinidad, con las compañeras peronistas, viví una linda amistad.

Si pudiera volver en el tiempo, ¿con quién te gustaría encontrarte y qué le dirías?

Yo quería volver a hablar con Cúberli. Hay un momento fundante en todo esto; los dos teníamos la formación sacerdotal, él se transforma en parte por mí, los dos asumimos el compromiso de nuestras vidas. Lloré la muerte de Cúberli en México en terapia. Y yo pensaba que por suerte se murió para no tener que soportar todo y el terapeuta me dice que no, que estaba pensando muy mal, que él estaría acá reestructurando su vida.

Todo lo que hicimos valió la pena, estábamos bien orientados en el camino que tomamos; lo que hicimos sirvió y muchos lo aprecian.

Entrevista a la "Gringa"

Fecha: 12/09/2014

Lugar: La Plata

¿Cuáles son esos primeros recuerdos, no de tu militancia activa, sino del ámbito familiar con respecto a la militancia?

No, fue al revés. Mis viejos no querían saber nada con ningún tema político ni con la militancia. Eran más bien gorilas, gente de mucho trabajo, pero muy encerrados en los valores de clase medio, de promover tu seguridad individual, tu bienestar individual y familiar a futuro; ajeno a cuestiones colectivas o de militancia.

Un signo de la época, eso de los hijos revelándose ante padres conservadores.

Sí, era un resultado de la Argentina. Muchos de nuestros padres eran gorilas.

Mi militancia tal vez era una respuesta a que no se haya promovido desde a familia. Y otras de las razones fue por las relaciones de amistad y el compañerismo en las escuelas o en el deporte. Todos los compañeros estábamos haciendo una búsqueda de militancia e inserción social.

Cuando empezás a madurar la idea de la militancia, ¿hay reproches con ese pasado familiar?

Más que reproches... uno veía los límites de su formación y con los compañeros trataba de ver cómo superar esos límites. Al revés, entonces: era como resultado de un razonamiento, un análisis intelectual. Ese esfuerzo que se hacía desde lo intelectual, después lo trasladabas a la práctica y a hacerte cargo de lo que habías entendido que tenías que superar los límites. Límites de cada familia de cada formación; mi viejo era carpintero, era de extracción obrera, pero como había sido independiente en la época de Perón y Perón más bien había ayudado a los asalariados, tenía cierta deuda con el gobierno de Perón y le dio bronca. A él le tocó eso. Además, familia de inmigrantes, donde también era mucho más el acercamiento con los inmigrantes que con las familias argentinas.

Así que a través de las relaciones de amistad y compañerismo uno pudo ver cuáles eran esos límites de la formación familiar para por superarlos y poder alcanzar otra práctica. Si no, tal vez yo hubiera estado siendo una profesional con el modelo familiar típico, sin transgredir los mandatos.

De esos primero acercamientos a las marchas o manifestaciones, ¿recordás algo puntualmente algo que te haya marcado o reafirmado el sentimiento de querer participar?

Sí: la muerte de Perón. Y Ezeiza. Que yo no participé directamente, pero mis compañeros sí. Habían ido a Ezeiza; compañeros de vóley, compañeros de deporte, y compañeros de otros ámbitos, de guitarreadas, compañeros de diversión.

Y en el velorio de Perón, año 74. Ya está, yo no pude votar, no entré en los padrones del año 73, y estos compañeros estaban más fogueados, habían venido de otro seno familiar, con otra convicción para militar y ya a mi edad estaban en otro nivel de compromiso.

¿Cómo viviste esos años previos a lo que fue tu incursión directa en la militancia? Con esos compañeros en ese contexto argentino, y latinoamericano, de fuerte movilizaciones y de lucha. Y también de empezar a ver un aparato represivo desde el ongañiato.

Esos años previos estuve muy condicionada por la formación familiar. Todo el tema de Onganía... era mirarlo por tele. Después, en los últimos años del secundario, practicando deporte o estando en guitarreadas con compañeros que tenían otra práctica, ahí sí me acerqué un poco más. Y la curiosidad que tenía era increíble, la necesidad de saber cuáles eran esas vías de convicción, esas razones para tener semejante compromiso y pasión por lo que se venía haciendo. Y tuve que conocer y entender lo que a partir de mi familia no había conocido.

Por eso la cito mucho a Estela: lo que graficó Estela, siendo una mujer grande, a muchos nos ha tocado en otro momento de la vida. Depende del seno familiar uno estaba más vinculado o no a situaciones sociales y políticas de tu país. En mi caso, familia de italianos, muy encerrados en las cuestiones familiares; me mandaron a estudiar piano. Toda una proyección de vida individual y para tener éxito como profesional. Ese mandato.

Es decir, a partir de terminar el secundario, todo eso fue mi despertar a conocer otra forma de vivir. Todo un esfuerzo propio para poder llegar.

Y cuando vos aceptás ese tránsito, el desafío de la militancia, ¿qué pasa con tu familia?, ¿cómo se lo comunicás?

Ese fue un corte importante porque en la medida que me empecé a involucrar y ya participando de esa pasión que tenían mis amigos y mis compañeros, eso empezó a despertar una conducta de rechazo al mandato familiar. Lo nuestro fue metido en un contexto de política y militancia, con consecuencias colectivas y muchas muy imprevistas. En nuestro caso se abrió el rechazo a ese mandato. No, rechazo no: fue dejarlo en un lugar para hacer nuestra propia búsqueda. En un primer momento eso los enojó mucho a mis viejos, los asustó a mis hermanos, pero a la vez tampoco lo verbalizamos. No había diálogo. No había posibilidad de discutirlo.

¿Vos les contaste puntualmente que estabas militando o empezaste a ir a una marcha, a un lugar, a otro...?

Empecé yéndome para un lado y para otro. Traía cosas a la casa, me llevaba cosas de la casa...

¿Qué cosas?

Desde llevar milanesas hasta traer y guardar material, documentos...

¿Trabajabas en barrios, villas?

Formalmente estaba trabajando como preceptora en una escuela de monjas. Además iba a la facultad, jugaba al vóley e iba a un barrio de Los Hornos, por las calles 61 y 140.

Del trabajo en el barro, en el barrio, ¿qué cosas recordás?

No fue toda una consagración a algo. De repente me voy involucrando en la militancia y tenía compañeros que estaban en la JUP; empecé a salir con Pastor (Asuaje), que estaba en la JP en la zona de Los Hornos, tenía compañeros de la JTP, con quienes hacías la guitarreada en los boliches

o en el local de la JTP en la calle 11. Entonces, no estuve consagrada en un primer momento a ninguna militancia específica. Es decir, por todo el entorno y los compañeros era ver dónde me insertaba.

Estaba el mandato familiar: estaba estudiando traductorado de francés, donde éramos muy poquitos...

Y piano... para acompañar en las guitarreadas.

Piano largué en seguida. No me pudieron hacer estudiar mucho tiempo; dos o tres años me hicieron estudiar piano: me ataban al piano porque no me quedaba quieta.

Entonces, las primeras experiencias en la militancia era ir a la casa de los compañeros en Los Hornos, compañeros que eran casi todos obreros. Pastor lo conoció mucho a Julio López, incluso escribió sobre él. Era parte de la unidad básica donde estaban los compañeros. Me acuerdo haber ido a lo de Aurora y Alejandro, que tenían dos nenes, de quedarnos a dormir ahí, de comer guiso con ellos, de estar con El paraguayo, compañero de Julio López. Era estar con los compañeros hablando de cómo seguir.

Por lo que mencionás, hay un acercamiento más sentimental, si se quiere, por lo que era tu grupo de amigos, de compañeros.

Sí, es parte. Fue analizar que mi vida, solamente con el mandato familiar, no iba a alcanzar y alrededor mío había un entendimiento y un compromiso para hacer algo más que lo que el mandato familiar daba. Entonces, a través de esos afectos... eso también metiéndolo en un mundo donde había movimientos colectivos, no estábamos aislados. Ni las herramientas ni la tecnología hacían que vos te quedaras en tu casa. Al revés: tenías que ir a buscar lo colectivo.

De esa filiación sentimental con los amigos, ¿cuándo sentís vos esa filiación sentimental con el barrio, con los trabajadores, con los sectores populares?

Eso creo que me venía también del cristianismo. De haber ido a una escuela católica. Mis viejos nos habían mandado a la escuela católica. Eso de querer hacer por el otro también lo tienen los cristianos. Lo mío fue buscarle la vuelta más por una decisión política que de un sentirte bien vos por estar haciendo algo. La política iba a transformar eso, no que yo fuera buena con alguien.

Relacionarte en una unidad básica, el estar con gente pobre o con compañeros que necesitaban más cosas, eso lo hacen los cristianos también. Lo nuestro era desde la política como herramienta de transformación. Y el proyecto político como elemento de transformación. Entonces, en el barrio iba a buscar eso, que nuestro proyecto levantara a esos sectores no en forma individual, por haberlos ayudado.

Más allá de lo que tiene que ver con la vocación política, ¿cómo fue ese encuentro con el barrio, que significaba para vos una realidad completamente distinta a la que vos habías transitado?

¿Qué es lo que te duele de ese barrio?, ¿qué es lo que te llama la atención?, ¿qué es lo que te obliga a permanecer ahí?

Una de las cosas que uno sigue valorando mucho es la solidaridad que hay en los barrios. Lo que tienen, lo comparten. Tanto ha calado el consumo que, por ahí, se disputa, se jode al otro. Ese abrirte las puertas, te hacen un lugar y te podés quedar. No se careteaba, por lo menos antes, en esa relación: era muy franca. Esa fue una de las cosas que más valoré de meterme en un barrio. Y la ilusión de poder cambiar las relaciones de fuerza, la ilusión de poder acumular y sumar para poder dar vuelta esa lógica de que tiene que haber gente abajo, gente que esté mal para que otros estén bien.

Entonces, más allá de ese cambio de ambiente, nunca sentiste un choque abrupto con esa realidad. Por ejemplo: vos estudiabas traductorado de francés y en los barrios los compañeros le estaban enseñando a escribir a los nenes.

No, no me jodió para nada. Pasa que yo venía de una familia donde mi viejo era carpintero. Esa es también la contradicción que se dio en muchas familias de clase media acá en La Plata. Nosotros teníamos calles de tierra, llegábamos con las zapatillas embarradas, pero íbamos a la escuela privada. Lo diario era muy sencillo en mi casa. Por suerte, no fue un choque. Porque acá, los viejos... en eso sí se correspondía el mandato: el otro era un igual.

Volvamos a algo que dijiste: dijiste que te conmovió la muerte de Perón, los episodios de Ezeiza. Más atrás, ¿Cómo llegó a tus oídos, por ejemplo, Trelew, el Cordobazo...?

Poco y nada. Estaba en la mía. Yo no llegué a votar en el 73, no entré en los padrones. Escuela católica, hogar de tanos... estaba medio afuera de ese circuito. Los tenía por títulos de los diarios, pero nada más.

Mencionabas hace un rato que era preceptora en una escuela de monjas, hacías vóley e ibas al barrio de Los Hornos. Y, claro, tu familia. Eran ámbitos muy distintos. ¿Cómo fue convivir con esos espacios distintos de formación? ¿Cómo ibas formando una identidad entre esos diversos ámbitos?

Lo primero fue dejar vóley, a fines del 74. Una vez que entré a militar no podía ni viajar para jugar ni entrenarme tres veces por semana... Empecé a elegir con qué me iba a quedar. Después dejé el traductorado; la última materia que fui a dar fue en abril del 76, después no entré más a la facultad. Fueron elecciones en la medida que me iba involucrando cada vez más en la militancia.

Y donde trabajaba de preceptora me echaron. Esto fue en el 75. Como estaba militando, me echaron. Se dieron cuenta, les habrán avisado... me dijeron "te quedás hasta tal fecha, después te indemnizamos y te vas". Hubo algunas cosas que no decidí: decidieron.

¿Cómo fue notar que se te iban cerrando puertas?

Pero también se fueron abriendo otras.

Claro, en la militancia... pero al mismo tiempo es una realidad que las puertas comienzan a cerrarse.

Sí, se excluye. Pero yo ya no podía seguir jugando al vóley como si todo el mundo fuera feliz...

En esa línea, para que se entienda, entre la vuelta de Perón y su muerte, es decir entre el 73 y el 74, seguramente en el inconsciente lo del Trelew, en el 72, estaba. Y algo me había llegado, algún registro más fuerte que el título debo haber tenido para después razón a partir de esos otros dos hechos, y para que yo en el 74 empezara a liquidar las cosas con las que venía viviendo. Entonces, en esos dos o tres años, quién sabe cuánto acumulado había para que después yo decidiera así.

Una compañera preceptora estaba muy angustiada porque me echaban, porque sabía que necesitaba el trabajo; a ella le generó una contradicción muy grande.

¿Cómo reaccionaban frente a esa clausura de los espacios que habitaban?

Había cosas que era natural que se tuvieran que cerrar. Por ejemplo, con las monjas fue natural, era cantado que me tenían que echar y el tema era, después, cómo sobrevivir. No agachábamos la cabeza ni nada, tenía que ser.

Nos concentrábamos dentro de la militancia porque sabíamos que se estaba complicando cada vez más y como organización hacíamos desde los stencyles... yo, por ejemplo, en la sala de preceptores hacía eso, con hojas de taquigrafía que quedaban de las pibas de primero o segundo año. Teníamos trabajo para hacer, para difundir nuestro proyecto.

Entre el 75 y el 76 hay muchos compañeros que empiezan a alejarse de la militancia...

Sí, sí. Cuando se dio el salto cualitativo, cuando la organización largó un documento de cómo teníamos que actuar, de la militarización.

¿Y cómo los veían ustedes?

Los que quedamos adentro lo vimos como una claudicación, como una falta de comprensión o cobardía. Lo interpretamos más o menos dentro de esas variables; y de acuerdo a cuánto lo querías a ese compañero lo perdonabas o no un poquito más.

A medida que iban saliendo documentos de la Organización, con lo cual cambiaba o giraba el proyecto en alguna dirección que un compañero no quería, no participaba, y estaba en todo su derecho. Nosotros lo veíamos como la única alternativa que había para seguir adelante. Más allá después de que uno haya visto la película pueda decir que fue errado el análisis... en ese momento a mí me parecía que estaba bien y también me pareció bien que hubiera compañeros que no quisieron continuar. Tenían la libertad de plantearlo.

¿Cómo era encontrarse con esos compañeros que habían compartir la militancia, pero que se habían bajado?

Fue como una diáspora. Los compañeros que claudicaron siguieron con otro ritmo de vida, siguieron estudiando, formándose como profesionales. Nosotros ya no teníamos contacto en esos ámbitos. Porque cuando se profundizó el enfrentamiento el gobierno militar ya no podíamos estar legales en ese ámbito, quedamos afuera. Con muchos de los compañeros que se borraron en el 74 yo sigo manteniendo amistad con algunos de ellos hoy.

Muchas veces, esos compañeros que se fueron de las organizaciones, y también la gente de los barrios, si bien se replegaron siempre abrieron las puertas cuando ustedes lo necesitaron.

Puede haber habido casos, pero a nosotros nos tocó que estando en clandestinidad ni en pedo podías poner en riesgo al otro. En nuestro caso, nos fuimos de la casa de Los Hornos enseguida, a otro lado; no tuvimos la posibilidad de cruzar a alguno porque nosotros nos fuimos, porque nos teníamos que preservar de que nos conocieran. Entonces, no hemos tenido ni oportunidad de buscar ayuda.

Al mismo tiempo que se daban las claudicaciones de los compañeros, por las fechas que mencionás, también se daban las primeras bajas, desapariciones y asesinatos...

Con los primeros golpes con los compañeros, mi registro fue el de no poder entenderlo, el de susto, una mezcla de sentimientos... y a la vez, entendía que estábamos haciendo lo que teníamos que hacer y por eso estábamos pagando ese costo.

Recuerdo que mataron una compañera de vóley, cuando ya no jugaba. Me contaron que la entrenadora, unos momentos antes de salir a la cancha dijo unas palabras. Estas cosas nos llegaban de otros lugares, pero para nosotros, que estábamos militando, era parte de lo que podía llegar a pasar. Lo entendíamos como parte de hacer las cosas en un rumbo que hacía falta, era un proyecto que ya estaba jugando fuerte.

¿En qué momento tomás consciencia de ese peligro?

De la dimensión, nunca. Creo que nadie tomó consciencia nunca de la dimensión. Podíamos pensar que iba a haber golpes a compañeros... sí, pero de la dimensión del plan de los militares, creo que ninguno se lo imaginó. Cuando uno mira para atrás y ve la cantidad de centros clandestinos, la cantidad de planes de poder hacernos mierda que tenían los militares, con todo un Estado... esa dimensión creo que nadie se la imaginó.

¿Y cómo es comprender que te están persiguiendo, que te tenés que cuidar, que te tenés que ir de tus lugares?

Eso siempre lo fuimos hablando con los compañeros, nunca tomábamos decisiones individuales. Esas fueron siempre decisiones tomadas como militantes de una organización, en función de qué podíamos hacer, qué teníamos que hacer, si era correcto de acuerdo si te exponías vos o exponías a los demás. Eran, siempre, resultados de análisis. Algunos fueron errados. Hubo un momento en que la Organización había estimado que había que volver a los barrios para que los compañeros de los barrios nos protegieran y no fue así. Porque los compañeros de los barrios estaban asustados.

A lo largo de las entrevistas, se reitera esta situación: la gente de los barrios diciendo “te queremos un montón, pero no vengas porque te están persiguiendo”.

Lo que pasa es que en el barrio también hubo muchos compañeros... por ejemplo, Julio López, albañil de Los Hornos. Nosotros, quizá, por una cuestión de oportunidad, de práctica, tenemos más llegada a hablar. Pero en los barrios hicieron desastre con los compañeros trabajadores. Ellos padecieron directamente la represión. Compañeros de la Peugeot, de la Dusil... compañeros de fábricas, cantidades, que vivían en su mayoría en barrios populares.

¿Cómo era despedir a compañeros sin despedirlos...?

Yo creo que mucho no nos deteníamos a pensar esa ausencia o esa falta, primero porque no te podías paralizar y, segundo, porque había sido parte de lo que nosotros habíamos asumido. Sí, es un shock, un golpe muy duro, una tristeza enorme, un dolor muy grande, pero sin detenernos mucho porque teníamos que seguir luchando. Al revés: ese compañero que faltó nos daba hasta más huevo para seguir adelante.

¿Y cómo se seguía luchando?

Con más fuerza. Nosotros seguíamos en nuestros ámbitos de militancia, en cada momento tratando de elaborar alguna acción o alguna tarea como para marcar nuestra existencia, nuestra presencia, y que seguíamos delante. Era muy distinto el alcance de nuestra Organización en el 75 que en el 78; fue variando lo que íbamos haciendo. Construíamos propuestas para trabajar y teníamos que preservarnos también. Podría decirse que un 50 por ciento era la preservación personal y el otro 50 era las acciones que podíamos hacer.

En ese marco, ¿cuáles eran las acciones que podían hacer? ¿Cómo se visibilizaban?

Eran acciones tales como que en una actividad apareciera la bandera de Montoneros; o quemar un micro: se hacía bajar a toda la gente que estaba en el micro y se quemaba; o hacer una pintada en contra de la intervención en el Policlínico. Eran tareas de mucho riesgo porque ya estaba el golpe.

¿Qué medidas de seguridad se toman antes y después del golpe?

Las medidas eran distintas para cada situación de cada compañero, dependiendo de si su nombre y apellido estaba más o menos quemado. Iban desde caminar a contramano para ver qué venía; la puntualidad en la cita, repetir la cita si no había ido en el reenganche... mirar bien antes de llegar a la casa. Teníamos que estar muy despiertos para poder leer señales. Porque los milicos sabían cada vez más cómo actuábamos nosotros.

Entre esas medidas de seguridad, debían alejarse de los lugares en que a uno lo conocían: una cuestión de seguridad para uno, pero también para preservar al otro. ¿Cómo fue esa despedida con tu familia?

Yo me fui de mi casa cuando me fui a vivir con Pastor, sobre la fecha del golpe. En noviembre del 76 cayó la casa de Teruggi-Mariani, donde había un compañero al que conocíamos mucho: Daniel Mendiguru “Gulliver”, que era parte de los compañeros con los que me formé; él jugaba al rugby, andaba en moto... yo ya estaba viviendo en Los Hornos y trabajaba todavía de preceptora. Vine para acá, a llevarme milanesas o algo, llevaba comida porque no teníamos...

Nos habíamos encontrado con la madre de Pastor en el Hospital Italiano. Y empezamos a escuchar los bombazos, estábamos a tres cuadras nomás. Después viene para acá (la casa donde vivían sus padres) y seguían meta bombazo; eran las seis de la tarde y seguían. Poco tiempo después llamo por teléfono a mi casa y me atiende mi vieja –nosotros hablábamos un dialecto italiano–; entonces, ella, en dialecto italiano, me dijo “están acá”. Cuando me dijo eso, corté y fui a ver a una amiga de mi hermana para que viniera a ver qué carajo pasaba. Y estaban los milicos acá, en la casa de al lado, esta casa, en la que vivo ahora, era de mis abuelos. Pero también había tenido otra señal: había llamado a la madre de Corina, es decir, la suegra de Gulliver (Felicita estaba casada con Gulliver, y Felicita era la hermana de Corina), y me dijo: “vos no me hables, qué me hacés hablar”. Después fue que llamé para acá y mi mamá me dice eso.

La amiga de mi hermana me corroboró que los milicos estaban acá, que estaban buscando al marido de Corina. Ahí pasamos a la clandestinidad, porque tenían nuestros nombres, tenían toda la ruta nuestra. Eso fue a principios del 77.

¿Cómo reaccionó tu familia a eso?

A mi viejo parece que lo habían convencido que si me encontraba y me entregaba, iba a estar todo bien. Entonces, a mi viejo le había dicho que me habían visto por Los Hornos y se iba con la camioneta a buscarme. O sea, yo me estaba cuidando de mi viejo.

Ellos no tenían la dirección.

No, era parte de las medidas de seguridad.

¿Vivían solos? ¿Pasaba algún compañero?

Había un compañero que por ahí estaba en la casa cerrado, pero nosotros éramos los que estábamos en esa casa.

Pero mi viejo estaba convencido de que si colaboraba con los militares iba a estar todo bien. Mi vieja se desmallaba... Y mi abuelito, que vivía acá, pero que comía con ellos allá, se quedaba con los milicos ahí como algo natural. Y estuvieron como quince días los tipos, porque estaban tratando de agarrar al compañero de Corina. Se habían apostado con un auto, eran del Regimiento de Mercedes.

Entonces, a partir de eso, empezamos a usar otra identidad. Principios del 77. Esto pasó después de lo de Mariani-Teruggi.

Vos mencionaste el encuentro con la madre de Pastor en el Hospital Italiano. ¿Cómo eran esos encuentros?

Siempre necesitábamos algo. Ellos no tenían ni dirección ni forma de ubicarnos. Entonces, cada tanto hacíamos una cita como para vernos, para preguntarnos cómo estábamos, para que nos vieran. Hacíamos una cita en un bar, y ahí frente al Italiano había un barcito.

Y, más allá de la necesidad, ¿qué significaban esos encuentros para ustedes?

Y... la vieja preguntaba cómo estábamos, si necesitábamos algo, que nos cuidáramos, si le parecía que estaba bien que nos quedáramos... tal vez había habido alguna novedad, y sabía de algún amigo al que le hubiera pasado algo, porque ellos, por fuera de la militancia, como vecinos, podían tener alguna otra información. Nos pasábamos las novedades.

Y con tu familia, ¿también se encontraban?

No, no. yo estuve dos años sin ver a mi familia. Después de que vinieron acá, estuve dos años, hasta que salí al exilio. Los vi un par de días antes de salir al exilio. Por el hecho de lo que pensaba mi viejo... no lo vi ni les dimos parte de nada.

¿Cómo continúan?

Estuvimos un tiempo más en la casa de Los Hornos hasta que nos fuimos a Córdoba, a Morteros, cerquita de San Francisco. Era un pueblito, habíamos encontrado un trabajo, yo estaba embarazada.

Ahí tuve una metida de pata, porque para cambiar el domicilio me hicieron poner el dedo y yo tenía un documento trucho. Así que tuvimos que levantar de Morteros. Vinimos para acá y nos fuimos para Mar del Plata. Ahí estuvimos hasta octubre del 78. Después vinimos a Gonnet hasta que pudimos salir al exilio.

En todo ese recorrido, ¿cómo fue vivir en la clandestinidad? Mantener una identidad falsa, pero también convivir con la necesidad de luchar el mango para vivir.

Los dos teníamos documentos truchos; en ese momento hasta los sellos hacíamos nosotros, con un escarbadiante y tinta de sello, o sea que hasta si se te quemaba un documento te hacías otro. Estaba el temor a los rastillos, a que se dieran cuenta que no era, pero a la vez teníamos mucha seriedad en que ese nombre y apellido era, no como un traje que uno se ponía para simular algo, sino que era una forma de sobrevivir, de preservarse y seguir militando. Era una necesidad. Y con eso también buscábamos trabajo. Estábamos convencidos de que si no era por eso estábamos mucho peor.

Cuando llegaban a esos lugares nuevos, ¿cómo era el recibimiento del entorno, del vecino?

Estuvimos viviendo en uno de los barrios más periféricos de Mar del Plata, en El martillo. Y Pastor trabajaba en el tema del pescado, y yo trabajaba de sirvienta. En los barrios, donde tienen que puchear... es la relación de un barrio. En Morteros igual...

Ya en 1978 no te insertabas mucho más que eso. En el 77, cuando hubo varias caídas de compañeros en los barrios, fue precisamente por un análisis que se había hecho, que consistió en que volviéramos a insertarnos en los barrios, pero no salió bien. Entre abril y marzo del 77.

Igualmente, no lo pensamos desde la militancia, desde las acciones. Sino en el sentido de tratar de involucrarse y mimetizarse con ese barrio nuevo, no llamar la atención.

En Mar del Plata, por ejemplo, caímos en una pensión. En una pensión que, a diferencia de los hoteles que tiene Mar del Plata, en la parte de atrás tenía todas piecitas que durante el invierno eran para alquilar a la gente local.

Nosotros analizábamos a dónde íbamos, y Mar del Plata era una ciudad a la que iba a trabajar mucha gente del interior, y en ese momento más que ahora. Mucha gente del norte. Yo estaba en la pensión con una que era costurera de Entre Ríos, otro que iba a trabajar a la construcción. Entonces, eran todos más o menos como nosotros. Lo que quizá era distinto era que uno tenía una actitud más burguesa que esos vecinos que estaban en la pensión. Nos cuidábamos de no tener esas actitudes burguesas. En Morteros no, porque era muy pueblo. Pero en Mar del Plata daba para ser parte de los que migraban por trabajo. Daba perfectamente ese perfil.

No había desconfianza o mirada acusadora de los vecinos. No tenían que aparentar para el afuera...

No, porque nos metíamos en los lugares en que no teníamos que simular, porque lo teníamos que hacer. No estábamos viviendo en el centro. Estábamos viviendo en El martillo y teníamos que trabajar: yo estaba trabajando en una casa de Familia y Pastor, en el pescado, que es lo que hacían todos ahí. No hicimos cosas muy distintas a los lugares donde estábamos. Y cuando estábamos en Los Hornos estábamos igual: trabajaba de preceptora y salía con el guardapolvo a tomar el micro, el 214 en calle 60.

Tal vez sí, el hombre que nos alquilaba en Los Hornos sí se había dado cuenta que éramos militantes. Un italiano que nos alquilaba, que tenía una cicatriz en la garganta de una traqueotomía, se había dado cuenta y nos avisó una vez. Un divino el tipo. Después lo nombramos padrino de nuestra hija, Clara. Don Julio. Él se había dado cuenta, nos vio muy jovencitos. Estaba construyendo un departamentito en la parte de atrás del PH que nos alquilaba. Era un viejo vivo, que leía, que sabía.

Los alertó en una oportunidad.

Sí, nos alertó. Pastor tenía un documento que no era el de él –yo todavía estaba con mi documento– y parece que habían agarrado un homónimo que estaba en la otra cuadra. Él nos

alertó de esa situación complicada. Después lo devolvieron al documento... hubo cosas que pasaron y que quizá no las sabemos todas, sabemos algo nomás...

¿Encontraron esa solidaridad en alguien más?

Creo que debe haber habido cantidades de esas para que uno sobreviva y no las sabemos. Recuerdo la solidaridad de la preceptora que había sido compañera en el colegio de monjas; recuerdo a otra compañera de secundaria que estaba en las antípodas ideológicas y políticas y me mandó a avisar que había un grupo de la CNU sobre mí. Debe haber habido muchas... La madrina de Pastor también, nos tuvo en su casa durante muchos tiempo hasta que salimos al exilio; una mujer viuda, con un hijo varón jovencito, adolescente. Se jugó.

Hubo expresiones... solamente porque nos querían, porque creo que no entendían mucho, nos querían. Y sabían que lo que estaba pasando era grave.

En ese contexto de clandestinidad, ¿se seguían conectando con otros militantes?

Sí, nosotros estuvimos enganchados hasta último momento con la organización. Eran encuentros puramente operativos, con directivas acerca de cómo conducirse para determinadas cuestiones.

Tuvimos muchos cambios de responsables porque estaban cayendo.

En cada lugar donde íbamos buscábamos tener contacto con la Organización.

En esos momentos ya estaban prácticamente reducidos los espacios para militar.

De inserción barrial, ni ahí. Eran todas cuestiones de operaciones, tareas. Pero no de desarrollo político territorial. Esa ha sido una de las razones por las que decidimos exiliarnos, porque ya el desarrollo político no lo podíamos llevar adelante. Terminaba siendo el 80 por ciento preservación individual, y un 20 por ciento de alguna acción operativa. Uno sentía que el proyecto estaba haciendo agua.

¿Y cómo fue en ese contexto darle hijos a ese proyecto?

Clarita nació en Mar del Plata. Yo estaba convencida de que era parte, era la ilusión y confianza que uno tenía en el proyecto revolucionario. Es decir, por la vida. Y, por la vida, uno tiene continuidad en los hijos. Y si voy para atrás haría exactamente lo mismo.

Como militante de la revolución uno no se deja paralizar ni inhibir.

Llegamos a un punto en que ya no teníamos más radio para movernos, no teníamos plata, teníamos una hija, habíamos agotado las posibilidades de llegar a algunos lugares. Era cambiar de documentos porque nos quemaban esos documentos. Ya habíamos tenido familia en un hospital con dos documentos truchos: el del padre y el de la madre. La nena tenía un documento trucho. Estábamos sin radio de acción. Había cada vez más caídas y teníamos desenganches.

Nosotros nos comunicábamos por algún teléfono vía indirecto o, a veces, en los clasificados de los diarios: en los clasificados de cualquier diario, por ejemplo el Clarín, había un formato que poníamos como para poder buscar un enganche. Pedíamos un pintor, con ciertas características...teníamos preestablecido de qué manera conectarnos. Íbamos al lugar que se había preestablecido y no iba nadie. Entonces, ya no teníamos forma de sobrevivir. y el resto de los conocidos o la familia que nos podía asistir tampoco tenía radio de acción. Fue complicado decidir irse. Fue complicado aceptar que habíamos llegado a un límite, a un techo. Y entendimos que teníamos que irnos y ver de qué manera reorganizarnos en caso de volver. Era un planteo hecho desde ese lugar, no era colgar los botines.

¿Qué sentían al irse al exilio?

Yo sentí que podía volver a tener un poco de libertad. Un poco, porque es un destierro. Tampoco es una libertad elegida.

Y ahí, en esa situación, ¿qué significaba tu hija?

Desde el día en que la concebí significó lo más grande que puede haber para una madre.

Uno imagina que el nacimiento de una hija es algo a lo cual aferrarse en el medio del terror, pero a la vez es algo que te obliga a la autoconservación. Y posiblemente en esa necesidad de protegerla aparece el exilio.

La preservación no pasaba solamente por tener un hijo. Nosotros estábamos en un proyecto revolucionario y el hijo forma parte de esa lucha. No puedo decir que fue la razón del exilio. El exilio fue porque ya, acá, no podíamos hacer un carajo. A Clarita la podíamos haber llevado de un lado para otro como la llevamos desde el día en que la concebimos. Los hijos son pate de los padres hasta determinada edad.

Antes de tenerla, ¿habían tenido experiencias con hijos de padres desaparecidos o asesinados?

Bueno, Felicitas tuvo el hijo después de que lo mataron a Daniel "Gulliver" Mendiguru y después de que mataron a la hermana. Es decir, Felicitas ya estaba embarazada de Pablito. Y había perdido un bebé, bah, murió a los dos meses, Manuelito. Y pablo nació el 14 de abril de 77. Entonces, no era aferrarse al hijo para preservarse.

Yo me refería a los casos, muy comunes, de convertirse un poco todos en padres de estos chicos...

Sí, claro. Por eso, hasta el día de hoy, los chicos nos tratan como tíos. Somos tíos por el ambiente de militancia, más que por sangre.

Yo creo que en muy pocas ocasiones ha sido una decisión "porque tengo un hijo me tengo que preservar". No pasaba por ahí el razonamiento.

Antes de irte al exilio te volvés a encontrar con tu familia después de dos años. ¿Cómo fue ese encuentro?

Yo tenía un documento trucho para salir y para Clara no tenía un permiso que había que tener para sacarla. Me habían acompañado a hacerlo en migraciones, habíamos ido en tren hasta Buenos Aires. En Constitución, un mediodía, entre medio de la cantidad de gente lo veo a mi cuñado, el marido de mi hermana. Ahí lo abordo y le digo que me estaba por ir. Armamos una cita y nos encontramos por City Bell, en el Country de Estudiantes, un mediodía. Yo fui con Clarita y les dije que al otro día me iba. Dos meses después mis viejos viajaron a Venezuela a vernos.

¿Sabían que estabas embarazada?

No. Les contó todo mi cuñado.

Se encontraron con una hija y con una nieta.

Sí.

Contenta tu mamá.

No, mi mamá era medio jodida. No era tan fácil.

Mi viejo se deshizo, estaba hecho un flan. Y mi vieja esta todavía como resentida por lo que le había tocado. Porque, además, fue la primer nieta de ellos.

¿Cómo explicás que tu viejo te haya buscado para “ayudar”? Podría decirse para entregarte. ¿Hubo algún reproche, reclamo?

Nada, ya estaba.

¿En algún momento asumió que hubiese sido una barbaridad?

No, no. incluso él no quería ni hablar del tema. Creo que de los dos lados hicimos un pacto de respetar lo que se había hecho, pensando que no había ninguna maldad. Que en todo caso había habido una mala forma de conducirse.

Pero, como dije, tampoco habíamos tenido nunca un diálogo sobre por qué militar.

Vivieron una suerte de pacto de silencio. Cómo vivieron ustedes cuando ese pacto de silencio se replicó en toda una sociedad. Es decir, hubo una sociedad que calló.

Cuando volvimos del exilio eso fue una de las cosas más difíciles de aceptar, de ver que había una sociedad que había mirado mucho tiempo para el costado, que había mucha gente de esas sociedad con la que uno tenía lazos de afecto, vínculos.

Volvimos el 17, siete días después... porque no conseguimos para el 10 de diciembre. Era un avión lleno de argentinos que volvíamos.

Volvía del exilio con 29 años.

Eso yo lo razoné como parte de la lucha que habíamos perdido, de que habían ganado los militares imponiendo el terror, el miedo, el individualismo. Es la evidencia de la derrota política e ideológica que tuvimos.

Quizás, por culpa de ese silencio, muchos de los militantes de los 70 no encontraron durante muchos años espacios para contar lo que había pasado con ellos.

Puede ser. Pero también tiene que ver con los tiempos internos. Porque también fue de acuerdo a cuánto tenía cada uno resuelto y asumido lo que le había tocado. Lo individual pesa mucho, y muchas veces ponemos en lo colectivo alguna justificación de cosas personales.

Por ejemplo, yo no tuve ninguna vergüenza en decir que me había exiliado y que había vuelto. Y algunos me decían “Shh, no lo digas, cómo vas a decir que estuviste exiliada”. Yo me había tenido que ir, y tenía bronca porque me había tenido que ir. Si se buscaban, algunos los canales se encontraban.

Es un poco y un poco: de acuerdo a lo que asumís, a lo que aceptás; una derrota, una equivocación, culpa. Las culpas también jugaron fiero. Muchos compañeros hablaban de la culpa de estar vivos: a mí me parece extrañísimo. Uno no condenó al otro compañero a que lo mataran los militares; algunos, sí, hemos tenido una cuota de suerte algunos. Pero “la culpa de estar vivos” me parece que es demasiado cruel, paralizante.

¿Cargás con culpas?

No sé. Porque si vuelvo para atrás, como les planteaba, volvería a hacer lo mismo porque estaba muy convencida. Y Clarita no vaciló porque estaba convencida de que tenía que nacer y tenía que ser parte nuestra. Y el día que tuvimos que irnos al exilio y le avisamos a dos o tres –porque ya no nos quedaba ningún enganche–, también, porque no podíamos preservarnos ni vivir más. Fuimos haciendo lo que nos pareció que teníamos que hacer en el momento que estábamos viviendo.

Ahora, ese país cambió: el país que dejaste y el país con el que te encontraste a la vuelta. ¿Cómo es volver a caminar por las calles que habían caminado tantas veces, ver a unos y no a otros...?

Fue un cachetazo. Porque los últimos 3 años, estando en clandestinidad, teníamos un círculo muy cerrado como para tener una fotografía de cómo estaba el país. El único país que registrábamos era la confrontación del proyecto revolucionario contra los milicos. Entonces, ese país se limitaba a eso. Cuando volví tuve que reconocer las calles donde habían matado a compañeros, que nunca las había vuelto a pisar; las casas, como la de Mariani-Teruggi donde habían matado a los compañeros, el monoblock de Villa Elisa donde habían matado a mi responsable. Tuve que reconocer cada uno de esos lugares, con los hechos que uno tenía grabados, y a la vez tuve que insertarme con escuelas para los hijos –Clarita y Joaquín, porque en Venezuela nació Joaquín–, con los padres esos que habían tenido una vida continua dentro del barrio. Eso fue un cachetazo. Y yo tardé dos años en regular, con psicoanálisis... tardé mucho en darles un lugar que no fuera de condena ni a los que conocía ni a la sociedad; reconocer y aceptar y ver cómo no angustiarme, sino al revés. Fue todo un trabajo, a través del psicoanálisis, no pude sola.

La vuelta del exilio fue mucho más grossa que el hecho de meterme en la clandestinidad y sobrevivir todo ese tiempo que era parte de la convicción del proyecto. En la vuelta del exilio me cayeron las fichas de un entorno que desde el 75 no lo veía. Ahora que lo hablo en voz alta, pienso que fueron ocho años de una ausencia en una vida común de una sociedad y un país. Porque ellos no lo quisieron tampoco. Los militares lo hicieron así.

Volvemos para atrás y nos detenemos en el exilio. Dijiste que era un poco de libertad, pero a la vez fue un destierro. ¿Cómo fue vivir el exilio, entre esas contradicciones?

Fue una oportunidad. Una oportunidad en la que tuvimos la posibilidad de estar con compañeros chilenos, uruguayos y, claro, venezolanos, viviendo en el interior de Venezuela. No estábamos en una ciudad capital, tenía un perfil distinto, más simple, menos careta, de solidaridad y fraternidad. Había mucha generosidad y calidez.

Por el lado de Pastor había una línea familiar en Venezuela, por lo que estuvimos amparados por esa cuestión familiar.

Yo tuve una situación particular en Venezuela porque había salido sin documentos y no me pude hacer los documentos hasta que tuve que censarme con un censo de ilegales. A partir de eso me dieron un documento, siendo que Joaquín había nacido ahí.

Fue una oportunidad que me dio la vida.

¿Cómo era esa fraternidad con esos otros desterrados?

Eran unos compañerazos. Los tupamaros con su formación, los chilenos que habían estado con Allende. Pero en el caso de los chilenos, el exilio había sido inmediato a La Moneda. El caso de los uruguayos fue distinto, y nuestro caso también fue distinto. Nos encontramos con compañeros de Jujuy, de Salta viviendo en Barquisimeto, el corazón mediterráneo de Venezuela. Nos juntábamos, teníamos nuestras reuniones y tratábamos de tener nuestros pronunciamientos; nos tocó todo el tema de Nicaragua, los recitales por los nicas. Fuimos a una conferencia, en Mérida, donde participó Cortázar con Carol Dunlop, sobre el exilio. No sólo era respirar el aire de la libertad, sino ver en el terreno lo que estaba pasando en Latinoamérica. Fue re grosso.

Teníamos 24, 25 años.

¿Cómo era enterarse o tomar cabal dimensión de lo que estaba pasando en la Argentina?

Te iban cayendo las fichas. Venezuela era un país al que habían ido muchos que habían tenido opción a salir después de haber estado presos. Entonces, hubo compañeros que habían “colaborado”. Era un país que no estaba bien visto para los argentinos. Del resto de los países, por ejemplo México o España, donde había compañeros de la Organización, Venezuela estaba, por lo menos, sospechada.

Nosotros nos fuimos por la nuestra, había sido otra historia.

Y la dimensión la íbamos tomando a medida que nos juntábamos con el resto de la comunidad de exiliados y con los compañeros venezolanos de izquierda; o cuando hablábamos por teléfono con los que estaban en Suecia o España. Era la época de los teléfonos enganchados, cuando a veces alguno le ponía una trapa al teléfono público, con la misma moneda hablábamos a varios países, a varios compañeros. Era muy artesanal la comunicación: cartas o telefonitos enganchados. Porque la Organización, a Venezuela, no mandaba mucho.

Los chilenos sobrevivían haciendo empanadas chilenas; los uruguayos, había muchos maestros particulares. Se armó una comunidad de inmigrantes, pero inmigrantes con el agregado de la política en común. Ahí estuvimos dos años y nos fuimos a Caracas, donde la movida era otra. Era una capital.

Con la guerra de Malvinas nos dividimos, algunos estaban a favor. Incluso, algunos compañeros revolucionarios querían venir para luchar, porque era una forma de entrar y de estar. Otros decíamos que la guerra de Malvinas era una locura más de los militares. Nosotros hablábamos por teléfono con las familias acá, y no sabían lo que estaba pasando; no sabían si los militares mandaban un barco, escuchaban la BBC... nosotros escuchábamos frecuencia modulada, escuchábamos como radioaficionados. Y acá nada, vivían en una burbuja, seguían con la mentira de los milicos.

También fuimos a votar. Nos juntamos en la puerta de la embajada cuando fueron las elecciones. Ahí empecé a tramitar el pasaporte consular para poder venir.

Fue muy importante tener al grupo de compañeros de exilio en Venezuela. Porque hablábamos el mismo idioma, vivíamos una realidad similar, a diferencia de los compañeros que estuvieron en Europa. Fue muy bueno haber podido ésta en Latinoamérica.

Lo hemos mencionado, pero no nos detuvimos: ¿qué significaba el amor en ese contexto de clandestinidad, de persecución, de opresión?

Era fundamental para la contención emocional, afectiva; para continuar en lo que estábamos haciendo. Si no se daba una relación fuerte, uno no podía ni tener militancia ni pareja. Las dos cosas iban juntas.

¿Y qué espacios había, con los espacios cada vez más cerrados, para el amor? ¿En qué espacios se reafirmaba?

En la convivencia. Y en la ilusión de seguir adelante, como cualquier pareja. Si en la sociedad de consumo los sostiene comprar un plasma o un auto, a nosotros nos sostenía el proyecto revolucionario, seguir adelante haciendo lo que nos había unido. Iba de la mano.

Había lugar para el romanticismo en la militancia...

Sí, claro. No lo excluíamos, era parte. Es más: te veían sin pareja y te decían “che, en hay un compañero sin pareja...”. Se fomentaba eso, porque estabas bien. Y, también, con esas edades: teníamos entre 19, 20 años, es lo más natural buscar una pareja.

Nos reuníamos en una casa, y las decisiones de la militancia también repercutían en la vida en matrimonio, de compañeros.

Cuando la Organización pasó a la clandestinidad, y hubo compañeros que dejaron de militar... ahí también se rompieron muchas parejas o cambiaron, porque era parte de tu vida diaria. Te lo llevabas puesto si no compartías. Y si lo querías tampoco ibas a perjudicarlo, ibas rumbo a una ruptura. Era casi imposible. Hablando ya de esos años de clandestinidad, cómo hacés para continuar sin una de esas dos cosas: la militancia y el afecto van juntos.

¿Y cómo se celebraba, por ejemplo, un primer aniversario? ¿Se permitían esas cosas?

No, no me acuerdo de nada. Me acuerdo, sí, de un 31 de diciembre en la 9 de Julio sola. Porque habíamos tenido un desenganche. Ninguna de esas cuestiones emblemáticas, que dicen: regalos de casamiento, nada. Pero tampoco nunca le dimos trascendencia.

¿Cómo fueron esos trances en los que estabas sola, como cuando decís que estabas desenganchada?

Mucha zozobra, se te aflojaban las piernas, pero tampoco te lo podías permitir. Tenía que resolverlo, pensar en el reenganche, a qué hora, dónde va a ser, cómo hago para no quedar tan expuesta.

Más adelante, ¿cómo fue contarle esa historia a tus hijos? De cómo se conocieron, sobrevivieron...

En la medida que ellos fueron preguntando. Clarita, incluso está anotada como nacida en Venezuela; y a los 9 u 11 años escuchaba hablar a la madrina del padre y preguntaba “Pero yo, ¿dónde estuve? ¿Cuándo nací?”. Bueno, “naciste en Mar del Plata pero te anotamos allá porque acá no pudimos. Si querés te anotamos ahora”. Sin tanto drama, diciendo lo que había pasado.

Por ejemplo, a nuestro hijo le pusimos Joaquín por Joaquín Areta, que era muy amigo de Pastor. Y una vez Joaquín encontró una foto de Colegio Nacional y dijo “¿Quién es este flaco? Es igual a mí”. Y era Joaquín Areta. “Era Joaquín Areta, vos te llamás Joaquín por él, que era amigo te de tu papá; lo secuestraron, lo mataron...”.

Se fue hablando en la medida de lo que ellos, en su momento, podían ir entendiendo.

¿Y creés que con el tiempo ellos pudieron desarrollar cierta filiación con esa historia de ustedes?

No sé si la comparten del todo, si les interesa trasladar algo, pero los dos se dan cuenta de que estuvimos muy convencidos de cómo hicimos las cosas.

Para abordar un poco la cuestión de género, ¿qué significaba ser mujer y ser militante en esos años?

En los ambientes que me he movido no he visto un tratamiento distinto por ser mujer. Si ha habido, ha habido consideraciones, por ejemplo, por la cuestión de fuerza, de resistencia: mejor que esto lo haga un varón, que va a resistir más. Era por cuidado, no por discriminación.

Y, en el ámbito de la militancia, al revés: teníamos muchas compañeras que eran responsables, con lugar de decisión.

Para ir cerrando. El fuego es un símbolo muy poderoso si pensamos en aquellos años. Al fuego tuviste que tirar conductas, ámbitos, rutinas, gusto, como por ejemplo jugar al vóley; también tuviste que tirar objetos, libros, documentos, fotos... entonces, ¿de qué te costó más desprenderte? ¿Qué te costó más tirar al fuego?

Yo lloré de la bronca cuando nos quemaron un Mehari con mi bolso Adidas nuevo adentro, con todas las cosas de vóley. Estábamos con Gulliver (Mendiguru) y habíamos ido a La vizcachera, estábamos escuchando a Los Chalchaleros; él tenía un Mehari blanco y estaba mi bolso adentro porque me había pasado a buscar por el entrenamiento. En eso, uno de los Sarabia nos avisa “bueno, se está quemando un auto”. Pensamos que era un chiste de los Sarabia. Pero no: nos quemaron el Mehari, con ese bolso Adidas. Eso fue quemado literalmente por los fachos. Lloraba de la bronca, y los demás se me mataban de risa. Claro: lo podían haber quemado con nosotros adentro, eso sí hubiera sido más problemático, ¿no?

También hubo muchos libros enterrados en el fondo de la casa; libros de literatura y panfletos, material que no sé ni dónde está. En algún momento quise ponerme a buscar con la pala, pero no los encontré. Porque tampoco los había enterrado yo, lo mandé a enterrar.

Si tuvieras la posibilidad de volver en el tiempo, a aquellos años: ¿con quién te gustaría reencontrarte? ¿Para decirle qué?

Tendría que ser una elección. Y sería injusta una elección.

Vuelvo a lo que planteé: lo que hice lo hice porque muy consciente de lo que estaba haciendo. A los compañeros no podría decirles nada, porque lo que les brindé y lo que me brindaron en ese momento fue lo que sabíamos hacer y dar.

Volvería a hacer exactamente lo mismo.

Sí, ojalá el costo hubiera sido menor. Pero eso ya no dependía tanto de nosotros, sino de todo un Estado.

¿No hay ningún compañero en particular que recuerdes más que otro?

Sí, sí: Corina. Ella fue compañera mía de vóley, de la Alianza Francesa, de teatro... fuimos a ver a Alfredo Alcón, a unos italianos que vinieron de gira; fuimos a La boca a bailar. Compartimos

muchas cosas de adolescentes. Y la mataron de un balazo en la cabeza. ¿Qué me queda por decirle? Nada. Después de una vida tan intensa. Quedó una imagen: de 22 años, con una intensidad, una entrega y un compromiso... los llevás como una bandera a los compañeros y amigas que querés. Las cosas que hicimos las hicimos en el momento que nos tocó.

¿Qué me queda por decirle? Nada. Que la admiro y que la quiero.

Entrevista a Gonzalo Chaves

Primera Entrevista

Fecha: 29/11/2012

Lugar: La Plata

Yo soy de los hornos, viví un tiempo en 69, en 135 y 136. Mi abuelo vivió toda la vida ahí, nosotros vivíamos en 27 y 54. Mi abuelo vivía en 64 y 138. Los Hornos conozco desde que era campo.

Empezamos a recorrer un poco tu vida, lo que has vivido, y nos pareció que el día del bombardeo en la plaza de mayo, el 16 de junio de 1955, es una fecha casi fundacional para tu vida personal y lo que será después tu vida profesional.

No sé... yo era muy chico el 16 de junio, cuando eso ocurrió... no percibí la dimensión que tenía ese hecho. Después, cuando me puse a militar, me di cuenta de lo que se trataba. Pero durante muchos años no tuvimos mucha dimensión del hecho. Tanto es así que quedó perdido; yo me puse a investigar sobre el tema y pensé que sabía algo de eso, pero en realidad sabía poco. Me informé y me encontré con cosas increíbles que estaban publicadas en los diarios, no es que estaban ocultas, estaban visibilizadas. Y el libro (que escribí) le dio posibilidad a esa fecha, hay datos... por los años que habían pasado, el tema se reflató; hoy en día los bombardeos son considerados por la justicia un crimen de lesa humanidad. Eso no estaba antes.

En los 80, se presentó un abogado que era hijo de uno de los muertos de Plaza de Mayo, Miguel Ángel Medina, a pedir a la justicia, un esclarecimiento del hecho y un resarcimiento económico. El padre de él trabajaba en el correo, todos los días; ese día decretaron asueto por el bombardeo y cuando estaba llegando a la plaza lo mataron en la boca del subte. La justicia en primera instancia le falló a favor, pero el gobierno de Menem lo cuestionó. Y quedó ahí, el abogado falleció y la causa la siguió la hija, Mariela Medina, es decir, la nieta del muerto. Esta mujer está peleando, siempre está organizado un grupo de familiares de víctimas que siguen esa pelea.

Más allá de lo que salió en los medios o de lo que se conocía, vos venís de una familia de militantes. ¿Cómo se vivió en ese sentido?

El hecho se vivió así, como un hecho cruel. Cuando le preguntaban a Medina por qué espero cuarenta años para hacer la denuncia él decía que era peronista: “tuve la oportunidad porque éramos perseguidos”. Los bombardeos era un dialogo entre pares, en la sobremesa familiar, no se hablaba públicamente, “ahora se me dio la posibilidad y hablé” dijo.

Era un tema entre pares, se conversaba entre compañeros pero no públicamente. Cuando se cumplieron 50 años del hecho el diario *La Nación* publicó la foto de la quema de las iglesias, siempre el 16 de junio es la quema de las iglesias, nunca apareció el tema de los muertos del bombardeo. Cuando empecé a investigar no tenía por dónde arrancar porque no había muchas referencias sobre el tema. Había un libro de un periodista uruguayo se llamaba *Bombas en plaza de Mayo* que no tuvo mucha difusión, pero yo lo busqué, tuve que llamar a la editorial y cuando pedí el libro... ¡Nadie lo había pedido en su vida! Carbone se llamaba el periodista, se ve que era un hombre que tenía mucha relación con los militares, porque tiene muchas entrevistas a los militares, o sea que era una versión del otro lado.

No está mal, el libro informa... Uno de los marinos dice que la masacre de Plaza de Mayo es una mentira, no existió. Entonces le dice al periodista –estamos hablando de un libro de 20 años atrás–

: “¿Usted vio alguna lista con los nombres de los muertos? ¿Algo, una placa? Entonces no existió”. Esa era la lógica, hasta que apreció uno de los méritos que tiene el libro, que publicó la lista de los muertos, y que después encontraría publicada en la prensa.

Entonces me acordé de una frase de Rodolfo Walsh que decía que todo lo que uno quiere saber, hasta lo más secreto, el 80 por ciento está en la fuente pública. Por esos días fui a un kiosco de diarios viejos que estaba en un pasaje debajo de la 9 de julio en Capital Federal y compré los diarios del 17 y 18 de junio y ahí estaba todo, estaban las listas de los muertos.

El peronismo no tuvo oportunidad; no entramos en el gobierno de Cámpora, que fue cuando se pudo haber hecho algo, pero duro 49 días. Había otras urgencias y cuando asumió Perón hubo otras urgencias, entonces el tema quedó.

Vos mencionaste que con este hecho, con el posterior golpe de estado del 55, el peronismo empieza a ser perseguido. ¿Cómo fue para vos crecer en la militancia en ese contexto de persecución?

Mi viejo no era militante, estuvo en el ejército hasta el año 48, cuando se retiró. Era joven, tenía 39 años. Y cuando sucedió el bombardeo él se presentó al regimiento, porque cuando hay un enfrentamiento así, los soldados deben presentarse en el regimiento donde prestaron servicios, y él fue con el Regimiento 7 a recuperar la base aeronaval de Punta Indio, cuando ya los marinos se habían ido eso. Eso hizo el Regimiento 7 de la plata; el teniente Coronel Hugolini era el jefe. Después, el 16 de septiembre, también se presentó y el Regimiento 7 recuperó la base naval de Río Santiago, llegaron hasta allá y entraron.

A mi viejo ésa es la militancia que le conocimos. Después empezó a militar en la conspiración del 9 de junio del 56, donde comenzó como militar, no como militante político, porque eran en su mayoría suboficiales del ejército, algunos pocos de la marina, y pocos oficiales. Fue una revolución, como se dice, de los sargentos; la revolución fracasó y lo metieron en cana y ahí empezó la nuestra familia a ver las cárceles.

Mi viejo estuvo preso en Olmos, en Magdalena, en Las Heras, en Villa Devoto, en Río Gallegos, en Rawson y en Caseros; los fines de semana, durante mucho tiempo, era ir a visitar a mi viejo. Después de mucho tiempo me di cuenta que la militancia mía había sido mandato paterno, porque mi viejo me presentaba y me decía “andá lleva esta plata a tal lado” o, cuando iba La Plata, “andá a verlo a tal y llevale esto”, y de ahí me empecé a involucrar en eso del conocimiento de los hombres de la resistencia, en sus proyectos, en sus sueños, y después de muchos años me di cuenta que era un mandato y el mandato lo asumí y me puse a militar en la Juventud Peronista de La Plata en el año 62.

Hasta ese entonces estudiaba en la Facultad de Bellas Artes, un profesorado con un título de profesor de dibujo. Dejé eso y me puse a militar; entré a trabajar y durante seis años estuve en la empresa de teléfonos, era delegado en el campo sindical y la JUP de La Plata, un espacio con mucha historia, que tenía otra generación anterior, nosotros no la fundamos. Cuando empezamos

a militar estaba diezmada la juventud, sus dirigentes presos, algunos exiliados en el interior del país y otros en el exterior. Y sobre esa base empezamos a reconstruir un grupo; al principio éramos pocos y a fines de los 60/70 éramos miles.

Dijiste que las salidas de los domingos era visitar a tu viejo en la cárcel, en familia... ¿Siempre estuviste de acuerdo con eso, con esa militancia de tu viejo?

No sé si estábamos de acuerdo, nosotros no le cuestionábamos nada, nos parecía que estaba bien lo que hacía. Tenía sus ideas y estaba bien, tampoco me sentía un peronista riguroso. Es más, en esos momentos de disputa con los padres yo le cuestionaba algunas cosas, pero no.

Cuando decidí militar yo buscaba por dónde arrancar y un día iba por calle 7 y venía una marcha, no sé, del 17 de octubre... una marcha que se había organizado espontánea, digamos, en la clandestinidad; venía con un fervor tremendo y a mí se me puso la piel de gallina y dije "éste es el lugar donde tengo que estar". La Juventud Peronista era el lugar de los rebeldes, era un lugar donde podías tirar piedras, en otro lugar te echaban; habían otros valores y bregábamos ese espíritu de la resistencia, de ideales, no de intereses, no había posibilidades del campo electoral y nosotros pensábamos que había que organizarse desde ahí y, después de un tiempo, ya cansados de poner la otra mejilla, decidimos armarnos de coraje porque, dijimos, "a Perón lo sacaron con las armas y las únicas posibilidades de volver que tiene es con las armas". Ésa era la idea de la resistencia, la resistencia se organizaba para eso. La Juventud Peronista de La Plata asumió esa responsabilidad de armar la bronca para traer a Perón, que fue uno de los grandes logros de esa generación, que está marcada como la generación de la violencia y de la lucha armada, pero en realidad, si tiene algo que la distingue, es que es la generación que trajo a Perón.

Tu padre compartió esta idea de traer a Perón por las armas.

Ellos ya practicaban eso, no pensaban que Perón iba a volver por elecciones. La idea de la rebeldía del peronismo pasaba por ahí. No descartan otras formas de lucha: sindical, política, electoral; pero sabían que en última instancia las cosas se definían ahí. Era una idea muy fuerte.

Algunos actores dicen que la lucha armada en la Argentina nació por influencia de Cuba o de las barricadas de París, pero lo cierto es todo nació del proceso genuino del peronismo. Viene de atrás del peronismo, de la idea de que el pueblo tiene derecho a organizarse y pelear contra los tiranos, ¿no? Una idea primaria pero fuerte.

Nosotros, la Juventud Peronista de La Plata, nos incorporamos a Montoneros en el 72; todo el mundo me pregunta y cómo hicimos, se supone que fue una reunión clandestina, pero no, nosotros hicimos una asamblea en ATE (que estaba en la calle 57 en esa época, entre 3 y 4) y por decisión de la mayoría resolvimos incorporarnos, porque en el año 72 las cosas se iban definiendo de esa manera.

Vos tenías que ofrecerle a la gente subirse a un tren que tenía como destino la victoria, no había intermedios, no había, así era el clima y el pensamiento. Hoy en día, si vos le decís a alguien "mirá, este tren no tiene parada en ningún lado" no sube nadie, tené que ofrecer paradas en todas las

esquinas. Los 70 no tiene explicación sin el CONINTES, sin el contexto de la lucha del peronismo, es un proceso de acumulación que en la historia brota.

Estamos más o menos en el 72: falta poco para la vuelta de Perón. Cuando volvió, ¿fue como esperaron? ¿Hubo confrontaciones?

Perón volvió al país el 17 de noviembre del 72, estuvo un mes se fue otra vez, y después volvió el 20 de junio del 73, a Ezeiza. Nosotros nos organizamos para recibirlo el 17 de noviembre, la fecha del primer retorno; antes había habido otro intento: en diciembre del 64, cuando no lo dejaron pasar de Brasil.

Nosotros, el 17, nos organizamos con la Juventud Peronista en la FULP para ir a recibir a Perón en Ezeiza; era una columna grande, en su mayoría jóvenes de todos lados. Los dirigentes políticos y sindicales encumbrados miraban para otro lado, no creían una gesta así de esa generación.

Después, el 20 de junio, también nos organizamos para ir a Ezeiza y nos encontramos con una emboscada para impedir que el líder se conectara con su pueblo. Hubo más de un millón de personas, tardaron días en llegar y días en desconcentrarse. Y el primer cimbronazo que tuvimos fue el discurso de Perón, que responsabilizó a la juventud sobre los hechos de Ezeiza, hechos que en realidad fueron provocados por el poder que ya estaba conspirando.

Ya estaba la idea de que, cuando llegaba Perón, Cámpora renunciaba y convocaba a elecciones, pero no podían permitir ese gesto de grandeza de Cámpora; lo echaron y el gobierno de Cámpora duró 49 días. Pero se dijeron tantas cosas que parece que el gobierno hubiera durado años.

Ahí comenzaron a surgir contradicciones con Perón, pero eran contradicciones que ya vivimos en otros momentos, no era la primera vez que los jóvenes teníamos ideas contrapuestas a las que planteaba Perón. Y con la muerte de Perón comenzó a operar la Triple A. La Triple A ya operaba en vida de Perón, pero sin manifestarse públicamente: en la muerte del padre Mújica y en la muerte de un dirigente de Rosario, un hombre de la resistencia también.

Vos venías hablando de una resistencia, de la juventud peronista con toda esa acumulación de años de fervor militante, de convicciones, de un destino que era la victoria... Entonces, ¿cómo viviste Ezeiza, el fin del camporismo? ¿Restó ese fervor, esa esperanza de cambio, de victoria, o no?

Sí, sí. Fue una primavera que duró poco, enseguida comenzamos a ver cosas y nos replegamos; nos echaron de todos lados, nos echaron del gobierno de la provincia de Buenos Aires, los sacaron a todos los gobernadores que estaban con la Tendencia, en Córdoba, en Santa Cruz, en Mendoza, en Salta –que después lo mata la triple A–. Fuimos perseguidos, porque esa era la idea: echarnos del movimiento, expulsarnos.

Perón habla en el acto del 25 mayo y públicamente dice un exabrupto: “Están muriendo dirigentes sindicales y todavía no escarmientan”. Un exabrupto de aquellos, era como decir “vía libre para matar”, aunque no se tomó del todo así, fue una cosa confusa.

Por lo menos nosotros, acá en La Plata, no nos sentíamos ni fuera del peronismo ni tampoco odiábamos a Perón, sabíamos que era una lucha interna que era muy fuerte, que ya teníamos experiencia en eso y que teníamos que mantenernos firmes. El día que murió Perón hicimos cola tres días y lloramos como perros, porque sabíamos que la muerte de Perón era una derrota, y la sentimos así, era una derrota para el pueblo.

Con el gobierno de Isabel comienza toda una situación, donde a esa generación le faltó experiencia, dirigentes experimentados para manejar toda una situación tan compleja. Un poco ingenuos en esa disputa. El enemigo ya había decidido dar la lucha por líneas internas del Peronismo, no había acuerdo. Es algo a lo que el poder siempre acude, una y otra vez; lo hizo esa vez, lo hizo con Menem, y lo intenta hacer ahora también con el gobierno de Kirchner: la lucha por líneas internas. El peronismo, por afuera, es invencible, pero por dentro es débil.

Nosotros tomamos una decisión que estuvo equivocada: el pase a la clandestinidad. Lo equivocado no fue el pase a la clandestinidad, lo equivocado fue desplegarse sobre el aparato. Era una decisión difícil. Hoy, decir que fue un error es fácil, es como hablar del partido el día lunes; en ese momento era difícil porque a nosotros nos perseguían en la calle para matarnos, nos tiroteaban los locales, teníamos que cerrar las unidades básicas porque nos ponían bombas. Habernos replegado en el aparato fue una trampa.

Ahora pienso que tendríamos que habernos mantenido con toda la fuerza que teníamos, armados, en una actitud de defensa. Y operar políticamente. Hubiésemos tenido costos muy altos, porque estaban dispuestos a todo, como lo demostraron, pero los vuellos políticos hubiesen sido otros. La Triple A era parte de una doctrina de contrainsurgencia; López Rega no era el jefe de la Triple A, ése fue uno de los mitos de la política argentina. La Triple A viene de la experiencia francesa en Argelia, son los comandos de la muerte, que hacen lo que oficialmente no se puede hacer; y no tenía una organización nacional, estaba dirigida desde el servicio de informaciones del ejército. Eso es parte de la doctrina. La doctrina francesa en la cual se formaron los militares represores nuestros desde el año 1957, que dice que el arma más importante contra la subversión es la inteligencia. La Triple A tenía una conformación en Capital Federal y Gran Buenos Aires, otra en Córdoba, otra en Tucumán... Todas respondían al servicio de inteligencia militar; en la provincia de Buenos Aires y en la Capital Federal había suboficiales de la policía federal retirados y algunos del ejército y la marina, y como operaba por líneas interiores incorporó a muchos grupos de ultra derecha, como la CNU acá, en La Plata. En Córdoba, en su mayoría, eran oficiales del ejército en actividad. Y en Tucumán, también, pero en Tucumán tuvo poca vida porque, cuando se desarrolló el Operativo Independencia, el esquema de la Triple A fue incorporado el esquema de las fuerzas regulares.

¿Qué experiencias te dejó la vida en la clandestinidad, con los amigos, con la familia? Porque fue una época de mucha militancia, pero la vida personal –por llamarla de alguna manera– también corre, y tiene su propio ritmo.

Sí, con mi familia, que era mi compañera y mis hijos.

Nosotros pasamos a la clandestinidad después de la muerte de mi viejo el 7 de agosto de 1974, cuando la Triple A mata a mi viejo y a mi hermano, Rolando; a Ennio Pierini, un dirigente del gremio petrolero; y el día anterior había matado al Chango Macor, un joven recién recibido de la escuela de periodismo, cuando no era facultad todavía, en lo que se llamó *La masacre de La Plata*.

La Triple A fue a mi casa a buscarnos, en Los Hornos, pero ya nos habíamos mudado hacía dos meses. También había ido a buscar a Reina Díaz, quien había sido decana de la Facultad de Humanidades, y ella no estaba porque había viajado al interior, así que salvo su vida.

Yo tuve que pasar a la clandestinidad en un gobierno democrático, en el gobierno de Isabel. Los compañeros me decían que tenía que irme de La Plata y yo no quería porque tenía mis afectos, mis compañeros, pero me fui porque no pude soportar que la gente me tocara en la calle. Iba por la calle y la gente no me saludaba, me tocaba; sentí un peso tremendo, “¿qué me querrá decir esta gente?”. Eran gestos de amor, no era otra cosa. Pero no estaba en el libreto.

Entonces nos fuimos a vivir al gran Buenos Aires, a donde pasé toda la clandestinidad: en la zona sur del Gran Buenos Aires. Cambiar el nombre, el apellido, cambiar de casa, mandar a los hijos con otro nombre a la escuela. Una tarea minuciosa. La clandestinidad es muy dura, porque es vivir en una casa a la que no podés llevar amigos ni familia ni nada, se vuelve dura. Estás con tus hijos, sí. Pero requiere una disciplina. Y un poco de suerte. Si combinás las dos cosas, sobrevivís. Después, cuando llegó la dictadura, la clandestinidad se hizo más fuerte, más dura; las normas que teníamos que cumplir eran más cerradas.

Y tus hijos, ¿cómo lo interiorizaron? ¿Lo tomaron desde el primer momento?

No. Mis hijos fueron haciendo un proceso de a poco. Éramos una familia de militantes... peor sí, sabían manejarse. Nosotros, en una época, usábamos un nombre en la casa y otro en la calle, y otro en la escuela, y los chicos manejaban los tres. Porque no podíamos dar el nombre con el que nos manejábamos en la escuela, aunque fuera un nombre falso; y tampoco podíamos, en la escuela, podíamos decir dónde vivíamos.

Una vez –era el cumpleaños de mi hija Mariana–, le dijimos a mi hija: “Mariana, es tu cumpleaños hoy, pero acordáte que no podés invitar a nadie a la casa, decí que no vas a festejar el cumpleaños”. Cuando terminó la jornada fuimos a buscarla, preocupados, porque era una situación que se presentaba por primera vez: cumplía años y no podía invitar a nadie, raro para un chico. Cuando la vemos le preguntamos “¿qué pasó, Mariana? Y nos dijo “les dije a los chicos que vinieran, si era mi cumpleaños, qué iba a hacer...”. Y nosotros le dijimos “¡No, Mariana, cómo hiciste eso!”. Y ahí nos dijo “Naaa, mentira... les dije que teníamos una tía que vivía con nosotros que era muy mala y que no le gustaban los chicos”.

Nosotros vivimos en la clandestinidad en el país y en el exterior: cuando estábamos exiliados también éramos clandestinos. Porque en el exterior nos buscaban para matarnos. Después de mucho tiempo me enteré que en el año 77 viajó a Ginebra, Suiza, un grupo de tareas de la ESMA a matarme porque yo estaba participando y haciendo denuncia en la OIT. Así declararon dos

liberadas en Francia, y yo no me enteré en el momento; y hubieron otros casos de persecución y de secuestros en el exterior. Por lo que la vida nuestra, en el exterior, también fue clandestina. Pero no dejamos nunca de mandar a los chicos a la escuela. No sé a qué se debe eso. En las situaciones más difíciles... Y la escuela era un lugar riesgoso porque tenían que ir todos los días, hay una rutina ahí. Y en la clandestinidad hay que evitar la rutina. La rutina te lleva a perder. Tenés que estar todos los días inventando cosas nuevas, esa es una batalla diaria.

¿Cómo pensás en esas cosas nuevas todo el tiempo? ¿Cómo se afronta eso?

Se te ocurren. Yo, por ejemplo, salía de mi casa y tenía que ir al Gran Buenos Aires o a la Capital Federal, entonces todos los días me hacía un plano nuevo por dónde viajar. Para no viajar siempre por el mismo lado, además de evitar avenidas y pinzas de la policía.

A la mañana tenías que planificar cada paso que dabas, pero en las situaciones límite el miedo te induce a la paralización o a la creatividad. Te volvés lúcido. Pero, el tema de clandestinidad, y de la represión, como hubo en la última dictadura militar, es que no te da lugar para enmendar los errores: un error político es la vida.

Y lo que practicábamos era una clandestinidad abierta, es decir, la mejor forma de ser clandestino es vivir como todo el mundo: en un barrio, tener un trabajo, un oficio. Yo tuve varios oficios, uno de ellos fue pintar letras, con eso me defendí. Porque es un oficio personal, que a cualquier lado que vayas tenés trabajo. Y te permiten moverte.

Nosotros nos fuimos al exilio en marzo del 77. Salimos clandestinos del país y nos fuimos para Roma, donde participamos del lanzamiento del movimiento peronista montonero. Y vivimos en España cerca de un año. En Madrid nació mi hija Julieta. Nació en el hospital Francisco Franco, tienen ese honor. Franco ya había muerto, pero el nombre de las instituciones tardó un tiempo en cambiar...

A mediados del 78 nos volvimos clandestinos a la Argentina. Por decisión propia y de la organización. Nosotros no queríamos vivir en el exilio, siempre soñábamos con estar acá, en la Argentina, y organizarnos, hacer cosas. Entramos por Chile. Yo me había ido a México a ver a la conducción de Montoneros y mi mujer y los chicos habían salido a Colombia, donde nos juntamos después. De ahí nos fuimos a Chile; en Chile todavía estaba Pinochet, fuimos a visitar el Palacio de la Moneda, todavía estaba destruido. De ahí nos fuimos al sur y entramos a la Argentina por Neuquén, por un paso de Los Andes. Toda la nuestra seguridad estaba en la patineta que traía mi hijo. El servicio de logística de la organización nos había hecho una patineta que tenía plata para vivir un año y dos juegos de documentos completos para todos, con todos los sellos del pasaporte y DNI, para poder cambiar de nombre. Y esa era nuestra seguridad. Yo siempre soñé dos cosas: volver a Chile y tener otra patineta que me dé la seguridad para vivir. A Chile volví, pero otra patineta así no encontré todavía.

Por acá hay varias patinetas, no será ninguna de esas, ¿no?

No, son de los chicos más chicos que tengo ahora. Tengo dos generaciones de hijos.

Y bueno, nos instalamos en el Sur de Gran Buenos Aires con la misión de organizar la resistencia sindical. Primero éramos dos o tres, después armamos una célula que trabajó durante todos esos años y, cuando llegó la democracia, con esa célula, con ese trabajo, recuperamos ocho sindicatos. Una experiencia interesante, que no debe haber sido la única, que demuestra que en la clandestinidad uno puede organizarse, puede hacer política y puede lograr victorias.

¿Podrías haber hecho lo que hiciste sin el acompañamiento de tu familia?

Mi mujer también era militante, el problema eran las responsabilidades que teníamos. Compartíamos y discutíamos todo con mi mujer. Era militante de la Organización, era un cuadro de la Organización. No era una cuestión de voluntad o de compromiso, era una cuestión de organización.

Durante ese momento de la clandestinidad, ¿te movías armado, ibas por la calle armado?

Vivíamos armados y con una pastilla de cianuro en el bolsillo. En la Organización nunca se discutió eso, porque teníamos que defendernos. La consigna era defendernos. Nosotros sabíamos lo que pasaba si no. Y en un momento la Organización decidió darnos una pastilla de cianuro para dar el último combate. Se discutió mucho eso, era una situación límite, poco entendible hoy día. Pero nosotros sabíamos que, si era posible, no tenía que caer ninguno. Porque la represión no tenía límites. El último combate ganado era el combate ganado con la vida. Después, muchos analizaron que eso trajo problemas y la Organización descartó esa decisión, no la de combatir.

Vivir armado para defenderse, no era algo nuevo para el peronismo. La resistencia era eso, siempre se vivía con una pistola debajo de la almohada. Era una voluntad, no era un atributo machista ni un exceso, era parte de tu oficio: sos un clandestino, sos un resistente, entonces te tenés que defender. Y nosotros teníamos planificado cómo había que defenderse si el ejército rodeaba la casa. A cada nueva casa que íbamos planificábamos cómo defendernos, cómo salir, cómo entrar. Y después teníamos que hacer política, criar los hijos, y ser creativos en el sindicalismo.

Yo estuve militando un año en Córdoba en 1976, cuando la Organización me trasladó. La represión era atroz, perdíamos 30 compañeros por día, pero no los podíamos parar, eran una máquina que devoraba todo. Posiblemente, también, por errores nuestros, por no saber o no entender la lógica de la represión. Después la Organización me trasladó a Buenos Aires. Cuando volví no pude dormir por una semana. Yo me pregunté, me preguntó mi mujer, qué me pasaba. No lo sabía. Era vivir en una situación límite, que te vuelve de una lucidez tremenda, pero vos no sentís presiones cuando estás ahí porque estás actuando. El peso lo sentís cuando aflojás. Te exige mucho.

Pero la experiencia me demuestra que es posible organizarse y hacer política desde la clandestinidad. Hasta hacer prensa. Nosotros publicamos un boletín que se llamaba *Confluencia sindical*, que empezó con una tirada de 500 ejemplares y pasó a 2000. Para entregar de mano en mano. Se puede hacer todo eso si vos acertás políticamente, no se trata de estar bien armados, tenés que tener tus recursos. Lo que te defiende es la política, si vos errás en política todo lo

demás es cartón pintado. Y nosotros, en esa época, estábamos dando una batalla dentro de la Organización por otras formas de hacer política, y también una batalla en la sociedad, porque la sociedad negaba: “no hay resistencia, nadie hace nada en este país”. Y nosotros nos tomábamos el trabajo de leer cuatro o cinco diarios por día y veíamos que no era así, y eso era lo que publicábamos. Era una cosa creativa y fuerte para que la gente leyera, por ejemplo, que en Córdoba se había ganado un conflicto sindical. Eso no existía.

Antes mencionabas el hecho de que la gente pasara por la calle y te tocara como gesto de amor. ¿Sentías, también, que había gente que no estaba de ese lado? ¿Sentías que en cada vecino podía haber una amenaza, un delator?

No, no vivíamos con esa persecución. Nosotros sabíamos en qué barrio había un civil que trabajaba en la policía, nos cuidábamos de eso. Pero no, al contrario, nosotros sobrevivimos por la solidaridad del pueblo, por gente que te daba una mano. Cuando estaba clandestino todavía en La Plata iba en un Citroën y me chocaron en una esquina; me bajé a discutir con el tipo. Yo tenía otro documento, otro nombre. Y apareció un micro, se bajó el colectivo y me dijo “Gonzalo, ¿tenés problemas? Vení, subite al micro, vamos”. Y yo le dije “No, quedate tranquilo que ya está todo arreglado”. Había esos gestos de solidaridad. Ese tipo era el *Loco fierro*, compañero de la JP de La Plata.

Una vez vine a La Plata, aunque no venía mucho porque era un lugar donde me conocía todo el mundo; vine de noche y me fui a la mañana muy temprano. Iba caminando por una plaza, suponiendo que nadie me conocía, y vi a un trabajador de la Municipalidad arreglando los canteros. Cuando pasé me gritó “viva el viejo Chaves, carajo”: nunca sentí un homenaje tan fuerte como ése.

¿Qué te pasa hoy cuando escuchás esos nombres que los salvaron, esos nombres falsos que te salvaron a vos y a tu familia?

Una vez me contó mi hija que se encontró acá, en el bosque de La Plata, con una chica que le dijo “qué haces D’Amico” y ella se quedó. “Te acordás que íbamos a la escuela en Lanús, las dos juntas”, y mi hija empezó “sí, sí me acuerdo”; “que tu papá trabajaba en tal lado, viajaba mucho”, toda la historia que hicimos. Y Mariana siempre se quedó en falta, porque no le pidió un teléfono, la sorprendió. Volver a esa vida que está ahí, que a veces te la topás.

Otro día mi hijo dijo “vamos todos a hacer un recorrido por todas las casas en las que vivimos en el Gran Buenos Aires”. Y lo hicimos, con mi ex mujer, con todos, una por una, las escuelas también, fue como una terapia familiar. Estuvo muy bueno. Los chicos estudiaron, fueron a la universidad, hicieron sus vidas, pero hay cosas que tardan años en cerrar. Los hijos de la clandestinidad son hijos con sus cosas. El tema de la clandestinidad es un tema que no se habló públicamente nunca. Ahora. Ustedes están inaugurando ese tramo de la memoria.

Hace poco fui a un acto de Suteba en Berisso y, al momento de las preguntas, les pregunté qué querían que les contara, “el exilio” me dijeron. Antes no se hablaba de esas cosas, “¿qué querés

saber?”. “Cómo te trataba la gente, qué decían”. Entonces les conté que vivimos en Madrid en el barrio Cuatro caminos; y que cuando nació mi hija fui a la panadería y me regalaron un chocolate, fui a la carnicería y me regalaron chorizos, fui a la vinería y me regalaron una botella de vino. Entonces pregunté a qué venía eso y me dijeron “pero, ¿no es que nació tu hija? Bueno, los españoles somos solidarios, no nos olvidamos que cuando estuvimos cagados de hambre Evita mandó un barco lleno de cereales sin que pagáramos un centavo. Nosotros tenemos memoria”, ellos sabían que éramos exiliados, no sabían que éramos clandestinos, pero sí que éramos perseguidos y que estábamos exiliados.

En el exilio también vivimos en La Habana, un pueblo cubano muy solidario, a pesar de las peripecias que ellos pasaban. Ellos construían un edificio de cinco pisos y un departamento estaba destinado para un exiliado latinoamericano. Y el gobierno también fue muy solidario con nosotros. Los chicos iban a la escuela. Cuando conversabas con la gente te hacían sentir como en tu casa.

Después viví otro exilio, pero en democracia. Durante el gobierno de Alfonsín se nos abrió una causa por asociación ilícita, la acusación era haber combatido durante la dictadura en forma organizada. Yo pensé: “que boludo, tendríamos que haber combatido en forma desorganizada”.

Algunos compañeros fueron presos; yo pude irme a Uruguay, donde viví poco más de un año, hasta que el juez pidió la extradición y me tuve que ir a Brasil. Pero ése fue el peor exilio que pasé porque me fui solo, mis hijos ya habían vuelto del exterior, estudiaban acá. Cuando volvió la democracia estábamos viviendo clandestinos acá, entonces, lo único que hicimos fue salir a la luz, incluso mi mujer trabajaba. Y pensamos que en poco tiempo volvía, pero duró dos años y medio ese exilio, y fue muy duro, pero también lleno de solidaridad. En Uruguay con los Tupa y la gente del Frente Amplio, de los sindicatos, y en Brasil también, la solidaridad del PT, de la izquierda brasileña y de la CUT. En Brasil trabajé de diseñador gráfico de la revista de la CUT, me defendía. Fue un exilio diferente. Además tuve una crisis de idioma.

Después, el juez Ponce nos eximió de prisión y pude volver. Cuando volví la gente decía “ya está, se acabó”, pero no fue así porque descubrimos que había otra cosa, que fue el *desexilio*, que es tan duro o peor que el exilio. Y ahí te entran las contradicciones. Porque el exiliado no es un nostálgico del pasado, que vive anhelando lo que hizo. El exiliado es un nostálgico del futuro, que vive pensando qué va a hacer cuando vuelva a su país. Y cuando vuelve a su país descubre que su país es otro. Se choca contra la realidad. Yo me separé en el desexilio. Hice terapia y pude entender eso que fue el desexilio, pero fue otra batalla más.

La militancia nuestra fue una militancia con mucha alegría. Y a mucha honra.

Decir que en nuestro país hubo una dictadura militar es benévolo, o que hubo terrorismo de estado. Lo que ocurrió en nuestro país fue un genocidio, que es otra cosa, una represión planificada, sistematizada, perduró en el tiempo, hecha desde el Estado, y dirigida a un determinado sector en la sociedad. A pesar de ello, en el mundo no está considerado como genocidio; la figura del genocidio está puesta sobre las etnias, no sobre los grupos políticos. El genocidio no empezó el 24 de marzo del 76 y terminó en el 83, empezó antes y se prolongó en la

democracia. Puede haber empezado el 16 de junio de 1955 con el bombardeo, puede haber empezado el 16 de septiembre, o con los fusilamientos del 9 de junio, con el CONINTES... El genocidio es una construcción social que necesita del consentimiento de un sector amplio de la sociedad, de no ser así no se podría realizar porque se hace con todo el aparato del estado.

En la UBA hay una cátedra que está estudiando, y dice que el genocidio tienen seis etapas: la primera es la identificación de quien vas a aniquilar, el asedio, el aislamiento, el aniquilamiento y la sexta es la que estamos que estamos viviendo ahora: la disputa del mundo simbólico, quién impone la memoria del genocidio, ésa es la pelea que tenemos hoy con los organismos de DDHH, quién construye la memoria; y nuestra memoria está construida sobre una matriz gestada en los inicios de la democracia, cuando la correlación de fuerzas no era favorable, es entonces una matriz sesgada. La matriz del *Nunca más* es una matriz sesgada.

Lo que no está en el *Nunca más* es la memoria del horror, es la memoria de los que se organizaron, que es lo que empieza aparecer ahora, cuando nosotros hablamos de la clandestinidad, del exilio, de los que se organizaron, de los que sobrevivieron. Ahí empieza otra memoria. Que además es ser un hecho de justicia, porque nos saca del lugar de la víctima y nos da protagonismo. Si no, en el caso de los desaparecidos, se da como una segunda desaparición: primero la física y después la simbólica. Esta memoria comienza a circular después de 30 años de democracia, es una memoria saludable, que no lo olvida el pasado. Es parte de la reconstrucción.

La experiencia de otros pueblos dice que para salir de un genocidio, como promedio, se necesitan 50 años, nosotros ya vamos 30, pero hay verdades que no se conocen. Hay 30.000 desaparecidos, 10.000 muertos políticos, sabemos que hay 500 chicos apropiados, sabemos que hay como 20.000 presos políticos, pero no sabemos cuántos exiliados hubo: se calculan cerca 300.000 exiliados. No se sabe, no hay cifras. No se habla. Los chilenos han incorporado el exilio como parte de la vida política, pero acá parece que da vergüenza.

Y el exilio aportó mucho para la democracia. La lucha de los exiliados, las denuncias, los derechos humanos.

Decís que parece vergonzante ser exiliado para los argentinos. ¿Vergonzante para los militantes que se exiliaron o para la historia argentina?

Para el exiliado mismo, parece que tiene más valor quedarse que irse. Son dos situaciones diferentes, no se pueden comparar.

¿Cómo pensás el exilio vos?

Yo estuve exiliado, estuve clandestino, y siempre militando, son situaciones diferentes. El exilio es muy duro; el exilio de verdad yo no lo conocí, si alguien lo conoció que hable. El exiliado no la pasa bien, está expatriado, arrancado de su ámbito, despojado de todo. Uno se va a exilio solo, sin nada, y tiene que reconstruir todo, y no es fácil irse a otro país, con otro idioma. El exiliado argentino se organizó en el exilio, la pelea, tuvo victorias. Y el movimiento obrero argentino

también peleó, y sin embargo a la democracia no le devolvió el mérito. Está en deuda con los trabajadores.

Muchas veces he escuchado que Las madres fueron las que iniciaron la resistencia en la Argentina; es cierto el lugar de Las madres, es impresionante lo que hicieron, pero no sé si es así. Lo que sí sé es que al otro día del golpe militar el movimiento obrero estaba haciendo paro. Y en el año 79 también hubo un paro general, en plena dictadura pararon un millón de trabajadores, convocados desde la semiclandestinidad. Fue muy fuerte esa resistencia, pero también está negada, hay muy pocas cosas escritas, no se habla de eso. Porque la memoria que prevaleció es la memoria del horror y nos va a costar salir de esa matriz, pero ya hay publicaciones, y la sociedad está dispuesta a escuchar.

¿Y cómo se recupera esa memoria del exilio?

Hay que escribir y contar, no hay otra forma. Hacer una película, por ejemplo; el cine argentino incorporó cosas.

Hay que contarlo, no es cierto que ya sabemos todo: no sabemos nada. Hay que contar y escribir. Hay que salir de la matriz sesgada, si nos quedamos en el lugar de la víctima estamos perdidos.

Juan Gelman habla en un poema sobre el exiliado, dice que el exiliado nunca termina de deshacer sus maletas. ¿Vos viviste eso o te sentiste a gusto, en algún momento, en esa nueva tierra?

Uno se siente a gusto, pero cuesta meterse en la vida de otros pueblos. Se siente cuando hay solidaridad; el exiliado argentino fue muy bien recibido.

Se hizo un trabajo fuerte, porque para el mundo no existía el terror en la Argentina. El tema era Chile; para los organismos internacionales el tema era Chile y Pinochet. También porque el PC, que tenía poder en ciertos ámbitos internacionales, decía que en la Argentina había que evitar el pinochetazo; decían que Videla era un general democrático. Entonces, boicoteaban todas las denuncias de las cosas que ocurrían en la Argentina.

Cuando estábamos en Madrid fuimos invitados, un grupo de compañeros que militábamos en el campo sindical en Montoneros, a un congreso de comisiones obreros, que era la organización sindical del partido comunista español. Querían que habláramos nosotros, los argentinos. Había, nos dijeron, un delegado del Partido Comunista argentino. Entonces fuimos a hablar con ese tipo, no recuerdo el nombre. Yo estaba con Armando Croatto, compañero que está desaparecido, y el gordo López, también desaparecido, un dirigente de Rosario.

El tipo nos dijo que no tenía problema en hablar junto a nosotros, pero nos advirtió que no dijéramos que en la Argentina había una dictadura. “Ah, ¿no? Y qué hay en la Argentina”, le preguntamos. “Bueno —dijo—, en la Argentina hay un proceso complejo, hay militares que no son iguales que Pinochet, hay que evitar el pinochetismo... Hay una situación particular...”. Y nosotros le dijimos de todo y nos fuimos. Volvimos a hablar con los dirigentes que nos habían invitado y les

contamos que no nos habíamos puesto de acuerdo; nos dijeron que no le diéramos pelota: “Díganle todo que sí, y después hablen”. Volvimos y le dijimos que sí, que íbamos a respetar lo que nos había advertido. Cuando lo presentaron a Armando, que fue quien habló en representación nuestra, empezó: “Videla asesino del pueblo Argentino”. Y el congreso se vino abajo, se acabó la historia de ese tipo que decía que en la Argentina no había dictadura.

Nunca ningún comunista lo habló. No sé por qué. Es un karma que llevan encima: es un partido que explotó en mil pedazos y nadie supo nunca por qué.

Otro aspecto del exilio, que también debe ser duro: ¿cómo era recibir noticias de compañeros de militancia que desaparecían? ¿Cómo era enterarse en el exilio de eso?

Era muy duro. Y también era muy duro cuando se te moría un familiar en el exilio. Le pasó a compañeros de venir a visitar a la madre y enterarse que había muerto. Te saca de lugar.

En el exilio circulaba más información que acá, en la Argentina. Yo recibí, una vez, una carta de un compañero, Zapata, delegado de subterráneo donde me contaba que había tenido que dejar el laburo por la represión –creo que estaba en la Coordinadora 5 de abril, que era de la JTP–; me contaba que salía todas las mañanas de su casa, tomaba un micro, tomaba otro, y bajaba. Y nunca llegaba a ningún lado. Era desgarrador lo que contaba el tipo. Yo pensaba “este tipo se está volviendo loco”.

Después, cuando estuve exiliado en Montevideo, me pasó a mí: iba a la casa de un amigo que estaba a 20 minutos y una vez tardé 2 horas. Me tomaba un micro y decía “no, éste no es, me equivoqué”, me bajaba y tomaba otro. Y ahí me acordé de Zapata, me estoy volviendo loco, dije. Entonces, recapacité, me puse a pensar que la vida de un hombre no son sólo su mujer y sus hijos; hay un universo de relaciones que te permite vivir, tus compañeros de trabajo, de estudio, los amigos del barrio, tu abuela, tus tíos... son un universo. Cuando uno los tiene no se da cuenta, del valor de los tíos o de los primos. Pero cuando no los tenés, en el exilio, por ejemplo, que sos solo y ese universo no existe, te corta todo. Y eso lo tenés que reconstruir en el exilio, eso a veces se puede y a veces no. Preciosa soledad. No estás solo, porque en Madrid había 40 mil argentinos, es una soledad compartida. Es muy fuerte.

A la vuelta, con todo ese saldo de 30 mil desaparecidos, el estar mucho tiempo afuera, en la clandestinidad, ¿volviste a sentir en algún momento esa soledad?

No, no. Sí vivimos épocas muy malas, como la del menemismo, épocas duras, pero siempre haciendo cosas. Esa soledad estaba en la clandestinidad y en el exilio. Cuando volvió la democracia el mundo se abrió.

De lo que nosotros nunca pudimos hablar es de la derrota. Yo tampoco. Hace poco decidí hablar y me costó mucho hacerlo público. Nosotros fuimos derrotados, la voz nuestra es la voz del derrotado. Aceptar la derrota es la posibilidad de construir otra historia, si no aceptás la derrota es muy difícil hacer otra cosa.

Y la dimensión de la derrota. No fue la primera vez que el pueblo argentino fue derrotado, o que el peronismo fue derrotado: fue derrotado en el '55, en el CONINTES... pero la dimensión de la derrota en la última dictadura militar fue otra cosa. Fue derrotada la guerrilla o llamémosle las organizaciones político-militares, el peronismo, la clase trabajadora, y la Nación. Y la consumación de la derrota de la Nación se hizo en democracia, la hizo Menem, la puso de rodillas. La derrota no sólo son los 30.000 desaparecidos. Lo importante es la vida de cada uno de ellos.

La derrota se visualiza en que el trabajador estuvo años aceptando un convenio de la baja, es decir, ganar menos para mantener el trabajo, que le bajen el sueldo: eso es la derrota. La derrota esta internalizada, no se manifiesta como derrota; te inhibe hacer cosas. Pero también suena vergonzante, pareciera que no es valiente aceptar la derrota. Pero es algo a lo que hay que abrirse. Y hay que construir a partir de la derrota. Todavía estamos a tiempo.

Segunda Entrevista

Fecha: 24/09/2014

Lugar: La Plata

Entraste por una puerta a la militancia... ibas a la cárcel a visitar a tu viejo y él te pedía que le hicieras "mandados".

Sí, por mandato paterno, no por convicción ideológica. Yo lo descubrí después de un tiempo.

En ese momento no eras consciente de lo que estabas haciendo.

No, era como un juego, como un favor. Era una obligación de hijo. Además era ser solidario con alguien que estaba preso; necesitaba algo y yo pasaba el mensaje, sin preguntar de qué se trataba. En casa había una cultura de la clandestinidad, porque nosotros no preguntábamos, sabíamos que no había que indagar.

Yo la sigo reconstruyendo la imagen de mi viejo, ¿sabés? Es algo que me va a durar toda la vida.

Estoy escribiendo un relato que es la historia de dos hermanos que se conocen de grandes, del mismo padre y distinta madre. Después de años se encuentran, se sientan a conversar de su padre. Entonces van reconstruyendo la figura del padre a imagen y semejanza de ellos, como lo necesitan en el momento. Lo que estoy escribiendo lo voy a tener que terminar, pero la historia de la reconstrucción no sé si va a terminar algún día.

Mi hermano, a quien conocí de grande, sobre el mismo hecho tiene una visión distinta; muchas veces se complementan. Son dos miradas, porque él vivió una experiencia y yo viví otra.

Cuando reconstruís a tu padre, ¿con qué imágenes te encontrás? Porque imaginamos que también tu padre debe tener distintas imágenes.

Para mi hermano era como un tío bueno, lo llevaba al cine... porque él era parte de otra familia. Mi viejo tenía dos familias: estaban ellos y nosotros. Era un secreto a voces.

Mi hermano no terminó el primario, pero leyó toda la literatura épica que leía mi viejo. Dice que lo que más le gustaba cuando estaban en la clandestinidad era ir al cine; iban al cine Belgrano, acá, en La Plata. Iban a ver películas de acción; vieron Lo que el viento se llevó, Espartaco... esas lecturas tiene, la historieta de El eternauta. Mi viejo era un gran lector, y una de las cosas que nos transmitió fue el hábito de la lectura. Y era raro, porque era suboficial del ejército y leía una literatura muy específica. En los años 30 o 40 leía a César de Queiroz, un portugués; leía a Roberto Arlt, a Salgari, a Jack London. Después incorporó a Howard Fast... a otros escritores.

Y nosotros nos iniciamos en la literatura a partir de esa biblioteca que tenía mi viejo.

Tenés recuerdos de ese peronismo de tu viejo.

Mi viejo empezó a militar después del 55, porque mi viejo era peronista pero nunca había militado. Cuando cayó Perón empezó su militancia.

Ya había tenido dos gestos.

Él estaba retirado del ejército cuando se produce el bombardeo del 16 de junio. Se presenta al Regimiento 7 para colaborar con el jefe del Regimiento, que era un conocido de él, y marchan a recobrar la base aeronaval de Punta Indio.

Y, después, el 16 de septiembre del 55 también se vuelve a incorporar al ejército y van sobre la base de Río Santiago; pero era un gesto más militar que político, o político-militar.

Cuando lo derrocaron a Perón él se empezó a organizar con otra gente. Ahí se involucra en la conspiración del 9 de junio; que fue una conspiración clandestina, una clandestinidad muy diferente a la de los 70. Era un poco más abierta... y era eficiente, porque se basaba en la confianza, había mucha confianza con el otro. En los 70 uno partía de la desconfianza, pero no solamente por la condición de los hombres, sino porque la tecnología de la represión había avanzado mucho y había situaciones límite que se producían a diario. Se aplicaba otra inteligencia...

Estaba avanzado... el manual de contrainsurgencia que utilizó las FFAA fue elaborado por asesores franceses que vivían y trabajaban en la Argentina para el Estado Mayor del Ejército. Decían que en la lucha contra la subversión no hay que ir detrás del combatiente, hay que golpear al que reparte el diario, al que presta la casa, al que es solidario... hay que sacarle el agua al pez.

Mi vieja siempre cuenta, y me lo atribuye a mí, aunque yo debo haberlo sacado de algún lado, que la mejor forma de ser clandestino es vivir como todo el mundo. A eso se le llama principio de la clandestinidad abierta, y nosotros vivíamos así en la clandestinidad. Vivíamos como todo el mundo, con la casa abierta, los chicos iban al colegio, los chicos del barrio iban a la casa a jugar, trabajábamos o teníamos una cobertura de trabajo; el barrio sabía lo que hacíamos. Si el barrio no sabe lo que hacés, te lo inventa. Y la gente, para imaginar cosas, era de lo peor...

Tenía un oficio que era letrista. Tuve muchos oficios, pero el oficio que me duró más años fue el oficio de clandestino, porque fui clandestino del 74 al 83.

Y esa forma de manejar la clandestinidad era algo que habíamos visto de otros compañeros, de otras generaciones del peronismo, en esos vínculos que nos transmitían cosas, de cómo ser.

En el año 76, después del golpe, la Conducción me trasladó a Córdoba y estuve en la conducción de la columna de Córdoba. Y la represión en Córdoba apretaba; bajaron por Tucumán, Córdoba, y después Buenos Aires. Nos encontrábamos forma de eludirlos. No habíamos acertado... no había una forma de clandestinidad que nos permitiera vivir. Y ellos estaban avanzando, en Córdoba empezaron a entender cuál era la lógica nuestra; eso les enseñó el manual, que lo primero que debían hacer era conocer la lógica de la organización que querían combatir.

Hay algo que se repite mucho en las entrevistas que tiene que ver con el pase a la clandestinidad, que si bien fue impuesto por esa lógica de persecución y acción militar, había separado esa militancia de base, la militancia sindical de los sectores populares. Y pasó mucho con el trabajo en el barrio, porque los militantes se vieron obligados a alejarse de esos espacios

para no comprometerlos y, del otro lado, un pueblo que también había asumido que la mano venía jodida y sabía que tenía que cuidarse, quería sobrevivir.

Eso es una hipótesis; la he escuchado, es aceptable. Pero yo no pienso igual. La relación es política, la clandestinidad es un instrumento. Si vos tenés buena relación política, por más que estés clandestino la seguís manteniendo. Esa desinteligencia de la organización del peronismo montonero con su base no se produce por la clandestinidad, se produce por la política.

Nunca sentiste, entonces, que esos espacios en el barrio se iban cerrando.

Sí, por la represión.

El pase a la clandestinidad fue un error, porque nos trajo más problemas que soluciones. Visto hoy, que es como ver el partido el día lunes, me parece que en ese momento teníamos que haber defendido la legalidad. No desarmarnos, no teníamos que desarmarnos, sí defender la legalidad. Hubiésemos pagado un precio muy alto porque nos perseguían en la calle para matarnos, nos tiroteaban los locales; nos echaron de todos los puestos de gobierno; perdimos la provincia de Córdoba, Mendoza, Salta, Buenos Aires y Santa Cruz, todos gobernadores que eran de la Tendencia los bajaron a todos. Y todos los cargos que tenía la tendencia a nivel nacional, se los llevaron todos. Nosotros fuimos por el camino que ellos querían. Pienso que en ese momento nos tendríamos que haber mantenido armados, pero defendiendo la legalidad. La diferencia es que hubiésemos obtenido una victoria política; una derrota, en términos de hombre, pero una victoria política. Costó tiempo remontar esta situación.

En la clandestinidad nosotros recibimos mucha solidaridad de la gente sabiendo que éramos montoneros, nadie nos acusó de que abandonamos a nadie. El 80 por ciento de la Conducción montonera luchó peleando contra ellos; el exilio dorado no existió nunca, y los perejiles menos.

Yo vivo porque estuve organizado; y pude vivir clandestino en la Argentina porque estaba organizado; pude entrar y salir tres veces durante la dictadura militar porque estaba organizado, no porque estaba desorganizado. Había niveles de organización. Algunos pudieron mantenerse en la estructura, otros la pelearon como pudieron, y estaba bien eso, estaban aislados, no tenían recursos. Pero la organización es lo que nos posibilitó muchas cosas. Nosotros no tuvimos problemas porque la Organización era muy cerrada, tuvimos problemas políticos: no ver la política, no ver que Perón se nos moría; nos faltó picardía. Entonces, nuestros enemigos internos y externos querían echarnos de la familia, para no heredar.

Nosotros tendríamos que habernos replegado sobre el pueblo, no sobre el aparato. Los que estuvieron clandestinos acá, durante la dictadura, y sobrevivieron fue porque se replegaron sobre el pueblo, sino no hubieran podido sobrevivir. Teníamos experiencia. La experiencia no vino de Montoneros, la experiencia vino de otro lado; Montoneros fue una etapa de la lucha, muy corta, lo más grande nuestro fue la Juventud Peronista. Si tenemos que analizar los 70 tenemos que analizar la Juventud Peronista, no los montoneros, ni las FAP ni las FAR. La naturaleza de las cosas está en otro lado, en esa generación de jóvenes que nace en el 55.

Hace un momento decías que se replegaron sobre el aparato cuando debieron replegarse sobre el pueblo.

Pasa que no todo el mundo pensaba igual de Montoneros. El grupo que nos mantuvimos juntos en la zona sur del Conurbano bonaerense teníamos otra idea, sabíamos para dónde ir, cómo hacer el trabajo sindical, por eso recuperamos ocho gremios. Discutíamos internamente. Por ejemplo, la Organización decía que había que identificar todos los trabajos políticos y sociales con Montoneros, y nosotros sabíamos que no íbamos a durar con eso. Si tirábamos un volante en una fábrica a otro día tenías cien policías trabajando como obreros, cosa que pasó en Alpargatas, en Astillero.

En ese momento, ¿qué expresiones recibían del pueblo? ¿De pronto alguien se les plantaba y le decía “ustedes pueden pasar a la clandestinidad, pero el pueblo no puede”?

No... Los presos políticos que se pudieron ir al exterior fueron un grupo; algunos no querían, otros no podían. A otros les parecía más seguro estar en el interior del país, vivir el exilio interno. Si estás amenazado de muerte primero pensás si podés o no pasar; después te arreglás. Dejás todo.

No se trata de no hablar de los errores. Hace poco, en una entrevista en Canal Encuentro, hablé por primera vez en público sobre la derrota. No me animé nunca. Cuando intenté hablar de la derrota los compañeros me decían “Gonzalo, no hablés más de eso. No estamos derrotados”. Y qué estamos, preguntaba yo. Dentro del peronismo, la palabra derrota no existió. Y lo han cagado a palos varias veces al peronismo... sin embargo, nadie lo reconoce, es como vergonzante. Alguna vez alguien dijo que la derrota puede ser una gran frustración o una gran lección. ¿Quién más derrotado que el Che Guevara? ¿Conocen a alguien más derrotado que el Che Guevara? Lo mataron a él y no quedó nadie. Sin embargo, transformó esa derrota en una victoria.

La clandestinidad. Cuando entré con mi familia en el 78, nos fuimos exiliados cuatro y volvimos cinco. Y volví con otra documentación... tenía que resolver casa, escuela para los chicos, vivienda, trabajo. No podíamos conectarnos con nadie, no sabíamos la situación. Ni familiares, ni compañeros ni miembros de la organización. Nadie. Traíamos recursos para vivir un año y buena documentación, que es lo que necesitás en la clandestinidad.

En la famosa patineta...

Claro. Nos instalamos en un hotel en Buenos Aires. ¿Pero cuánto podíamos durar en un hotel? Fui a ver a un compañero en Berazategui. “Compañero –le dije–, hace dos días volví a la Argentina. Vamos a organizar la resistencia”. “Eh, ¿te parece?”. “Sí, vamos a organizar la resistencia”. “Bueno –me dice–, ¿y qué necesitás?”. “Una casa”. No era un compañero de la organización, era un compañero peronista, un luchador. “Mirá –me dice–, volvé mañana”. Al otro día fui y me dice “tengo algo, pero me da vergüenza ofrecértelo”. “¿Por qué?”. “Porque es una casilla”. Para mí era un palacio, tener un lugar donde meterme era tener un palacio.

Con ese hombre, después, no coincidimos políticamente, pero él nunca contó nada. Cuando yo empecé a contar esto tampoco lo nombre a él, no lo nombro. Hay cosas que son gratificantes, que enseñan.

Una vez también fui a visitar a un viejo compañero, a un hombre de la resistencia. Digo viejo pero en realidad no eran tan viejos; he vivido tantos años que no tengo control de los viejos y los jóvenes. Se me confunden. Ese hombre era del comando L113, que era un grupo de la resistencia peronista; un comando de la resistencia, con cierta autonomía, que era de Quilmes. Eran de otra generación; tienen un desaparecido en el grupo. Durante la dictadura lo fui a ver a la casa y me dijo "Gonzalo, hace una semana me levantaron de la fábrica"; él trabajaba en Luz y fuerza, y a la salida del laburo lo siguió un coche y lo levantaron; después lo levantaron por segunda vez. Lo levantaron, lo subieron a una casilla rodante y lo torturaron, dando vueltas por Quilmes. La represión sabía que había información que tenía valor tres o cuatro horas, que después se perdía; entonces, para no perder tiempo llevándote hasta un lado para torturarte, te torturaban en la calle, en la casilla rodante. Algo muy tenebroso: dan vueltas alrededor de tu casa mientras te torturan; porque están buscando un contacto. Esa vez zafó.

Y la segunda vez no lo vendaron ni nada, lo subieron al auto y lo llevaron al puerto de Buenos Aires, donde está Puerto Madero, a un galpón grande. Lo atendió un oficial de oficial de la Marina y le dijo: "Mirá, te va a ir a visitar Gonzalo Chaves. Cuando vaya, llamá a este número" y le dio una tarjeta con un número. Y lo largaron. Y cuando yo llegué me dijo "toma, acá está la tarjeta". Yo le agradecí de mil maneras. "Alguien habló" me dice. Sí, alguien había hablado. Le agradecí y me fui. Después se murió este hombre, nunca pude agradecerle realmente lo que había hecho. Yo me sentía responsable de su caída, él no había tenido nada que ver.

Esos son los lazos de la clandestinidad. Dos hombres con pocas palabras, y lo que tiene valor son los hechos.

¿Cómo era la relación de la juventud con esa primera filiación del peronismo, con los de la resistencia? La filiación con tu viejo, en el encuentro con el pueblo...

Se fue armando día a día.

Cuando empecé a militar era "el hijo de Horacio". Empecé a militar, entonces, con un plus: que era el hijo de Horacio. Nunca me lo creí eso.

Después que lo mataron a mi viejo, seguí viviendo acá, en La Plata. Y no aguanté mucho tiempo, porque la gente me tocaba por la calle; y los viejos compañeros de mi viejo me decían "cuidá el apellido". "Qué hijos de puta", decía yo. Después entendí que lo hacían por amor, un gesto de cariño, de solidaridad. Me tocaban, no me saludaban.

Con la Juventud Peronista lo consultábamos a mi viejo, cuando teníamos alguna duda grande, nada más. Después, todas las fechorías que hicimos... éramos grandes. Pero habíamos aprendido de ellos.

A mí, en la ciudad, todavía me pasan cosas, cosas extrañas. Yo les relato un hecho que se transformó en un relato del realismo mágico. Mi hijo más chico, un día tomó de un vaso un poco de lavandina, por accidente; lo llevé al hospital de niños, lo atendieron en la guardia. No te preocupes, me dijeron, es común; entonces le dieron un jarabe para reconstituir la flora intestinal. “Pasá por la oficina que la enfermera te va a tomar los datos”. Cuando me acerqué le conté a la enfermera quién era, Pedro Chaves... tiene 12 años. “¿En serio? –me pregunta la enfermera– Si recién vino un chico que se llamaba igual, que se había tragado lavandina”. Y mi hijo también había tragado lavandina. “El padre manejaba un taxi” también me dijo la enfermera. Bueno, pasó.

Algún tiempo después me tomé un taxi en La Plata y cuando subí el tachero me dijo “Cómo te va”. “Pero qué, ¿me conocés?” le pregunté. “Sí, cómo no te voy a conocer –me dijo–, tengo tu mismo apellido”. “Pero vos sos con zeta”. “No, no. Soy con ese”. Y ahí le dije “¿no habrás sido vos? ¿Vos tenés un hijo que se llama Pedro que tragó lavandina...?”. “Sí... –me dice– Te conozco de hace mucho; es más, tengo en mi casa un cuaderno donde tengo recortes de diarios de tu persecución año por año. Un día saliste en la tapa del suplemento dominical de El día”. Este está loco, dije. Debe haber sido alguna marcha, algo, que sacaron la foto y después la publicaron. “Pero yo estuve mucho tiempo afuera”, le dije. “Naa... qué vas a estar mucho tiempo afuera si un día llegaste a la estación y te tomaste un taxi: yo manejaba. Te llevé a Punta Lara”. Y yo viví un tiempo clandestino en Punta Lara, muy poco tiempo. Y yo pensé que nunca me había visto nadie. “Me pagaste y yo me fui; pero a la semana volví a Punta Lara, porque tengo un pariente que me dijo ‘escucháme, que esto quede entre nosotros: en esa casa que está ahí en frente para el hijo de Horacio. Hay que cuidarlo. Que no se te vaya a escapar’”. Mierda, qué fuerte... esta cultura... yo creo que en todos los pueblos... cómo se trasmite. Hay gente que te está cuidando. Eso es la clandestinidad. En la clandestinidad uno sobrevive porque, en esto digo: el 50% es suerte, casualidad. Pero uno tiene que achicar las posibilidades de caer, aunque siempre hay un margen de riesgo alto. Pero si existe eso, las cosas son posibles. A mí, por ser montonero, nadie me negó nada.

El peronismo sabía lo que era el exilio, porque habían estado exiliados los peronistas. El exilio es uno de las peores torturas que sufre el hombre. Por más que tengas plata, eh. No se trataba de tener o no recursos, iba por otro lado.

Antes de alejarnos, a vos te tocó despedir a tu viejo. Según los testimonios que recopilamos muchos lo recuerdan hoy ese funeral, la procesión; alguno habló de una muchedumbre; Marcelo Molina, incluso, nos contó que estuvo encargado de la seguridad del acto. ¿Vos cómo lo viviste, cómo lo recordás, cómo traducís ese dolor?

Yo me encontré una mañana con compañeros de la organización y les conté que se habían llevado a mi viejo; no sabía que lo habían matado. Después fui a ver al abogado del juzgado y me dijo que lo habían matado. Fue un momento... pasé de una situación a otra totalmente diferente. Lo fue también en la política de la ciudad, porque fue cuando mataron a Pierini, a mi viejo, al Chango Marcor; una escalada de represión que se vino en todo el país después de la muerte de Perón.

Fue muy duro. Yo ya vivía clandestino cuando lo mataron a mi viejo. Me fueron a buscar a mi casa y no me encontraron. Nosotros habíamos pensado la posibilidad de que mataran a alguien... pero una cosa era hablar y otra cosa fue verlo.

Pero teníamos la idea que la resistencia tenía que seguir organizada y peleando. Una idea primaria, lo primero es que hay que resistir, después vemos. Primero resistís, después te preguntás. No hay que tener un programa político para resistir, ni una ideología; tenés que defender lo tuyo. Después viene pensar. Eso en el peronismo es muy fuerte. El peronismo, de ser una identidad política devino en una cultura y eso es lo que lo hace poderoso. La identidad política se puede caer, va para arriba, para abajo, pero como la cultura sigue, se recrea, el movimiento se recrea. No es el tiempo el que mata a los movimientos nacionales, pueden sobrevivir siglos; sólo desaparecen cuando surge otro más grande que los contiene y los transforma en otra cosa, como hizo el peronismo con el radicalismo: lo contuvo y, a su vez, lo negó. Y produjo otra cosa nueva.

Ya eras resistente y eras clandestino, y sin embargo recién dijiste que después de la muerte de tu viejo pasás de una situación a otra. ¿Qué es lo que cambia?

Cambian muchas cosas. Vos sentís que las cosas van en serio, te volvé más cauto, el miedo te acorrala, entonces peleás para transformar el miedo. El miedo te puede acorralar o volver más lúcido, el miedo te obliga.

Nos contaron una anécdota sobre ese funeral y queríamos contártela a vos porque esas anécdotas que circulan en el pueblo no sabemos cuánto tienen de verdad y cuánto de invento.

Invento no, se recrean. En la tradición oral se recrean: es la leyenda. Y las leyendas se recrean, es rito.

Tenemos una leyenda. En ese velorio hablaste: ¿recordás qué dijiste en ese discurso?

No.

La leyenda dice que vos, en ese momento, dijiste algo así como que los muertos no se lloraban, se reemplazaban. ¿Te reconocés en esas palabras?

Sí, era una consigna. Hace poco, en un acto de homenaje a mi viejo dijeron eso. Estaba dentro de ese lenguaje férreo que había en esa época, hermético. Hoy no diría eso y sí diría otras cosas. Es posible que haya dicho eso; creo que hay citas del discurso, tal vez en algún periódico.

Decíamos “libres o muertos: jamás esclavos”; “Perón o muerte”; “La patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas”. Había una épica...

Había una formación, si se quiere, pírrica; se pensaba en la muerte hacia un fin trascendental, que era la política, que era la revolución. ¿Reniegan de eso?

No, no.

Hay un sacerdote, teólogo de la liberación, que dice: no hay sociedad sin utopías, que el hombre es él y su sueño; dice que no hay hombre que quepa en sí mismo, el hombre es él y su sueño. Es eso. El hombre sin sueños, ¿qué sería?

Nos contaste que se fueron cuatro y volvieron cinco; que te pusiste en contacto con compañeros y que te instalaste en una casilla. ¿Cómo es llevar un proyecto de país, es decir, esos sueños de los que hablás, y a la vez llevar una familia?

Tenés que ser un orfebre.

Porque, ¿cómo mandás los chicos al colegio? Nosotros llegamos y teníamos que llevar a uno a tercero, a otro a cuarto... ¿y de dónde vienen estos? Primero que teníamos otro apellido y, segundo, que no teníamos antecedentes en otras escuelas, no teníamos boletines, nada. Y los chicos tenían que ir a la escuela. Últimamente estuve pensando en eso: cómo en los peores momentos lo primero que resolvía era la escuela de los chicos. Es una forma de preservarse, continuarse.

Yo tampoco lo conté nunca a esto, porque por muchos años pensé que mis hijos iban a tener problemas con esto. Hoy los chicos tienen títulos universitarios, son docentes... mi hija, Mariana, que es antropóloga, me dijo "papá, vos tenés que contar, libertáte. Contá porque acá en la Argentina un título superior avala..." porque ellos hicieron la primaria y la secundaria con otro nombre. En Buenos Aires hay una casa, que se llama La casa del maestro, que te vende todo: pases, boletines, todo... Y nosotros armamos los boletines e hicimos los pases de escuelas.

Cuando teníamos que mudarnos cambiábamos de nombre y de casa. Teníamos que arrancar con otro nombre y otra escuela.

¿Pensaron alguna vez, dejar a los chicos en una guardería en Cuba, por ejemplo?

Sí, estuvieron algún tiempo; en el Segundo exilio. Nosotros nos quedamos hasta principios del 80 y nos fuimos. Después volvimos en el 82, después de Malvinas. Ahí fue que no vinimos con los chicos, nos parecía que no era momento para venir con ellos. Los dejamos en una guardería cuidados por compañeros. Pero en la etapa anterior, no. Porque el peronismo, también, la lucha era del grupo familiar.

Era más sospechoso, incluso, andar solos.

Claro.

El peronismo era así, no era que vos te arreglabas solo. En la historia de la represión hay cuatro o cinco familias que fueron aniquiladas, todos: primos, sobrinos... era un mundo.

Me parece que esa es la fuerza, también; hay algo ancestral, de vínculos muy fuertes, políticos y familiares.

Durante esos años que uno tenía que acomodarse y reinsertarse en la vida, en distintos barrios, distintas casas, distintas escuelas. ¿Cómo era el vínculo con el barrio, con el pueblo?

Es alquilar una casa, sin garantías, claro. ¿De dónde vas a sacar una garantía, si estás solo? Por particular, no por inmobiliaria. Tenés que rebuscartelas, buscar formas. Y tener un trabajo, porque si no trabajás la gente sospecha. Los chicos tienen que ir a la escuela.

Lo que te provoca problemas en la clandestinidad es la rutina; todas las cosas rutinarias son los puntos flojos. Tenés que evitar la rutina. Pero es posible organizarse en la clandestinidad, mandar a tus hijos a la escuela, pelear, vivir, ir al cine.

¿Y cómo se organizaban para militar? ¿Qué espacios tenían para seguir esa resistencia? Porque ustedes no dejan de ser resistentes.

Nosotros estábamos organizados, teníamos una célula sindical en la zona sur. Trabajamos sobre la base de la confianza, la confianza en la política. Teníamos abiertas casas de compañeros y nos juntábamos a tomar mate; cuando los vecinos se iban nos poníamos a hablar. Previo a eso habíamos tenido cientos de formas de encontrarnos, de hablar. Que fueron cantadas.

Por ejemplo, si queríamos comunicarnos con alguien de otra ciudad u otra provincia, establecíamos por acuerdo un sistema de llamados. Entonces, si estabas en la ciudad de Tucumán, los días viernes ibas a la carnicería de 11 a 12. La otra semana, el jueves, ibas al almacén que estaba a dos cuadras. Entonces de acá llamábamos y decíamos “Disculpe, acabo de llamar a la casa de un amigo y me dijeron que había salido al almacén. ¿Me puede comunicar con él?”. así conversábamos. Sin saber dónde vivía el tipo ni nada.

Es complicado y lleva tiempo.

La represión después descubrió esas cosas. Vos llamabas y te atendía un oficial del ejército.

¿En qué consistía el trabajo político?

En Córdoba teníamos trabajo en Renault, con delegados. Y había problemas, en una empresa todos los días hay problemas; problemas de la revisión del trabajo, los reclamos salariales. Y estaba prohibido reunirse, si alguien llamaba a una reunión al otro día desaparecía. Entonces, escondíamos en el baño un papel: “Mañana nos encontramos a tal hora dentro de la fábrica”. Y así nos juntábamos y hablábamos; se resolvía ir a ver a la Empresa: hablaba uno un día, otro al día siguiente, para evitar ser identificados. Esa era una de las formas. Había lugares en que se podía tener una comisión interna, porque los niveles de represión no fueron uniformes en todas partes. Lo que nosotros tuvimos claro desde el principio fue que sabíamos que en la clandestinidad se podía organizar, se podía organizar. Lo que no se podía es masificar la lucha. Peleábamos por mayores márgenes de legalidad, entonces tendíamos a la legalidad, no pretendíamos que todo el mundo pasara a la clandestinidad. Tendíamos a conseguir espacios, espacios políticos, y los espacios políticos los conseguimos a través de la política, de aciertos políticos; no los conseguimos con plata ni con fierros.

Durante ese período en la clandestinidad tuviste una experiencia con la prensa.

Sí, sacábamos un periódico clandestino que estaba identificado con la Organización, se llamaba Confluencia sindical. En la contratapa decía “Amparado por la constitución nacional”. Lo que hacíamos era retransmitir lo que sacábamos de los diarios de los conflictos sindicales de todo el país; era un avance, porque todo el mundo decía “no pasa nada en este país, no hay lucha”, pero nosotros sabíamos que no era así. Teníamos la capacidad de juntar todo eso, el sólo hecho de transmitirlo era un triunfo. Era información que te sacaba del aislamiento, a los gremios, a los sindicatos. Del primer número tiramos 500 ejemplares, después fueron 2 mil. Habrán sido 10 números. Circulaba de mano en mano.

Teníamos una tapa hecha en serigrafía y cada número salía de un color diferente; la teníamos preparada y le poníamos los títulos. Esa tapa la podíamos hacer en cualquier lado; guardábamos todo en una valijita: el esténcil y el rodillo. Lo podíamos guardar en cualquier lado o tirarlo si era necesario. Después comprábamos otro. Y fue eficiente eso.

Hace un momento decías que tus compañeros te recriminaban que hablaras de la derrota. ¿Cuáles eran las marcas de esa derrota de la que no querían hablar?

No sé qué nos pasa a nosotros. Por ejemplo, el exilio nuestro es vergonzante, nadie se reivindica como exiliado. En cambio, en Chile, haber sido exiliado hasta te da prestigio social. En la Argentina hubo 300 mil exiliados.

La derrota es la derrota de un país. Hay que asumir esa derrota y construir a partir de eso, no se puede negar.

Pensando en esos compañeros que no están, ¿cómo era la forma de despedirlos en su momento y cómo es la forma de reencontrarse hoy con esos compañeros? Es decir, ¿era distinto el recuerdo del compañero en ese momento que ahora?

La memoria es diferente, porque la memoria es una construcción social. La memoria siempre es social está influenciada por las circunstancias de la época y, luego, influenciada por las circunstancias del momento en que recordás. Parece que no se conoce la memoria individual, no quiero hacer una afirmación.

Hubo momentos en nuestro país de la memoria, hubo momentos en que la memoria se empeñaba en hablar de números solamente, no de nombres, eran silvestres, ni nombre tenían. Hasta que alguien se animó. Y las etapas están solapadas, montadas unas sobre otras, y todavía sigue algo de eso. Por ejemplo, a qué organización pertenecían los compañeros; ni siquiera en los avisos de Página|12 figura en dónde militaban. Hay mucha gente que ahora empezó a decir “mi hijo era montonero, era del ERP, era del partido comunista marxista leninista...”. Esa es otra memoria. La memoria que nos falta.

Durante mucho tiempo tuvimos –y seguiremos teniendo– una memoria sesgada, es la memoria del dolor, de lo que nos hicieron. Y en esa memoria no está la memoria de los que se organizaron,

y ésa es una memoria que enseña, que es la que estamos contando ahora. Estamos encaminados, estamos construyendo otra memoria. Entonces hablamos de la organización, cómo nos organizábamos, cómo vivíamos clandestinamente, cómo obteníamos victorias, cómo teníamos derrotas. Uno no aparta el horror, porque está siempre presente, pero pone el eje en otro lado. Y eso habilita otras cosas. Lo otro es paralizante. Es la memoria que construyó el genocidio; el genocidio es tan poderoso que no solamente se organizó, sino que nos impuso cómo recordarlo. Estamos presos de eso: te mata y después te impone cómo recordarte.

Durante la clandestinidad, en esos momentos, ¿qué era considerado un triunfo? ¿Qué imágenes tenés de triunfo?

Cuando vivíamos acá y ya teníamos percepción, habíamos aprendido a leer señales, fuimos un día a Berazategui a hablar con un compañero que nos dijo “Estamos afiliando”. “Qué están afiliando”, le pregunté. Era el año 79. “Si están prohibidos los partidos”. Entonces me dice “sí, coludo, pero nos afiliamos en un cuaderno, no le ponemos ningún partido político”... también fuimos encontrando señales en la prensa, porque en un momento empezó a aparecer información de agrupaciones sindicales peronistas; se estaban abriendo espacios de legalidad en la prensa, en el sistema. Hubo un paro el 27 de abril del 79 que marcó un antes y un después. Y todo eso nos dio la visión de que podía haber una salida política y que después de la salida política venía la reorganización sindical, nos preparamos para eso, para recuperar los gremios, después, en la democracia. Sabíamos que venía por ahí.

Vos dijiste que el miedo, la muerte y la desaparición de los compañeros pueden paralizar o generar una tremenda lucidez. Sin embargo, ¿se generaron espacios de dudas, de desamparo? ¿Te detenías a evaluar “qué es lo que perdí, qué es lo que tengo”?

Sí, esos momentos se dan. Cuando estábamos en el exilio decidimos volver, es decir, no fue una decisión personal, eran decisiones de la Organización y nosotros, por supuesto, estábamos de acuerdo.

Hay peleas que uno sabe que no se van a ganar. Esa pelea no se iba a ganar, pero teníamos que darla igual. Porque si uno pelea y pierde, queda parado para una reconstrucción; en cambio, si uno no pelea...

Hubo muchas familias que han perdido mucho...

Vos te estás instalando en un barrio, conseguiste casa y escuela para los chicos; estás bárbaro porque lograste ir construyendo... pero te llega una duda, tu casa fue detectada por un error que cometiste o por alguien que falló, o porque alguien te delató. Tenés que irte, sin la certeza incluso. Tenés que levantar todo. Esa decisión. Nosotros hablamos con los chicos, “Hay que irse de esta casa” les dijimos. “Pero nosotros vamos a la escuela, tenemos amigos, tenemos los juguetes...”. No podemos llevarnos nada, sólo los documentos y la ropa que llevábamos puesta, nada más. Teníamos que irnos de casa como si fuéramos al cine, no podemos salir con valijas. Ahí se te viene

el mundo abajo. Y los chicos dijeron “Bueno, si es por el bien de la familia, nos vamos”. Eso está en el alma... no sé qué edad tenían los chicos.

Yo creo que les deja marcas. Un amigo mío me dijo “tus hijos tienen tus raíces, las fuiste trasplantando”. Pero nunca tenés que dudar, porque dudás un día y perdés.

Ahora, por mucho tiempo que uno esté afuera, exiliado, no echa raíces. Porque ahí donde está, está desterrado.

El exiliado es un nostálgico del futuro, no del pasado. El exiliado está pensando qué va a hacer cuando vuelva. Y cuando vuelve se encuentra con otro país, ahí se produce otro quiebre que es lo que se llama el desexilio.

Muchas parejas que vivieron en el exilio se separaron en el desexilio... Y uno dice “Cómo, si aguantaron afuera, ahora que están de vuelta tienen que seguir”. Yo no tengo nada que ver con esa estadística...

¿Qué es eso que empieza a aflorar?

Todo. Las contradicciones de la pareja.

No estaba solucionado nada a la vuelta.

Cuentan los brasileños, que estuvieron casi dos décadas exiliados, que se juntaban en París, desplegaban un mapa de Río de Janeiro sobre la mesa y nombraban calles; entre todos iban diciendo en qué barrio estaba y la marcaban en el mapa. Después, cuando volvieron a Brasil, se juntaban en Río de Janeiro con un mapa de París a nombrar las calles de París. Estás en un lado pensando en otro.

Si tuvieras la posibilidad de reencontrarte con algunos de los compañeros de la militancia, con alguien que ya no está o con alguien que hace mucho que no ves, ¿con quién te gustaría encontrarte? ¿Para decirle qué?

Me gustaría encontrarme con Quique Lovey, un compañero que estaba en las Ligas Agrarias del Chaco. Fue un compañero de militancia acá, en la Argentina, en el exilio también; quedó un vínculo muy fuerte con él; un vínculo que no pudimos cultivar nunca porque siempre anduvimos por lados distintos. Pero cada vez que nos encontramos decimos que vamos a juntarnos a conversar, a comer, a chupar, a tomar mate, a todo. No nos queremos juntar para hablar de política, podemos hablar de poesía, de literatura, de fútbol, del campo. Hoy, el deber, te quita el placer. Todo deber que no genere placer habría que esfumarlo.